

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MANUALES Y ANEJOS DE "EMERITA" XXXIII

---

INTRODUCCION  
A LA  
LEXICOGRAFIA GRIEGA

POR

F. R. ADRADOS, E. GANGUTIA,  
J. LOPEZ FACAL Y C. SERRANO AYBAR



MADRID  
INSTITUTO "ANTONIO NEBRIJA"  
1977



© C.S.I.C.  
Depósito legal: BI. 527-1977  
ISBN: 84-00-3609-3

Impreso en España  
Printed in Spain

---

Artes Gráficas Grijelmo, S. A. Uribitarte, 4. Bilbao (España)

# INDICE

Prólogo . . . . .	IX
I. BASES HISTÓRICAS DE LA LEXICOGRAFÍA GRIEGA . . . . .	1
1. Teorías semánticas en la Antigüedad. ELVIRA GANGUTIA E. . . . .	3
2. Historia de la Lexicografía griega antigua y medieval. CONCEPCIÓN SERRANO. . . . .	61
3. Historia de la Lexicografía griega moderna. JAVIER L. FACAL . . . . .	107
II. LOS DICCIONARIOS GRIEGOS: PANORAMA GENERAL Y PROBLEMÁTICA . . . . .	143
1. Tipos de diccionarios en general y griegos en particular. JAVIER L. FACAL . . . . .	145
2. Los diccionarios de autor. Tipos, metodología y estado actual. JAVIER L. FACAL . . . . .	151
3. Diccionarios de papiros. Problemas, existencias, deficiencias. JAVIER L. FACAL . . . . .	161
4. Léxico de inscripciones y dialectal. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	169
5. Micénico. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	185
6. Etimología. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	197
7. Ordenadores y Lexicografía griega. El Banco de Datos. JAVIER L. FACAL. . . . .	209
8. Problemas prácticos que plantea un diccionario griego: Grafía, Gramática, Lemas, Prosodia. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	217
III. LA NUEVA SEMÁNTICA Y LA LEXICOGRAFÍA GRIEGA. . . . .	229
1. Problemas de Lingüística general en relación con la Lexicografía. Aplicación a la lengua griega. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	231
2. Organización de los artículos del diccionario. Criterios a seguir. FRANCISCO R. ADRADOS . . . . .	259



## PROLOGO

La idea de escribir el presente libro surgió en el curso de la redacción del gran Diccionario Griego-Español que los autores del mismo, junto con una serie de colaboradores, tienen en marcha en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Echaban de menos, en efecto, muchas veces, la existencia de obras informativas sobre la Lexicografía griega en sus aspectos históricos, prácticos de «estado de la cuestión» y teóricos también. Pensaban, además, que tanto en los aspectos prácticos como en los teóricos se podía avanzar más lejos de lo que hasta ahora se había hecho en Lexicografía griega, apoyándose en puntos de vista generales que se han desarrollado en los estudios de Lexicografía y de Semántica en general.

En realidad, los mismos autores, así como otros estudiosos españoles de la misma escuela, habían realizado ciertas aportaciones a la Lexicografía, la Semántica y la Sintaxis griegas en diversas publicaciones, algunas todavía inéditas, y parecía oportuno obtener, a partir de ellas, algunas conclusiones de validez general o amplia. El trabajo en el Diccionario, por otra parte, suministraba todos los días una ejemplificación y una problemática abundante de los problemas pendientes.

El libro ha sido escrito como un todo, aunque los capítulos se hayan distribuido entre los colaboradores según sus especialidades respectivas. Una primera parte, de carácter histórico, da por primera vez, pensamos, un panorama general de los estudios de Semántica y Lexicografía griegas en la Antigüedad y de Lexicografía griega en la edad moderna. Los capítulos 1, 2 y 3 de que consta esta parte son obra, respectivamente, de la Dra. Gangutia, la Sra. Serrano y el Dr. López Facal.

La parte II presenta, a su vez, una visión de conjunto de lo que es hoy la Lexicografía griega, con sus logros y sus deficiencias; y profundiza en aspectos parciales de la misma, como son los distintos tipos de diccionarios según el material a que se refieren o el método con que se realizan, la etimología y la resolución de una serie de problemas prácticos. Esta parte no aspira a comprender exhaustivamente una problemática que es amplia en exceso, pero creemos que aporta una documentación útil, reunida aquí por primera vez.

Los capítulos de esta parte han sido escritos por los Dres. López Facal (1, 2, 3, 7) y R. Adrados (4, 5, 6, 8).

Finalmente, la parte III —obra íntegramente del Dr. R. Adrados— aborda el grave problema de la incidencia de la moderna Semántica en la Lexicografía griega. En vez de recoger datos de hecho, esta parte es teórica y programática; justifica, en suma, aquello que se intenta hacer en la redacción del Diccionario Griego-Español.

Pensamos que, con la publicación de esta obra, que es en parte exposición crítica de la labor de nuestros predecesores y en parte programa de trabajo, los autores de la misma prestamos un servicio a la Lexicografía y la Filología griega en general, pero que al tiempo aportamos cosas que pueden tener interés desde el punto de vista de la Semántica y la Lexicografía generales y de otras lenguas. No se nos oculta, de otra parte, que se trata de una obra «abierta», que espera ampliación y mejora por parte de todos los interesados en estos temas.

Hemos de indicar, para terminar, que el plan original de la obra comprendía como parte última o Apéndice dos aportaciones que razones puramente económicas nos han impedido publicar: una bibliografía de la Lexicografía griega (en realidad, dos bibliografías; una de obras complexivas, otra de estudios sobre palabras griegas ordenadas alfabéticamente); y un suplemento al *Repertorium Lexicographicum Graecum* de H. y B. Riesenfeld (Upsala 1954), que se ha quedado notoriamente atrasado. Este trabajo ha sido realizado ya, en este momento, por colaboradores nuestros y verá la luz en momento oportuno, como útil complemento de este libro.

Las abreviaturas que usamos para citar obras y revistas son las habituales y pensamos que no ofrecerán dificultad. Quizá sean más inusuales *DGE* = *Diccionario Griego-Español*; *EC* = *Estudios Clásicos*, Madrid; *LSJ* = *Liddell-Scott-Jones*; *RO* = *Revista de Occidente*, Madrid; *RSEL* = *Revista Española de Lingüística*, Madrid.

Sólo nos queda hacer constar que la realización e impresión de esta obra ha sido posible gracias a la ayuda que nos proporcionó una aportación del tercer plan de Desarrollo.

**I.**  
**Bases históricas**  
**de la**  
**Lexicografía griega**



## I.1. Teorías semánticas en la Antigüedad

### I. EL SIGNIFICADO EN EPOCAS PREVIAS A LA REFLEXION LINGÜÍSTICA TEORICA

#### 1. LOS COMIENZOS DE LA ESCRITURA. LOS IDEOGRAMAS

Las primeras reflexiones sobre el significado no se basan en consideraciones teóricas. A veces es la exacta comprensión de un texto religioso, oral o escrito, o la definición semántica en relación con la aplicación de las leyes, lo que lleva a reflexionar sobre la lengua desde el punto de vista del significado.

En los momentos previos a la teoría lingüística histórica tendremos que acudir a los primeros documentos escritos. La estructura de la lengua condiciona en principio cualquier progreso en la historia de la escritura y a su vez ésta es un primer intento de análisis y segmentación del fenómeno de la lengua, además de su único resto arqueológico<sup>1</sup>. El estudio del modo según el cual la escritura refleja el análisis y el conocimiento de la lengua hablada, es un problema que atañe a la lingüística. Meillet<sup>2</sup> hace justicia a los primeros escribas como los grandes lingüistas *avant la lettre*. También Robins<sup>3</sup> recuerda que la existencia de un sistema de escritura que lleva consigo el establecimiento de palabras, implica el comienzo del análisis gramatical del lenguaje. Por nuestra parte intentaremos en este primer capítulo estudiar en qué medida las primeras escrituras reflejan una segmentación del significado y una clasificación semántica.

La historia de la escritura ha tendido a hacerse separando una serie de estadios<sup>4</sup>:

---

<sup>1</sup> Meillet, A., «La langue et l'écriture», *Scientia* 26, año 16, 1919, n. 90 (Diciembre), p. 293. Para Saussure la escritura tiene un valor revelador para la lengua, pues responde al principio de existencia de ésta: la diferenciación en unidades. V. el *Curso de lingüística general*, Buenos Aires 1967 (traducción española de A. Alonso), p. 191 ss. y 71 ss.

<sup>2</sup> Meillet, A., reseña a Baudouin de Courtenay, *BSL*, 1912-13, p. 70.

<sup>3</sup> Robins, R. H., *Ancient and Medieval Grammatical Theory in Europe*, Londres 1951, p. 12 (en adelante Robins, *Anc. Med. Gramm.*)

<sup>4</sup> Cohen, M., *La grande invention de l'écriture et son evolution*, Paris 1958.

1. Pictogramas o dibujos que relatan un suceso, que no tiene por qué corresponder a ese mismo relato en palabras.
2. Ideogramas o jeroglíficos; dibujos de formas en principio reconocibles, cada una de las cuales corresponde a una unidad semántica.
3. Silabarios y, finalmente, letras que corresponden a unidades fonéticas mínimas.

Este planteamiento y su orden han sido puestos en cuestión<sup>1</sup>. Cohen, a lo largo de su libro, pasa también por dificultades para mantenerlo en un orden cronológico claro y sin interferencias.

De todas formas, tanto las expresiones pictográficas como las formadas por signos no gráficos, como nudos, objetos reunidos según un orden convencional, etc., tienen algo en común con la escritura: el análisis de operaciones o nociones que se intenta simbolizar<sup>2</sup>. Su uso extendido resulta, en la práctica, muy poco económico. Tampoco los pictogramas, aunque se pueda creer lo contrario desde un punto de vista ingenuo, son evidentes en su significado; también son signos convencionales que generalmente hacen referencia a un mundo muy limitado, frecuentemente el de sociedades tribales: el mundo de la caza, la guerra etc. Se trata ya de una codificación dibujada de los objetos y actividades de estos pueblos, que desde el primer momento tienden ya a la repetición y el esquematismo. Es este todavía un estadio «semasiográfico» que expresa significados, no basado en último lugar en la lengua. De aquí se pasa a un estadio «fonográfico» que intenta reproducir unidades lingüísticas, sean palabras, sílabas o fonemas<sup>3</sup>.

Casi todos los historiadores de la escritura ven como evidente una equivalencia «unidad mínima de significado» = «palabra» = «ideograma». La cosa no es tan fácil<sup>4</sup>: es seguro que en este punto nos encontramos ante el final de un largo proceso de reflexión si no conscientemente teórica, por lo menos práctica y en la que puede haber habido una interacción de las sucesivas técnicas de escritura.

Desde el primer momento el ideograma no se libra de problemas que son inherentes a la lengua misma: la polisemia y la homonimia. Además, desde muy antiguo el ideograma se auxilia de signos que son ya puramente fonéticos. Por ejemplo, cuando los hetitas usan ideogramas sumerios, a veces les

<sup>1</sup> V. diversas críticas en Mounin, G., *Historia de la lingüística desde los orígenes al siglo XX*, Madrid 1968, p. 36 (en adelante Mounin).

<sup>2</sup> Cohen, M., *Op. cit.* p. 14.

<sup>3</sup> Gelb, I. J., *A Study of writing*, Chicago 1963 (1969<sup>2</sup>).

<sup>4</sup> Gelb, I. J., *Op. cit.*, p. 35 critica con razón la terminología «ideograma», «ideología», etcétera, pues el signo no responde a una idea sino que trata de representar una «palabra», proponiendo en su lugar «logograma». Seguiremos en general la popularizada «ideograma», aun estando de acuerdo con Gelb. Resulta muy interesante por su importancia en el futuro la especulación de Gelb sobre el signo jeroglífico como identificador en origen del «nombre propio», v. p. 36 ss. La necesidad de representaciones adecuadas de nombres propios lleva en seguida al desarrollo de la fonetización, p. ej., en Sumer, v. p. 54.

añaden sufijos y desinencias, con lo cual el ideograma queda reducido a representar la raíz. Otras veces, en hetita jeroglífico<sup>1</sup>, se pone el ideograma y a continuación se escribe toda la palabra fonéticamente, con lo cual el ideograma queda reducido a lo que en estas escrituras se llama «determinativo de clase». Estos ejemplos demuestran que la ecuación «unidad mínima de significado = «palabra» = «ideograma» no es tan clara.

Estos «determinativos de clase» son algo común a estas lenguas y uno de sus aspectos más interesantes en relación con un estudio de las diferentes concepciones semánticas. Se trata de signos mudos o claves que no se leen pero que indican la categoría semántica a la que pertenecen los restantes ideogramas del texto. Por la presencia de uno de estos determinativos el campo semántico es una estructura completamente formal<sup>2</sup>. Este procedimiento es común, con variantes, al egipcio, sumerio y chino y probablemente es una necesidad de la escritura ideográfica, que lleva a formalizar el macro-contexto para que pueda ser inteligible.

Sin embargo, como dice Meillet<sup>3</sup> «ningún dibujo, pictograma o ideograma es capaz de traducir gráficamente una lengua por simple que sea su estructura gramatical o léxica»: ¿Cómo dibujar, por ejemplo, un significado que se expresa por una alternancia vocálica?

Sólo los ideogramas chinos han podido mantenerse hasta hoy en día, porque tienen como soporte una lengua monosilábica sin alternancias, flexión ni sufijos y donde el orden de los signos tiene por sí solo valor morfológico y sintáctico. Es decir, auna en sí, por la estructura de la lengua que reproduce, también las ventajas de un silabario.

Es interesante observar que la escritura china no ha tenido más camino que el de aumentar el número de signos conforme avanza la historia y necesariamente se amplía el léxico y se reclasifican los campos semánticos: 3.000 signos el III a. C.; un diccionario del I d. C. cataloga unos 9.000 signos, otro del VI d. C. 24.000; en el XVIII hay 50.000. En la actualidad, sin embargo, se realiza un gran esfuerzo para reformar la lengua china y a la vez simplificar la escritura<sup>4</sup>.

## 2. DESARROLLO DE LA LENGUA ESCRITA Y POSIBLE LINGÜÍSTICA PRÁCTICA. LOS PRIMEROS DICCIONARIOS BILINGÜES

El principio de la fonetización de los ideogramas comienza en época muy temprana y se extiende rápidamente<sup>5</sup>: la palabra se analiza primero en sus

<sup>1</sup> Meriggi, P., *Manuale di Eteo Geroglifico*, Roma 1966, I, p. 11.

<sup>2</sup> Mounin, G., p. 57.

<sup>3</sup> Meillet, A., «La langue et l'écriture», *Op. cit.*, p. 291.

<sup>4</sup> Gelb, I. J., *Op. cit.* n. 208, pp. 280-281.

<sup>5</sup> Gelb, I. J., *Op. cit.*, p. 67 ss.

componentes silábicos y finalmente se llega al alfabeto. Con esto se avanza cada vez más en la dessemantización de la unidad aislada previamente, llegándose a una facilidad cada vez mayor en la escritura que hará que en Egipto, Sumer y Anatolia desde una época muy remota haya una inmensa literatura escrita, muy especializada y exacta. No se trata solamente de la lengua administrativa propia del templo y los palacios, aunque esta práctica haya sido decisiva para el desarrollo de la propia escritura, sino de auténtica obra literaria y científica, poemas, himnos, tratados, legislación escrita, que hacen parecer muy primitivas las listas y cuentas micénicas en griego.

Los escribas forman una casta importante, cerrada y especializada, que se encuentra con lenguas antiguas que hay que interpretar. En Babilonia existía una lengua sagrada, el Sumerio, totalmente diferente de la hablada, el Acadio, y había que entenderla. También los escribas egipcios se encuentran con una lengua arcaica que ya no se entendía bien. Lo mismo ocurre con los tratados científicos que suelen llevar al final una serie de glosas de los términos difíciles de entender.

Este mundo anatolio, egipcio y mediterráneo es además totalmente multilingüe; pudo haber sugerido al entonces pastoril Israel el mito de la torre de Babel. El desarrollo de los tratados, el comercio, etc., lleva al de los intérpretes y la traducción; y todo esto lleva a la aparición de los diccionarios. Nos encontramos con diccionarios, no ya bilingües, sino trilingües y cuatrilingües (Hetita-Sumerio-Acadio en Boghazkoy, Sumerio-Acadio-Hurrita-Ugarítico en Ugarit, etc.). Los diccionarios sumero-acadios destinados a la interpretación de la primera lengua, considerada lengua sagrada, son aún más perfectos; se da el ideograma sumerio, su transcripción fonética al acadio, y traducción a esta lengua, figurando incluso una explicación mediante un sinónimo o definición.

También hay que señalar una especie de diccionarios de sinónimos: enumeraciones de signos cuneiformes polisémicos. También aparece «lo que se denomina ciencia de las listas y vocabulario de grupo», «un embrión de clasificación semántica de base lingüística formal»<sup>1</sup>; clasificaciones de nombres de dioses, de oficios, de ganado mayor y menor, etc., objetos determinados por *kus* 'cuero', *za* 'piedra', etc., o bien todos los animales cuyo nombre deriva del signo *Perro* (león, chacal, zorro, etc.).

Estos signos están clasificados según su número de trazos y la posición de los rasgos: horizontal, vertical, oblicua: es una formulación que es un antepasado de nuestro orden alfabético. Tiene también cierta relación con el sistema de las listas de diccionarios chinos antiguos, basados también en clasificaciones parcialmente semánticas (las 214 claves o «determinativos de clase») y parcialmente gráficas según el número de rasgos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Mounin, p. 56.

<sup>2</sup> Id, p. 67.

Los estudiosos en general son unánimes en negar a estos pueblos el haber llegado a un análisis reflexivo lingüístico, a una gramática. Es lástima que los manuales de lingüística no hayan sacado todo el partido que debieran de la incipiente gramática sumeria. Generalmente, se dice que tan ingente masa escrita no produjo reflexiones lingüísticas que pudieran convertirse en una gramática, solamente una naciente filología<sup>1</sup>. Pero los textos gramaticales sumerios publicados en el tomo IV de *Materialen zum sumerischen Lexikon*<sup>2</sup> son justamente reivindicados en la nota introductoria de Th. Jacobsen como «without question the most important single group of sources both for the history of grammatical studies generally and for our understanding of Sumerian grammar specifically so far known». En estos textos es posible ver cómo a partir del estudio y clasificación del léxico y de la necesidad de la traducción (por ej., el tener que acoplar las diferentes categorías gramaticales del Sumerio y el acadio) se llega al establecimiento de ciertos paradigmas, reglas sintácticas e incluso al nacimiento de una terminología gramatical propia, todo ello muchas veces entremezclado con estudios puramente léxicos. Es curioso cómo en la primera mención de la existencia de un gramático griego, Teágenes de Region, se opongá su arte a una gramática «anterior a los tiempos Troyanos» (v. I.1.II.2) y en relación con «sonidos y letras», lo que apunta probablemente a la invención y desarrollo del alfabeto.

Cuando un ideograma polisémico se usa combinado con otro u otros para representar fonéticamente una palabra, estamos al borde de desembocar en el silabario. Por un lado, ya se ha descompuesto la «palabra» en ciertas unidades fonéticas y por otro se representan estas unidades con signos que se han vaciado de significado. De una simplificación en el silabario se llegará más tarde al alfabeto.

Cabría pensar que la introducción del alfabeto contribuye incluso a una pérdida de relevancia de la unidad «palabra» como unidad de significado. Como caso extremo debe citarse el de los hebreos que, hasta el siglo XI, cuando se descubre el trilateralismo, tienen dificultades para aislar «palabras» con seguridad<sup>3</sup>.

La simplificación del silabario y su conversión en alfabeto se origina entre los fenicios por la necesidad de la práctica comercial, afectando también a pueblos vecinos, como los griegos, que a su vez perfeccionarán el alfabeto añadiendo las vocales. Es interesante comparar este proceso con el de la

<sup>1</sup> Mounin, pp. 62, 54.

<sup>2</sup> Landsberger, B., Hallock, R., Jacobsen, Th., Falkenstein, A., *Materialen zum sumerischen Lexikon*. 1 *Emesal Vocabulary*. 2 *Old Babylonian grammatical texts*. 3 *Neobabylonian grammatical texts*, Roma 1956, p. 1. Afortunadamente, últimamente se le está dando un lugar en la historia de la Lingüística. V. en *Studies in the History of Linguistics. Traditions and Paradigms* (ed. por Hymes, D.), Bloomington-Londres 1974; Jacobsen, Th., «Very ancient texts: Babylonian Grammatical Texts», pp. 41-74.

<sup>3</sup> V. Reider, J., *Prolegomena to a Greek-Hebrew and Hebrew-Greek Index to Aquila*, Filadelfia 1916, p. 38, n. 71.



aceptación de la numeración arábica y con la aparición de los símbolos matemáticos modernos, que surge también de la necesidad de facilitar las operaciones matemáticas en la época del auge de la burguesía renacentista y anterior<sup>1</sup>.

## II. PRIMERAS REFLEXIONES GRAMATICALES EN LENGUAS CON LITERATURA ORAL. LUGAR QUE OCUPA EL ESTUDIO SOBRE EL SIGNIFICADO EN ELLAS

### I. PANINI. LAS ESCUELAS GRAMATICALES INDIAS POSTERIORES

Es en el ámbito del aprendizaje, manejo y conservación oral de una lengua sagrada donde aparece la primera gramática formalizada de una lengua, el sánscrito, bastante antes de que se establezca para ella una escritura. A partir del IV a. C. Panini no sólo analiza y sistematiza la lengua sagrada cuyos textos se mantienen oralmente, sino que presenta esa misma gramática en versículos de formulación casi algebraica destinados a la dicción oral<sup>2</sup>. El propio texto de Panini ha llegado casi intacto hasta nosotros por tradición oral<sup>3</sup>. Además, él es el final de una larga tradición oral de gramáticos, cuyas teorías resume. Muy probablemente, la no utilización de la escritura ha hecho necesaria la creación de conjuntos de reglas que formen una gramática, de forma que el total de la lengua sea dominable.

Al tratarse de una gramática que es un análisis formal de la segunda articulación lingüística, la unidad de significado, ya desde la escuela Aindra anterior a Panini, es algo parecido a lo que nosotros llamamos morfema<sup>4</sup>; se trata del *pada*, la palabra con flexión, la forma mínima de significado que puede ser descrita por la descripción exhaustiva de su entorno, es decir, su distribución. *Pada* es lo que acaba en una desinencia, opuesto por un lado a la 'base' y por otro a la *vākya* o 'frase'. *Pada* es un término gramatical por oposición a *śabda* que en origen es cualquier unidad lingüística; palabra, sufijo, desinencia, sílaba, o incluso unidad más larga. Es un largo proceso hasta que se aísla *śabda* como 'palabra' y *śabdārtha* como 'sentido de las palabras', diferenciado también de *padārtha* 'sentido de la palabra' y *vākyaārtha* 'sentido de la frase'<sup>5</sup>, siendo estos términos ya más filosóficos que gramaticales.

Según comentadores posteriores, Panini rechaza el que el significado pueda ser un criterio determinante: el significado de una palabra no puede

<sup>1</sup> Febre, L., *Le problème de l'incroyance au 16<sup>e</sup> siècle. La religion de Rabelais*, Paris 1968, pp. 362-365.

<sup>2</sup> Renou, L., «Les connexions entre le rituel et la grammaire en Sanskrit», *Journal Asiatique* 233, 1941-1942, pp. 105-165 (cit. por p. de *A reader on the Sanskrit Grammarians*, ed. por J. K. Sital, Cambridge Mass. 1972); Vidya Niwas Misra, *The Descriptive Technique of Panini. An introduction*, La Haya, Paris 1966, p. 17.

<sup>3</sup> Vidya Niwas Misra, *Op. cit.*, p. 19.

<sup>4</sup> Id. id. id. id., p. 16, n. 33.

<sup>5</sup> Renou, L., *Op. cit.*, p. 451.

ser formalizado gramaticalmente. Según V. N. Misra<sup>1</sup> la innovación de Panini reside en definir los antiguos términos gramaticales no por criterios semánticos sino en términos que podríamos llamar estructurales. Por eso, por ejemplo, su descripción de la conjugación según Misra no está basada en un criterio temporal, es decir, semántico. Todavía Aristóteles no será capaz de abandonar el criterio semántico en el proceso de segmentación de las partes de la oración. Aquí entra también una cuestión de estructura de lengua en el verbo indio: el «tiempo» no es tan relevante en antiguo indio como lo es en el verbo de la *κοινή* de Aristóteles.

Después de Panini hay un inmenso vacío en la gramática india, que tiende cada vez más a convertirse en pura filología. La tradición etimológica india es también extraña a Panini por su especulación sobre el significado, aunque puede provenir de una tradición incluso anterior a Panini.

Los Nirukta analizan el *saṃhitā* o texto tal como se expresa en la recitación en sus «palabras» constituyentes. El crucial problema de resolver la relación entre sentido de la palabra y sentido de la frase hace que surja la escuela Mīmāṃsā, que pasa a los lógicos indios. En esta escuela la «frase» se define estructuralmente en la cadena hablada: existe una «frase» cuando una palabra o palabras dentro de una serie depende de otras para completar su sentido: esto es lo que diferencia una «frase» de una simple secuencia como *vaca*, *caballo*, *hombre elegante*. A su vez la «frase» no debe precisar de otras palabras fuera de ella para completar su sentido. Según otros comentaristas, es evidente que una «frase» tiene que depender en ocasiones de palabras incluidas en «frases» anteriores. Hay que decir que en estos dos casos unos y otros admiten la existencia de la unidad «palabra» (*pada*), a la que puede atribuírsele un *artha* o 'significado': es curioso que la traducción de *artha* está muy cerca del griego *τὸ ἔτυμον* 'la realidad'; 'lo verdadero'.

La escuela Mīmāṃsā se desdobra en dos: Bhatta, que acoge la idea, fósil según Brough para la gramática india, pero propuesta por los filósofos, de que cada palabra tiene adherido un significado individual, o, en el caso de los nombres, de que la palabra es el nombre de la cosa. Para esta escuela cada palabra tiene un significado propio e individual y al pronunciarse en una frase ésta expresa la suma de significados individuales.

Para la escuela Prābhākara las palabras no tienen significado hasta que no son expresadas en la frase. Las palabras según esta escuela, son detectadas por medio del análisis gramatical; las raíces y sufijos se analizan en relación con los paradigmas y las palabras completas, conmutándolas dentro de la frase. Se basa en cómo un niño aprende el lenguaje: al oír frases como *¡trae la vaca!* *¡trae el caballo!*, el niño llega gradualmente a entender de qué animal se trata y de qué acción<sup>2</sup>.

Más tarde, para el gramático Bhartṛhari (VII d. C.) este análisis represen-

<sup>1</sup> Vidya Niwas Misra, *Op. cit.* pp., 14-16.

<sup>2</sup> Brough, J., «Some indian theories of meaning», *TPS* 1953, pp. 161-165.

tará una cierta descripción de la lengua, pero no servirá para explicar el significado lingüístico. Para él y su escuela las palabras son abstracciones ficticias de los gramáticos. Las palabras y su significado forman parte del aparato creado por los gramáticos para describir la lengua, pero no existen como realidades lingüísticas. Hay un significado de frase unitario que Bhartṛhari compara a la impresión producida por una pintura: se contempla como una unidad, aunque alguna vez pasemos a analizar sus diversos colores. El significado se capta instantáneamente por un *pratibhā* o 'golpe de vista'.

Estas teorías tuvieron la oposición cerrada de los filósofos aferrados a la idea de que cada palabra tiene un *padārtha* o 'significado' individual o, en el caso de los nombres, la palabra es un «nombre» del objeto. Como dice Brough en su interesantísimo artículo, esta opinión se mantiene fosilizada en los filósofos, no en los gramáticos<sup>1</sup>.

Mástarde, en el siglo IX Ananda tratará de sintetizar estas teorías del significado individual de las palabras/significado de la frase, postulando que la frase, además, tiene un significado alegórico. Esta será la base de la exégesis poética, con lo que la teoría del significado lingüístico pasará a teoría poética<sup>2</sup>.

Las teorías gramaticales indias proceden del análisis de textos rituales orales y no pierden de vista, aun en la época más tardía, estos orígenes. Como podemos ver, en Grecia se darán elementos y situaciones semejantes en parte, aunque la generalización de la escritura alfabética y la ilustración del siglo V producirán desarrollos diferentes que supondrán progresos, pero también fosilizaciones, en los análisis del significado.

## 2. LOS PREDECESORES DE LOS PRIMEROS LINGÜISTAS GRIEGOS

A pesar de que conozcamos el silabario micénico desde el XIII a. C., sus prolongaciones en la posteridad parecen haber sido puramente locales, como, por ejemplo, el silabario chipriota. Puede decirse que hasta el siglo VIII y principios del VII, no había en Grecia más «literatura» que la oral, aunque se empezara a utilizar el alfabeto derivado del fenicio en inscripciones con listas y leyes, no todas ellas escritas. Un pueblo puede conocer y usar el alfabeto, aunque no en todos sus géneros literarios. Por ejemplo, hasta hace 200 años el cuento de niños (algo parecido al *λόγος* en Homero) era un género puramente oral; desde entonces es parcialmente escrito. Esta situación hemos de imaginarla para Grecia, sólo que para géneros mucho más importantes hasta el siglo V a. C. La experiencia se guarda en series narrativas que se mantienen, manejan y exponen mediante ciertas técnicas formularias, rítmicas, etc. Estas series narrativas (en verso *ἔπη*, en prosa *λόγοι*, *μῦθοι* etc.) equivalen a unidades lingüísticas muy amplias. La única unidad aislada equivalente a nuestra «palabra» es *ὄνομα*, el 'nombre propio' de una persona. Estas unidades apare-

<sup>1</sup> Brough, J., *Op. cit.*, pp. 163-167.

<sup>2</sup> Id. id., p. 173.

cen opuestas a *ἔργον* y a *πρᾶγμα* 'la acción' y con frecuencia a la acción guerrera, por ser éste el tema de los poemas épicos (*βίη, χεῖρες, ἔγχος*) y lo que es muy interesante, a *ἔτυμα* 'lo real, lo verdadero'. Cf. *Od.* 19.565. Estas series lingüísticas todavía no tienen límites definidos (salvo *ὄνομα*, que se opone a la «persona» en sí); se oponen a «lo que se realiza», a «lo que está», o a «lo que es». *Τὰ ἔτυμα* (de la misma raíz que *εἶμι*) durante mucho tiempo (y comenzando precisamente en el ambiente jónico) será el objeto de investigación lingüística, puramente etimológica, anterior y luego paralela a la filosofía de *τὸ ὄν*, del «ser».

Los predecesores de la ciencia filosófica y lingüística griega son los propios poetas arcaicos, que se encuentran con que hay que reinterpretar palabras que ya se entienden mal. Incluso los grandes poetas épicos como Homero y Hesíodo parafrasean y etimologizan sobre sus propias palabras procedentes de una tradición oral a veces mal entendida. No se trata solamente de pretensiones eruditas, sino que esto forma parte de la técnica poética<sup>1</sup>. En la explicación etimológica semántica de los *ὀνόματα*, esencialmente los de los dioses, hay un recurso poético que utilizan los rapsodos, los poetas líricos y los trágicos<sup>2</sup>. La idea de que bajo cada *ὄνομα* subyace la cosa y su *λόγος* o 'explicación' llegará hasta Aristóteles y más adelante:

Hacia el siglo VI a. C. se supone que el período creador de la poesía épica está cerrado<sup>3</sup>. En el *corpus* formado por los poemas épicos y los himnos homéricos tenemos en parte un equivalente a los textos sagrados de tradición oral para los que se crea un método gramatical como el de Panini. Pero en Grecia no existe la casta sacerdotal a la que iba destinada ese instrumento lingüístico. Los intérpretes y guardianes de ese *corpus* son los rapsodos y los poetas mismos, que muchas veces se permitirán poner en tela de juicio los textos épicos.

A través de un proceso de selección en el que intervienen muchos factores<sup>4</sup> queda Homero como el texto más importante y antiguo sobre el que se fundarán y debatirán las primeras filología, lingüística y crítica literaria griegas.

Ya en el siglo VI hay críticos de las contradicciones entre el Homero modélico cuyos poemas representan una sociedad arcaica y la mentalidad más

<sup>1</sup> Pfeiffer, R., *A History of Classical Scholarship*, Oxford 1968, p. 5 (en adelante Pfeiffer).

<sup>2</sup> Después de Homero y Hesíodo, ya desde Arquíloco *Fr.* 117. Es curioso que en Eurípides, que tiene ideas lingüísticas bastante evolucionadas, este procedimiento está extendidísimo, aunque ya puede entenderse como recurso retórico más lucimiento erudito, v. p. ej., *Ἀφροδίτη / ἀφροσύνη*, *E.*, *Th.* 989, *Πενθεύς / πένθος*, *E. B.*, 367, etc. En ciertos casos se inventa el nombre que convenga a un personaje: *καλοῦσιν αὐτὴν Θεονόην· τὰ θεῖα γὰρ τὰ τ' ὄντα καὶ μέλλοντα πάντ' ἠπίστατο* *E.*, *Hel.* 13.

<sup>3</sup> Pfeiffer, R., p. 6.

<sup>4</sup> «Orpheus and Musaeus owed their acknowledged priority, no doubt, not so much to the genuine antiquity of their poems as to the propaganda of their devotees. It was from a similar cause, the propaganda of the Homeridae, who were devoted to spreading Homer's fame and told stories about his life, that the order Hesiod-Homer was reversed in later antiquity as has remained to the present day. Hesiod had no corresponding body to work after his interests», West, M. L., *Hesiod. Theogony*, Oxford 1966, p. 47.

moderna de poetas y filósofos como Solón o Jenófanes. La frase de Solón *Fr. 21* *πολλὰ ψεύδονται αἰοδοί* es un lugar común que puede entreverse en Hesíodo, *Th. 27* y reaparece frecuentemente en la posteridad. Más apasionadamente aún, Jenófanes muestra esas contradicciones en relación con la religiosidad en creciente racionalización de su época *V. Fr. B. 11*:

πάντα θεοῖσ' ἀνέθηκ' Ὀμηρός θ' Ἡσίοδος τε,  
ὅσσα παρ' ἀνθρώποισιν ὄνειδεα καὶ ψόγος ἐστίν,  
κλέπτειν μοιχεύειν τε καὶ ἀλλήλους ἀπατεύειν.

Opuesta a la crítica del *corpus* épico ya sistematizado aparece la figura de Teágenes de Region. Efectivamente, los dioses homéricos, aun por el patrón del siglo VI, resultan inmorales, pero según Teágenes de Region, del que sabemos muy poco, en Homero hay un significado oculto que resulta ser el verdadero. Hay que encontrar lo verdadero, τὰ ἔτυμα. Apolo, Hefesto, Helios son en realidad el fuego; Posidón y Escamandro son representaciones del agua<sup>1</sup>. Teágenes, el primer gramático, resulta ser también el primer alegorista<sup>2</sup> etimológico. Es curioso cómo en el fragmento en que se le cita como inventor de la Gramática se opone su disciplina a otro tipo de Gramática anterior a los tiempos de Troya, que se ocupaba de letras y fonemas<sup>3</sup>:

διττὴ δὲ ἡ γραμματικὴ: ἡ μὲν γὰρ περὶ τοὺς χαρακτῆρας καὶ τὰς στοιχείων ἐκφωνήσεις καταγίνεται, ἥτις καὶ γραμματικὴ λέγεται παλαιὰ οὕσα καὶ πρὸ τῶν Τρωικῶν, σχεδὸν δὲ καὶ ἅμα τῇ φύσει προελθοῦσα: ἡ δὲ περὶ τὸν ἠλλητισμόν, ἥτις καὶ νεωτέρα ἐστίν, ἀρξάμενη μὲν ἀπὸ Θεαγένους, τελεσθεῖσα <δὲ> παρὰ τῶν Περιπατητικῶν Πραξιφάνους τε καὶ Ἀριστοτέλους.

La gramática se divide en dos: una en relación con las letras y la expresión de los sonidos y que se llama gramática antigua y anterior a los tiempos troyanos, que llega casi a los orígenes. La otra, en relación con la lengua griega, que es una gramática más moderna y habiendo empezado con Teágenes fue perfeccionada por los peripatéticos Praxifanes y Aristóteles.

Así, los rudimentos de la investigación semántica están unidos en Teágenes a lo que se entenderá más tarde como *γραμματικὴ*, perfeccionada por los

<sup>1</sup> *Frs. A 1a y 2.*

<sup>2</sup> Este método alegorista, aunque muy antiguo, debió de recibir otro nombre. Ἀλληγορία, ἀλληγορισμός, etc. son palabras usadas a partir de la época helenística. Plutarco dice en 2.19e que «las llamadas antiguamente ὑπονοίαι ahora las dicen alegorías». El método sería probablemente más antiguo que el propio Teágenes. Su éxito y renovación constante suceden cuando textos muy arcaicos semirreligiosos empiezan a estar en contradicción evidente con la realidad. Es el caso del momento en que aparecen el propio Teágenes y Metrodoro de Lámpsaco y los alegoristas posteriores. En la exégesis de la Biblia empieza incluso antes que Filón de Alejandría y sigue con los Padres de la Iglesia en las debatidas cuestiones de las escuelas alejandrina y antioquena. (V. infra I.1.VIII.1)

<sup>3</sup> *Fr. A 1a.* La actividad etimológico-alegórica está unida probablemente a las listas de «glosas» o palabras raras e ininteligibles de los poemas épicos. Con el tiempo esas dispersas glosas se convertirán en diccionarios. La elucidación del significado de las glosas homéricas forma parte de la educación tradicional: Pfeiffer, p. 15 cita en relación con esto un ejemplo muy divertido de *Ar. Fr. 222.*

aristotélicos y opuesta a un estudio de segmentación de la segunda articulación lingüística que distinguía entre letras y fonemas. Esto último probablemente es una fonética práctica en relación con los avances de la escritura alfabética a partir de la escritura siro-palestina y fenicia<sup>1</sup>.

El relacionar un ὄνομα, en principio 'nombre propio', con otra palabra tenía para aquellos etimólogos el sentido de una ciencia, por lo que no es raro que a Teágenes se le llame autor de la Gramática nueva. También a este método se le daba validez científica en otros campos que no estaban todavía demasiado deslindados. Así, Hecateo de Mileto intentaba extraer hechos históricos del significado verdadero de los nombres de personas y lugares<sup>2</sup>. Como veremos, las posibles teorías lingüísticas de los filósofos tampoco trascienden de esta teoría del significado oculto de ὄνομα, que sin embargo tenía cierto fundamento en la propia lengua griega; como ya hemos dicho, ὄνομα 'nombre propio' en Homero se oponía a la «persona real». Woodbury<sup>3</sup> progresó algo más en este concepto y en el hecho de que en toda la literatura griega se cree que el ὄνομα de una persona tiene un *omen* particular. Heródoto nos dice en VI.50.3 que Cleómenes preguntó a Ciro cuál era su nombre. Ciro le dijo τὸ ἐόν, le dijo 'el nombre verdadero, el que era', su 'nombre real'. Algo parecido puede decirse de otros usos herodóteos como ὁ ἐὼν λόγος, τὸ ἔπος εἰρημένον ἐόντος; piénsese aquí en la relación etimológica entre ἐστί y ἔτυμος, ἐτέος, ἔτος; etc.

Sigamos viendo cómo en la filosofía presocrática se encuentran indicios de estos gérmenes de teoría semántica.

### 3. HERÁCLITO Y PARMÉNIDES

#### a) *Heráclito*

En Heráclito y Parménides se supera el ὄνομα como algo más que 'nombre propio' y se amplía considerablemente a otros aspectos de la lengua. Se ha hablado bastante de la preocupación lingüística de estos filósofos. No se debe hablar todavía de una «lingüística» separada de las cuestiones filosóficas que se plantearon. Tanto el uno como el otro están inmersos todavía en la tradición oral<sup>4</sup> y en la tradición «etimológica» y «alegórica». Ellos tratan de descubrir un orden comprensible en una «realidad» que no se distingue en nada de su «significado».

Para Heráclito, a pesar de presentar, igual que Solón y Jenófanes, una postura crítica frente a la tradición poética anterior (contra Homero, Hesíodo

<sup>1</sup> El fr. A 11 de Teágenes está sacado del escolio a Dionisio Tracio, p. 164.23. En p. 448.13 de la misma ed. se repite casi exactamente con la diferencia de que al estudio de «letras y sonidos» se le llama γραμματιστική.

<sup>2</sup> Pfeiffer, R., p. 12.

<sup>3</sup> Woodbury, L., «Parmenides on Names», *Harvard Studies in Classical Philology*, 63, 1958, p. 155.

<sup>4</sup> V. Havelock, E., «Pre-literary and the Presocratics», *BICS* 13, 1966, pp. 44-67.

y Arquifloco), la filosofía es una búsqueda del significado «oculto», que es a la vez la «realidad». El hecho de la polisemia lleva a Heráclito a una expresión de la oculta identidad de los contrarios, a veces forzando las palabras: en el fragmento B 48 βίος que por su ὄνομα parece 'vida', por su acción resulta 'muerte'. ¿Cabría pensar que el carácter forzado de este juego de palabras filosófico se debiera a ser un calco semántico de otra γνώμη de origen oriental? Es curioso que el signo sumerio *ti* se origine del ideograma *TI* que es 'flecha' y 'vida'<sup>1</sup>. En el fragmento B 25, μόρος, que significa el destino calamitoso del hombre, la 'muerte', tiene en μοῖρα (esta vez aceptablemente etimologizada) su contrapartida de 'suerte', 'parte adjudicada'. Para Heráclito (*Fr.* B 67) el dios es ἡμέρη εὐφρόνη, χειμῶν θέρος, πόλεμος εἰρήνη, κόρος λιμός. Así, θεός viene a ser el archilexema de una serie de términos aparentemente antitéticos y opuestos entre sí: θεός es idéntico a los demás términos, es decir, es el «verdadero significado» de la serie de opuestos. Incluso el Ζηγὸς ὄνομα 'el nombre de Zeus', aunque imperfectamente, representa el contenido ἐν τὸ σοφόν en *Fr.* B 32.

En el poder de este θεός está la explicación inexpresable en la lengua normal de lo que subyace a lo que elemental e incompletamente se dice o se percibe por los sentidos: ὁ ἀναξ, οὐ τὸ μαντεῖον ἐστι τὸ ἐν Δελφοῖς, οὔτε λέγει οὔτε κρύπτει ἀλλὰ σημαίνει (*Fr.* B 93, cf. B 92) «El Señor, del que hay un oráculo, el que está en Delfos, ni expone ni oculta, sino (simplemente) significa»<sup>2</sup>. Aquí subyace un concepto del significado un tanto ingenuo. La realidad o su interpretación auténtica, no se diferencia de un «significado» exacto, de la misma forma que λόγος (cuasi-sinónimo de θεός)<sup>3</sup> es la explicación de la realidad, la doctrina del propio Heráclito y también su peculiar expresión formal<sup>4</sup>. A la vez es algo casi «corpóreo». Heráclito no sólo se ha fijado en la expresión formal oracular, sino que creyendo firmemente como hombre de su época en los oráculos, está convencido de que éstos usan un metalenguaje que, libre de las trabas de la lengua σημαίνει, es decir, expone libremente el «significado»<sup>5</sup>. Mediante una expresión polivalente y polisemántica, que resulta críptica<sup>6</sup>, cree Heráclito que es posible expresar el «significado» total. Sin embargo, fue capaz de superar estos conceptos lingüísticos un tanto primitivos: ὄνομα, el 'nombre propio', se puede utilizar para todo tipo de cosas (βίος, βιός)<sup>7</sup> y al tiempo puede oponerse ya a ἔργον la 'acción' en vez de a la «persona real» como ocurría en Homero. Este ὄνομα / ἔργον estará en la

<sup>1</sup> V. Gelb, *op. cit.*, p. 110.

<sup>2</sup> V. *Frs.* B 107, B 34.

<sup>3</sup> R. Adrados, F., «El sistema de Heráclito. Estudio a partir del léxico», *Emerita* 41, 1973, p. 4.

<sup>4</sup> R. Adrados, F., id.; Marcovich, M. «Problemas heracliteos», *Emerita* 41, 1973, pp. 448-472; Havelock, E., *Op. cit.*, p. 58; Gangutia, E., «Comienzos de análisis en unidades lingüísticas. La palabra», *RSEL* 5, 1975, p. 337.

<sup>5</sup> El oráculo (y los signos celestes en general) no λέγει sino σημαίνει, cf. *LSJ* s. v. σημαίνω I 3; v. tb. s.v. χράω (B), etc.

<sup>6</sup> V. Axelos, K., *Héraclite et la Philosophie*, Paris 1962, p. 69.

<sup>7</sup> V. *Fr.* B 48.

base de la incipiente lingüística sofística hasta el momento en que *ἔργον* se convierta en *δύναμις*, *ἔννοια*, etc., varias formas para expresar más o menos 'significado'. Heráclito, además, entre la realidad y su contrapartida en la lengua introduce el importante factor de la mente humana, capaz de interpretarla superando los sentidos. V. el *Fr. B 114* *σὺν νόῳ λέγειν* y también el *B 1.2*.

b) *Parménides*

Para Parménides *γλῶσσα*, el 'habla', es algo semejante a un tercer sentido<sup>1</sup>:

ᾄμμα καὶ ἠχέεσσαν ἀκουήν  
καὶ γλῶσσαν, κρῖναι δὲ λόγῳ πολύδηριν ἔλεγχον  
ἔξ ἐμέθεν ῥηθέντα.

Tampoco para Parménides existe un significado que sea diferente de la realidad; es posible pensar (o conocer la realidad): *Fr. B 3* *τὸ γὰρ αὐτὸ νοεῖν ἐστὶν τε καὶ εἶναι*; y aunque muy oculta por la *δόξα* es posible expresarla realmente: *Fr. 6.1* *χρῆ τὸ λέγειν τε νοεῖν τ' ἐὼν ἔμμεναι*, mientras que del «no-ser» se dice: *Fr. B 8.7*

οὐδ' ἐκ μὴ ἐόντος ἐάσω  
φάσθαι σ' οὐδὲ νοεῖν: οὐ γὰρ φατὸν οὐδὲ νοητὸν  
ἔστιν ὅπως οὐκ ἔστι.

El camino del «no ser» (sigue *Fr. 8.17*) es *οὐ γὰρ ἀληθής* (cf. *B 2.7*). «Lo que es» tiene que ser forzosamente pensado y también tiene que tener forzosamente una expresión lingüística<sup>2</sup>, aunque ésta no sea unitaria sino en diferentes *ὀνόματα*. Siguiendo a Woodbury<sup>3</sup>, el significado de las líneas *B 8.38* ss.

τῷ πάντ' ὀνομεῖσθαι  
ᾄσσα βροτοὶ κατέθεντο πεποιθότες εἶναι ἀληθῆ,  
γίγνεσθαι τε καὶ ἄλλυσθαι, εἶναι τε καὶ οὐχί,  
καὶ τόπον ἀλλάσσειν διὰ τε χροᾶ φανὸν ἀμείβειν.

puede ser: 'Referente a ello (el mundo real, el que es) son todos los nombres (l. *ὀνόματα*) cuantos los mortales han puesto convencidos de que son verdad, nacer y perecer, ser y no ser y cambiar de lugar y el aparente cambiar de color'. Sin salir de la única doctrina lingüística existente, la del *ὄνομα*, los nombres, aunque engañosos, no son puramente ilusorios. Son «accounts» del mundo real, aunque están unidos a la *δόξα* y resulten a veces contradictorios. «Ser» (en sus variadas expresiones formales (*πέλειν*, *εἶναι*, *τὸ εἶναι*, etc.<sup>4</sup>), como *θεόν* en Heráclito (v. supra y *Fr. B 67*), pero con un mayor grado de abstracción, viene a ser el archilexema de toda la realidad, teniendo en esos *ὀνόματα*

<sup>1</sup> V. *Fr. B 7.4-6*.

<sup>2</sup> Para todo esto v. Woodbury, L., «Parmenides on Names», *Op. cit.*, p. 153.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 149.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 154.

su expresión formal lingüística, igual que también tiene un forzoso aspecto sensible: εὐκύλου σφαίρης ἐναλίγιον ὄνομα, B 8.43. Woodbury<sup>1</sup> cita el *Fr.* de Parménides descubierto por Cornford en Platón<sup>2</sup>

οἶον, ἀκίνητον τελέθει τῷ παντί  
ὄνομα ἔσται

con la siguiente traducción: 'Sólo, inmóvil es el nombre del todo: ser'. «Being in its various verbal forms is the correct name»<sup>3</sup>; Woodbury se da cuenta de que la conclusión parmenídea de que existen 'nombres' que son los 'verdaderos' está basada en un concepto de la lengua todavía propio del «unsophisticated people», aunque «Parménides' philosophy of names leads directly into his ontology<sup>4</sup>». En ese *voeiv* = εἶναι de *Fr.* B 6.1 está también (como en el *σὺν νόῳ λέγειν* del *Fr.* B 114 de Heráclito) el comienzo de una teoría del «significado». Más tarde, ya en el V a. C., *voeiv* será ya 'significar'.

### III. DIFUSION DE LA ESCRITURA ALFABETICA Y COMIENZO DE LAS TEORIAS LINGÜISTICAS<sup>5</sup>

#### 1. DEMÓCRITO

En el siglo V está todo preparado para la difusión y espectacular explosión intelectual de la cultura literaria griega. Por la importancia que tiene en ella la literatura escrita, el libro en fin<sup>6</sup>, sólo tendrá parangón con la generalización de la imprenta y el Renacimiento. Tres siglos antes se había perfeccionado el alfabeto fenicio añadiéndole las vocales y una serie de consonantes propias del griego, sintetizando todo esto en una serie de rasgos gráficos o *γράμματα* que se llaman *στοιχεῖα* «rasgos gráficos en renglón» en la época de Platón.

La importancia de la difusión del alfabeto como fijación de la lengua segmentada en unidades fónicas elementales es crucial a la hora del análisis lingüístico. Se concibe la lengua en la escritura alfabética como algo compuesto por unidades mínimas. Este conocimiento real y objetivo de que la lengua humana es algo articulado y que puede ser fijado en la escritura a base de sus unidades mínimas será la gran adquisición objetiva de la Lingüística durante varios siglos y los autores griegos, siempre que emitan una opinión sobre la lengua, harán referencia a la escritura alfabética. El que estas unida-

<sup>1</sup> *Op. Cit.*, p. 154.

<sup>2</sup> Cornford, F. M., «A new Fragment of Parmenides», *CR* 49, 1935, pp. 122-123, añadido en Mourelatos, A., *The Route of Parmenides*, New Haven-London, Yale University Press, 1970, textos finales en p. 284.

<sup>3</sup> Woodbury, L., *Op. cit.* p. 154. Esta indiferenciación formal está unida a la no existencia todavía de una gramática que haya distinguido y clasificado clases de palabras. Todavía no se han establecido siquiera los paradigmas: v. Pfeiffer, p. 12.

<sup>4</sup> Woodbury, L., *Op. cit.*, pp. 155, 157.

<sup>5</sup> Utilizo para los sofistas la ed. de Untersteiner, M., *Sofisti. Testimonianze e frammenti*, Florencia 1949, 2 vols.

<sup>6</sup> Pfeiffer, R., p. 22 y ss.

des mínimas no sean semánticas obliga precisamente a reflexionar sobre el signo lingüístico en general y salir de concepciones primitivas como la unión significado/realidad. El intento de reducir los hechos humanos a unidades mínimas observables está relacionado desde antiguo con los primeros análisis de las artes. Como es bien sabido el descubrimiento de la escritura, junto con el de otras artes, es uno de los estadios que aparecen en los mitos de historia social de la época influidos por Protágoras y probablemente Demócrito<sup>1</sup>. El Fr. B 10 de Heráclito es introducido por Aristóteles en *De Mundo* 396<sup>b</sup>7 con una descripción de la composición de los colores en la pintura. Este análisis pictórico es evidentemente anterior a Aristóteles, pues ya aparece en el *Cratilo* de Platón, en relación con la combinación y análisis de fármacos, utilizado para sus teorías de la segmentación de los ὀνόματα en unidades semánticas mínimas = στοιχεῖα o unidades fonéticas y gráficas mínimas. El emplear términos médicos (como por ej. φάρμακα) en relación con la lengua tampoco es ajeno a las teorías lingüísticas de la sofística, como hace Gorgias en el *Encomio de Helena* 12 (94). También las teorías pitagóricas están basadas, como es bien sabido, en el análisis del arte musical y de ello dependen estrechamente sus teorías lingüísticas, tan mal conocidas<sup>2</sup>.

Es entre los atomistas donde encontramos una mayor relación entre descomposición en unidades elementales y descomposición alfabética de la lengua. Leucipo y Demócrito analizan la realidad en sus unidades mínimas, las ἀρχαί o átomos. Además, introducen otro gran progreso al tratar de explorar las líneas universales de clasificación de esas ἀρχαί. Es interesante hacer notar cómo la escritura alfabética ha podido dar la idea de las estructuras atomistas<sup>3</sup>, por un lado, y la de la clasificación formal y sintáctica por otro: en Arist., *Metaph.* 486<sup>b</sup>13 se nos dice que Leucipo y su ἐταῖρος Demócrito (Leucipo A 6) mantenían que los átomos o ἀρχαί difieren en ῥυσμός, διαθιγή y τροπή. Aristóteles traduce a su κοινή estos dialectalismos como σχῆμα, τάξις y θέσις: 'forma', 'orden' y 'posición' y sigue: διαφέρει γὰρ τὸ μὲν A τοῦ N σχήματι, τὸ δὲ AN τοῦ NA τάξει, τὸ δὲ Ξ τοῦ Η θέσει 'la A se distingue de la N por su forma, AN de NA por su orden, Ξ de Η por su posición.' Nos hallamos ante un germen de «gramática» formal<sup>4</sup> no semántico ni etimológico que

<sup>1</sup> Protágoras en Pl., *Prt.* 321 considera la articulación de φωνή και ὀνόματα por medio de una τέχνη uno de los estadios de la sociedad humana. El mito de historia social que aparece en D. S: 1.8.3, atribuible a Demócrito o Protágoras, considera lo mismo: τῆς φωνῆς δ' ἀσῆμου και συγκεχυμένης οὔσης ἐκ τοῦ κατ' ὀλίγου διαρθροῦν τὰς λέξεις και πρὸς ἀλλήλοισι τιθέντας σύμβολα περὶ ἐκάστου τῶν ὑποκειμένων γνώριμον σφίσι αὐτοῖσι ποιῆσαι τὴν περὶ ἀπάντων ἐρμηνείαν. Cf. Cole, Th., *Democritus and the Sources of Greek Anthropology*, Western Reserve University, 1967.

<sup>2</sup> Pagliaro, A., «Il Cratilo di Platone», *Dioniso* 15, 1952, pp. 182-183.

<sup>3</sup> Sobre Demócrito y sus posibles teorías de las palabras estructuradas análogamente a la estructura atómica, v. Pagliaro, A., *Op. cit.*, p. 83 y n. 7; Gentinetta, P. M., *Zur Sprachbetrachtung bei den Sophisten und in der Stoisch-hellenistischen Zeit* (Diss. Zurich), Verlag P. G. Kell, Winterthur 1961, p. 31 ss.

<sup>4</sup> La utilización de letras para simbolizar unidades elementales no debe ser rechazada como simple ejemplo sin relevancia: cf. Pagliaro, A., *Op. cit.*, n. 8. Demócrito investigó las letras o στοιχεῖα, consideradas como unidades mínimas de la lengua. A ello pertenecerían los Fr. B 1a, B 20 y el título περὶ εὐφώνων και δυσφώνων γραμμάτων. Hay que añadir también los Fr. B 298 b y 299a.

solamente en nuestros días ha vuelto a ser relevante. Las repercusiones semánticas son evidentes. La diferencia AN y NA puede ser semántica, unida a la correcta segmentación lingüística. Un reflejo de esto puede haber en el *Fr. B 156*: διορίζεται μὴ μᾶλλον τὸ δὲν ἢ τὸ μηδὲν εἶναι; δὲν μὲν ὀνομάζων τὸ σῶμα, μηδὲν δὲ τὸ κενόν.

Demócrito investigó probablemente con los mismos métodos las unidades de significado. Existe el título *περὶ ῥημάτων* al cual tal vez perteneció el *Fr. B 20a* sobre el plural y singular de *ὑμεῖς*, *σφεῖς* etc. Las unidades de significado aisladas (*ὀνόματα* 'nombres', ya no sólo 'nombres propios') son clasificadas de acuerdo con unos ciertos parámetros, lo mismo que en Leucipo A 6 veíamos para las *ἀρχαί* o unidades elementales. Estos *ἐπιχειρήματα* son (*Fr. B 26*) el *πολύσημον*, τὸ δὲ δεύτερον ἰσόρροπον, <τὸ δὲ τρίτον μετώνομον>, τὸ δὲ τέταρτον νώνυμον. Es decir: 'Polisemia' 'sinonimia' 'cambio de significado' y 'falta de nombre'. Como puede verse en el mismo fragmento, los *ὀνόματα* no se producen φύσει sino θέσει 'por institución o convención'<sup>1</sup> o como dice algo más abajo *τύχη* 'arbitrariamente' y probablemente están unidos a un proceso evolutivo en el que se produce el cambio semántico y el acto de nombrar lo que en un momento dado no tenía nombre (*νώνυμον*)<sup>2</sup>. Esta investigación sobre unidades significativas está unida a un probable progreso en la investigación y descubrimiento de paradigmas y clases gramaticales. En cuanto a qué es el *ὄνομα* en sí, parece ser que Demócrito, como Pitágoras, consideraba los *ὀνόματα* (*τῶν θεῶν*) como *ἀγάλματα φωνήεντα* (B 142), como 'simulacros parlantes'. Probablemente el fr. citado está enraizado en la antigua línea etimológica que explicaba los «nombres de los dioses». En relación con ella habría que aducir los fr. B 2 (sobre la etimología de *Τριτογένεια*), las indudables alegorías homéricas de B 24, B 25 y la etimología de *γυνή* en B 122; tal vez también B 283.

Queda por decir algo de la concepción materialista de la lengua como *σῶμα*: *φωνή* es un *σῶμα* (A 127). También *ιδέα*: *μορφή*, *εἶδος* καὶ τὸ ἐλάχιστον *σῶμα* B 144<sup>3</sup>; *λόγος* es *ἔργου σκιή* 'la sombra de la acción'. El intento de materializar *λόγος* se ha visto ya en Heráclito<sup>4</sup>. Volveremos sobre ello al hablar de los sofistas y algunos de sus seguidores.

<sup>1</sup> Es lógico que los pensadores griegos del s. v a. C. imaginaran como verosímil la imposición consciente de nombres desde su concepto de la lengua y desde su propia sociedad, no ya sólo como uno de los estadios en el proceso evolutivo de comunidades primitivas como es la propia reducida *πόλις*, según puede verse en el *Cratilo* de Platón 385a.

<sup>2</sup> Cf. Cole, Th., *Op. cit.*, p. 67.

<sup>3</sup> La palabra *σῶμα* en esta época ya utilizada como «objeto físico o material», significado que no recogerá Platón. V. Gangutia, E., *Vida/Muerte de Homero a Platón*, Madrid 1977. Los *ἀγάλματα φωνήεντα* de los dioses, el hecho de que *φωνή* sea un *σῶμα* y la teoría atómica son relacionados por Gentinetta, *op. cit.*, pp. 29-35.

<sup>4</sup> Cf. supra y R. Adrados, F., «El sistema de Heráclito», *Op. cit.*, p. 5 ss.

## 2. LOS SOFISTAS

### a) *Introducción. Gorgias*

La aparición del etimologismo o alegorismo se debió al intento de salvar la contradicción entre textos poético-religiosos y una incipiente racionalización. El siglo VI llegó a los griegos junto con el racionalismo y la ciencia física, el resquebrajamiento de todo el edificio religioso-poético del mito. Por otro lado, la ciencia hasta los sofistas era todavía algo propio de un círculo aristocrático de escogidos, como la escuela Pitagórica, no accesible a todos. Los sofistas traen la vulgarización de la cultura, se interesan por el conocimiento en sí, tocan todos los temas y dan a luz nuevas ciencias: una de ellas es la incipiente gramática. Uno de los problemas fundamentales en la génesis de la ciencia lingüística, surge de la observación de un desajuste lengua/realidad.

La ἀνάγκη de la lengua (aunque sea deficiente, hay que emplearla) y el problema del desajuste lengua/realidad, están entre los temas más tratados por los sofistas, iniciadores de la Lingüística. Del buscar la exactitud, surge la duda de que tal vez la lengua no sea un molde de la realidad. Hasta aquí hemos hablado de una necesidad más o menos científica, pero desde esta crítica se pasa a ver este desajuste lengua/realidad desde el punto de vista de sus consecuencias morales. Se empieza a ver esta inexactitud de la palabra respecto a la realidad como lo «falso» opuesto a lo «verdadero». En este sentido habremos de estudiar principalmente la oposición λόγος / ἔργον que, con variantes, se ha heredado desde el siglo anterior (cf. Heráclito ὄνομα / ἔργον 99-10.).

Como ya hemos dicho en otro sitio, siguiendo a Pfeiffer<sup>1</sup>, los sofistas fueron decisivos a la hora de la difusión de la literatura escrita. En los sofistas encontramos algunas de las primeras y más interesantes observaciones sobre la lengua. Sofistas y seguidores suyos se fijan en la relación entre lengua oral y escrita<sup>2</sup>. A ellos se deberá probablemente, a Protágoras o Hipias, la primera clasificación fonética en consonantes y vocales conocida, que reproduce Eurípides en el fr. 578, del *Palamedes*.

Las teorías de los sofistas presentan rasgos asombrosos de modernidad, como iremos viendo<sup>3</sup>. Unos, como Gorgias y Protágoras, aunque con diferencias entre ellos, supieron sacudirse la teoría y práctica anterior lingüística, librarse de la reducida teoría de los ὀνόματα y sus consecuencias etimológicas, y se fijaron en el λόγος considerado como la «lengua» en general. Se expresa-

<sup>1</sup> Pfeiffer, R., p. 30.

<sup>2</sup> Gangutia, E., «Comienzos del análisis en unidades lingüísticas: la palabra», *RSEL* 5, 1975, p. 339.

<sup>3</sup> Adrados, F. R., «Lengua, ontología y lógica en los Sofistas y Platón», *RO* 96, 1971, pp. 340-365 y 99, 1971, pp. 285-309 (en adelante *RO*).

ban precisamente en λόγοι, no sólo discursos epidícticos sino también cuentecillos o mitos desarrollados para ilustrar tesis de historia social como el que nos cuenta Protágoras en Platón *Prt.* 320c ss. o *La defensa de Palamedes*, en el que Gorgias se aproxima a los problemas de la traducción, o mitos moralizantes como el de Pródico en su *Hércules entre la virtud y el vicio*. Para estos sofistas λόγος, la 'lengua', es un «signo» (Gorgias) convencional organizado de una forma especial (que luego se llamará gramatical), tal vez perfeccionable (Protágoras). A estos hay que añadir Antifonte el Sofista y el anónimo autor de la *Τέχνη* hipocrática, probablemente un sofista importante<sup>1</sup>.

El otro grupo de sofistas (Pródico, Licofrón, Hippias y seguidores suyos como Antístenes) se ocupa de la lengua desde el punto de vista de su manejo y enseñanza y usa la antigua terminología de los ὀνόματα<sup>2</sup>, que han ido pasando de 'nombres propios' a 'nombres'. Ahora incluirán también los verbos y los adjetivos. Estamos a punto de que ὄνομα se convierta en 'palabra', pero esta teoría así como la de la lengua como signo organizado y organizable será solamente aceptada a retazos a lo largo de la historia; en su conjunto las teorías de los sofistas encontrarán la más tremenda oposición y silenciamiento.

Lo que nos queda de Gorgias consiste fundamentalmente en discursos del espectacular género epidíctico. Pero no se trata de simples παίγνια o meros juegos de ingeniosidades o sutilezas retóricas, sino del único procedimiento del que se podía valer Gorgias en aquella época, anterior todavía al tratado filosófico en prosa, para expresar sus ideas filosóficas o lingüísticas.

En el *Περὶ τοῦ μὴ ὄντος*, Gorgias discute la validez del conocimiento y su comunicación por medio del λόγος.

Llega a tres famosas conclusiones: 1. Nada existe.—2. Si algo existiera sería incognoscible para nosotros.—3. Si algo fuera cognoscible sería imposible el comunicarlo a otro.

Son las dos últimas conclusiones las que interesan a nuestro estudio. Después de argumentos más o menos convincentes llega a la conclusión de que nada existe. No es este el lugar para discutir esta primera conclusión, ni si verdaderamente pertenece al discurso auténtico. Si algo existiera, no podría ser pensado: Gorg. B 3 (77). Abre con esto una drástica escisión realidad/pensamiento, que se hace aún mayor al llegar a la oposición realidad/lengua. Porque para Gorgias no hay más realidad y conocimiento que la experiencia sensible: Gorg B 3 (83): εἰ γὰρ τὰ ὄντα ὄρατά ἐστι καὶ ἀκουστά καὶ κοινῶς αἰσθητά, ἅπερ ἐκτὸς ὑπόκειται, τούτων τε τὰ μὲν ὄρατά ὄρασει καταληπτά ἐστι, τὰ δὲ ἀκουστά ἀκοῆ καὶ ἐναλλάξ, πῶς οὖν δύναται ταῦτα ἐτέρῳ μὴνύεσθαι;

Si algo fuera cognoscible, no podría ser comunicado a otro. Esto es lo que se propone demostrar nuestro sofista, contra las teorías tradicionales sosteni-

<sup>1</sup> Morrison, J. S., «The Truth of Antiphon», *Phronesis* 1963, p. 42.

<sup>2</sup> V. p. ej., Antístenes, *Fr.* 38: ἀρχὴ παιδείσεως ἡ τῶν ὀνομάτων ἐπίσιεψις.

das en Grecia antes que Gorgias. En primer lugar demuestra la heterogeneidad del λόγος frente a la realidad; por otro lado, la relatividad humana contribuye a hacer imposible la comunicación: Gorg. B 3 (84): *ὡς γὰρ μνηύομεν, ἔστι λόγος, λόγος δὲ οὐκ ἔστι τὰ ὑποκείμενα καὶ ὄντα· οὐκ ἄρα τὰ ὄντα μνηύομεν τοῖς πέλας ἀλλὰ λόγον, ὃς ἕτερός ἐστι τῶν ὑποκειμένων. καθάπερ οὖν τὸ ὄρατὸν οὐκ ἂν γένοιτο ἀκουστὸν καὶ ἀνάπαλιν, οὕτως ἐπεὶ ὑπόκειται τὸ ὄν ἐκτός, οὐκ ἂν γένοιτο λόγος ὁ ἡμέτερος.*

Con lo que μνηύομεν es el λόγος, pero la palabra no es la realidad exterior (B 3 (83) *ἅπερ ὑπόκειται ἐκτός*), sino que es algo muy diferente. Nuestras percepciones sensibles todavía están en contacto con la realidad que ὑπόκειται ἐκτός, pero el λόγος ya no.

De las dos relaciones que nos han quedado del discurso *Περὶ τοῦ μὴ ὄντος* en la de Aristóteles se equipara explícitamente λόγος a σημεῖον Gorg. B 3 bis (22): *ὁ οὖν τις μὴ ἐννοεῖ, πῶς αὐτὸ παρ' ἄλλου λόγῳ ἢ σημείῳ τινὶ ἐτέρῳ τοῦ πράγματος ἐννοήσεται, ἀλλ' ἢ ἐὰν μὲν χρῶμα ἰδῶν, ἐὰν δὲ <ψόφον, ἀκίου>σας; ἀρχὴν γὰρ οὐ <ψόφον> λέγει <ὁ λέ>γων οὐδὲ χρῶμα, ἀλλὰ λόγον: 'El que habla, no trasmite ni un color ni una experiencia'. Lo que uno tiene en su mente, ¿cómo lo comunicará a otro por medio de la palabra o de otro signo diferente a la experiencia sensible? El que trata de comunicar algo, una experiencia, no puede comunicar ésta, sino un mero signo. Así, pues, el λόγος no es más que un mero σημεῖον ἕτερον τοῦ πράγματος. Como dice Gorgias, lo que comunicamos no es más que un sonido o rumor. Ahora bien, este simple ψόφος ¿cómo se hace algo μνηυτικός, cómo se llena de significación, adquiriendo su valor de signo? En la relación de Sexto Empírico se nos dice: Gorg. B 3 (85): *μὴ ὦν δὲ λόγος οὐκ ἂν δηλωθεῖ ἐτέρῳ. ὃ γε μὴν λόγος, φησὶν, ἀπὸ τῶν ἐξωθεν προσπιπτόντων ἡμῖν πραγμάτων συνίσταται, [τουτέστι τῶν αἰσθητῶν] ἐκ γὰρ τῆς τοῦ χυλοῦ ἐγκυρήσεως ἐγγίνεται ἡμῖν ὁ κατὰ ταύτης τῆς ποιότητος ἐκφερόμενος λόγος, καὶ ἐκ τῆς τοῦ χρώματος ὑποπτώσεως ὁ κατὰ τοῦ χρώματος. «La lengua se forma de las experiencias externas que se presentan a nosotros». Algo parecido dice Ferdinand de Saussure cuando explica que la lengua no llega a depositarse en nuestro cerebro más que al cabo de innumerables experiencias<sup>1</sup>.**

Sigue Gorgias algo más adelante: B 3 (85): *εἰ δὲ τοῦτο, οὐκ ὁ λόγος τοῦ ἐκτός παραστατικός ἐστίν, ἀλλὰ τὸ ἐκτός τοῦ λόγου μνηυτικὸν γίνεται: 'Si esto es así, no es la palabra reproducción de la realidad externa, sino que la experiencia es lo que da un sentido a la palabra'. Es la experiencia siempre anterior a la palabra y sin ella el λόγος no sería sino puro ψόφος desprovisto de todo significado; tampoco se le puede llamar significante, ya que sólo se le puede llamar así en función de ir unido a un significado. Dirá Saussure al hablar del soporte material de la lengua: «La unidad material de la lengua no existe más que por el sentido, por la función de que está revestida... Inversamente, un sentido, una función, sólo existen por el soporte de alguna forma material.»*

<sup>1</sup> Saussure, F., p. 64.

Gorgias, insistiendo en el foso lengua/realidad, nos permite hacernos pocas ilusiones, según lo que acaba de decir, de que la lengua pueda ser una expresión natural de la realidad: Gorg. B 3 (86): *καὶ μὴν οὐδὲ ἔνεστι λέγειν ὅτι ὄν τρόπον τὰ ὄρατὰ καὶ ἀκουστὰ ὑπόκειται, οὕτως καὶ ὁ λόγος, ὥστε δύνασθαι ἐξ ὑποκειμένου αὐτοῦ καὶ ὄντος τὰ ὑποκείμενα καὶ ὄντα μηνύεσθαι. εἰ γὰρ καὶ ὑπόκειται, φησὶν, ὁ λόγος, ἀλλὰ διαφέρει τῶν λοιπῶν ὑποκειμένων, καὶ πλείστῳ διενήνοχε τὰ ὄρατὰ σώματα τῶν λόγων. δι' ἑτέρου γὰρ ὄργάνου ληπτὸν ἐστὶ τὸ ὄρατὸν καὶ δι' ἄλλου ὁ λόγος. οὐκ ἄρα ἐνδείκνυται τὰ πολλὰ τῶν ὑποκειμένων ὁ λόγος, ὥσπερ οὐδὲ ἐκεῖνα τὴν ἀλλήλων διαδηλοῦ φύσιν.* Aunque el λόγος tuviera un fundamento real, es diferente de las restantes realidades y sobre todo de los cuerpos visibles.

En la relación de Aristóteles y sólo en ella, aparece el tema de que el λόγος además de ser un mero σημεῖον, incapaz de trasladar la experiencia tal como puede ser, presenta el desdoblamiento característico de la palabra: hablar/entender: Gorg. 3bis (23). Aquí se encuentra Gorgias de nuevo frente al misterio de la comunicación, que se hace aún más difícil cuando nos encontramos con que las subjetividades son diferentes: Gorg. 3bis (24): *εἰ δὲ καὶ εἴη, φησὶν, ἐν πλείοσι καὶ ταῦτόν, οὐδὲν κωλύει μὴ ὁμοῖον φαίνεσθαι αὐτοῖς μὴ πάντῃ ὁμοίοις ἐκείνοις οὐσί καὶ ἐν τῷ αὐτῷ· εἰ γὰρ ἐν τῷ αὐτῷ ἦσαν, <εἷς> ἂν ἄλλ' οὐ δύο εἶεν. (25) φαίνεται δὲ οὐδ' αὐτὸς αὐτῷ ὁμοία αἰσθανόμενος ἐν τῷ αὐτῷ χρόνῳ, ἀλλ' ἕτερα τῇ ἀκοῇ καὶ τῇ ὄψει καὶ νῦν τε καὶ πάλαι διαφόρως. ὥστε σχολῆ ἄλλω γ' ἂν ταῦτό αἰσθητοῖς τις.*

En esta imposibilidad de comunicación a causa de las diferentes subjetividades de cada uno se nota la influencia de la teoría de la relatividad humana de Protágoras. Es aquí donde de nuevo se encuentran ambos sofistas desde su coincidencia en que el conocimiento no es otra cosa que la experiencia sensible o la sensación.

¿En qué consiste ese λόγος? Como veíamos ya en Demócrito (cf. supra I.1.III.1; y v. también sobre Heráclito supra I.1.II.3) es un σῶμα: Gorg. B 11 (8): *λόγος δυνάστης μέγας ἐστίν, ὅς σμικροτάτῳ σώματι καὶ ἀφανεστάτῳ θειότατα ἔργα ἀποτελεῖ*: 'la lengua es un gran poderoso, que con un cuerpo pequeñísimo e invisibilísimo realiza las obras más divinas'<sup>1</sup>. Se trata de una materia sutil e invisible que actúa como algo tiránico con un poder casi mágico, más potente a veces que otras fuerzas naturales: puede acabar con el miedo, o el dolor, provocar la compasión. Produce en el alma *τι πάθημα*: las palabras oportunas basadas en un conocimiento de los fallos psicológicos del otro son *ἐπωδαί* 'hechizos' que cambian (*μετέστησεν*) el alma de la persona afectada. La verdad objetiva no interviene para nada y la palabra persuasiva actúa como la violencia. Helena convencida con palabras sufre una violencia igual que si hubiera sido raptada por la fuerza. Además: B 11 (12) *ὁ μὲν πείσας ὡς ἀναγκάσας ἀδικεῖ, ἡ δὲ πεισθεῖσα ὡς ἀναγκασθεῖσα τῷ λόγῳ μάτην ἀκούει κακῶς.*

Se llega a la conclusión de que el que convence, en cuanto ejerce esa *ἀπάτη*

<sup>1</sup> Creo un error traducir *σμικροτάτῳ σώματι καὶ ἀφανεστάτῳ* por 'con la lengua' humana como hace Immisch, O., *Gorgiae Helena*, Berlín 1927, p. 23, lo que le obliga a introducir un *<σώματι>* tras *ἀφανεστάτῳ* para darle sentido. Untersteiner en *Sofisti, Op. cit.* II, n. en p. 98, acepta esa traducción ambiguamente aunque no sigue el texto de Immisch sino el de Diels.

injustamente, abusa de su fuerza y obra mal, pero la persona convencida, aunque cometa una acción aparentemente mala, está eximida de culpa, ya que es como si fuera obligada por la violencia.

El *lóγος* en la persuasión es algo semejante a variados *φάρμακα* que hay que emplear según las distintas enfermedades y distintos enfermos. Para cada caso hay que usar la palabra exacta según el *καιρός* y se producirá el deseado efecto persuasivo.

Las ideas de Gorgias sobre el significado se unen en una doctrina general sobre la *πειθώ* y las artes, incluso las plásticas. Ya hemos dicho algo de cómo el análisis de las artes en general está unido estrechamente a los comienzos de la lingüística<sup>1</sup>. La *πειθώ* y el arte tratan de provocar una ilusión. El arte en general viene a ser una dulce enfermedad de los sentidos (*τι πάθημα*) y también un intento de expresar una realidad que nunca se consigue, de lo cual participa la lengua en sumo grado.

«La belleza singular de algo escondido se muestra cuando sabios pintores no lo pueden representar con sus probados colores, y su mucho esfuerzo y trabajo muestra en maravilloso testimonio cómo es maravillosa su interioridad... Lo que ninguna mano puede tocar, lo que ningún ojo puede ver, ¿cómo lo puede expresar la lengua o sentirlo el oído?» (*Fr. B 28*).

La búsqueda de una garantía de verdad está condenada al fracaso. En la lengua no se puede intercambiar ningún *ἄμνηρος* (v. en el *Palamedes*, *Fr. 11a (8)*) de la verdad sino que estamos inevitablemente obligados a valernos de ella y aceptar las consecuencias. No hay posibilidad de conocer la verdad a través de las palabras, que la cubren como un velo, pero no hay otro instrumental y tampoco cabe pensar que pueda progresar hasta convertirse en algo ideal. Es curioso que Gorgias no profese el optimismo de todos los demás sofistas que se ocuparon de estos temas y que más o menos pensaron que la lengua era algo perfeccionable a voluntad. Gorgias no dice nada a favor ni en contra de si sería mejor este progreso utópico; sencillamente presenta los hechos: *B 11a (35) εἰ μὲν οὖν διὰ τῶν λόγων τὴν ἀλήθειαν τῶν ἔργων καθαράν τε γενέσθαι τοῖς ἀκούουσι <καὶ> φανεράν, εὐπορος ἂν εἴη κρίσις ἤδη ἀπὸ τῶν εἰρημένων· ἐπειδὴ δὲ οὐχ οὕτως ἔχει.*

#### b) *Protágoras. Pródico*

Protágoras fue uno de los hombres más admirados de su tiempo, el *τέλεος σοφιστής*. Se le dio también el respetuoso y admirable sobrenombre de «*εἰ λόγος*», pero al mismo tiempo que se le recuerda como un *πρῶτος εὐρετής* de muchas cosas, como uno de aquellos personajes que entraron en el mito casi llegando a identificarse con dioses, la reacción contra él debió de ser muy fuerte, hasta el punto de que es uno de los primeros de quien se recuerda

<sup>1</sup> Cf. supra, I.1.III.1.

haberse hecho un auto de fe con sus obras. Estas fueron quemadas públicamente en el ágora de Atenas.

En la filosofía jonia había antecedentes de posturas relativistas<sup>1</sup>, pero es Protágoras en sus *καταβάλλοντες λόγοι* «Discursos demoleadores» quien sienta las bases de un método relativista que tiende a deshacer conceptos primitivos de valores absolutos, reorganizados dialécticamente por Platón a continuación con efectos que han llegado hasta nuestros días. Su *πάντων χρημάτων μέτρον ἐστὶν ἄνθρωπος* (Prt. B 1. 7) «tiene una traducción lingüística. El significado del signo está en función de aquel individuo o grupo humano que lo enuncia... El pasaje protagórico del *Teeteto* (166 d) en que aparece esta doctrina niega a las palabras un valor universal de verdad. Esta es una consecuencia de la epistemología protagórica cuya base lingüística consiste en la admisión de la existencia de diversos significados de una misma palabra para diversos hombres o sociedades humanas»<sup>2</sup>.

Estas palabras quedan confirmadas por otro sofista: Antifonte el Sofista, cuyo *Fr. B 1* corrupto en Diels-Kranz, es legible en la relativamente reciente versión de Morrison<sup>3</sup>: *ἐν τῷ<sup>2</sup> λέγοντι οὐδέ γε νοῦς εἷς, ἐν τε οὐδὲν αὐτῷ οὔτε ὦν ὄψει ὄρα* <ὁ ὄρω> *ἢ μακρότατα οὔτε ὦν γνώμη γινώσκει ὁ μακρότατα γινώσκων*: 'Para el que dice una sola palabra no hay un solo significado<sup>4</sup>, tampoco hay una sola cosa de las que con la vista vea el hombre que mejor vea o que con la inteligencia conozca el más inteligente conocedor.' Se declara que no hay un «significado» unitario de la «palabra» (nótese que no aparece *ὄνομα*), ni una cosa real única que corresponda a una unidad lingüística<sup>5</sup>. Esta doctrina subyace a la terminología semántica que veíamos en el *Fr. B 26* de Demócrito<sup>6</sup>.

A pesar de su relativismo, Protágoras creía que había un *ὀρθὸς λόγος*, un 'razonamiento objetivo'. El sofista es el «único capaz de establecerlo, el capaz de llevar de significados que pueden ser verdaderos pero que deben descartarse, al significado correcto. El que puede, según la frase tan repetida como alterada muchas veces, «convertir en fuerte el argumento débil», es decir, hacer aceptar el significado que a algunos les parece incorrecto. El *λόγος* es común a todos los hombres y de ahí la posibilidad de un significado con valor, a pesar de todo, general»<sup>7</sup>.

La especulación sobre el *λόγος* centrada en la búsqueda del *ὀρθὸς λόγος*, razonamiento objetivo capaz de persuadir, le lleva a descubrir en la lengua un sistema más o menos lógico, que él se esforzará en perfeccionar. Gorgias

<sup>1</sup> V. Heráclito B 61 *θάλασσα ὕδωρ καθαρότατον καὶ μιαιώτατον*, etc., o Jenófanes B 15.

<sup>2</sup> R. Adrados, F., *RO* 99, pp. 302 y 303.

<sup>3</sup> Morrison, J. H., *Op. cit.*, p. 40.

<sup>4</sup> Sobre *νοεῖν* 'significar' v. I.1.II.3.

<sup>5</sup> Morrison, J. S., *Op. cit.*, p. 44; lo mismo para Protágoras y otros sofistas en Adrados, *Op. cit.*, *RO* 36, p. 345 y ss.

<sup>6</sup> Morrison, J. S., *Op. cit.* pp. 37 y 45 compara varias veces a Antifonte con Demócrito pero no con el *Fr.* en relación con los sinónimos etc.

<sup>7</sup> Adrados, F. R., *Op. cit.*, *RO*, pp. 303-304.

se dio cuenta del carácter de signo de la lengua, Protágoras se fijó en el sistema. En la teoría de la persuasión protagorea la palabra casi mágica de Gorgias está substituida por el *ὀρθὸς λόγος*, el argumento objetivo lógico que persuade por ser un *κρείττων λόγος*. Protágoras se nos aparece como el *πρῶτος εὐρετής* de la *ὀρθοεπεία*, que más tarde se convierte en la gramática.

Todo esto va unido, como en Demócrito, a un progreso en el campo estrictamente gramatical: Protágoras sigue haciendo la crítica de los poetas antiguos, pero no desde un punto de vista etimologizante o alegórico sino gramatical (cf. *Fr. B 28, 29*). No se piensa ingenuamente que los *ὀνόματα* y los textos arcaicos tienen un «significado evidente» y otro «encubierto» (*ὑπόνοια*) que es el «verdadero» (aunque estas teorías en el futuro seguirán teniendo vigencia por motivos religiosos y filosóficos) sino que el significado plantea problemas que los sofistas y luego Platón abordarán cada uno a su manera<sup>1</sup>.

La *ὀρθότης* es a la vez la corrección formal más la oportunidad en la selección del término, algo así como forma más función; eso equivale a «significado» para casi todos los sofistas; en algún caso podemos encontrar *ὀρθότης* = *δύναμις*. Sócrates cita entre las actividades de Hipias la *περὶ ῥυθμῶν καὶ ἁρμονιῶν καὶ γραμμάτων ὀρθότητος* en *Hr. Min.* 368 d, un posible título del sofista. En *Hr. Ma.* 285 b se repite esto como *περὶ γραμμάτων δυναμέως καὶ συλλαβῶν καὶ ῥυθμῶν*. Cabe pensar que al identificarse *ὀρθότης* con *δύναμις* se daba a cada letra un «significado», siguiendo tal vez una doctrina de Demócrito o Leucipo, en un sentido que desconocemos, pero que probablemente Platón aprovecha en el *Cratilo*.

Protágoras empieza por reprender a los antiguos poetas el uso incorrecto de palabras, tiempos y modos, etc. *V. Prt. A 25-29*. Esto está dentro de las sistematizaciones que introdujo en la *ὀρθοεπεία*, entre las que también figuran la división de los tiempos del verbo y las formas del discurso. Muy interesante es también su división de los géneros, en *ἄρρενα καὶ θήλεια*, que se ha mantenido casi sin modificaciones hasta nuestros días. Basándose en una interpretación sexualista y por lo tanto, semántica, se advierte que lo buscado es una corrección formal que se manifiesta sobre todo en la concordancia. Como en el fondo la lengua es una convención humana, es una obligación el mejorar y rehacer esta convención en favor del *ὀρθὸς λόγος*.

Como vemos, la lengua no es expresión del pensamiento o de la realidad sino que mantiene su carácter de sistema convencional que puede, si no modificarse a voluntad, por lo menos perfeccionarse hasta el punto que sea *κατὰ τὸν ὀρθότατον λόγον*. Basándose en este rigor formalista, no le importa forzar la lengua: *μήνις* y *πήληξ* son femeninos en griego, pero según Protágoras debieran ser masculinos. De nuevo incurre Homero en un *σολοικισμός* cuando dice *μήνιν οὐλομένην*. Según Protágoras, esta frase de Homero a los ojos de la gente no es un solecismo y sin embargo si dijera *μήνις*

<sup>1</sup> V. algo de esta polémica en relación con Antístenes en Tate, J., «Antistenes was not an allegorist», *Eranos* 51, 1953, pp. 14-22.

οὐλόμενος, que sería lo correcto según la *ὀρθοεπεία*, parecería ante los demás una cosa incorrecta. Pero al fijar Protágoras su atención en el aspecto puramente formal de la lengua y desdeñar el «significado» unitario que primitivamente se creía que unía «cosa» y «nombre», dio un paso que llamó la atención de los antiguos: *Prt. A 1: (51) πρῶτος ἔφη δύο λόγους εἶναι περὶ παντὸς πράγματος ἀντικειμένους ἀλλήλοις ... (52) καὶ τὴν διάνοιαν πρὸς τοῦνομα διέλεχθη.*

Sólo Pródico se aparta de los demás sofistas por su creencia en un «significado» unitario tras de cada «palabra». Debió de ser el único y el primero que hizo de forma sistemática un estudio semántico. Esto lo sabemos, más que por las diversas *διαίρέσεις ὀνομάτων* que figuran en varios diálogos de Platón, por tres citas reunidas en el *Fr. A 19* de la edición de Untersteiner<sup>1</sup>. En una de ellas se nos dice que: *ἐπειράτο ἐκάστῳ τῶν ὀνομάτων ἴδιόν τι σημαίνόμενον ὑποτάσσειν.* Cada *ὄνομα* debe tener asignado un «significado propio»: se une *ὄνομα* a una unidad de significado.

Pródico considera esta investigación un *μάθημα περὶ τῶν ὀνομάτων ὀρθότητος*. De ahí la mal llamada sinonimia de Pródico, que es todo lo contrario: según Pródico no existen sinónimos totales; cada *ὄνομα* (que ya puede incluir adjetivos, adverbios, verbos) tiene su *ἴδιον τι σημαίνόμενον*, encontrándonos así ante una de las cuestiones cruciales de la semántica, desde que empezaron, casi en nuestros días, los tratados de esta disciplina.

Las diferencias entre aparentes sinónimos, son hechas por Pródico no por medio de etimologías<sup>2</sup> (aunque algunas veces sí ocurre: cf. *Fr B 4* sobre *φλώγω / φλέγμα*), sino por restricciones de tipo semántico: *ἀμφισβητέω* sólo puede aplicarse al 'discurrir' entre amigos, *ἐρίζω* entre personas que son enemigos; *εὐφραίνεσθαι* es 'alegrarse' de forma elevada o espiritual, *ἡδεσθαι* es por comer u otro placer corpóreo, etc. Según Momigliano<sup>3</sup>, el intento de demostrar que los sinónimos son sólo aparentes, cosa que se demuestra en cuanto se les aplica el método semántico citado, responde a un intento de refutación de la teoría de Demócrito sobre el convencionalismo de los nombres. El que cada palabra responda a una cosa o acción inequívocamente tiene impacto en Antístenes, que convierte la teoría de la no existencia real de sinónimos en la de la impredicabilidad del sujeto y rechaza así la *πολυτροπία λόγου* de su maestro Gorgias representando una reacción contra la gran sofística en general<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Adrados, F. R., *Op. cit.*, *RO*, pp. 299-300: «La sinonimia de Pródico... está en la línea socrática de postular una realidad articulada en entidades a cada una de las cuales responde una palabra distinta».

<sup>2</sup> Sobre la discusión de si Pródico usó el método etimológico o no, v. Untersteiner, *Op. cit.*, nn. 41 y 42, capítulo XI.

<sup>3</sup> Momigliano, A., «Prodicus di Ceo e le dottrine del linguaggio da Democrito ai Cinici», *Atti della Accademia di Scienze di Torino*, 115, 1930, p. 102.

<sup>4</sup> Momigliano A., *Op. cit.*, pp. 104-107.

## IV. PLATON

## 1. ETIMOLOGÍA, ANÁLISIS COMPONENTIAL Y SIGNIFICADO

Los análisis lingüísticos de Platón decidirán siglos de orientación, aunque sus clasificaciones de frases y clases de palabras no sean tan claras y sistemáticas como se ha deseado ver. Platón consideraba el problema de la lengua como importante pero difícil (τὸ περὶ τῶν ὀνομάτων οὐ μικρὸν τυγχάνει ὄν μάθημα, *Cra.* 384b) y que no se dejaba abordar cómodamente, dado el nivel de conocimientos gramaticales de su época. En el *Cratilo*<sup>1</sup> se barajan teorías muy generales de Heráclito, Demócrito y los sofistas; otras veces se rechazan para intentar acoplar las ideas alegorizantes y etimologizantes propias de la educación anterior a la Sofística.

El propio personaje Cratilo defiende que hay una cierta ὀρθότης o 'corrección' natural en la relación entre el nombre y τὰ ὄντα nombradas. Esto ocurre igualmente en el griego y las lenguas bárbaras (*Cra.* 383a). Para otro personaje, Hermógenes, no hay más ὀρθότης del «nombre» que la que pueda existir por acuerdo y convención (*Cra.* 384c.) Esto se basa en que los nombres de los esclavos pueden ser cambiados voluntariamente. El ὄνομα puede ser dado por un ἰδιώτης un 'particular' o colectivamente por «acuerdo» (συνθήκη) de la ciudad.

Cuando hablamos ahora del significado como algo «convencional» estamos bastante lejos de la συνθήκη y ὁμολογία de la época platónica, en la que todavía se piensa que se podría llegar en una πόλις a nombrar las cosas por un «acuerdo» encabezado por un νομοθέτης también ὀνοματοργός y conocedor de algunos de los puntos de apoyo del nombre en la realidad. Pues para Platón el nombre será una μίμησις del objeto parcialmente apoyada en la realidad.

En *Cra.* 385c se comienza la aproximación a la lengua empezando por un intento de segmentación en unidades mínimas. Platón insiste también en que el proceder del lingüista debe ser como el del pintor que llega a conseguir colores a través de la síntesis de otros (*Cra.* 424e)<sup>2</sup>. Λόγος es una secuencia más o menos larga, con una cierta organización (p. ej., el diálogo *Cratilo* es también un λόγος, *Cra.* 383a) y virtualmente, toda la lengua. Esto ya se

<sup>1</sup> Para el *Cratilo* hemos utilizado la edición de Méridier, L., Paris (B) 1950<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> La imagen del pintor o dibujante vuelve en el *Filebo*, donde se generaliza más que en el *Cratilo* sobre la relación entre pensamiento y lengua: las cosas que se dice uno en su interior (*Phlb.* 38e) se desarrollan en «voz» (φωνή) al contárselas a otro y así, en ese momento, lo que es δόξα se convierte en λόγος. Sócrates sigue diciendo que nuestras ψυχαί se parecen a un libro (o rollo). En este βιβλίον el conjunto de memorias y reflexiones escribe λόγοι verdaderos o falsos. A su vez hay una especie de ζωγράφος que pinta en nuestra alma las imágenes correspondientes a lo dicho (39b). Probablemente en este pasaje se encuentra el antecedente inmediato del λόγος ἐνδιάθετος / λόγος προφορικῶς estoico, que tendrá tal influencia en la literatura judeo cristiana.

encuentra en los sofistas (v. supra I.2.III.2). A esa altura del diálogo se llega a la conclusión de que *ὄνομα* es la unidad más pequeña del *λόγος*. *ὄνομα* es el *ὄργανον* del acto de hablar, *λέγειν*, del que es parte *ὀνομάζειν* (*Cra.* 387e, 388a). De todas formas, esa cierta relación entre nombre/nombrado es difícil de captar. ¿Qué se puede hacer? Ir a los sofistas es caro y poco eficaz, como dice Sócrates y hace decir a Hermógenes. Considera, pues, Sócrates que hay que volverse a la garantía de lo tradicional, a Homero y a la elucidación de sus *γλῶσσαι*. Es decir, hay una vuelta a las etimologías y a la teoría de los *ὀνόματα* en relación con una teoría general de los «nombres propios». Le llaman la atención también los dobles nombres de Homero: palabras de los dioses y de los hombres, diferentes nombres de las personas, faceta en verdad curiosa de Homero. Para ello Sócrates sigue los pasos más tradicionales: 1., se hacen las etimologías de los nombres de los dioses, 2., las de los astros y fenómenos naturales; el sol, el fuego, etc., considerados también como dioses, 3., los nombres de nociones intelectuales y morales: *φρόνησις*, *νόησις*, etc. En total son *ὀνόματα* los nombres propios, los comunes dentro de la jerarquización semántica de clases de palabras y los adjetivos substantivados, *τὸ ἀγαθόν*, *τὸ καλόν*, etc.

Estas etimologías proceden de una inspiración comparable a las genealogías hesiódicas de tipo aé dico que dice Sócrates le han sido infundidas por Eutifrón, una especie de sacerdote que aparece como la antítesis de los sofistas (*Cra.* 396d, e).

Las etimologías son desde el punto de vista moderno en el 95 % de los casos acientíficas y descabelladas: Platón insiste en que para hacerlas da lo mismo quitar un *φθόγγος*, un 'sonido' o una letra, o ponerla a voluntad. Igual que un médico da diferentes fármacos a un enfermo pero su *δύναμις*, su 'virtud' es la misma (*Cra.* 394a), la *δύναμις*, aquí ya el 'significado', de un *ὄνομα* es el mismo aunque se le quite o se le añada una letra. Y es que en principio el *ὄνομα* es una unidad exclusivamente de significado que ni siquiera debe tener una representación formal fija, que se etimologiza o define por medio de otros términos. No sólo se puede con toda tranquilidad substituir una letra por otra sin que cambie la *οὐσία* o la *δύναμις* del *ὄνομα* (*Cra.* 393d), sino que también supone que se puede substituir un *ὄνομα* dentro de un *λόγος* y un *λόγος* dentro de otro *λόγος*. Tenemos aquí una jerarquización de unidades que no es tan fácil de diferenciar como tradicionalmente se cree: 1. ¿Qué es lo que no es *ὄνομα* y sirve para definirlo? Son *ῥήματα* 'series de palabras': alguna vez una, otras dos (*ἀλήθεια* p. ej.; viene de *ἄλη* y *θεία* 'peregrinación divina'); otras veces se definen por medio de palabras totalmente inventadas por Platón, por frases enteras, etc. Se nos ha dicho con frecuencia que la división entre *ὄνομα* / *ῥήμα* es sustantivo/verbo, pero esto solamente está algo claro en un diálogo posterior, el *Sofista* 262a ss. Como bien dice R. Adrados<sup>1</sup>, «traducción

<sup>1</sup> Adrados, F. R., *RO* 96, 1971, p. 363.

<sup>2</sup> Steinthal, *ob. cit.*, I, pp. 137-142.

equivocada». Hay que seguir todavía a Steinthal<sup>2</sup> en este caso, en la suposición de que ῥήματα es para Platón todo lo que no es ὀνόματα, es decir, los futuros adjetivos, pronombres, verbos que serán aislados por Aristóteles y los Estoicos. O, como dice también R. Adrados, siguiendo a Prauss, «sintagma o grupo de palabras en función de una palabra»<sup>1</sup>. Así se advierte en la *Carta VII* (342b): para llegar al conocimiento de τὰ ὄντα hay que servirse forzosamente de cuatro elementos: ὄνομα, λόγος, εἶδωλον, ἐπιστήμη. Existe algo llamado κύκλος cuyo nombre es precisamente ése. Viene después su λόγος 'explicación' o «el hecho de dar cuenta de la cosa», compuesto a su vez de ὀνόματα y ῥήματα. La «explicación» de κύκλος es: τὸ γὰρ ἐν τῶν ἐσχάτων ἐπὶ τὸ μέσον ἴσον ἀπέχον πάντη. Algo parecido puede encontrarse en *Lg.* 395d: los elementos del conocimiento son οὐσία, λόγος τῆς οὐσίας, τὸ ὄνομα. Está claro que el λόγος no está formalizado como sujeto + verbo sino como sujeto + una serie de palabras o sintagmas relacionados, válidos para explicar una οὐσία, lo que también se ha llamado «determinaciones predicativas»<sup>2</sup>.

Ahora bien, al indagar por qué se dice un ὄνομα hay que hacer una «etimología» a base de ῥήματα; a su vez hay que etimologizar esos ῥήματα ¿Cuándo habrá de acabar esta cadena sin fin? Fijándose en la escritura alfabética y en que es el resultado de un análisis en unidades fonéticas mínimas llamadas στοιχεῖα 'rasgos gráficos en renglón'<sup>3</sup>, Platón supone la existencia de unos ὀνόματα que sean como στοιχεῖα, es decir, rasgos mínimos semánticos componenciales de un ὄνομα. Es lástima que este curioso intento de análisis componencial semántico<sup>4</sup> esté basado en dar a cada letra o sonido un valor semántico o casi onomatopéyico<sup>5</sup>. Este método se justifica con la aplicación de la teoría de los nombres propios griegos, método que usará Aristóteles y que no desaparecerá hasta los Estoicos. Si el ῥήμα «Δι φίλος» puede ser reescrito en el nombre propio Δίφιλος con eliminación de una ι y alteración del acento, será posible aplicarlo a todo tipo de ῥήματα (*Cra.* 399a, b). Cada letra o fonema tendría una nota semántica primaria (la ρ la movilidad, la ι la ligereza, etc.) que combinándose en sílabas compondrían el significado de un ὄνομα dado. Es interesante esta insistencia de Platón en el conjunto γράμματα καὶ συλλαβαί que busca tener su correlato en ὀνόματα καὶ ῥήματα en *Cra.* 424e.

<sup>1</sup> Adrados, F. R., *RO* 96, p. 363; Prauss, G., *Platon und der logischer Eleatismus*, Berlin 1966.

<sup>2</sup> Pasquali, G., *Le lettere di Platone*, Florencia 1938, p. 95. ῥήματα equivale indiscutiblemente a demostrativos (τοῦτο, τόδε, τὸ τοιοῦτον) y no verbos en *Ti.* 49e. V. otros usos muy generales de ῥήματα en *Rep.* 462c, *Smp.* 198b. Añádase entre otros textos extraplatónicos Isocr. 15.166. Aunque, como veremos, en un diálogo tardío, el *Sofista*, se aislará dentro de ῥήματα el «verbo» como una unidad que indica acción frente al nombre (*Sph.* 262a ss., v. infra).

<sup>3</sup> El recurrir a las letras como στοιχεῖα y como γράμματα y al valor que tiene su orden en la secuencia oral o escrita, reaparece en Platón: v. *Sph.* 253 a y n. 1 en la ed. de Diès, A., Paris (B) 1925. V. tb. *Phlb* 18b.

<sup>4</sup> Tal vez procedente del Sofista Hipias y antes de Demócrito; v. supra y Pfeiffer, R., pp. 53 y 60.

<sup>5</sup> V. Belardi, W., «Platone e Aristotele e la dottrina sulle lettere e la sillaba», *Problemi di cultura linguistica nella la Grecia classica*, Roma 1972, pp. 21-102.



## 2. ORDEN, COMBINACIÓN Y SIGNIFICADO

Piensa probablemente Platón que alguna solución pueda darse a la existencia del significado resultante de la combinación de *γράμματα καὶ συλλαβαί* por el orden en el que se producen. Platón se da cuenta de que la suma de rasgos semánticos no produce un todo que sea una fórmula o *λόγος* análogo a lo nombrado, problema que sigue planteándose hasta nuestros días. Cuando Cratilo reprocha a Sócrates el carácter poco científico de quitar y poner letras a voluntad para llegar a hacer las etimologías a su manera (*Cra.* 432a), Sócrates dice que, efectivamente, con un numeral, si se quita o se añade algo, es otro número, pero para los *ὀνόματα* no se puede aplicar este rigor. En el *Teeteto* se vuelve sobre ello, hablándose indistintamente de *στοιχεῖα* 'elementos primarios gráficos y fonéticos' a la vez que simples 'elementos primarios' constitutivos de todo ser. Los *στοιχεῖα* son *ἄλογα* 'no dan cuenta' de lo nombrado, mientras que su combinación en *συλλαβαί*, *λόγον ἔχουσι* 'dan cuenta' (*Tht.* 203a). Sin embargo, este *λόγος* de lo nombrado no es la suma de los *στοιχεῖα*. Para Sócrates hay aquí un *καλὸς λόγος* pero que se nos escapa (*Tht.* 203d). Hay que pensar que una cosa es la combinación en la sílaba (tiene *ιδέαν μίαν*), otra los elementos por separado (203e). Pero igualmente la descomposición del nombre en sílabas también tiene *ἀλογία* 'no es una explicación', no da cuenta real de lo nombrado (*Tht.* 207c).

En el *Tht.* 208b se espera que alguna solución pueda darse a través del orden o el sentido en que van realizadas las combinaciones de *στοιχεῖα / συλλαβαί*. Este orden casi *στοιχηδόν* que ya se expresa en *Cra.* 422a, se extiende en *Sph.* 261d a unidades más grandes: los *ὀνόματα* dichos en un cierto orden *τι δηλοῦντα*, indicando algo, se acuerdan entre sí pero los *ὀνόματα τῇ συνεχείᾳ μηδὲν σημαίνοντα* son discordantes. Para explicar o dar cuenta de la *οὐσία* hay dos tipos de *δηλώματα*: *ὀνόματα* y *ῥήματα*. En cuanto a los *ὀνόματα*, en el *Cratilo* se llega a la conclusión de que son *δηλώματα τοῦ πράγματος* y están compuestos de *στοιχεῖα* primarios o sea unidades de significado primarias. En el *Sofista* los *δηλώματα*, ya más claramente como «nombres»/«verbos», pueden formar *λόγος* sólo en un cierto orden y combinación (*Sph.* 262a ss.): decir *βαδίζει, τρέχει, καθεύδει* etc., o *λέων, ἔλαφος, ἵππος*, no es una secuencia lingüística: el germen de un *λόγος* es p. ej., *ἄνθρωπος βαδίζει*. Este tipo de *λόγος* es el elemental, «el más pequeño y primero» (*ἐλάχιστός τε καὶ πρῶτος Sph.* 262c). Puede pensarse pues que *ῥήματα* es una unidad combinatoria de unidades de significado que unas veces incluye a *ὀνόματα*, otras se le opone hasta llegar, con el progreso gramatical, a ser algo totalmente diferenciado, el «verbo» frente al «nombre»<sup>1</sup>.

La importancia del desglose del *λόγος* o frase en *ὄνομα / ῥήμα* ejercerá una

<sup>1</sup> Sobre este proceso v. Pagliaro, A., «La nozione di ῥήμα» en «Il capitolo linguistico della «Poetica» di Aristotele», cap. II, *Ricerche Linguistiche* 3, 1954, pp. 51-55.

importancia decisiva en el futuro. Aristóteles precisará cada vez más ῥῆμα como el verbo, aunque, como veremos, todavía se encuentran en él restos de la antigua indiferenciación previa a la distinción nombre/verbo. A filósofos y gramáticos futuros les será difícil salir de esta división que, aún hoy, con la gramática generativa, se reconoce como la NP y VP de la primera regla de rescritura: λόγος A → ὄνομα NP + ῥῆμα VP<sup>1</sup>.

## V. ARISTOTELES

### 1. TEORÍAS SEMÁNTICAS GENERALES Y TEORÍAS DEL SÍMBOLO Y EL SIGNO

Generalmente se suele decir que a Aristóteles las cuestiones lingüísticas le interesan sólo como estudioso y sistematizador de la lógica. En realidad no se puede precisar todavía qué es lógica y qué es gramática. La verdad es que las sistematizaciones aristotélicas llevan en último lugar a una semántica al servicio de frases verdaderas/falsas, afirmativas/negativas, para las que tienen que definirse más claramente realidades existentes en la lengua, preparando así el campo para casi todos los lógicos y gramáticos posteriores. Es más, el análisis lingüístico de Aristóteles está también destinado a ser una aproximación a gran variedad de campos, el ético, el político y muy notablemente el poético<sup>2</sup>. Lo que es importante desde nuestro punto de vista es que estas aproximaciones y sus sistematizaciones están basadas en una teoría semántica, aunque dispersa y a veces inconsistente aparentemente. Según ha investigado Belardi<sup>3</sup> los campos semántico-lingüístico y lógico están en Aristóteles más claramente deslindadas de lo que nos han hecho creer siglos de especulación sobre categorías aristotélicas forzosamente mal traducidas y fosilizadas. Τραγέλαφος no existe y sin embargo su nombre σημαίνει μὲν τι, *Int.* 16<sup>a</sup>, como también todo λόγος es σημαντικός aunque no necesariamente ἀποφαντικός. Solamente cuando τραγέλαφος está inserto en un juicio con ἐστὶ pasamos a un grado ontológico desde el puramente lingüístico. «Algo significa su definición (λόγος) o nombre (ὄνομα) cuando digo τραγέλαφος pero, qué cosa es, es imposible saberlo» (*APo.* 92<sup>b</sup> 6). La ciencia de los nombres y la del conocimiento objetivo son cosas diferentes, con la curiosa particularidad, que supera las concepciones lingüísticas anteriores, de que la lengua provee un conocimiento que se prolonga incluso en el no-ser. Otras veces la lengua muestra carencias y despilfarros notables: no hay correspondencia exacta entre cosas y nom-

<sup>1</sup> Robins, R. H., «The development of the Word Class System of the European grammatical tradition», *Foundations of Language* 2, 1966, p. 7.

<sup>2</sup> V. Mc Keon, R., «Aristotle's conception of language and the Arts of Language», *Classical Philology* 41, 1946, pp. 193-206 (continuado en 42, 1947, pp. 21-50).

<sup>3</sup> Belardi, W., *Il linguaggio nella filosofia di Aristotele*, Roma 1975, 291 pp. (en adelante Belardi), v. pp. 110 ss.

bres. En unos casos hay varios nombres para una cosa (*To.* 103 9) o nombres diferentes para cosas que evidentemente tienen algo en común: las espinas del calamar y el pescado (*σήπιον, ἄκιανθα*), el hueso de otros animales *ὄστουν* *APo.* 98<sup>a</sup> 22, o el caso de géneros literarios semejantes (*Po.* 1447<sup>b</sup> 10). Sin embargo, la lengua en su conjunto debe de ser capaz de representar y manejar simbólicamente toda la realidad: el número de los *ὀνόματα*, el léxico, es finito mientras que el número de las cosas es algo infinito; debe darse una polivalencia necesaria de los nombres (y las definiciones, los *λόγοι*) v. *SE* 165<sup>a</sup> 11<sup>1</sup>. Las cuestiones de homonimia y sinonimia, pues, están en la base de las concepciones semánticas de Aristóteles (y siguen siendo una de las más elementales aproximaciones a la cuestión). El principio del *περὶ ἑρμηνείας* 1. 1 ss. consiste en la definición de los *δμώνυμα*: son aquellos que tienen el mismo nombre pero diferente *λόγος τῆς οὐσίας* 'definición' o 'explicación'. Todo esto va unido a una cierta dependencia de la forma al contenido<sup>2</sup>, como ya veíamos en Platón; también se ha dicho que las categorías aristotélicas son abstracciones a partir de categorías puramente gramaticales de la propia lengua griega<sup>3</sup>. Pero hay que hacer notar que esas categorías todavía estaban muy poco precisadas dado el nivel del momento de la gramática griega: el propio Aristóteles contribuyó a esa fijación y precisión. Un ejemplo, pueden ser los diez modos del ser en *Topica* 103<sup>b</sup> 20 ss. y *Categorías* 1<sup>b</sup>. 25 ss. Se parte de categorías parcialmente morfológicas, aunque definidas semánticamente; pero otras son irreducibles a categorías morfológicas como el *πρός τι*, el *κείσθαι* y el *ἔχειν* que se refieren exclusivamente a rasgos semánticos generalizados.

La parte más sistemática de la teoría de Aristóteles puede encontrarse en el *περὶ ἑρμηνείας*, caps. 1-3. Parece evidente que Aristóteles empieza por poner orden en las teorías heredadas de Platón fundamentalmente. La imprecisión *ὄνομα ῥῆμα* queda definida como nombre/verbo, pasando a continuación a consideraciones ya puramente lógicas: *Int.* 16<sup>a</sup> 1, *Πρώτον δεῖ θέσθαι τί ὄνομα καὶ τί ῥῆμα, ἔπειτα τί ἐστὶν ἀπόφασις καὶ κατάφασις καὶ ἀπόφανσις καὶ λόγος.* "Ἔστι μὲν οὖν τὰ ἐν τῇ φωνῇ τῶν ἐν τῇ ψυχῇ παθημάτων σύμβολα, καὶ τὰ γραφόμενα τῶν ἐν τῇ φωνῇ. καὶ ὡς περ οὐδὲ γράμματα πᾶσι τὰ αὐτά, οὐδὲ φωναὶ αἱ αὐταί. ὦν μέντοι ταῦτα σημεῖα πρώτων, ταῦτα πᾶσι παθήματα τῆς ψυχῆς, καὶ ὦν ταῦτα ὁμοιώματα πράγματα ἤδη ταῦτά. Φωνή es la voz humana o animal y puede analizarse en elementos que son *σύμβολα τῶν ἐν τῇ ψυχῇ*; los elementos lingüísticos son, pues, símbolos de los *παθήματα* del alma. Qué son estos *παθήματα* ha sido y sigue siendo una ardua labor de interpretación. Belardi<sup>4</sup> interpreta

<sup>1</sup> Sobre las múltiples interpretaciones de este pasaje v. Belardi, p. 138 ss.

<sup>2</sup> Belardi, pp. 167-168.

<sup>3</sup> A partir de Trendelenburg, A., *De Aristotelis categoriis*, Berlín 1833. V. en Belardi, pp. 38-61 y n. 6 ss. un resumen de esta cuestión e importantes conclusiones.

<sup>4</sup> Sobre las grandes dificultades de este pasaje con la referencia del propio Aristóteles al *De Anima*, v. Belardi, pp. 89-116, pero v. Ackrill, J. L., *Categories and de Interpretatione*, Oxford 1974, com. a 16<sup>a</sup> 3 en p. 113.

estos «afectos» del alma como el primer nivel psíquico, seguidos de las «imágenes» y finalmente de los «conceptos». Pero ciertas interpretaciones de este pasaje han llevado a la definición por muchos siglos (casi hasta el XVIII) de la lengua como expresión del pensamiento, a pesar de que esos παθήματα son un término tan vago como podrían ser los ῥήματα de Platón. A continuación ejemplifica la relación de los elementos lingüísticos, símbolos de ἐν τῇ ψυχῇ παθήματα con las letras «símbolos» de τῶν ἐν τῇ φωνῇ, poniendo las cosas en su sitio respecto a la confusa relación lengua/escritura que puede observarse con frecuencia en los escritos de Platón. El hecho de que los alfabetos difieran entre sí es utilizado también para apoyar su teoría del carácter convencional de las unidades lingüísticas<sup>1</sup>. El esquema puede sintetizarse así: los παθήματα interiores son los mismos para todos los hombres. También los πράγματα externos, de los que los παθήματα, son ὁμοιώματα o 'semejanzas', son iguales para todos. En medio queda la lengua y su ulterior símbolo o mayor formalización, la escritura, diferentes para cada pueblo.

Pero ¿qué son estos σύμβολα y σημεῖα que forman lo esencial del fenómeno lingüístico? Ya desde la sofística se identifica la lengua con un σημεῖον (Gorgias B 3 bis (22)) y en el discutido mito atribuido por unos a Demócrito, por otros a Protágoras (*Vorsokr.*, Democr. B 5.1) se dice que los hombres primitivos, llegado cierto momento en la creación del lenguaje, al comenzar a distinguir las λέξεις, τῆς φωνῆς δ' ἀσήμευ καὶ συγκεχυμένης οὔσης ἐκ τοῦ κατ' ὀλίγον διαρθροῦν τὰς λέξεις, καὶ ἀλλήλους τιθέντας σύμβολα περὶ ἐκάστου τῶν ὑποκειμένων γνώριμον σφίσι αὐτοῖς ποιῆσαι τὴν περὶ ἀπάντων ἑρμηνείας. Aristóteles recogió la teoría incipiente del signo, que tanto desarrollo tendrá en la época posterior helenística (v. infra). Belardi<sup>2</sup> recuerda para la interpretación de este denso pasaje del περὶ ἑρμηνείας el significado etimológico de σύμβολον, que en griego es mucho más frecuente que el abstracto de «símbolo»<sup>3</sup>. Σύμβολον es en principio cualquiera de las partes o matrices de un astrágalo, placa de arcilla o de otro elemento partido intencionalmente a efectos de futura identificación o contraseña; la palabra es la otra mitad que en el περὶ ἑρμηνείας encaja con un πάθημα ἐν τῇ ψυχῇ previo un acuerdo o συνθήκη. En *SE* 165<sup>a</sup> 11 se dice que los ὀνόματα se usan como σύμβολα o contraseñas convencionales en lugar de las cosas. Manejamos estas contraseñas en lugar de las cosas de igual manera que los que hacen cuentas manejan ψήφη o piedrecillas o fichas para contar. La comparación de los ὀνόματα con los *calculi* tal vez sea intencionada también en el sentido de que el «significado» numérico de los ψήφη usados para contar viene dado por representar estos valores simbólicos polivalentes que se precisan por su posición relativa dentro del ábaco<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Kretzmann, p. 362. V. Coseriu, E., «L'arbitraire du signe: Zur Spätgeschichte eines aristotelischen Begriffes», *Archiv* 204, pp. 81-112.

<sup>2</sup> Belardi, v. pp. 82, 83, 198-202.

<sup>3</sup> V. *LSJ* s.v.

<sup>4</sup> V. Heath, Th., *A History of Greek Mathematics*, Oxford 1921, I, p. 46 ss.

Aristóteles en el *περὶ ἑρμηνείας* pasa a hacer una definición sistemática de los elementos lingüísticos significativos. En la *Poética* hará lo mismo también con elementos lingüísticos no significativos, para lo que tendrá que apoyarse en criterios sintácticos o de posición en la cadena hablada.

## 2. UNIDADES LINGÜÍSTICAS SIGNIFICATIVAS

### a) ὄνομα

En el *Int.* 16<sup>a</sup> 19 (v. tb. *Po.* 1457<sup>a</sup> 10) se dice: "Ὄνομα μὲν οὖν ἐστὶ φωνῆ σημαντικῆ κατὰ συνθήκην ἄνευ χρόνου, ἧς μὴδὲν μέρος ἐστὶ σημαντικὸν κεχωρισμένον· ἐν γὰρ τῷ Κάλλιπος τὸ ἵππος οὐδὲν καθ' αὐτὸ σημαίνει, ὥσπερ ἐν τῷ λόγῳ τῷ καλὸς ἵππος. οὐ μὴν οὐδ' ὥσπερ ἐν τοῖς ἀπλοῖς ὀνόμασιν, οὕτως ἔχει καὶ ἐν τοῖς πεπλεγμένοις· ἐν ἐκείνοις μὲν γὰρ οὐδαμῶς τὸ μέρος σημαντικόν, ἐν δὲ τούτοις βούλεται μὲν, ἀλλ' οὐδενὸς κεχωρισμένον, οἷον ἐν τῷ ἐπακτροκέλης τὸ κελῆς. τὸ δὲ κατὰ συνθήκην, ὅτι φύσει τῶν ὀνομάτων οὐδὲν ἐστίν, ἀλλ' ὅταν γένηται σύμβολον· ἐπεὶ δηλοῦσί γέ τι καὶ οἱ ἀγράμματοι ψόφοι, οἷον θηρίων, ὧν οὐδὲν ἐστὶν ὄνομα.

Después de esta definición Aristóteles explica en primer lugar la última condición: el sentido unitario de ὄνομα frente al análisis componencial que ofrecía Platón en el *Cratilo*. Ni siquiera los nombres compuestos tienen un significado compuesto: ἵππος no es autónomo en el nombre propio Κάλλιπος, mientras que en καλὸς ἵππος cada una de las palabras tiene su significado autónomo. El hecho de que en la lengua la suma de los elementos no da el resultado que sería de esperar, es algo que ya preocupaba, como hemos visto, a Platón. Aristóteles también lo tiene en cuenta, utilizándolo para ejemplificar sus teorías de la forma y la sustancia (*Metaph.* 1041<sup>b</sup> 16-19).

Para Aristóteles, el nombre recubre de forma unitaria, no analítica, lo que puede descomponerse en un λόγος o 'explicación' o en el ya formalizado ὀρισμός o 'definición' con los que sería permutable (v. *Ph.* 184<sup>a</sup> 24). El nombre κύκλος abstrae de forma unitaria y global un λόγος o ὀρισμός καθ' ἑκαστα. Ἄνθρωπος puede ser sustituible, aunque no en la cadena hablada, por ζῶον θνητόν, ὑπόπουον, δίπουον, ἄπερον *APo.* 92<sup>a</sup> 1<sup>1</sup>. Frente al ὄνομα que recubre una realidad definible y es lo mismo que su definición (τὸ ὄνομα καὶ ὁ λόγος τὸ αὐτὸ σημαίνει, *Top.* 162<sup>b</sup> 37), Aristóteles coloca οὐκ ἄνθρωπος (*Int.* 16<sup>a</sup> 30), del que no puede decirse que sea un ὄνομα sino sólo un ἀόριστον ὄνομα que puede recubrir de manera indefinible todo lo que no es ἄνθρωπος.

La definición del nombre en Aristóteles recuerda todavía la tradición lingüística basada en teorías sobre los nombres propios (v. supra 1), que sirve también para apoyar la teoría del «nombre» κατὰ συνθήκην 'convencional', cosa que ya se discutía en el *Cratilo* ejemplificándolo con los nombres

<sup>1</sup> V. Belardi, pp. 138, 143, 174-178; Pagliaro, A., «Il capitolo linguistico della Poetica di Aristotele», *Ricerche Linguistiche* 3, 1954, p. 37 n. 2 (en adelante «Cap. Ling. Poet.»)

proprios que se «ponen» por simple «acuerdo». Aristóteles afirma que el nombre es «convencional», no habiendo ninguna relación natural entre el nombre y lo nombrado: la única relación consiste en que el primero es símbolo del segundo.

También subraya el carácter específicamente lingüístico del ὄνομα comparándolo con los ψόφοι ἀγράμματοι, los 'sonidos inanalizables fonéticamente', de los animales que significan algo, pero no son ὀνόματα.

Otra condición importante es el hecho de que el nombre no expresa tiempo, es ἄνευ χρόνου, lo que prepara la definición del verbo. Esta definición negativa tendrá una importancia gigantesca y mantendrá durante siglos el protagonismo del nombre en la semántica, la filosofía y la teoría de las partes de la oración<sup>1</sup>.

#### b) *El verbo*

*Int.* 16<sup>b</sup> 16: ῥῆμα δὲ ἐστὶ τὸ προσσημαῖνον χρόνον, οὐ μέρος οὐδὲν σημαίνει χωρὶς: ἐστὶ δὲ τῶν καθ' ἑτέρου λεγομένων σημείων. λέγω δ' ὅτι προσσημαίνει χρόνον, οἷον ὑγίεια μὲν ὄνομα, τὸ δ' ὑγιαίνει ῥῆμα: προσσημαίνει γὰρ τὸ νῦν ὑπάρχειν. καὶ αἰεὶ τῶν ὑπαρχόντων σημείον ἐστίν, οἷον τῶν καθ' ὑποκειμένου.

El verbo cumple la condición de significado unitario (ninguna parte de él tiene significado aparte) que afecta también al nombre y 'además indica tiempo'. El significar 'además' de las condiciones generales de toda unidad significativa, tendrá en el futuro las enormes consecuencias en las teorías semánticas medievales donde el concepto de la «consignificación» será uno de los temas más debatidos. En Aristóteles, la consignificación «tiempo» viene aplicada explícitamente al pasado: en la definición de ῥῆμα de la *Poética* 1457<sup>a</sup> 14 se aclara que ἄνθρωπος λευκός οὐ σημαίνει τὸ πότε, mientras que la oposición presente/pasado en el verbo se ilustra con el paradigma βαδίζει / βεβδике que ha servido para ilustrar el hecho de que ya en época de Aristóteles presente/perfecto indicaban una oposición de tiempo en lugar de la más antigua de aspecto<sup>2</sup>.

El verbo lleva también una definición paralela en *Int.* 16<sup>b</sup> 7, ἐστὶ δὲ τῶν καθ' ἑτερον λεγομένων σημείων 'es también signo de lo dicho sobre otros'. Así como el ἄνευ χρόνου del nombre prelude la definición del verbo como 'con tiempo', la segunda definición del verbo prepara la del λόγος o frase. Aquí el verbo hereda propiedades de los ῥήματα que están aún imprecisas y a veces indefinidas en Platón (salvo en el *Sofista* 262 a)<sup>3</sup> ῥήματα son elementos que sirven para expresar los atributos inherentes al nombre). Aristóteles aísla para el verbo finito esta propiedad.

<sup>1</sup> Stankiewicz, E., «The Dihtyramb to the verb in 18th and 19th Century Linguistics», *Studies in the History of Linguistics*, op. cit., p. 159 ss.

<sup>2</sup> Adrados, F., R. *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*<sup>2</sup>, Madrid, CSIC, 1974, p. 84 ss.

<sup>3</sup> Es más, en *Int.* 16<sup>b</sup> 20 Aristóteles dice ὄνομα refiriéndose a nombres y verbos, como hacia Pródico.

## I. 2 Historia de la lexicografía griega antigua y medieval

### I. INTRODUCCION

El planteamiento de los problemas de la lengua surgió muy tempranamente entre los griegos aunque de estos inicios conozcamos muy poca cosa. Si tenemos en cuenta que durante tres siglos (del 600 al 300 a. C.) los poemas homéricos fueron objeto de estudio y que estos poemas tenían ya para los griegos de esos siglos problemas de comprensión de ciertas parcelas del léxico<sup>1</sup>, se comprende fácilmente que por razones escolares surgieran léxicos o glosarios para entender muchas de sus expresiones. Esta es la tarea que llevaron a cabo οι γλωσσογράφοι (los escoliastas de Homero) a los que tan duramente ataca el gramático y también escoliasta homérico Aristarco (III/II a. C.) porque dichos γλωσσογράφοι se basaban en el contexto y no daban los verdaderos significados de las palabras<sup>2</sup>.

El caso de no comprensión de un texto por los propios griegos no ocurre sólo con Homero sino también con los antiguos textos legales como son las leyes de Dracón y Solón y las en piedra en general<sup>3</sup>.

Cuando en el siglo V surge la especulación científica en torno a la lengua, ésta corre a cargo de filósofos y sofistas. Surgen entonces problemas de lingüística general como es el del origen de la lengua. Para unos las palabras son φύσει mientras que para otros son θέσει, pero nuestro conocimiento sobre esta especulación es muy escaso: se reduce a unos pocos fragmentos transmitidos de forma indirecta<sup>4</sup>. Quizá la mejor fuente sea el *Cratilo* de Platón

---

<sup>1</sup> En el *Fr.* 222 de Aristófanes de la edición de Edmonds, uno de los personajes de la obra pregunta a otro por el significado de κόρυμβα (*Il.* 9. 241) y de ἀμενηνὰ κάρηνα (*Od.* 10. 521).

<sup>2</sup> Cf. K. Lehrs, *De Aristarchi studiis homericis*, Leipzig 1882<sup>3</sup>, p. 37 ss.

<sup>3</sup> En el mismo fragmento de Aristófanes también se pregunta por el significado de ἰδύιοι.

<sup>4</sup> \* Ο τοίνυν ἐν τῷ Κρατύλῳ Σωκράτης διαιτῶν τῷ τε Κρατύλῳ καὶ τῷ Ἑρμογένει διαφερομένοις ἀπὸ διαμέτρου περὶ τοῦ φύσει εἶναι τὰ ὀνόματα ἢ θέσει δείκνυσιν ὡς οὔτε οὕτως ἐστὶ θέσει ὡς Ἑρμογένους ἡξίου... οὔτε οὕτως φύσει, ὡς ὁ Ἡράκλειτος ἔλεγεν, Ammonio, *In Aristotelis de Interpretatione commentarius*, *CIAG* V I. Pars V, p. 37. Οὐκ ἄρα, φησὶ Πυθαγόρας, τοῦ τυχόντος ἐστὶ τὸ ὀνοματουργεῖν, ἀλλὰ τοῦ τὸν νοῦν ὀρώντος καὶ τὴν φύσιν τῶν ὄντων· φύσει ἄρα τὰ ὀνόματα. ὁ Δημόκριτος θέσει λέγων τὰ ὀνόματα διὰ τεσσάρων ἐπιχειρημάτων τοῦτο κατεσιεῦαζεν, Demócrito B26. Cf. para este problema H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, Berlin 1890, I, p. 168 ss.

donde los tres interlocutores Hermógenes, Cratilo y Sócrates mantienen una discusión sobre la naturaleza y el origen de la lengua y en la que cada uno de ellos es el defensor de una de las posturas. Hermógenes mantiene que la lengua es *θέσει*, Cratilo, seguidor de Heráclito, que ésta es *φύσει* y Sócrates mantiene una postura intermedia en la que sostiene que la lengua se funda en la naturaleza, pero que la modifica la convención. Gracias al *Cratilo* tenemos algo más de material para formarnos una idea de lo que Platón pensaba a este respecto. Platón es desde luego el primer especulador sobre la naturaleza de la lengua y el primero asimismo que intenta hacer una filosofía del lenguaje aunque para él la lengua está subordinada a la importancia de la dialéctica<sup>1</sup>.

Esta discusión sobre la naturaleza de la lengua continúa en la Antigüedad. Aristóteles rechaza la opinión de que las palabras son *φύσει* y sostiene que su significado es puramente convencional<sup>2</sup>. Epicuro mantiene que las palabras en principio surgieron de forma natural, pero que después fueron por convención<sup>3</sup>. La postura *θέσει* también la adopta el filósofo megárico Diodoro<sup>4</sup>. Pero no se impone esta postura y los estoicos vuelven a la teoría de la lengua *φύσει*<sup>5</sup> que incluso sigue manteniendo en el siglo I a. C. el gramático latino Nigidio Fígulo<sup>6</sup>. Sobre todo esto, véase I.1.

Pero como ya hemos aludido más arriba Homero, como educador de Grecia<sup>7</sup>, es objeto de estudio por parte de los sofistas (los educadores de la época). Entre estos primeros estudios de Homero hay que citar la obra de Demócrito de la cual sólo conocemos el título *περὶ Ὀμήρου ἢ ὀρθοεπειῆς καὶ γλωσσέων*<sup>8</sup>. Aunque Demócrito tiene también una aportación lexicográfica varia, según nos dice Diógenes Laercio en la lista de obras adscrita a Demócrito bajo el epígrafe de las llamadas *μουσικά*, entre las que se encuentra un *ὀνομαστικόν. τσαῦτα καὶ τὰ μουσικά*. De obras semejantes y de la misma época tenemos noticia por la mención de Gorgias autor de un *ὀνομαστικόν*<sup>10</sup>, y de Antístenes, autor de varias obras más: *περὶ λέξεως ἢ περὶ χαρακτήρων*<sup>11</sup>, *περὶ παιδείας ἢ περὶ ὀνομάτων* y *περὶ ὀνομάτων χρήσεως ἐριστικός*<sup>12</sup>.

<sup>1</sup> Para los problemas que plantea el *Cratilo* de Platón sobre las teorías de la lengua y que, creemos, sobrepasan los límites de nuestro estudio, cf. el tomo correspondiente a Platón de la obra de Zeller-Mondolfo, *La filosofía dei Greci nel suo sviluppo storico*, Florencia 1932. Y también J. A. E. Sandys, *A history of Classical Scholarship*, Nueva York, 1967, I p. 92 ss.

<sup>2</sup> ... ὅτι φύσει τῶν ὀνομάτων οὐδέν ἐστιν, ἀλλ' ὅταν γένηται σύμβολον, *Int.* 16<sup>a</sup>27.

<sup>3</sup> Τὰ ὀνόματα ἐξ ἀρχῆς θέσει γενέσθαι..., Epicuro, *Epistula ad Herodotum* 75.

<sup>4</sup> ὄκ ἀποδεξόμεθα τὸν διαλεκτικὸν Διόδωρον πᾶσαν οἰόμενον φωνὴν σημαντικὴν εἶναι καὶ πρὸς πίστιν καλέσαντα τῶν ἑαυτοῦ τινα οἰκετῶν «Ἄλλὰ μὴν» καὶ ἄλλον ἄλλω συνδέσμῳ, Fr.112, K. Döring, *Die Megariker. Kommentierte Sammlung der Testimonien*, Amsterdam 1972.

<sup>5</sup> SVF II, p. 44.

<sup>6</sup> Aulo Gellio 10.4.

<sup>7</sup> τὴν Ἑλλάδα πεπαιδεύειν, Platón, *República* 606e.

<sup>8</sup> Demócrito B20a.

D.L. 9.48 = Demócrito B25b.

<sup>10</sup> Poll. 9 Praef.

<sup>11</sup> D. L. 6.1 .

<sup>12</sup> D. L. 6.17.

Aparte de la noticia de estos trabajos puramente lexicográficos, preocuparon también en esa época problemas que llamaríamos ahora de semántica, como ocurre con Pródico, interesado en el uso correcto de las palabras y en la existencia de sinónimos según nos cuenta Platón<sup>1</sup>; o Protágoras, que critica el verso primero de la *Iliada*, μῆνιν ἄειδε θεά por usar una forma de orden en lugar de un ruego<sup>2</sup>; o Hippias, que hace la observación de que τύραννος no se emplea hasta Arquíloco mientras que Homero al tiranuelo Equeto le llama βασιλεύς<sup>3</sup>.

## II. LOS PRIMEROS GLOSOGRAFOS

Sin embargo, la lexicografía propiamente dicha se inicia en Alejandría como una rama más de la filología que surge con toda su fuerza a partir de una literatura que no es más que el reflejo de la de época clásica y que carece de una verdadera espontaneidad creativa así como de un auténtico genio. La literatura de esta época no atrae ya a todos los hombres libres, como ocurría en Atenas, sino a un pequeño grupo de intelectuales. Se comprende fácilmente que estos hombres de espíritu crítico muy cultivado hayan pasado no sólo a la Historia de la literatura sino a la de la Filología (es el caso de Calímaco o Apolonio de Rodas). La época alejandrina se puede definir como la de la erudición y la crítica.

Este comienzo de la lexicografía lo abre Antidoro de Cumas, autor del que no se sabe nada y que incluso ha tenido graves problemas de datación<sup>4</sup> para situarlo en el siglo III. En los escolios a la *Γραμματικὴ τέχνη* de Dionisio Tracio cuando está tratando de dar una definición del título de la obra de Dionisio, el escoliasta dice: τὸ πρότερον δὲ κριτικὴ ἐλέγετο, καὶ οἱ ταύτην μετιόντες κριτικοί· Ἀντίδωρος δὲ τὴν Κυμαῖος συγγραψάμενος «λέξιν» ἐπέγραψε «Ἀντιδώρου γραμματικῶν λέξεις», καὶ ἐκ τούτου ἢ ποτε κριτικὴ γραμματικὴ λέλειπται καὶ γραμματικοὶ οἱ ταύτην μετιόντες<sup>5</sup>. Y más adelante nos lo presenta como el primer gramático: φασὶ δὲ Ἀντίδωρον τὸν Κυμαῖον πρῶτον ἐπιγεγραμέναι αὐτὸν γραμματικὸν σύγγραμμά τι γράψαντα Περὶ Ὀμήρου καὶ Ἡσιόδου.

Pero el más temprano de los poetas y filólogos alejandrinos es Filetas de Cos<sup>6</sup> (340-285 ó 283 a. C.), que no sólo fue preceptor de Ptolomeo Filadelfo sino de Zenódoto y Hermesianacte. Es el autor de unos Ἄτακτοι γλῶσσαι al parecer más antiguas que las de Antidoro de Cumas según la opinión de

<sup>1</sup> Platón, *Cratilo* 384b.

<sup>2</sup> Cf. Aristóteles, *Poética* 1456<sup>b</sup> 15 ss.

<sup>3</sup> *Od.* 18.85.

<sup>4</sup> B. A. Müller, *RE* Suppl. III, col. 121 ss. demuestra que no se puede situar a Antidoro en el v a. C.

<sup>5</sup> Schol. D. T., *Gr. Gr.* III, ed. Hilgard, p. 3.24, cf. 7.24.

<sup>6</sup> La mejor designación de este autor nos la conserva Estrabón 14.2.19, que al dar una lista de los hombres ilustres de Cos le denomina ποιητῆς ἅμα καὶ κριτικός.

W. Kuchenmüller<sup>1</sup> frente a las de Cohn<sup>2</sup>, Immisch<sup>3</sup> y Latte<sup>4</sup>. Nos han sido conservadas por diversas fuentes<sup>5</sup> puesto que fue obra muy famosa en la Antigüedad y usada por autores contemporáneos que se aprovechan del acopio de glosas de Filetas<sup>6</sup>. Lexicógrafos posteriores como Jenócrato de Cos (vide infra) y Filino de Cos<sup>7</sup>, comentadores de los escritos hipocráticos con recensión e interpretación de palabras, nos dan ejemplos basándose precisamente en la autoridad de Filetas. Incluso siglos más tarde Pánfilo (I d. C.), autor de la obra más importante de la lexicografía antigua, sigue citando a Filetas de forma concisa: Φιλήτας ἐν Ἀτάκτοις. Esta concisión en la cita se explica porque γλῶσσαι había muchas, pero ἄτακτοι γλῶσσαι, excepto la obra de Filetas, ninguna.

Estas ἄτακτοι γλῶσσαι consistían al parecer en las notas que Filetas iba tomando de las palabras raras de Homero y otros autores líricos en sus lecturas, así como de las palabras dialectales y de los términos técnicos. Nunca las ordenó κατὰ στοιχεῖον y de ahí su nombre ἄτακτοι, por el que son conocidas<sup>8</sup>.

La fama que alcanzó Filetas en todo el mundo griego es evidente. En el fragmento conservado<sup>9</sup> de una comedia de Estratón (III a. C.) el cocinero usa arcaísmos homéricos para cosas corrientes y su amo se ve obligado a usar el libro de Filetas para ver su significado: Ὡστε δεῖν / τῶν τοῦ Φιλιτᾶ λαμβάνοντα βιβλίων / οἰκοπεῖν ἕκαστον τί δύναται τῶν ῥημάτων.

Ešte mismo pasaje figura en una antología de poesía para uso escolar de fines del siglo III<sup>10</sup>.

Todavía más, siglo y medio después Aristarco se sentía obligado a escribir πρὸς Φιλήταν<sup>11</sup> para deshacer errores en cuanto a la lectura de ciertos textos homéricos, puesto que la autoridad de Filetas seguía siendo válida. En una nota marginal a Estrabón 3.5.1 se cita Φιλητᾶς ἐν Ἑρμηνείᾳ que no sabemos bien que quiere decir, pero parece se trataba de un libro en el que se discutían variantes del texto homérico<sup>12</sup>. Se sabe que una de las glosas discutidas es μελαγκράνινον, por eso cuando se publicó un ὀνομαστικόν de términos poéticos en *PHibeh* 172 en el año 1955, que empezaban por μελα- y con fecha del 270-230 a. C., surgió la discusión sobre si este ὀνομαστικόν era parte de las

<sup>1</sup> Cf. W. Kuchenmüller, *Philetæ Cōi Reliquiæ*, Diss. Berlin 1928, p. 112.

<sup>2</sup> L. Cohn ap. Brugmann-Thumb, *Gr. Gramm<sup>4</sup>*, p. 682.

<sup>3</sup> O. Immisch, *Jb. f. Philol.* 141, 1890, p. 695 ss.

<sup>4</sup> K. Latte, *Philologus* 80, 1925, p. 159.

<sup>5</sup> Ateneo, *Et. Magnum*, los escolios de Apolonio Rodio, Orión, Hesiquio, Estrabón y los escolios homéricos.

<sup>6</sup> Cf. Fr. 43 y 44 de la edición de Kuchenmüller.

<sup>7</sup> Filino de Cos (vivió por el 250 a. C.) es el médico fundador de la escuela empírica (Galeno 14.683) y comentarista de Hipócrates según Erotiano, p. 5 de la edición de Nachmanson.

<sup>8</sup> No está de acuerdo con esta interpretación de ἄτακτοι γλῶσσαι Blumenthal en *RE* 19, col. 2169.

<sup>9</sup> C. Austin, *CGF* 219.

<sup>10</sup> D. L. Page, *Greek Literary Papyri* I, 1942, n. 57, p. 266.

<sup>11</sup> Fr. 54 y 55 de Kuchenmüller.

<sup>12</sup> Fr. 56 y 58 de Kuchenmüller.

ἄταιτοι γλῶσσαι de Filetas. El hecho de que las palabras no estuvieran alfabetizadas corroboraba esta opinión, pero el hecho de que no trajera explicaciones de las palabras parecía contradecir lo que dice el personaje de la comedia de Estratón. De cualquier forma no es un glosario homérico típico de la época de los primeros Ptolomeos como son los del *PFreiburg* 10 y el del *PHeidlb.* 180 V + 5V o del propio *PHibeh* 175, ordenados todos ellos alfabéticamente, sino algo más especial<sup>1</sup>.

Aunque poco sabemos de los contemporáneos de Filetas, cabe citar aquí a Simas de Rodas, que escribió poemas y glosas durante el reinado de Ptolomeo I. Simas pasa por ser el creador del género *technopaegnon* que causaba gran sensación en la Antigüedad, pero curiosamente los antiguos lo designan únicamente por γραμματικός<sup>2</sup> y Suda encabeza sus obras por las γλῶσσαι antes que los poemas<sup>3</sup>. De sus tres libros de glosas sólo se nos han conservado cuatro palabras en Ateneo.

Zenódoto de Efeso (325-234), discípulo de Filetas y primer bibliotecario de la biblioteca de Alejandría, pasa por ser también el primer editor de Homero<sup>4</sup> que usó varios Mss. de este autor. De su obra como editor y comentarista de Homero nos ha quedado mucha documentación, sobre todo en los escolios. De él se ha dicho que escribió Poesía épica de la cual no nos ha llegado nada<sup>5</sup>, pero de lo que sí hay seguridad es de que inició los estudios de Homero en gran escala con un trabajo metódico en dos vertientes como editor y como lexicógrafo. Indudablemente, este léxico fue de menor extensión que el de su maestro Filetas, pero más cómodo de manejo puesto que esta obra viene ya alfabetizada<sup>6</sup>.

Creemos que es aquí lugar adecuado para citar la obra que con el título *Ζηνοδότου Φιλεταίρου Περὶ διαφορᾶς φωνῶν ζῶων* o con títulos similares se conservan en varios Mss. y que ha sido falsamente atribuida a Zenódoto de Efeso, con cuyo glosario no tiene nada que ver. El error arranca de una confusa nota en Schmid-Stählin, *Geschichte der Griechische Literatur* II 1<sup>6</sup>, 1920, p. 260, n. 4, en la que parece interpretarse que el glosario de Zenódoto de Efeso tiene coincidencias con otros glosarios editados por W. Studemund, *Anecdota varia*, Berlín 1886, pp. 102-105 y 288-290, pero no es así sino obra de un homónimo o varios.

Con Calímaco de Cirene (310-240) vuelve a darse la combinación que ya se dio en Filetas de gramático y poeta, pero de entre ellos Zenódoto había

<sup>1</sup> Cf. para todo este problema el *PHibeh* 172 y R. Pfeiffer, *A History of Classical Scholarship*, Oxford 1968, p. 91. Con respecto a todos los glosarios aparecidos en papiros cf. Pack.

<sup>2</sup> Estrabón 14.2.13 entre los rodios famosos.

<sup>3</sup> Suda s. v. Σιμίας dice γραμματικός. ἔγραψε Γλῶσσας βιβλία γ'.

<sup>4</sup> Suda s.v. Ζηνόδοτος. Aunque parece ser que Antímaco de Colofón hizo la primera a finales del s. V., si bien su obra nunca fue llamada διόρθωσις. Cf. *Fr.* 131-148, 178, 190 y p. XXIX de la edición de B. Wyss.

<sup>5</sup> Solamente la Suda s. v. Ζηνόδοτος le llama ἐποποιός.

<sup>6</sup> Cf. H. Push, *Quaestiones Zenodoteae*, *Dissertationes Philologicae Hallenses* XI, 1890, p. 188 ss.

dado un gran avance creando una nueva filología. De Calímaco es probablemente una de las obras filológicas más importantes de la Antigüedad, los *Πίνακες*, una especie de catalogación general de las obras de la época clásica. Entre estos *πίνακες* se encuentra uno de sumo interés para nosotros. Se trata al parecer de una lista de glosas, con lo cual Calímaco parece seguir la tradición de glosógrafo como Filetas y Zenódoto. Se trata de *πίναξ τῶν Δημοκρίτου γλωσσῶν καὶ συνταγμάτων*<sup>1</sup>, que al parecer consistía en una lista de las obras de Demócrito y de palabras raras. Esto último es sorprendente porque aunque Demócrito es un innovador del lenguaje filosófico, no se caracteriza por el uso de palabras extrañas, sino que más bien él ha sido un glosógrafo de Homero (vide supra).

Obra también de Calímaco son las *ἔθνικαὶ ὀνομασίαι* que parece ser estaban redactadas por materias, como los nombres de peces y otros diferentes. Es posible que títulos como *περὶ ἀνέμων* (Fr. 404), *περὶ ὀρνέων* (Fr. 414-428) sean subtítulos de esa obra, así como *μηνῶν προσηγορία κατὰ ἔθνος καὶ πόλεις* (p. 339 ed. Pfeiffer). Esta obra, primera en su género, fue muy usada por Aristófanes de Bizancio y generaciones posteriores. Más difícil es decidir si títulos conservados tales como *κτίσεις νήσων καὶ πόλεων καὶ μετονομασίαι*<sup>3</sup> ὁ *περὶ τῶν ἐν τῇ οἰκουμένη ποταμῶν*<sup>4</sup> pertenecen a las obras sobre las antigüedades o a los estudios de lengua, aunque la primera de ellas parece más bien apuntar a esto último. Menos podemos decir aún sobre algunos títulos o comienzos de obras que incluso no sabemos cómo traducir. Es el caso de *περὶ λογάδων*<sup>5</sup>, *Μουσεῖον*,<sup>6</sup> *περὶ νυμφῶν*<sup>7</sup>, *ὑπομνήματα*<sup>8</sup> e incluso los fragmentos en prosa 465 y 466 (ed. Pfeiffer).

Obra también de gran influencia en las posteriores es la de Dionisio Yambo *περὶ διαλέκτων*, de la que sólo se nos ha conservado lo que relata Ateneo en 284b, así como la noticia de que fue maestro de Aristófanes de Bizancio, dada por la Suda s.u. *Ἀριστοφάνης Βυζάντιος*, y la de que fue también poeta según Clemente de Alejandría, *Strom.* 5. 569.

Es también de esta época Jenócrito de Cos, que es el primer autor de un glosario de Hipócrates. Nos ha conservado la noticia Erotiano (s. I. d. C.) en su *τῶν παρ' Ἱπποκράτει λέξεων συναγωγή*.<sup>9</sup>

Pero donde se puede rastrear influencia de las *ἔθνικαὶ ὀνομασίαι* de Calímaco así como de la obra de Dionisio Yambo es en la obra del autor al parecer alejandrino y de la segunda mitad del s. III, llamado Neoptólemo de

<sup>1</sup> Fr. 456 Pfeiffer.

<sup>2</sup> Fr. 406 Pfeiffer.

<sup>3</sup> Pág. 339 Pfeiffer.

<sup>4</sup> Fr. 457-459 Pfeiffer.

<sup>5</sup> Fr. 412 Pfeiffer.

<sup>6</sup> Pág. 339 Pfeiffer.

<sup>7</sup> Fr. 413 Pfeiffer.

<sup>8</sup> Fr. 461-464 Pfeiffer.

<sup>9</sup> *Erotiani Vocum Hippocraticarum collectio cum fragmentis*, ed. E. Nachmanson, Upsala 1918. Erotiano cita a Jenócrito dos veces en la introducción a su léxico (p. 4 y 12) y una vez más en los escolios fragmentarios al *Prognosticon* (p. 99, ed. Nachmanson).

Paros<sup>1</sup>. Su obra más importante como gramático es un tratado de poesía que fue una de las autoridades seguidas por Horacio en su *Ars Poetica*, pero fue también autor de un gran poema mitológico *Διονυσιάς*, de una obra que parecía tener carácter de poema didáctico y de epigramas<sup>2</sup>. Muy importante en la Antigüedad y es por lo que la traemos a colación fue su obra *περὶ γλωσσῶν Ὀμήρου* en tres libros al menos<sup>3</sup>; de su fama en el siglo I nos conserva la noticia todavía Estrabón<sup>4</sup>. También se encuentran referencias, prueba de la importancia de su obra, en los escolios de Homero e incluso en los de Hesíodo y Teócrito. También es el autor de un diccionario griego-frigio donde usa el frigio para explicar palabras griegas<sup>5</sup>.

Contemporáneo de Calímaco es Filemón de Atenas<sup>6</sup>, que llevado de un interés patriótico escribe una obra lexicográfica que ha pasado con varios títulos, todos muy parecidos: *περὶ Ἀπτικῶν ὀνομάτων ἢ γλωσσῶν* y con el que pone las bases para el posterior movimiento aticista, puesto que con su obra Filemón pretende lo que los aticistas preconizaban: el uso de una lengua ática «pura» frente a la *κοινή*. También es autor de otra obra de carácter lexicográfico: *παντοδαπὰ χρηστηρία*, que no se sabe si realmente era una obra aparte o simplemente un capítulo de la obra anterior. Problema más grave nos plantea su producción como editor, ya que la obra *Σύμμικτα περὶ Ἡροδοτείου διορθώματος πρὸς Ἀλέξανδρον* no se sabe si es obra suya o de un autor posterior del mismo nombre.

### III. ARISTOFANES DE BIZANCIO Y SUS DISCIPULOS

Herederos de las tres generaciones del s. III es Aristófanes de Bizancio (257-180), ya que se le considera discípulo de Zenódoto, Calímaco y Eratóstenes así como también de Dionisio Yambo, Eufronio y Macón. Aunque esto parece imposible lo que sí es cierto es que es el heredero de la tradición filológica del siglo anterior. Sucede en la dirección de la Biblioteca de Alejandría a Eratóstenes (195 a. C.) y es el primer bibliotecario que no es poeta a la vez que filólogo, siendo con Aristarco uno de los famosos filólogos de la Antigüedad.

Dentro del campo que nos interesa, es decir, el de la lexicografía, hay que

<sup>1</sup> El estudio mejor sobre este autor se encuentra en la obra de C. O. Brink, *Horace on Poetry*, Cambridge 1963, donde dedica un capítulo completo a Neoptólemo, pp. 43-78.

<sup>2</sup> Cf. *Collectanea Alexandrina*, ed. J. U. Powell, Oxford 1925, pp. 27-28 y C. O. Brink, *Op. cit.*

<sup>3</sup> H. J. Mette, *RE* 16 (2), cols. 2456-70.

<sup>4</sup> Estrabón 3.1.19: *ἐκ Παρίου μὲν οὖν ὁ γλωσσογράφος κληθεὶς ἦν Νεοπτόλεμος μνήμης ἄξιος.*

<sup>5</sup> Achilles, *Isagoga* 5 (E. Mass, *Commentarium in Aratum*, p. 36: *ἐν οὐρανός* a partir de *ἄρος*: *ἐπεὶ ἄνωπατός ἐστι*: *τῷ δὲ ἄρω τὸ ἄνω δηλοῦν Φρυγῶν ἴδιον, ὡς Νεοπτόλεμος ἐν ταῖς Φρυγίαις φωναίς*).

<sup>6</sup> R. Weber, *De Philemone Atheniensi glossographo. Commentarium philologicum in honorem O. Ribbecki*, Leipzig 1888, pp. 441-450.

señalar que su obra muestra un vastísimo conocimiento de los dialectos y rastrea el significado de las palabras hasta su sentido originario. Se ha dicho de él que elevó la glosografía al nivel de la lexicografía<sup>2</sup>. Su gran obra lexicográfica titulada *Λέξεις*<sup>3</sup> cubre todos los campos y épocas de la literatura griega. En él hay referencias a historiadores, oradores, poetas líricos y a la épica. Ello se explica como hemos dicho más arriba porque para su obra de editor tiene a su disposición toda la labor realizada durante el s. III y es sucesor de Zenódoto como glosógrafo y de Calímaco como compilador de diferentes *onomastica* organizados según temas o lugares (v. supra). Pero esto no es todo; para darnos cuenta de la posición histórica de Aristófanes tenemos que ir más atrás y ver cómo desde el mismo comienzo de la épica el poeta parece preocupado en la aclaración de expresiones difíciles o ambiguas bien por medio de exégesis bien de añadidos etimológicos. Esta conciencia filológica se continúa a lo largo de toda la literatura griega cuando surge, p. ej., la comparación entre los diversos dialectos griegos o del griego con otras lenguas extranjeras como hacen los sofistas. En el s. III estos estudios empiezan a cobrar su propia entidad, pero las *Λέξεις* de Aristófanes representan el cuerpo homogéneo en el que se resume todo el tipo de trabajo realizado con anterioridad. Las *γλώσσαι* se solían limitar a términos raros u oscuros, mientras que las *Λέξεις* de Aristófanes daban cabida a todas las palabras que fueran raras tanto en forma como en significado, no importando que sea un arcaísmo o una palabra que mantenga su uso. Pero además de esta valoración de Aristófanes hay que destacar también lo que su obra supone para el futuro de la lexicografía: es el hecho de que su método de exégesis y su ordenamiento en secciones se convierte en el modelo a seguir en la Antigüedad greco-romana para este tipo de trabajos.

Una de las secciones más interesantes de las *Λέξεις* es el primer capítulo que aparece en el código del Monte Atos<sup>4</sup> titulado *Περὶ τῶν ὑποπτευομένων μὴ εἰρησθαι τοῖς παλαιοῖς* (palabras que se suponen desconocidas para los antiguos). En esta sección podemos observar cómo con dos ejemplos diferentes *σάννας*<sup>5</sup> (la 1.<sup>a</sup> palabra) y *ἐσχάζοσαν* (del mismo apartado)<sup>6</sup> Aristófanes trata de resolver el mismo problema: una distinción cronológica entre un uso

<sup>1</sup> Ateneo es el que nos conserva más noticias de Filemón. Para ver sus fuentes cf. Weber, *Op. cit.* y Susemihl, *Op. cit.*, pp. 373-374.

<sup>2</sup> J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship*, Nueva York, 1967, I, p. 129.

<sup>3</sup> A. Nauck, *Aristophanis Byzantii grammatici Alexandrini fragmenta*, Halle 1848 (2.<sup>a</sup>, 1963). En este libro de Nauck el capítulo IV está dedicado a los fragmentos conservados de las *Λέξεις*. E. Miller en «Mélanges de littérature grecque» 1868, pp. 427-34, publicó unos fragmentos muy sustanciales de las *Λέξεις* (en *Lexica Graeca Minora* compilados por E. K. Latte y H. Erbse, Hildesheim 1965). Estos nuevos fragmentos de Aristófanes aparecieron en un código del monte Atos del siglo XIII/XIV.

<sup>4</sup> Miller, *LGM*, p. 273.

<sup>5</sup> Eustacio, p. 1761. 23: Ὁ δὲ τὸν σάνναν τοῦτον παρασημηνάμενος Ἀριστοφάνης ὁ γραμματικὸς καὶ ἄλλας ἐκτίθεται καινοφώνους λέξεις, y *LGM* p. 273, s.u. σάννας.

<sup>6</sup> Eustacio 1761.30: Παραδίδωσι δὲ καὶ ὅτι τὸ ἐσχάζοσαν παρὰ Λυκόφρονι καὶ παρ' ἄλλοις τὸ ἐλέγοσαν καὶ τὸ οἱ δὲ πλησίον γενομένων φεύγοσαν, φωνῆς Χαλκιδίων ἰδιά ἐστιν, y *LGM*, p. 274, s.u. ἐφεύγοσαν.

antiguo y moderno y el posible origen local de ἐσχάζοσαν. Es como se ve un trabajo preparatorio para el estudio del desarrollo de la lengua griega.

Los siguientes capítulos de las Λέξεις son ὀνομαστικά, es decir, vocabularios ordenados según temas. El más largo de ellos es el titulado Ὀνόματα ἡλικιῶν (según el Ms. del monte Atos)<sup>1</sup> o Περί ὀνομασίας ἡλικιῶν (según los fragmentos de Nauck<sup>2</sup>), textos que al ser comparados demuestran lo difícil que resulta decidir cuál es el texto originario de Aristófanes, ya que lo que se nos conserva por tradición indirecta suele estar lleno de interpolaciones —en este caso de Eustacio—. Lo mismo hemos de pensar que ocurre con los siguientes capítulos Περί συγγενικῶν ὀνομάτων y Περί πολιτικῶν ὀνομάτων<sup>3</sup>.

Nauck añade 4 capítulos más a las Λέξεις, pero son meramente conjeturales. El titulado Περί βλασφημιῶν ha resultado ser de Suetonio<sup>4</sup> y para los otros tres el editor ha rastreado a través de diversas fuentes estos fragmentos. Περί προσφωνήσεων<sup>5</sup> es uno y los otros dos Ἀπτικάι λέξεις<sup>6</sup> y Λακωνικάι γλώσσαι<sup>7</sup>, que tal vez fueron secciones de una obra mayor, pero que son testimonio evidente del conocimiento e interés de Aristófanes por las formas dialectales en la literatura y de la lengua hablada de su propia época.

Dentro del grupo de los llamados Ἀριστοφάνειοι, es decir, de los discípulos de Aristófanes de Bizancio, Calístrato y Artemidoro de Tarso son los únicos que se dedican a la lexicografía propiamente dicha. Poca cosa sabemos de ellos, eclipsados probablemente por el mayor de todos los discípulos de Aristófanes, Aristarco, sólo que Calístrato es el autor de unos σύμμικτα, al parecer de contenido exegético y lexicográfico, y Artemidoro de Tarso, según nos cuenta Ateneo, es autor de unos Ὀψαρτυτικάι Λέξεις ο Γλώσσαι<sup>8</sup>, tratado sobre el léxico culinario muy interesante porque además recoge gran número de fragmentos de los cómicos. También es autor de un tratado lexicográfico sobre el dialecto dorio según nos cuenta Ateneo<sup>9</sup>: ὡς Ἀρτεμίδωρος ἱστορεῖ ὁ Ἀριστοφάνειος ἐν β' περὶ Δωρίδος. Lo que resulta más confuso de Artemidoro es la época auténtica en que vivió<sup>10</sup>. Parece ser que es más un discípulo espiritual que real de Aristófanes, puesto que es padre del gramático Teón que vivió en la época de Augusto, por lo que parece sensato situarlo en los finales del s. I a. C.<sup>11</sup>.

<sup>1</sup> LGM, p. 274 ss.

<sup>2</sup> A. Nauck, *Aristophanis Byzantii...*, p. 87 ss.

<sup>3</sup> Estos títulos aparecen respectivamente en la ed. de Nauck, *Op. cit.*, p. 128 y en la de A. Fresenius, *De λέξεων Aristophanearum et Suetoniarum excerptis Byzantinis*, Aquis Mattiacis, 1875, pp. 12 y 123-7. Pero en la ed. de Miller, LGM, p. 277, lín. 13 y en la p. 278, lín. 23 aparecen sin título a continuación de los ὀνόματα ἡλικιῶν.

<sup>4</sup> Cf. Miller, LGM, p. 259 ss.

<sup>5</sup> Nauck, *Op. cit.*, p. 151 ss.

<sup>6</sup> Nauck, *Op. cit.*, p. 181 ss.

<sup>7</sup> Nauck, *Op. cit.*, p. 188 ss.

<sup>8</sup> Ateneo 5b, 387 d, 485 d, 662 d.

<sup>9</sup> Ateneo 182d.

<sup>10</sup> Un problema semejante plantea Diodoro de Tarso (v. infra).

<sup>11</sup> Cf. RE II, col. 1331.

#### IV. GLOGRAFOS DE UN GENERO LITERARIO Y DE LEXICO TECNICO

Como llevamos visto en nuestra panorámica histórica de la lexicografía antigua desde su nacimiento hasta los albores del I a. C., a pesar de los esfuerzos de Aristófanes de Bizancio que, como dijimos más arriba, supera la etapa de glosas para hacer auténtica lexicografía, sin embargo, la noción de un diccionario general a la manera que se hace a partir del I d. C. no ha nacido todavía. Así, pues, vamos a dedicar unas páginas a mencionar una serie de autores y obras de los siglos III y II a. C., pertenecientes a la escuela alejandrina por el tipo de lexicografía que cultivan.

Aunque no son trabajos intencionadamente lexicográficos creemos dignos de mencionar aquí los que sobre comedia realizan Licofrón, Eufronio y Eratóstenes.

Licofrón de Calcis en Eubea vive en el s. III y pertenece como autor trágico al brillante grupo de la Pléyade. Como *γραμματικός* se especializó en comedia antigua ática y de ahí nace su tratado *Περὶ κωμωδίας*<sup>1</sup>, al parecer escrito en no menos de nueve libros y en el que trata de explicar las palabras raras tan frecuentemente usadas en la comedia ática antigua. Con este tipo de trabajo continúa en otro campo la labor glosográfica iniciada por Filetas de Cos años antes<sup>2</sup>. Este interés por las palabras raras nace por otra parte no sólo de sus aficiones glosográficas sino del uso que él mismo hace de una terminología nada usual que está muy de moda a principios del III a. C. con el nacimiento de los *Technopaegnia*<sup>3</sup>.

Perteneciente también al escogido grupo de los dramaturgos de la Pléyade que floreció en la época de Ptolomeo II, pero de época un poco posterior<sup>4</sup>, es Eufronio, que sigue el trabajo en comedia antigua iniciado por Licofrón. Los materiales de este trabajo de Eufronio son escasos e incluso lo es su mención. Parece ser que escribió unos *ὑπομνήματα*, que tendrán como el estudio de Licofrón un carácter glosográfico. Precisamente en el *Lexicon Messanense* se aduce la autoridad de Eufronio: *ψᾶστον ἐκτείνουσι τὸ ᾄ, ὡς Εὐφρόνιος ὁ γραμματικὸς ἐν ὑπομνήματι Πλούτου Ἀριστοφάνους*<sup>5</sup>, pero las

<sup>1</sup> C. Strecker, *De Lycophrone, Euphronio, Eratosthene comicorum interpretibus*, Diss. Greifswald, 1884. Esta obra sumamente útil ha de ser utilizada con cautela, ya que gran cantidad de glosas anónimas Streckert se las atribuye a cualquiera de los tres filólogos.

<sup>2</sup> V. supra. Filetas basaba sus *ἄτακτοι γλώσσαι* en las palabras raras que se encontraba en sus lecturas de Homero y los líricos, mientras Licofrón hace esto mismo con las palabras raras de la comedia antigua.

<sup>3</sup> Cf. supra Simas de Rodas.

<sup>4</sup> Sobre los problemas de datación de Eufronio cf. R. Pfeiffer, *A History of Classical...*, p. 160.

<sup>5</sup> «Lexicon Messanense de iota ascripto», ed. H. Rabe, *Rheinisches Museum* 47, 1892, p. 411. Este *Lexicon Messanense* del que ya hablaremos más adelante, es del s. XIII, y parece que está en parte compuesto a base del *Περὶ ὀρθογραφίας* de Oro (cf. R. Reitzenstein, *Geschichte der griechischen Etymologia*, Leipzig 1897 [Amsterdam 1964], p. 290 ss.).

fuentes de este autor son escasísimas como ya hemos dicho. Otra cita semejante a la anterior: *Eὐφρόνιος ἐν τοῖς ὑπομνήμασι* aparece en Aristófanes, Sch. in *Au.* 1403<sup>1</sup> y en Ath. 495 c<sup>2</sup>.

El tercero de los filólogos alejandrinos que se dedica a realizar estudios sobre la comedia antigua es Eratóstenes (276/3-181/0). Probablemente su interés naciera en Atenas donde vivió hasta después del 246, fecha en que Ptolomeo II le manda llamar a Alejandría. En Atenas asistiría a representaciones de comedia y los libros que sobre comedia circulaban en la ciudad, de la escuela peripatética y de la Academia, serían la base para que iniciara este tipo de trabajo tan apartado de su básica labor científica, puesto que Eratóstenes es el primer filólogo y poeta al que se puede considerar básicamente y en realidad un científico. Pero precisamente su obra más importante en materia literaria es *Περὶ τῆς ἀρχαίας κωμωδίας*<sup>3</sup> en doce libros al menos. En esta obra demuestra un mayor interés por la lengua cómica que sus predecesores, fijándose incluso en detalles de lengua para determinar si una obra es espúrea.

Estas obras de Licofrón, Eufronio y Eratóstenes fueron muy usadas posteriormente por los lexicógrafos para estudiar la *κομικὴ λέξις* y los materiales procedentes de estos autores son de riqueza inapreciable.

Hasta el momento, todos los trabajos citados de los siglos III/II a. C. pertenecen a la escuela de Alejandría, preocupada sobre todo por la filología; pero también la escuela de Pérgamo, que dio cabida a un tipo de estudios más variado, tiene en la figura de Polemón de Troya<sup>4</sup>, más conocido por Periegeta, un estudioso de algún modo filológico, ya que se dedica no sólo a viajes sino también al estudio de las inscripciones. Inaugura con este tipo de actividad algo nuevo, ya que no se dedica a un tipo de descripción geográfica como hizo Hecateo de Mileto a principios del v a. C., sino que sus viajes son más bien de tipo arqueológico y artístico, sentando las bases del tipo de trabajo que siglos más tarde en la segunda mitad del II d. C. realiza Pausanias. De Polemón conocemos el momento más importante de su vida, cuando fue hecho *πρόξενος* en Delfos probablemente en reconocimiento por su *περὶ τῶν ἐν Δελφοῖς θησαυρῶν*<sup>5</sup> en el 177/6 a. C.<sup>6</sup>: es decir, es contemporáneo de Aristófanes de Bizancio y de Aristarco. De sus estudios epigráficos dimana probablemente su obra *Περὶ τῶν ὀνομάτων ἐπιστολή*, citada expresamente por Ateneo<sup>7</sup> y a la que pertenece sin duda el fragmento también conservado por

<sup>1</sup> Fr. 77 Strecker.

<sup>2</sup> Fr. 107 Strecker.

<sup>3</sup> Ed. C. Strecker, *Op. cit.*

<sup>4</sup> Para la obra de Polemón ver la ed. de L. Preller, *Polemonis Periegetae Fragmenta*, Leipzig 1838, Amsterdam 1964 y C. Müller, *Fragmenta historicorum graecorum*, Paris (Didot) 1841-70, vol. III, p. 108. Y para su personalidad y más bibliografía *RE XXI*, col. 1288 ss.

<sup>5</sup> Fr. 27 Preller.

<sup>6</sup> *SIG*<sup>3</sup> 585.114: Πολέμων Μιλησίου Ἰλιεύς.

<sup>7</sup> Atheneo 409 d (Fr. 77 Preller).

Ateneo<sup>1</sup> sin cita expresa de la obra. En el fragmento aquí citado trata del sentido de la palabra *κυνάς* entre los lacedemonios —es decir, de uno de los campos predilectos de los glosógrafos antiguos: los dialectalismos—, y en el otro, del sentido de *παράσιτος* en las inscripciones antiguas. Esto es lo único que se nos conserva de la obra glosográfica de Polemón, pero creemos merece ser aquí citado.

También de Nicandro de Colofón, del II a. C. aunque su datación es harto dudosa<sup>2</sup>, y al que es imposible adscribir a ninguno de los dos grandes centros culturales de la época —Alejandría y Pérgamo—, se nos han conservado unas *Γλῶσσαι* de variada procedencia y contenido<sup>3</sup>; y es autor de un *περὶ χρηστηρίων πάντων* (sobre utensilios) en tres libros, cuya única fuente de conocimiento es la Suda<sup>4</sup>, que tal vez lo utilizase, pero del que sólo conocemos el título.

Enlazando con la obra de Artemidoro de Tarso (v. supra), dedicado a estudios de un léxico tan técnico como es el culinario, hay un gran número de autores de los que únicamente conocemos de nombre y como autores de *Ὀψαρτυτικά* que evidentemente son tratados de cocina, pero que por el carácter de la obra tendrían un gran interés lexicográfico. Se nos ha conservado su mención en Ateneo, Pólux y la Suda y son entre otros Epeneto<sup>5</sup>, Miteco, autor de un tratado de cocina siciliana<sup>6</sup> y considerado por la Suda como *γραμματικός*<sup>7</sup>; Páxamo, que Ateneo cita como una autoridad en el arte culinario<sup>8</sup> y que la Suda<sup>9</sup> expresamente nos dice que escribió unos *Ὀψαρτυτικά κατὰ στοιχεῖον*, lo que nos pone en la pista no de un tratado de cocina corriente sino de un léxico de terminología culinaria que conllevase recetas de cocina; Heraclidas de Tarento (v. infra), Glauco de Locros<sup>10</sup> y una larguísima serie que citan en bloque Ateneo y Pólux<sup>11</sup>.

Por último, sólo nos queda citar un cierto Apolonio, que por la cita que se nos conserva en Ateneo<sup>12</sup> parece el autor de un léxico técnico de gran interés como es el náutico: *Περὶ τριηρικῶν ὀνομάτων*, pero del que no sabemos nada más.

<sup>1</sup> Ateneo 234 d (*Fr.* 78 Preller).

<sup>2</sup> Cf. la ed. de A. S. F. Gow y A. F. Scholfield, *Nicanter*, Cambridge, 1953, p. 3 ss., donde se nos dan todas las fuentes de la vida de Nicandro.

<sup>3</sup> *Fr.* 120-145 de la edición de O. Schneider, *Nicandrea*, Leipzig 1856.

<sup>4</sup> Suda, s. v. *Νικάνδρος*.

<sup>5</sup> Ateneo 662 d, 516 c, Pollux 6:71.

<sup>6</sup> Ateneo 112 d.-c., 516 c, Pollux 6.71.

<sup>7</sup> Suda s. v. *Μίθαιμος*.

<sup>8</sup> Ateneo 376 d.

<sup>9</sup> Suda, s. v. *Πάξαμος*.

<sup>10</sup> Ateneo 661 e, 516 c, Pollux 6.71.

<sup>11</sup> Sin otro interés que la enumeración de nombres cf. Ateneo 516 c y Pólux 6.70, 71.

<sup>12</sup> Ateneo 97 d: *Ἀπολλώνιος ἐν Τριηρικῶν*.

## V. AUTORES DE Ἐθνικαὶ λέξεις

Sin duda alguna uno de los campos de la lexicografía por el que los antiguos glosógrafos alejandrinos<sup>1</sup> se sintieron atraídos fue el de los dialectalismos (ἔθνικαὶ λέξεις). Abarca una gran baraja de dialectos griegos aunque lógicamente por el prestigio literario que tenía el dialecto ático fue el más estudiado (v. infra).

Hermonacte es el autor de unas *Κρητικαὶ Γλῶσσαι* muy citadas por Ateneo, unas veces bajo el nombre completo: Ἑρμῶναξ y la obra ἐν Κρητικαῖς Γλῶσσαις<sup>2</sup>, otra sin citar la obra<sup>3</sup> y otras veces citado de una forma abreviada Ἑρμῶν<sup>4</sup> (no hay cuestión de que sea otro, ya que la obra viene citada a continuación). Aparte de estas glosas que nos conserva Ateneo no sabemos más, ni siquiera la fecha en que vivió exactamente.

Otro tanto nos ocurre con Mosco, del que no se conserva ni se sabe nada fuera de una cita de Ateneo que lo presenta como autor de una Ἐξήγησις Ῥοδιακῶν Λέξεων<sup>5</sup>.

Como autor de un tratado sobre el dialecto siciliano tenemos, también como los anteriores, sin saber su datación exacta, a Parmenio, conocido en unos escolios a Homero como Βυζάντιος<sup>6</sup> y en otros como Παρμενίων... ὁ γλωσσογράφος<sup>7</sup>. De este autor incluso hay un problema en cuanto al nombre, puesto que Ateneo<sup>8</sup> lo llama Παρμένων aunque por el título de la obra a la que se refiere, Περὶ διαλέκτου, no puede ser más que el mismo de los escolios y el error de Ateneo puede basarse en la existencia de un yambógrafo más temprano llamado Παρμένων Βυζάντιος.<sup>9</sup>

Problemas más graves de identificación presenta Diodoro de Tarso, puesto que para algunos autores el autor denominado ὁ Ἀριστοφάνειος es diferente del ὁ γραμματικὸς<sup>10</sup>, pero creemos que son la misma persona y que el equívoco de pensar en dos, uno como discípulo de Aristófanes de Bizancio y otro de la primera mitad del siglo I a. C., viene de ese título ὁ Ἀριστοφάνειος. Esto no nos debe sorprender, ya que en el sentido de discípulo espiritual de Aristófanes se usa también de Artemidoro de Tarso (v. supra), no siendo discípulo real de Aristófanes de Bizancio. Pues bien, de Diodoro de Tarso son

<sup>1</sup> Para todo el tema de la glosografía de este período, cf. K. Latte, «Glossographika», *Philologus* 80, 1925, p. 136 ss.

<sup>2</sup> Ath. 76e, 53c.

<sup>3</sup> Ath. 502b.

<sup>4</sup> Ath. 81f, 267 c.

<sup>5</sup> Ath. 485e.

<sup>6</sup> Sch. II. 16.259, 262.

<sup>7</sup> Sch. II. 1.591 del código Venetus Marcianus 453, denominados comúnmente como escolios B.

<sup>8</sup> Ath. 500.

<sup>9</sup> Cf. *RE*, Parmenon 4.

<sup>10</sup> *RE* Diodoros 51 y 2.

unas Ἰταλικαὶ Γλῶσσαι<sup>1</sup> que aparecen siempre citadas en mezcla con las de Ἀριόν, autor de época imperial, cosa que ocurre porque Ateneo<sup>2</sup> usa como autoridad a Pánfilo (v. infra) que da siempre las citas de ambos juntos.

Pero como ya hemos dicho más arriba el dialecto que más interés despertó entre los alejandrinos por el enorme prestigio literario que llevaba consigo fue el ático. Así se explica que se reunieran diferentes Ἀττικαὶ λέξεις y que el dialecto ático fuera estudiado en profundidad. Este interés que nace y vive durante los s. III y II a. C., será el embrión que siglos más tarde dará pie al movimiento aticista (v. infra).

De algunos de los autores que escribieron glosas del dialecto ático ya hemos hablado previamente, como es el caso de Filemón de Atenas, contemporáneo de Calímaco (v. supra) o el propio Aristófanes de Bizancio, si hemos de dar fe a la edición de Nauck que incluye entre las Λέξεις, unas Ἀττικαὶ y Λακωνικαὶ Γλῶσσαι (v. supra). En cambio no hemos dicho nada de Istro ὁ Καλλιμάχειος συγγραφεύς o de Pafos<sup>3</sup>, que por los dos nombres se le conoce en la filología. Este autor ha pasado como uno de los atidógrafos que han seguido esta corriente dentro de la escuela de Calímaco, por lo que el nombre de συγγραφεύς en vez de γραμματικός por el que es conocido en la filología posterior: Ateneo, Suda, Plutarco y los escoliastas así como Focio y Harpocración. De la época en que vivió es suficientemente claro el apodo Καλλιμάχειος, que indica que perteneció a este círculo (la Suda lo llama δοῦλος καὶ γνώριμος<sup>4</sup>, con lo cual nos lo sitúa en la 2.ª mitad del III a. C.) Su obra Ἀττικά<sup>5</sup>, vista desde una perspectiva arqueológica, especialmente en cuanto a las historias locales, es antecesora de Pausanias. De todas formas, como hemos dicho más arriba, el nombre γραμματικός por el que es conocido en toda la tradición inmediatamente posterior a él se debe a que fue un γραμματικός en el mismo sentido que Calímaco, es decir, como compilador de literatura clásica. Así, es autor de libros típicos de misceláneas como Ἔτακτα<sup>6</sup>, Σύμμικτα<sup>7</sup>, Ὑπομνήματα<sup>8</sup>. Desgraciadamente, de la obra por la que traemos a cola-

<sup>1</sup> Ath. 479 a.

<sup>2</sup> Ath. 501 d, e y 642 e.

<sup>3</sup> La edición que seguimos para este autor es F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker (FGrHist)*, Leiden 1964, n. 334. En esta edición se dan los *testimonia* de Suda, Ateneo, Plutarco, y los escolios a Aristófanes *Aves* y a continuación 77 fragmentos clasificados por las obras, dando, como es natural, la fuente. En cuanto a la personalidad del propio Istro y a un estudio de los fragmentos, cf. el propio F. Jacoby, *corpus* de *FGrHist*, volumen III b (Supplement): dividido a su vez en dos tomos, uno conteniendo el texto y otro de notas, *addenda, corrigenda* e índices, está dedicado a hacer un comentario de los antiguos historiadores de Atenas (el subtítulo es: *A commentary of the ancient historians of Athens* (nos. 323 a 334) y fue publicado en 1968. Las págs. 618-661 son las que tratan de Istro. A estos fragmentos y págs. hacemos referencia en nuestras líneas dedicados a Istro.

<sup>4</sup> T 1.

<sup>5</sup> Fr. 1-16.

<sup>6</sup> Fr. 17-22.

<sup>7</sup> Fr. 57.

<sup>8</sup> Fr. 58.

ción a Istro, Ἀπτικαὶ λέξεις, sólo se nos ha conservado una cita en Eustacio 1627.12 que recoge también la Suda s.u. ἄμνόν<sup>1</sup>.

De época incierta aunque del período alejandrino tenemos la mención de tres glosógrafos con muy escasas noticias incluso sobre su personalidad. Citaremos en primer lugar a Nicandro de Tiatira<sup>2</sup> en Lidia, que parece ser de fines del III, autor de dos obras, una sobre el dialecto ático Ἐξηγητικὰ Ἀπτικῆς διαλέκτου en no menos de 18 libros citada por Harpocración, por el escoliasta al *Cármides* de Platón y por Ateneo con el título ἐν τοῖς Ἀπτικοῖς ὀνόμασι. También Hesiquio s. u. ἀγωνοθέτης cita una glosa ática ὡς δὲ Νικάνδρος que no está nada claro si se refiere a Nicandro de Tiatira o al de Colofón, aunque parece apuntar a nuestro autor como glosista ático, cosa que el de Colofón no es. La otra obra, de carácter histórico, se titula Περὶ τῶν δῆμων<sup>3</sup>, sobre la historia de los demos áticos.

De época también incierta, aunque F. Susemihl<sup>4</sup> lo incluye en el capítulo de los alejandrinos tardíos, es Heracles de Efeso, autor de unas glosas muy citadas por Ateneo<sup>5</sup> pero de las cuales no sabemos ni el el título. Ateneo en 52b lo cita entre los escritores de glosas áticas, por lo cual lo traemos en este apartado.

El tercer autor de una obra titulada Ἀπτικαὶ Γλῶσσαι ο Φωναί es Teodoro, al que parece hay que situar un poco más tardíamente, después de la época alejandrina<sup>6</sup>, aunque no creemos que tan tardíamente como hace A. Gudeman<sup>7</sup>, que lo sitúa en pleno apogeo del aticismo varios siglos después (v. infra). Ateneo nos lo cita sólo de nombre en 496 e y 691 c y con un título que oscila, unas veces Φωναί 677 b y otras Γλῶσσαι 678 d y 646 c. Este Teodoro tal vez sea el mismo que el autor de Περὶ τοῦ Κηρύκων γένους, en no menos de dos volúmenes<sup>8</sup>.

Problema muy grave plantea a la moderna filología una obra titulada Περὶ τῆς Ἀπτικῆς διαλέκτου ο λέξεως en 5 libros, que se ha atribuido al más importante personaje de la escuela de Pérgamo, Crates de Malos<sup>9</sup> (s. II a. C.), pero que no parece resistir por más tiempo esta atribución a pesar de los esfuerzos de Mette y de su gran autoridad en este campo. Esta obra, muy citada por Ateneo<sup>10</sup>, es más normal atribuírsela a un Crates de Atenas del que

<sup>1</sup> Fr. 23.

<sup>2</sup> Seguimos para Nicandro de Tiatira la ed. de F. Jacoby, *FGHist* n. 343. Los fragmentos de las Ἐξηγητικὰ τῆς Ἀπτικῆς διαλέκτου son los comprendidos entre el 3 y el 20, cf. también los tomos de notas de esta obra.

<sup>3</sup> Frs. 1-3.

<sup>4</sup> F. Susemihl, *Geschichte der Griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, Leipzig 1892, vol. II, p. 190.

<sup>5</sup> Ateneo 52b, 76a (citado con Nicandro de Tiatira), 303b, 308e, 503a, 647b y 111c, donde Ateneo sólo cita Heracles sin decir origen.

<sup>6</sup> Cf. F. Susemihl, *Geschichte...* vol. II, p. 188.

<sup>7</sup> *RE*, s.v. *Theodoros* 36.

<sup>8</sup> Cf. Focio s.v. ἡμεροκαλλές.

<sup>9</sup> H. J. Mette, *Parateresis. Untersuchungen zur Sprachtheorie des Krates von Pergamon*, Halle 1952, p. 48 ss.

<sup>10</sup> Ateneo 114a, 235b-d, 495 a-c, 653b, 497f, 366d, 640c-d.

no sabemos prácticamente nada y al que se sitúa en el I a. C., autor también de un *Περὶ τῶν Ἀθήνησι θυσιῶν*. Todos estos fragmentos han sido recogidos y comentados por Jacoby<sup>1</sup> con mayor fundamento. Este autor, por el tipo de obra que presenta, parece ser, como los citados más arriba, un precursor de los aticistas.

También podemos considerar precursor de los aticistas al gramático de época imperial Demetrio Ἰζίων, aunque respecto a la fecha en que vivió hay una gran vacilación entre la época alejandrina y la de Augusto. Es comentarista de Homero, etimologista, autor de un tratado sobre los pronombres y de dos obras de lexicografía Ἀπτικάι λέξεις<sup>2</sup> y un *Περὶ τῆς Ἀλεξανδρέων διαλέκτου*<sup>3</sup>, de las que sólo se nos ha conservado una mención de cada<sup>4</sup>. Fue discípulo tardío de Aristarco y oponente suyo en sus teorías sobre Homero.

## VI LEXICOS DE AUTORES

### 1. HOMERO

Por lo que respecta a los autores antiguos que los alejandrinos hicieron objeto de sus estudios lexicográficos podemos situar en cabeza a Homero. *Γλώσσαι Ὀμηρικαί* de diversos autores aparecen citadas en los escolios que nos sirven de fuente. Como es natural los comentaristas y editores de Homero son los que componen dentro del cuerpo de su obra *Γλώσσαι Ὀμηρικαί*: así ocurre con Filetas de Cos (v. supra) y su discípulo Zenódoto de Efeso (v. supra).

Pero, sin embargo, el más importante de los comentaristas antiguos de Homero, Aristarco<sup>5</sup>, discípulo de Aristófanes de Bizancio, no escribe en el sentido estricto del término ni *Γλώσσαι* ni *Λέξεις* de Homero, aunque en los escolios de este autor aparezca con frecuencia el término *Λέξεις Ἀριστάρχου*<sup>6</sup>: lo que sí cabe distinguir en la producción como crítico literario de Aristarco, es la diferencia entre *ὑπομνήματα* y *συγγράμματα*. Estas últimas son interpretaciones de obras pero en un aspecto estrictamente monográfico de un pasaje de un autor (en el caso particular que nosotros consideramos, de algún verso de la *Il.* o de la *Od.*); incluso a veces con carácter polémico (*Πρὸς Φιλίταν*)<sup>7</sup>. Mientras que los *ὑπομνήματα* son comentarios continuados y de todo tipo que

<sup>1</sup> F. Jacoby, *FGrHist.*, n. 362.

<sup>2</sup> Sch. Aristófanes, *Aves* 1569.

<sup>3</sup> Ateneo 393b.

<sup>4</sup> Cf. T. Staesche, *De Demetrio Ixione grammatico*, Diss. Halle, 1883.

<sup>5</sup> Sobre la controvertida figura de Aristarco en el campo de la crítica homérica, su posición histórica, su obra y su bibliografía cf. el capítulo que R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, Oxford 1968, pp. 210-233, dedica a nuestro autor.

<sup>6</sup> Cf. sch. *Il.* 1.424 del gramático Dídimos: *Λέξεις Ἀριστάρχου ἐκ τοῦ Α τῆς Ἰλιάδος ὑπομνήματος*.

<sup>7</sup> V. supra.

se pueden considerar incluso como ediciones de Homero hechos de forma continuada y así se explica que en estos *ὑπομνήματα* se encuentren explicaciones léxicas que aunque no compongan unas genuinas *γλῶσσαι* son de un gran valor para el léxico de Homero. Así, pues, no podemos decir con Wolf que Aristarco no escribió sobre Homero «nihil aliud quam Commentarios»<sup>1</sup>, interpretando mal la Suda, puesto que evidentemente hay que interpretar esto en el sentido de que Aristarco no hizo una edición independiente de Homero. Por uno de esos golpes de fortuna que algunas veces ocurren en la filología clásica, largos resúmenes de los *ὑπομνήματα* de Aristarco se nos han conservado en un códice veneciano, el Venetus Marcianus 454, por medio de cuatro gramáticos antiguos, Dídimo, Aristonico, Herodiano y Nicanor, que han transmitido estos resúmenes de materiales auténticamente aristarqueos a partir de fuentes helenísticas y de los comienzos del Imperio Romano. En el citado manuscrito, juntamente con el texto de la *Iliada* hay gran cantidad de escolios marginales o interlineales de la antedicha procedencia<sup>2</sup> que creemos necesario citar aunque no sea más que de pasada por considerarlos básicos en los estudios sobre el léxico de Homero.

En un Ms. del Monte Atos del siglo XIII/XIV del que ya hemos hablado a propósito de Aristófanes de Bizancio (v. supra), se encuentra un opúsculo titulado *Ζηνοδώρου τῶν περὶ συνηθείας Ἐπιτομή*<sup>3</sup> que es un resumen de una gran obra en 10 libros del gramático Zenodoro sobre la lengua de Homero (*Περὶ τῆς Ὀμήρου συνηθείας*), según nos cuenta Porfirio<sup>4</sup>. Nada podemos decir sobre la personalidad de este gramático, ya que incluso se ha cuestionado su existencia, atribuyendo esta obra a Zenódoto (v. supra). Pero todas las conjeturas que suponen un error en los Mss. son falsas, ya que los gramáticos y los escolios ponen siempre estos nombres en abreviatura con los mismos elementos paleográficos, pero en este Ms. no hay posibilidad de error ya que el nombre viene completo. Del opúsculo conservado diremos que no sigue orden alfabético, cita a la vez el sentido ordinario de una palabra (*συνήθως*) y el sentido homérico (*καθ' Ὅμηρον, κατὰ τὸν Ποιητὴν, ποιητικῶς*). No cita más que a Dionisio de Halicarnaso entre los autores antiguos y cabe destacar que hay algunas explicaciones que no se encuentran ni en los escoliastas ni en Eustacio ni en los lexicógrafos.

También creemos merecen ser citadas aquí las dos fuentes principales de las que parece se sirvió Apolonio Sofista (v. infra) siglos después para componer su *Lexicon Homericum*; nos referimos a los comentarios a Homero de

<sup>1</sup> F. A. Wolf, *Prolegomena ad Homerum*, Halle 1795 (reimpr. de G. Olms. 1963 sobre la 3.ª edición de 1884), p. 229. Esta obra marca la base de los estudios de la crítica moderna sobre Homero y su comentarista Aristarco, secundada años más tarde por K. Lehrs, *De Aristarchi studiis Homericis*, Leipzig 1833.

<sup>2</sup> Cf. *Scholia Graeca in Homeri Iliadem (scholia vetera)*, ed. H. Erbse, Berlín 1969-1974, 4 vols., a falta de publicar un quinto.

<sup>3</sup> Cf. E. Miller, *Mélanges de littérature grecque*, Paris 1868, pp. 407-412 (K. Latte y H. Erbse, *LGM*, Hildesheim 1965).

<sup>4</sup> Sch. *Il.* 17.263, 18.22.

Heliodoro discípulo de Aristarco y sobre todo al glosario homérico de principios de la época imperial debido al gramático Apión<sup>1</sup>, sucesor de Teón (v. infra) como cabeza de la escuela de Alejandría y discípulo de Dídimo (v. infra), que enseñó en Roma en la época de Tiberio y Claudio. Apión con ayuda de los trabajos de Aristarco compuso un glosario homérico muy utilizado también por Hesiquio y Eustacio, del que sólo se nos ha conservado un pequeño resumen bajo el título Ἀπίωνος γλῶσσαι Ὀμηρικαί<sup>2</sup>. Creemos que debemos mencionar aquí también unos *Excerpta Apionis glosarum Homericarum* que se encuentran en un Ms. de Darmstadt publicado por Sturz<sup>3</sup> a continuación de la ed. del *Etymologicum Gudianum*. Esto ha sido negado por Lehrs<sup>4</sup> y defendido por Kopp<sup>5</sup>, pero sin gran éxito frente a eminentes filólogos especialistas en la materia como Cohn<sup>6</sup> a la hora de redactar el artículo correspondiente a Apión en *RE*. Para complicar más el asunto, Nicholson<sup>7</sup> publicó en *Classical Review* el fragmento de un papiro con la indicación de que puede ser perteneciente al *Lexicon Homericum* de Apolonio Sofista en un estado más primitivo que el que ha llegado hasta nosotros; y hace la indicación en una nota, aunque sin comprometerse, de que este fragmento no prueba que se trate de citas de Apión. En este estado de cosas, la publicación de un papiro<sup>8</sup> del siglo I d. C. que es parte de un glosario en el que se explican ὄμφαλός, ὄνειρος y ὄπλον, coincidiendo que ὄπλον es también glosado en el glosario medieval, hace que Hunt, editor del papiro, concluya que éste es de una obra de Apión espécimen en forma original de lo que aparece en el Ms.

## 2. POETAS TRÁGICOS Y CÓMICOS

Autores también muy estudiados por los antiguos gramáticos fueron los poetas trágicos y cómicos, no en forma monográfica sino en los comentarios a sus obras como se nos han conservado en los escolios. El estudio de estos autores comienza de todas formas más tardíamente que el de Homero. Recordemos los estudios sobre comedia de Licofrón, Eufronio y Eratóstenes (v. supra) en los siglos III y II a. C., y así podemos apuntar que los estudios en este campo no comienzan hasta finales de la época alejandrina. Destaca en ellos el que podríamos llamar último discípulo de Aristarco, Dídimo, muy

<sup>1</sup> Cf. sobre la aportación de Apión a los estudios homéricos K. Lehrs, *Quaestiones epicae*, Königsberg 1837, p. 1 ss.; H. Baumert, *Apionis quae ad Homerum pertinent fragmenta*, Königsberg 1886.

<sup>2</sup> Cf. H. Baumert, *Apionis...*, pp. 18-52.

<sup>3</sup> *Etymologicum Guadianum*, ed. F. W. Sturz, Leipzig 1818. Los *Excerpta Apionis Glossarum Homericarum*, cols. 601-610.

<sup>4</sup> K. Lehrs, *Quaestiones...*, p. 33.

<sup>5</sup> A. Kop, «Apionis Homerlexicon», *Hermes* 20, 1885, pp. 161-180.

<sup>6</sup> L. Cohn, *RE*, s.v. *Apion*.

<sup>7</sup> W. B. Nicholson, «Fragment of an earlier edition of Apollonius's Homeric Lexicon», *The Classical Review* 11, 1897, pp. 390-393.

<sup>8</sup> *PRyl.* 26 (*Catalogue of the Greek papyri in the John Rylands library*, Vol. I, ed. A. S. Hunt, Manchester 1911).

criticado por el poco rigor de sus estudios, no sólo por la crítica moderna sino también por sus contemporáneos, que lo bautizaron con apodosos que han llegado hasta nosotros caracterizándolo para siempre: Χαλιέντερος<sup>1</sup> o Βιβλιολάθας<sup>2</sup>, por lo mucho que escribía, que le hacía olvidar lo que había escrito previamente. Este personaje nació y vivió en Alejandría, y tal vez estuviera alguna temporada en Roma<sup>3</sup>, en la segunda mitad del I a. C. y comienzos del I d. C. Es imposible, y creemos que aquí innecesario, dar una completa panorámica de las obras de Dídimos; para la lexicografía son importantes todos los comentarios que dedicó a la más varia literatura griega clásica. Cultivó la lexicografía de forma específica ya con léxicos generales (Περὶ διεφθορίας, Περὶ ἀπορουμένης λέξεως, λέξις τροπική)<sup>4</sup>, y sobre todo con léxicos especiales (Λέξις κωμική y Λέξις τραγική), basados estos léxicos en obras como las de Aristófanes de Bizancio (v. supra) y en otras obras exegéticas. De lo que no sabemos nada cierto es de qué forma estuvieron organizados estos léxicos. Hesiquio, en la carta dedicatoria de su léxico, nos habla de un orden κατὰ στοιχεῖον, es decir, alfabético, pero Harpocración<sup>5</sup> y Macrobio<sup>6</sup> parecen darnos una versión diferente de esto. Parece más sensato inclinarse a creer que las obras lexicográficas de Dídimos son un gran almacén de materiales, pero sin orden.

También Hesiquio<sup>7</sup>, en la carta dedicatoria ya mencionada, cita al gramático Teón de Alejandría, que vivió en tiempos de Tiberio, como autor de un léxico de la tragedia y la comedia que suponemos confeccionados a partir de los de Dídimos.

De la primera mitad del s. I d. C. es también la obra de Epiterses de Nicea Περὶ λέξεων Ἀπτικῶν καὶ κωμικῶν καὶ τραγικῶν<sup>8</sup>; y de época aún más tardía, el s. II, tenemos a Palamedes de Elea<sup>9</sup>, autor de una Κωμική λέξις citada en los escolios de Aristófanes<sup>10</sup> y de una Τραγική λέξις, puesto que en la aclaración que se da a la expresión ἀρμάτειον μέλος, Eurípides, *Orestes* 1384, en el *EM* 145 ed. Gaisford se cita a Palamedes<sup>11</sup> también como autoridad.

<sup>1</sup> «De tripas de bronce» por lo incansable de su producción literaria. Cf. Amiano Marcelino 22.16.16.

<sup>2</sup> Cf. Quintiliano, *Institutiones Oratorias* 1.8.20; καλεῖ δὲ τοῦτον (Δίδυμον) Δημήτριος ὁ Τροιζήνιος βιβλιολάθαν διὰ τὸ πλῆθος ὧν ἐκδέδωκε συγγραμμάτων· ἐστὶ γὰρ τρισχίλια πρὸς τοῖς πεντακοσίοις, Ateneo 139c; *Quattuor milia librorum Didymus grammaticus scripsit. Misererer, si tam multa superuacua legisset*, Séneca, *Epistolas* 88.37.

<sup>3</sup> Cf. F. Susemihl, *Geschichte...*, vol. II, p. 195, n. 264.

<sup>4</sup> Cf. *Didymi Chalcenteri grammatici Alexandrini fragmenta*, ed. M. Schmidt, Leipzig 1854, pp. 15-111.

<sup>5</sup> Cf. Dídimos, *Fr.* 6.1 Schmidt.

<sup>6</sup> Macrobio, *Saturnalia* 5.18.9, 11.

<sup>7</sup> Hesiquio, *Epistula ad Eulogium*: οἱ δὲ τὰς κωμικὰς ἰδῶ καὶ τὰς τραγικὰς (συνθεθῆναι λέξεις), ὡς Θεῶν καὶ Δίδυμος.

<sup>8</sup> Esteban de Bizancio, s. u. *Νίκαια*, ed. A. Meineke, Berlín 1849 (Graz 1958) y Erotiano s. u. *ἄμβην*, ed. E. Nachmanson, Upsala 1918.

<sup>9</sup> Cf. Ateneo 397a, Suda s. v. Παλαμήδης Ἐλεατικός y *Etymologicum Magnum* 145, 44 ed. T. Gaisford.

<sup>10</sup> Cf. p. e. Sch. Aristophanes, *Pax* 916, *Vespae* 710, 1108, etc., ed. Fr. Dübner, Paris 1877 (G. Olms 1969).

<sup>11</sup> Παλαμήδης ὁ τὴν κωμικὴν λέξιν συναγαγών.

## 3. PROSISTAS

Menos atención lexicográfica dedicaron los gramáticos alejandrinos a los prosistas clásicos, siendo una excepción el caso de Hipócrates por tratarse realmente de un vocabulario técnico que estudian no sólo los gramáticos y lexicógrafos, sino también los médicos.

Esta falta de atención a los prosistas podría justificarse por ser poetas los fundadores de la filología en Alejandría; naturalmente, sus inclinaciones iban hacia los poetas. Así, pues, tuvo que ser un filólogo como Aristarco (v. supra) sin intereses poéticos personales el que iniciara los estudios sobre los prosistas y así conocemos que Aristarco escribió unos *ὑπομνήματα* a Heródoto, tal vez atraído por tratarse de un autor *Ὀμηρικώτατος*. La existencia de estos estudios sobre Heródoto no fue descubierto hasta comienzos del presente siglo con la publicación de los *PAmherst*<sup>1</sup>, uno de los cuales es un fragmento de los *ὑπομνήματα* de Heródoto firmado *Ἀριστάρχου / Ἡροδότου / ᾧ / ὑπόμνημα* (comentario del libro primero de Heródoto por Aristarco). Los puntos más importantes de este papiro son la aparición de una variante hasta entonces desconocida en los Mss. de Heródoto *ἄμῃποι* por *ἄνιπποι* (Hdt. 1.215) y una nueva cita del *Ποιμένες* de Sófocles (*Fr.* 500 Pearson).

En cuanto a los estudios lexicográficos sobre Hipócrates, son mucho más antiguos. Ya hemos citado a Jenócrito de Cos (v. supra), del III a. C.; también de mediados del III a. C., es Baqueo de Tanagra, perteneciente al prestigioso grupo de *οἱ Ἡροφίλειοι*<sup>2</sup>: es de los primeros comentaristas de Hipócrates y de los escritos pseudo-hipocráticos y autor de un léxico de Hipócrates<sup>3</sup>, *διὰ τριῶν συντάξεων*, que incluye también citas de poetas clásicos sacados de Aristófanes de Bizancio.

Epicles de Creta hizo años más tarde un resumen del léxico de Baqueo que nos ha quedado perfectamente caracterizado por Erotiano: *τῶν δὲ ἄλλων Ἐπικλῆς μὲν, ὁ κατὰ στοιχεῖον ποιησάμενος τὴν ἀναγραφὴν, ματαίου συντομίας ἐγένετο ζηλωτής. πρὸς τῷ γὰρ μὴ πάσας ἐξηγήσασθαι, ἔτι καὶ τὰ συντάγματα ἐν οἷς αὐτῶν ἐκάστη κατεγέγραπτο, σιωπῆς ἰκανῆς αἴτιος ἐγένετο τοῖς ἀναγιγνώσκουσι, πάλιν γὰρ ἐδέησε καθ' ἐκάστην γραφὴν ἐξηγεῖσθαι μὴ τὴν ἀνάγνωσιν, εἰ νοητὴ τίς ἐστίν, ἀλλὰ καὶ τὴν λέξιν, ἣ κατατέταται*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *PAmh.* 12 (*Amherst Papyri*, ed. B. P. Grenfell y A. S. Hunt, vol. II, Londres 1901).

<sup>2</sup> Así lo llama Galeno numerosas veces, cf. 8.744, 912, 929, etc.; también *οἱ ἀπὸ Ἡροφίλου*, Galeno 8.274; también *οἱ μεθ' Ἡροφίλου*, Galeno 8.911; también *οἱ ἀπὸ τῆς Ἡροφίλου αἵρέσεως*, Galeno 19.347; también *ὁ ἀπὸ τῆς Ἡροφίλου οἰκίας*, Erotiano, p. 4 Nachmanson. Se llamaba Herófilos a los discípulos de Herófilo de Calcedonia, famoso médico de Alejandría que creó una escuela de medicina que perduró a lo largo de los reinados de los Ptolomeos I y II, cf. F. Susemihl, *Geschichte...*, vol. I, p. 785 ss.

<sup>3</sup> Cf. Erotiano, s. u. *άλυσμόν*, p. 10 Nachmanson.

<sup>4</sup> Erotiano, p. 7, 8 Nachmanson.

También lo hizo Apolonio Ofis según nos cuenta Erotiano: καίπερ Ἐπικλέους τοῦ Κρητὸς ἐπιτεμομένου τὰς Βακχείου λέξεις διὰ ... συντάξω, Ἀπολλωνίου τε τοῦ Ὀφειῶς ταῦτὸ ποιήσαντος<sup>1</sup>.

Filino de Cos, otro de los médicos de la escuela de Herófilo que vivió a mediados del III a. C. y que es el fundador de la escuela empírica<sup>2</sup>, no está de acuerdo en cambio con las aclaraciones de Baqueo a Hipócrates, y lo combate en una obra en 6 libros que debía de tener un carácter lexicográfico también<sup>3</sup>.

Glauquias Empírico vive a principios del II a. C. y según nos cuenta Galeno<sup>4</sup> comentó diferentes tratados hipocráticos como los seis libros de las *Epidemias* o el *Περὶ χυμῶν*. Pero lo fundamental de su obra desde nuestro punto de vista es que ahora por primera vez se hace un diccionario de autor por orden alfabético<sup>5</sup>.

También glosógrafo de las obras de Hipócrates y médico él mismo es Dioscórides Φακᾶς (el de las verrugas)<sup>6</sup>, que vivió a finales del período helenístico, en Alejandría, más concretamente en la época de Antonio. Fue médico muy reputado y considerado por el padre de Cleopatra y parece que estuvo en Roma como ministro si es a este Dioscórides al que se refiere César<sup>7</sup>. Entre sus 24 libros de medicina, 7 están dedicados a un glosario sobre las obras hipocráticas; en ellos combate las glosas y comentarios tanto de Baqueo como de Epicles de Creta y Apolonio Ofis<sup>8</sup>.

Heraclidas de Tarento presenta problemas de datación precisa<sup>9</sup>, aunque nos inclinamos a pensar que es de la 2.<sup>a</sup> mitad del s. I a. C. Discípulo del Herófilo (v. supra) Mantias<sup>10</sup>, se hace más tarde del grupo de los médicos empíricos<sup>11</sup>. Su gran producción médica se nos ha conservado en numerosas citas a través de Galeno y de Celio Aureliano. Como la mayoría de los empíricos escribe comentarios sobre las obras de Hipócrates y un escrito contra las *Λέξεις* de Baqueo en tres libros que son también de carácter léxico (*πρὸς Βακχεῖον περὶ τῶν Ἱπποκράτους λέξεων*)<sup>12</sup>. Lo que ya no está claro es si este Heraclidas es el autor de unos Ὀψαρτυτικά (v. supra), también de carácter léxico.

<sup>1</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson.

<sup>2</sup> Galeno 14.683.

<sup>3</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson: ᾧ (Βακχείῳ) δὴ τὸν ἐμπειριῶν συγχρονήσαντα Φιλῖνον διὰ ἐξαβίβλου πραγματείας ἀντειπεῖν.

<sup>4</sup> Cf. Galeno 17(1) 794, 17(2)94, 16.1, 196, 324.

<sup>5</sup> Cf. Erotiano, p. 5 Nachmanson: Γλαυκίου τοῦ ἐμπειριοῦ δι' ἐνὸς πολυστίχου πάνυ καὶ κατὰ στοιχεῖον πεποιημένου; Erotiano, p. 8 Nachmanson: Γλαυκίας τε ὁμοίως τὸ κατὰ στοιχεῖον ζηλώσας, μακρότερος ἐφάνη καθ' ἐκάστην φωνὴν παρατιθέμενος τὰς ἐν αἷς καταγεγραμμένας ταυχάνουσιν αἱ γλῶτται συντάξεις.

<sup>6</sup> Suda confunde a Dioscórides Φακᾶς cón el más famoso Ἀναζαρβεύς, mezclando la época y las vidas. Cf. Suda s. v. Διοσκορίδης Ἀναζαρβεύς.

<sup>7</sup> César, *De bello civili* 3.109.

<sup>8</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson: καὶ Διοσκουρίδου τοῦ Φακᾶ πᾶσι τούτοις ἀντειπόντος.

<sup>9</sup> Cf. M. Wellmann, «Zur Geschichte der Medicin im Alterthume», *Hermes*, 23, 1888, pp. 556-566.

<sup>10</sup> Cf. Galeno 13.462.

<sup>11</sup> Cf. Galeno 12.989.

<sup>12</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson: τὰ τοῦ Ταρεντίνου (Ἡρακλείδου) τρία πρὸς Βακχεῖον διαγράψαντος; Erotiano *Fr.*25 (p. 106 Nachmanson): ὁ δὲ Ταρεντίνος Ἡρακλείδης ἐν τῷ β' πρὸς Βακχεῖον Περὶ τῶν Ἱπποκράτους λέξεων φησιν...

Apolonio ὁ Κιτιεύς vivió hacia el 50 a. C. en Alejandría y fue discípulo del médico Zopiro. Comentarista también de Hipócrates escribió 18 libros *πρὸς τὰ τοῦ Ταρεντίνου*, es decir, Heraclidas, y tres *πρὸς Βακχεῖον*<sup>1</sup>, que como todas las anteriores diatribas se basaban en muchos casos en interpretaciones léxicas.

Hasta el momento todos los comentaristas y lexicógrafos de Hipócrates han sido médicos que llevados de un interés profesional estudian la lengua del médico clásico por excelencia, pero tenemos dos ejemplos en los que el interés es puramente lingüístico. Es el caso de Euforión de Calcis y de Dídimo (v. supra).

Euforión de Calcis<sup>2</sup> en Eubea, poeta épico y bibliotecario de Antioco en Siria<sup>3</sup>, es autor en el s. III a. C. de una *Λέξις Ἱπποκράτους* en seis volúmenes<sup>4</sup>. Tratándose de un autor tremendamente manierista como Euforión, cuya actividad filológica se ha limitado a coleccionar materiales antiguos para sus obras, autores como L. Cohn<sup>5</sup> y R. Pfeiffer<sup>6</sup> dudan de que sea el autor de obra tal y piensan que se trata en cambio de un autor que coincide en el nombre.

Con respecto a la *Λέξις Ἱπποκράτους*<sup>7</sup> de Dídimo (v. supra) tampoco hay ninguna seguridad y la fuente es Erotiano<sup>8</sup>, pero frente a la opinión del editor de Erotiano están las de L. Cohn<sup>9</sup> y K. Strecker<sup>10</sup>.

#### 4. TRABAJOS LEXICOGRAFICOS EN OTROS CAMPOS

Ocupamos este epígrafe con la amplísima obra del gramático Trifón de Alejandría, contemporáneo de Dídimo aunque un poco más joven, hijo de Ammonio, que nada tiene que ver con el discípulo de Aristarco<sup>11</sup>. Podemos fijar su ἀκμὴ en la época de Augusto. Toda su obra es de pura gramática y

<sup>1</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson: Ἀπολλωνίου τε τοῦ Κιτιέως ὀκτωκαίδεκα πρὸς τὰ τοῦ Ταρεντίνου τρία πρὸς Βακχεῖον διαγράψαντος.

<sup>2</sup> L. A. de Cuenca, *Euforión de Calcis*, Madrid 1976.

<sup>3</sup> Suda, s. v. Εὐφορίων.

<sup>4</sup> Fr. 49, 50 ed. de Cuenca.

<sup>5</sup> L. Cohn, *Griechische Lexicographie* en vol. II de K. Brugmann y A. Thumb, *Griechische Grammatik*, Munich 1913, p. 687.

<sup>6</sup> R. Pfeiffer, *History...*, p. 150, n. 5.

<sup>7</sup> Fr. 1.4 (p. 24 ss.) ed. Schmidt.

<sup>8</sup> Erotiano, p. 5 Nachmanson.

<sup>9</sup> L. Cohn, *Jahrb. f. Philol.*, Suppl. 12, p. 325 ss.

<sup>10</sup> K. Strecker, *Hermes* 26, 1891, p. 262 ss.

<sup>11</sup> *Tryphonis grammatici Alexandrini fragmenta*, ed. A. de Velsen, Berlín 1853 (Hakkert 1965). De esta edición los fragmentos 130-134 correspondientes al tratado *Περὶ παθῶν τῆς λέξεως* han sido reeditados en mayor número por R. Schneider, *Excerpta Περὶ παθῶν*, Leipzig 1895, a cuya introducción nos remitimos para la historia de estos fragmentos aparecidos posteriormente en un códice Galeano de la Biblioteca del Colegio de la Santísima Trinidad de Cambridge, publicado por primera vez por Bloomfield en *Cambridge Classical Researches*, 1826. En cuanto a los dos tratados *Περὶ τρόπων* I y II, el I está editado por L. Spengel, *Rhetores Graeci*, Leipzig 1853-6, vol. III, p. 189; y el II ha sido editado por M. L. West, «Tryphon De Tropis», *The Classical Quarterly*, n. s. 24, 1965, pp. 230-248, donde se atribuye a Trifón esta obra atribuida por Walz y Spengel a Gregorio de Corinto.

filología y se ha conservado fragmentariamente en gramáticos como Apolonio Díscolo, Herodiano, Ateneo y el Ammonio, del s. iv d. C.

Entre sus obras de carácter lexicográfico cabe destacar las tituladas *Περὶ Ἑλληνισμοῦ*<sup>1</sup>, donde se estudia el uso de palabras estrictamente griegas y es la primera vez que aparece este título, en 5 libros; *Περὶ ὀνομασιῶν*<sup>2</sup>, que es una colección de explicaciones por materias al estilo de Aristófanes de Bizancio (v. supra); *περὶ φυτικῶν ἢ φυτῶν ἱστορία*<sup>3</sup>, sobre los nombres de plantas y expresiones y palabras poco conocidas en este campo; *Περὶ ζῴων*<sup>4</sup>, del mismo tipo que la anterior pero sobre los animales. De otro grupo de tratados lexicográficos, relacionados con dialectos y con la lengua de una serie de autores clásicos, sólo se nos ha conservado la mención de la Suda<sup>5</sup>: *Περὶ τῶν παρ' Ὀμήρῳ διαλέκτων καὶ Σιμωνίδῃ καὶ Πινδάρῳ καὶ Ἀλκιμᾶνι καὶ τοῖς ἄλλοις λυρικοῖς, Περὶ τῆς Ἑλλήνων διαλέκτου καὶ Ἀργείων καὶ Ἰμεραίων καὶ Ῥηγίων καὶ Δωριέων καὶ Συρακουσίων.*

Del discípulo o hijo de Trifón, Dionisio ὁ Τρύφωνος sólo nos ha conservado mención de su obra, de no menos de diez libros *Περὶ ὀνομάτων* con referencia a unas pocas citas, Ateneo<sup>6</sup>. Como siempre lo llama *Διονύσιος ὁ τοῦ Τρύφωνος* y los datos que hay sobre este autor son escasísimos, no se sabe si se trata de su hijo o su discípulo<sup>7</sup>.

## VII. ETIMOLOGIA

Los estudios de etimología nacen con los de gramática, pero ya en la misma poesía épica los nombres propios no sólo eran agradables al oído del poeta sino que le recordaban sonidos similares de las palabras de la misma familia; el resultado eran las asonancias e incluso etimologías<sup>8</sup>. Ahora bien, en el sentido en que entendemos «etimologizar» ya los filósofos lo hacían en la escuela en los siglos vi y v a. C. De esta forma trataban de buscar el origen de ciertas expresiones y de probar la coincidencia de palabra y cosa; así la etimología les servía incluso para corroborar doctrinas de la física y de la ética. De esto el *Cratilo* de Platón nos ofrece muchos ejemplos<sup>9</sup>. También los filósofos de la Academia y del Peripato concedieron una gran importancia a esta actividad.

Pero hasta el s. iv a. C., no aparece una obra con el título expreso *Περὶ*

<sup>1</sup> Fr. 105-108 Velsen.

<sup>2</sup> Fr. 109-115 Velsen.

<sup>3</sup> Fr. 116-120 Velsen.

<sup>4</sup> Fr. 121 Velsen.

<sup>5</sup> Suda, s. v. Τρύφων.

<sup>6</sup> Ateneo 255c, 503c y 641a.

<sup>7</sup> Cf. A. de Velsen, *Tryphonis...*, p. 2.

<sup>8</sup> El ejemplo más famoso es el de Odiseo, nombre en el que se puede oír *ὀδύρομαι* (*Od.* 1.55), u *ὀδύσσομαι* (*Od.* 1.62).

<sup>9</sup> Platón, *Cratilo* 404e, 405e, 406a, etc.

ἐτυμολογιῶν de Heraclidas Póntico<sup>1</sup> (de Heraclea), que vivió en torno al 350 a. C. y fue discípulo primero de Platón y luego de Aristóteles. Este filósofo fue pronto olvidado como tal, mientras que su producción como gramático es la que le ha hecho perdurar en el recuerdo. Esta obra *Περὶ ἐτυμολογιῶν* parece ser un capítulo de una obra más general *Περὶ ὀνομάτων*<sup>2</sup>. La alusión al *Περὶ ἐτυμολογιῶν* se encuentra dentro de uno de los *etymologica*<sup>3</sup> de los que hablaremos más adelante, el de Orión el Tebano (s. v d. C.), que, parece ser, toma como una de las bases de su obra ésta de Heraclidas Póntico<sup>4</sup>. En ella se nos han conservado fragmentos numerosos de esta obra de Heraclidas.

El tratamiento filosófico de la etimología fue continuado por los estoicos, que llegaron a la conclusión de que un análisis de la lengua les abriría el camino al conocimiento de las cosas, ya que la lengua para los estoicos es φύσει, no θέσει (v. supra). Crisipo (III a. C.) es el primero de los estoicos que escribe varios libros titulados *Περὶ ἐτυμολογιῶν*<sup>5</sup>, y la forma ἐτυμολογία no está atestiguada antes de Crisipo<sup>6</sup>.

No creemos que sea una casualidad el hecho de que Apolodoro de Atenas, que vivió en torno al 144 a. C., tenga entre su amplísima obra de carácter gramatical no sólo unas *Γλῶσσαι*<sup>7</sup>, sino unos *Ἐτυμολογουμένων*<sup>8</sup> en dos libros al menos. Apolodoro fue discípulo de Aristarco en Alejandría, lo cual no marca carácter en cuanto a su interés por la etimología; pero fue discípulo también del estoico Panecio y la mayor parte de su labor científica la desarrolló en Pérgamo a cuyo rey Atalo II le dedicó su mayor obra, *Χρονικά*. En Pérgamo se estableció como primer bibliotecario Crates de Malos (v. supra), de la escuela estoica, que aunque en el terreno de la gramática pertenece más al grupo de los alejandrinos, no por ello se deja de ver la influencia de Crisipo en las explicaciones que da de los nombres de los dioses<sup>9</sup>.

Tal vez por toda esta serie de coincidencias es por lo que se explica que Apolodoro sea el primer gramático que escribe una monografía sobre etimología. Ahora bien, en los escasos fragmentos que nos han quedado de esa obra no hay la más pequeña evidencia de que siguiera en el terreno gramatical

<sup>1</sup> Heracleides Pontikos, ed. F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles*, Heft 7, Basel-Stuttgart, 1969<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Fr. 164 Wehrli.

<sup>3</sup> Los *Etymologica*, de los que hablaremos más adelante, son los que tienen una orientación abiertamente léxica, así pues, podemos pensar que Heraclidas Póntico representa la transición entre lo que se entiende por etimología en sentido llano (el origen de las palabras) y lo que es un *etymologicum* (diccionario o léxico).

<sup>4</sup> De todas formas debemos decir que hay otro Heraclidas Póntico de la escuela de Dídimo que no podemos separar de este nuestro, ya que Orión cita en bloque *Ἡρακλείδης* sin distinguir de cuál de los dos gramáticos se trata.

<sup>5</sup> *Stoicorum Vetera Fragmenta*, ed. von Arnim, Leipzig 1923, vol. II, p. 9: *περὶ τῶν ἐτυμολογιῶν πρὸς Διοκλέα α'β'γ'δ'ε'ς'ζ'* y *ἐτυμολογιῶν πρὸς Διοκλέα α'β'γ'δ'*.

<sup>6</sup> I. von Arnim, *SVF* II, p. 44 (Fr. 146).

<sup>7</sup> F. Jacoby, *FGrHist.*, n. 244, Fr. 221.

<sup>8</sup> Fr. 222-225 Jacoby.

<sup>9</sup> Cf. H. J. Mette, *Sphairopoia. Untersuchungen zur Kosmologie des Krates von Pergamon*, Munich 1936, Fr. 2 y 3.

las extravagantes teorías que ya hemos visto propugnaban los estoicos en este campo, sino que le ocurre lo que a Crates en este aspecto, y sigue más bien a Aristófanes de Bizancio que en sus *Λέξεις* usa la etimología como una simple ayuda para la interpretación de la poesía.

El gramático alejandrino Filóxeno<sup>1</sup> (I a. C.) es el que crea un sistema propiamente etimológico<sup>2</sup>. Su técnica gramatical se centraba en los verbos, especialmente los *ρήματα μονοσύλλαβα*, a partir de los cuales derivaba otras formas de verbos e incluso nombres. Los monosílabos como *ἀρχαί*, prototipos, tenían un valor gramatical, según él creía, para el reconocimiento de los *ἔτυμα*, y servían también como criterios para el uso correcto del griego (*ἑλληνισμός*). Aparte de fundar esta teoría, es autor de obras lexicográficas en las que puso en práctica sus teorías: *Περὶ τῆς τῶν Συρακουσίων διαλέκτου*, *Περὶ ἑλληνισμοῦ*, *Περὶ γλωσσῶν ε'*, *Περὶ τῶν παρ' Ὀμήρῳ γλωσσῶν*, *Περὶ τῆς Λακίωνων διαλέκτου*, *Περὶ τῆς Ἰάδος διαλέκτου*<sup>3</sup>.

Pero entre los tratados sobre dialectos el que representa algo realmente nuevo y que la Suda omite es el *Περὶ τῆς Ῥωμαίων διαλέκτου*<sup>4</sup>, en el que estudia el latín como un dialecto del griego, no estableciendo comparaciones entre las dos lenguas.

## VIII. SINONIMIA

El estudio de la sinonimia empezó pronto con finalidad retórica. El sofista Pródico enseñaba a sus discípulos el correcto uso de las palabras (*Περὶ ὀνομάτων ὀρθότητος*) que tenían formas diferentes, pero más o menos el mismo significado. A esta sutil diferencia entre las palabras la llamaba *διαίρεσις*<sup>5</sup>. A estas palabras Aristóteles las llamó *συνώνυμα*<sup>6</sup>, utilizando por primera vez esta palabra inventada por él o utilizando fuentes desconocidas para nosotros y recomendando su uso a los poetas. Más tarde, también se preocuparon por los diferentes matices de los sinónimos la escuela peripatética representada por Aristóxeno y la estoica representada por Crisipo. Después, a lo largo de todo el período alejandrino se han ido haciendo estudios marginales de este tema, especialmente por los dos grandes gramáticos de esta época: Aristófanes de Bizancio y Aristarco.

El primero que hace un estudio monográfico sobre el tema es un personaje

<sup>1</sup> Cf. C. Wendel, *RE*, s.v. Philoxenus 27, y Ch. Theodoridis, *Die Fragmente des Grammatiker Philoxenos*, Berlín 1976.

<sup>2</sup> Cf. R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 180 ss. y 338 ss.

<sup>3</sup> Suda, s.v. Φιλόξενος, Ἀλεξανδρεὺς γραμματικός.

<sup>4</sup> Cf. *Grammaticae Romanae Fragmenta*, ed. H. Funaioli, Leipzig 1907, vol. I, pp. 443-446.

<sup>5</sup> Cf. H. Diels y W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín 1954<sup>7</sup>, Pródico Fr. A 17-19; cf. Platón *Protágoras* 358a: τὴν δὲ Προδίκου τοῦδε διαίρεσιν τῶν ὀνομάτων παραιτοῦμαι y 341 c. Una lista completa de los sinónimos de Pródico la da H. Mayer, *Prodikos von Keos und die Anfänge der Synonymik*, Diss. Munich 1913, p. 22 ss.

<sup>6</sup> Aristoteles, *Topica* 158<sup>b</sup>38, 163<sup>a</sup>24, *Categoriae* 1<sup>a</sup>6.

del que nada sabemos, Simaristo, autor de un *Περὶ συνωνύμων*, cuya referencia nos ha conservado únicamente Ateneo<sup>1</sup>, y del que ni siquiera podemos dar la fecha en que vivió.

Ptolomeo Ascalonita<sup>2</sup>, discípulo de Aristarco aunque más próximo en su tipo de trabajo a Crates de Malos, vivió en los finales y comienzos de los siglos I a. C. y d. C. Entre sus obras gramaticales, dedicadas la mayor parte a la crítica y análisis de Homero, caben destacar dos, sólo citadas por la Suda<sup>3</sup>: *Περὶ ἑλληνισμοῦ ἤτοι ὀρθοεπειᾶς βιβλία ιε'*, y la que propiamente hace que le traigamos a este apartado, *Περὶ διαφορᾶς λέξεων*<sup>4</sup>, sin que podamos añadir nada al título.

## IX EPOCA IMPERIAL. LA LEXICOGRAFIA EN EL SIGLO I D. C.

Hemos citado ya algunos gramáticos o lexicógrafos que realmente son de este período, pero que se han incluido con los alejandrinos por estar el espíritu de su obra más concorde con aquéllos que con el siglo en que viven. Efectivamente, en los comienzos de la época imperial la investigación lexicográfica, hecha directamente sobre el autor o el campo que se estudia, cesa. Ya no se hacen obras lexicográficas de primera mano, sino que estas obras se basan en estudios de gramáticos anteriores iniciando así algo que ya se venía gestando a lo largo del período alejandrino: una tradición lexicográfica que va pasando de obra a obra y que hace difícilísimo deslindar lo que en un léxico hay de original del autor y lo que hay de heredado, esto sin entrar en el posterior problema de las interpolaciones en los manuscritos. Pues bien, con el trabajo realizado por los lexicógrafos antiguos se hacen ahora diccionarios alfabéticos, para mayor comodidad de manejo, y nuevas colecciones léxicas ordenadas por materias con fines estilísticos. Todo esto se acentúa con el nacimiento de la nueva sofística y el movimiento aticista, que buscan el «ático puro» en los lexicógrafos antiguos para imitarlo (*ἀπτικίζειν*).

De principios del imperio hay algunas colecciones importantes como es la obra de Doroteo Ascalonita, que vivió en tiempos de Augusto y Tiberio. Se trata de la *Λέξεων συναγωγή ὁ Ἀπτικαὶ λέξεις* citada por Ateneo<sup>5</sup> (seguramente a partir de Pánfilo, (v. infra), que constaba de 108 libros o según el escolio a

<sup>1</sup> Ateneo 99c ἐν τοῖς Συνωνύμοις; 395f ἐν ὕ Συνωνύμων καὶ τετάρτῳ; 399a ἐν τρίτῳ Συνωνύμων; 496c ἐν τετάρτῳ Συνωνύμων; y en 478e, 481d y 483a, sólo cita el nombre Σιμάριστος.

<sup>2</sup> Cf. M. Baege. *De Ptolomaeo Ascalonita*, Diss. Halle 1884.

<sup>3</sup> Suda, s. v. Πτολεμαῖος ὁ Ἀσκαλωνίτης.

<sup>4</sup> G. Heybult, «Ptolomaeus *Περὶ διαφορᾶς λέξεων*», *Hermes* 22, 1887, pp. 388-410. Esta obra parece cierto que es un resumen y falsificación bizantina a partir de una obra de Herennio Filón (s. II de C).

<sup>5</sup> Ateneo 329d: Δωρόθεος δ' ὁ Ἀσκαλωνίτης ἐν τῷ ὀγδόῳ πρὸς τοῖς ἑκατὸν τῆς λέξεων συναγωγῆς y citado más adelante sin título de la obra, 410a, 497e, 658d.

la *Iliada* 10.252 de 31 libros<sup>1</sup>. Probablemente uno de estos libros estaría dedicado al estudio prosódico y ortográfico de la palabra homérica κλισίον<sup>2</sup>. Un capítulo de esta gran obra, *περὶ τῶν ξένως εἰρημένων λέξεων κατὰ στοιχείον*, es recogido por Focio<sup>3</sup> (v. infra) en el siglo IX d. C. entre los léxicos de los aticistas Elio Dionisio, Pausanias, Timeo, Boeto y Moeris (v. infra), aunque Doroteo no pertenece a este movimiento, que es de casi un siglo más tarde.

Contemporáneo de Doroteo es el alejandrino Seleuco ὁ Ὀμηρικός<sup>4</sup>, que cultivó diferentes campos dentro de la lexicografía. Sus obras, casi todas ellas perdidas, sólo se han conservado por la tradición indirecta a la que en muchos casos han servido de fuente. Según nos cuenta la Suda, fue comentarista de casi todos los poetas (*εἰς πάντα ὡς εἰπεῖν ποιητήν*), y es también autor de unas *γλῶσσαι* de todos ellos, especialmente de Homero (de ahí su nombre); pero también cultiva los dialectalismos (*ἔθνηκαὶ λέξεις*), y es autor de dos obras lexicográficas que son características de este siglo y especialmente de los gramáticos griegos que desplegaron su actividad en Roma, *Περὶ τῆς ἐν συνωνύμοις διαφορᾶς* y *περὶ ἑλληνισμοῦ*, término este acuñado en el siglo anterior por Filóxeno (v. supra), y que empezando por un purismo del griego, acabará desembocando en un purismo del ático.

Un poco posterior que los anteriores, puesto que vivió en la época de los emperadores Flavios, es Epafrodito de Queronea<sup>5</sup>, autor de gran cantidad de *ὑπομνήματα* a diferentes autores, como Homero, el *Escudo* de Hesíodo o los *Αἴτια* de Calímaco. Es también autor de unas *Λέξεις* citadas por primera vez en los escolios a Aristófanes<sup>6</sup>, lo cual ha hecho pensar a Lünzner<sup>7</sup> que se trataba de unas *λέξεις κωμικαί*. Aparte de los fragmentos encontrados en los escolios la mayor parte de ellos se encuentran en los *Etymologica* medievales, para los que sin duda Epafrodito ha sido una fuente: el *Gudianum*, el *Magnum* y el de Orión (v. infra). Epafrodito a su vez se ha servido para su obra de la de Dídimo.

Pánfilo de Alejandría, también llamado *γραμματικὸς Ἀριστάρχειος* por la Suda<sup>8</sup>, escribe la obra general de lexicografía más importante de la Antigüedad a mediados del siglo I d. C., por lo que es imposible que fuera discípulo de Aristarco. La obra, escrita alfabéticamente, estaba compuesta de 95 libros, de los cuales una pequeña parte (la comprendida entre la α y la δ) fue redactada por el gramático Zopirion, y el resto por Pánfilo. Ateneo<sup>9</sup>, que es el autor que nos ha transmitido fragmentos a veces muy largos esta obra,

<sup>1</sup> Δωρόθεος ἐν τριακοστῷ πρώτῳ τῆς Ἀττικῆς λέξεως.

<sup>2</sup> Porfirio Sch. II 9.90: ὄλου βιβλίου ἐδέησε Δωροθέῳ τῷ Ἀσκαλωνίτῃ εἰς ἐξήγησιν τοῦ παρ' Ὀμήρῳ κλισίου.

<sup>3</sup> Focio, *Biblioteca*, Códice 156.

<sup>4</sup> M. Müller, *De Seleuco Homérico*, Diss. Gotinga 1891, y B.A. Müller, *RE*, s. u. Seleukos 44.

<sup>5</sup> E. Lünzner, *Epafroditi grammatici quae supersunt*, Diss. Bonn, 1866.

<sup>6</sup> Sch. Aristophanes, *Equites* 1158 y *Vespaes* 352, ed. Fr. Dübner.

<sup>7</sup> E. Lünzner, *Epafroditi...*, p. 21.

<sup>8</sup> Suda, s. v. Πάμφιλος.

Suda, s. v. Πάμφιλος ... τὰ γὰρ ἀπὸ τοῦ α μέχρι τοῦ δ Ζωπυρίων ἐπεποιήκει.

<sup>9</sup> Ateneo 387d, 8 d, 121b, 360b, 472e, 677b, etc.

por haberla conocido de primera mano, la titula *Περὶ γλωσσῶν καὶ ὀνομάτων*, otras veces *Περὶ ὀνομάτων καὶ γλωσσῶν*, y a veces de forma abreviada *Περὶ ὀνομάτων* o simplemente *Γλῶσσαί*. La obra, que es una magna recopilación de toda la ciencia lexicográfica del período alejandrino, se dividía en dos partes: la primera, *Περὶ γλωσσῶν ἤτοι λέξεων*, recoge material de los lexicógrafos anteriores y conjuga las antiguas λέξεις con las ἔθνικαὶ y Ἀπτικαὶ λέξεις. Mientras que la segunda parte tiene un carácter más enciclopédico, al estilo de los *onomastica* de los alejandrinos, es decir, seguía una ordenación por materias. La obra es, pues, una síntesis de un diccionario —con explicación de palabras y de expresiones difíciles e interesantes—, y una enciclopedia —con todos los conocimientos de la Antigüedad—. En ambas partes los artículos eran amplios e incluían ortografía, prosodia y citas de autores clásicos; y aunque no se nos ha conservado nada, por Ateneo, como ya hemos dicho, nos podemos hacer una idea de lo que era la obra.

El gran tamaño de este libro hizo que pronto, en época de Adriano, se hiciera un epítome en cuatro libros por Julio Vestino<sup>1</sup> y otro en cinco por Diogeniano, que lo tituló *Λέξεις παντοδαπὴ κατὰ στοιχεῖον*, y que, realizado con la idea de que fuera fácil de manejar y barato para los estudiantes pobres, fue pronto conocido con el nombre de *Περιεργοπένητες*. El epítome de Diogeniano tiene además el valor de acumular conocimientos de léxicos posteriores al de Pánfilo, como son el de Homero de Apolonio Sofista y el de Hipócrates de Erotiano. Esta obra de Diogeniano, primera en su especie, puesto que se la puede considerar como un manual, fue utilizada hasta muy entrada la Edad Media. A finales de la Edad Antigua la obra de Diogeniano fue reelaborada por Hesiquio (siglo v) (v. infra), que pretendió ser más amplio que Diogeniano, pero que disponía de menos materiales que este autor. Hesiquio<sup>2</sup> a su vez fue reelaborado en época bizantina y se le añadieron artículos de un glosario de Cirilo. Por otra parte los copistas de Hesiquio resumieron, corrigieron y mutilaron su obra, de la que a nosotros han llegado los Mss. recientes y malos.

## 1. LÉXICOS DE AUTOR

### a) *Homero*

Durante el s. I del imperio se hicieron gran número de léxicos de autor. A finales del s. I vivió Apolonio Sofista, hijo de Arquibio, que con la ayuda de los comentarios de Aristarco y otras obras de este tipo de la escuela de Aristarco, así como las *Γλῶσσαί Ὀμηρικαί* de Apión (v. supra), hizo un léxico

<sup>1</sup> Suda, s. v. Οὐρηστίνος.

<sup>2</sup> Cf. K. Latte, *Hesychii Alexandrini Lexicon*, Copenhagen 1953.

de Homero<sup>1</sup> en el que por primera vez se ordena alfabéticamente según las dos primeras letras. Ha llegado hasta nosotros de forma muy mutilada en el Códice Coislinianus 345, que contiene además del léxico de Apolonio obras tardías publicadas por I. Bekker. Además de este códice hay que citar el fragmento de un papiro (v. supra p. 78, n. 7) publicado por E. W. B. Nicholson en la *Classical Review* con la indicación de que puede ser un fragmento perteneciente al *Lexicon Homericum* de Apolonio en un estado más originario que el del Códice. Este léxico junto con los escolios de Homero son sin duda la fuente mejor para una exégesis de Homero en la Antigüedad.

Autor también de un *Περὶ τῆς Ὀμηρικῆς λέξεως* es un tal Basíledes del que no sabemos la época y del que sólo se nos ha conservado la mención de un epítome que hizo de su obra un tal Cratino, según nos cuentan el *Etymologicum Magnum*<sup>2</sup> y el *Genuinum*.

Tenemos ya que pasar al s. III d. C. para encontrar una obra en 4 libros titulada *Περὶ τῶν παρ' Ὀμήρῳ πολλὰ σημαίνουσῶν λέξεων*<sup>3</sup>, obra de un eminente retórico, Casio Longino, neoplatónico, pero que en opinión del propio Plotino más que filósofo es un *φιλόλογος*<sup>4</sup>. Según la Suda, además de esta obra lexicográfica sobre Homero escribió otra sobre el dialecto ático (*Ἀττικῶν λέξεων*) y unas *λέξεις Ἀντιμάχου καὶ Ἡρακλέωνος*. Como filólogo y crítico escribió diversas obras sobre Homero y en este campo influyó decisivamente en los tratados homéricos de su famoso discípulo Porfirio Tirio, también del III d. C., que escribió unas *Quaestiones Homericae*<sup>5</sup> influenciadas por Longino, y además un *Περὶ τῶν παραλελειμμένων τῶ ποιητῆ ὀνομάτων*<sup>6</sup>.

#### b) *Prosistas*

Ya en época imperial los prosistas clásicos, sobre todo los historiadores e Hipócrates, son objeto de mayor número de estudios que en época anterior, aunque, como ya habíamos visto al final del helenismo, los estudios sobre el léxico de Hipócrates están hechos por otros médicos principalmente.

Del uso de la lengua de Heródoto conservamos por los *Etymologica* unas citas de un Apolonio desconocido de otra forma y de su obra *Ἐξήγησις τῶν*

<sup>1</sup> K. Steinicke, *Apollonii Sophistae Lexicon Homericum*, Diss. 1957. Sólo de la α a la δ, pero con una gran introducción y puesta al día del problema. Para el resto del *Lexicon*, L. Leyde, *De Apollonii Sophistae lexico Homericum*, Diss. Leipzig 1885 y I. Bekker, *Apollonii Sophistae Lexicon Homericum*, Berlin 1833.

<sup>2</sup> *Ὅπῳ Κρατίνος ἐν τῇ ἐπιτομῇ τῶν Βασιλείδου περὶ Ὀμηρικῆς λέξεως*, *Et. Mag.* 142.27 Gaisford; y lo mismo s. v. *ἄρκτος* en *Et. Gudianum*, ed. A. de Stefani, Leipzig 1909.

<sup>3</sup> Cf. Suda, s. v. *Λογγίνος*.

<sup>4</sup> *Φιλόλογος μὲν ... ὁ Λογγίνος, φιλόσοφος δὲ οὐδαμῶς*, Porfirio, *Vita Plotini* 14 (en *Plotini Opera*, ed. P. Henry y H. R. Schwyzer, Paris 1951).

<sup>5</sup> *Porphyrii Quaestionum Homericae ad Iliadem (Odysseam) pertinentium reliquia*, ed. H. Schrader, Leipzig 1880-1890.

<sup>6</sup> Cf. Sch. II. 3.250, 314.

\* *Ηροδότου γλωσσῶν*<sup>1</sup>. También se conservan dos recensiones anónimas de un glosario de Heródoto de esta época<sup>2</sup>.

En cuanto a Tucídides tenemos una obra de Claudio Dídimο, que vivió en Roma en la época del emperador Claudio, de la que sólo conocemos una mención en la Suda<sup>3</sup>, *Περὶ τῶν ἡμαρτημένων παρὰ τὴν ἀναλογίαν Θουκυδίδη*. Y lo mismo nos ocurre con una obra de Evágoras de Lindos titulada *περὶ τῶν παρὰ Θουκυδίδη ζητουμένων κατὰ λέξιν*<sup>4</sup>.

De Partenio, autor que vivió entre los reinados de Nerón y Trajano, tenemos un léxico de los historiadores en general, *Περὶ τῶν παρὰ τοῖς ιστορικοῖς λέξεων ζητουμένων*, citado por Ateneo<sup>5</sup>, por el que también sabemos que fue discípulo del alejandrino Dionisio hijo de Glauco<sup>6</sup>. También cita esta obra de Partenio Esteban de Bizancio<sup>7</sup>.

Lo que aparece por primera vez en la época imperial son los léxicos sobre Platón, fácilmente explicables como una preparación al neoplatonismo. Sabemos que un tal Harpocración de Argos, pariente de César, hizo un comentario a Platón en 24 libros y dos de esos libros fueron dedicados a hacer unas *Λέξεις Πλάτωνος*. Clemente es autor de un *Περὶ τῶν παρὰ Πλάτωνι ἀπορουμένων λέξεων*, y ya en el III d. C. Boeto, gramático y filósofo de Alejandría, es autor de un *Λέξεων Πλατωνικῶν συναγωγή κατὰ στοιχεῖον*. Ambos léxicos son muy citados en los escolios de Platón y Focio<sup>8</sup> los menciona en su *Biblioteca*. Considera el de Boeto más interesante que el de Timeo, de que hablamos a continuación. Pero desgraciadamente no se ha conservado nada de estos léxicos.

De Timeo Sofista, del que no sabemos la época exacta de su vida, II ó III d. C., sí se nos ha conservado en cambio una obra<sup>9</sup> que ha llegado hasta nosotros bajo el título *Τιμαίου Σοφιστοῦ ἐκ τῶν τοῦ Πλάτωνος λέξεων*. Las palabras *ἐκ τῶν* parecen indicar que se trata de un extracto de una obra más amplia en su origen, pero, con todo, el léxico no deja de carecer de valor ya que está alfabetizado aunque lleno de interjecciones y de palabras ajenas a Platón (p. e., *σφαδάζειν*).

En un Ms. del Monte Atos ha aparecido también un léxico titulado *Περὶ τῶν ἀπορουμένων παρὰ Πλάτωνι λέξεων*<sup>10</sup>, atribuido falsamente a Dídimο en el propio Ms. Este léxico no es alfabético, pero sus artículos son más amplios que los de Timeo, basándose a veces en la autoridad de autores antiguos.

<sup>1</sup> Orión, *Etymologicum* 134.34, 170.29, ed. F. W. Sturz, *Orionis Theban̄ Etymologicon*, Leipzig 1820 y *Et. Magnum* 552. 2, 722, 22 Gaisford.

<sup>2</sup> H. Stein, *Ηροδότου λέξεις*, en *Herodot.*, Bd. II, Berlin 1871, pp. 441-482 [*LGM*, pp. 191-230].

<sup>3</sup> Suda, s. v. *Δίδυμος ὁ Κλαύδιος*.

<sup>4</sup> Suda, s. v. *Εὐαγόρας Λίνδιος*.

<sup>5</sup> Ateneo 467c y de forma abreviada la obra en 680d.

<sup>6</sup> Ateneo 467c, 501a, 680d.

<sup>7</sup> Esteban de Bizancio, s. v. *Νίκαια*, ed. Meineke.

<sup>8</sup> Cf. S. A. Naber, *Photii patriarchae lexicon* Leiden 1864-65 [Hakkert 1965], p. 54.

<sup>9</sup> C. F. Hermann, *Platonis Dialogi*, Leipzig 1927, vol. VI, p. 397.

<sup>10</sup> Cf. Miller, *Mélanges de littérature grecque*, Paris 1868, pp. 385-463 [K. Latte-H. Erbse, *LGM*, p. 245 ss.]

También tiene el valor de que parece haber manejado Mss. de Platón que no conocemos y que pueden servir para corregir el texto de Platón. Incluso el autor del léxico se fija en el hecho de que a veces Platón usa palabras no áticas.

No podían faltar en este siglo trabajos sobre la lengua de Hipócrates, y así hay uno del I d. C. y otro del II debidos a la mano de Erotiano y Galeno respectivamente. Bajo el título τῶν παρ' Ἱπποκράτει λέξεων συναγωγῆ<sup>1</sup> se nos conserva de finales del I d. C. la obra que escribió Erotiano y que se puede considerar un auténtico índice, ya que tiene la cita de todos los pasajes. De todas formas hemos de decir que lo que ha llegado a nosotros es un epítome. A pesar de ello nos podemos dar cuenta del gran valor de Erotiano ya que conocía y citaba a todos los médicos y gramáticos de la Antigüedad<sup>2</sup>, de los cuales evidentemente se ha servido, sobre todo de Baqueo de Tanagra (v. supra).

Galeno es también autor de una Τῶν Ἱπποκράτους γλωσσῶν ἐξηγήσις<sup>3</sup>, alfabetizada, que parece basada en la de Erotiano, en una de Dioscórides (no el Anazarbense) y en una obra de un tal Pánfilo, que se duda si será el mismo autor que el del gran léxico, titulada Πραγματεία περὶ τῶν βοτανῶν. Galeno además de médico es prolífico escritor en temas tales como la gramática y la crítica literarias, por lo cual no es de extrañar que, aunque no conservado, haya escrito un léxico en 48 libros en el que incluía palabras usadas por los primeros escritores áticos. De todas formas aunque contemporáneo del movimiento aticista (v. infra), no se siente atraído por él e incluso lo critica por sus exageraciones en su obra Περί τῆς τάξεως τῶν ἰδίων βιβλίων πρὸς Εὐγενιάνον<sup>4</sup>. Pues bien, parece que su léxico tenía por objeto determinar el exacto sentido de las palabras usadas por los antiguos y que sus contemporáneos confundían. Otra obra de carácter léxico atribuida a Galeno y también perdida es Περί ἰατρικῶν ὀνομάτων.

### c) *Léxicos varios*

De la época de Adriano es también el prolífico gramático Télefo de Pérgamo<sup>5</sup>, autor de dos obras de lexicografía general de las que nada se nos ha conservado fuera de la mención de la Suda: Περί χρήσεως ἦτοι ὀνομάτων ἐσθῆτος καὶ τῶν ἄλλων οἷς χρώμεθα (ἔστι δὲ κατὰ στοιχεῖον); y de un Ὠκυτόκιον en diez libros, que hace decir a Suda: ἔστι δὲ συναγωγὴ ἐπιθέτων εἰς τὸ αὐτὸ πρᾶγμα ἀρμοζόντων πρὸς ἔτοιμον εὐπορίαν φράσεως. Este último tipo de obra es lo que hemos venido llamando un *onomasticon*.

También de la época de Trajano y Adriano, del cual fue su secretario, es C. Suetonio Tranquilo (75-160 d. C.), autor de numerosas obras en latín (*De*

<sup>1</sup> *Erotiani vocum Hippocraticorum collectio*, ed. E. Nachmanson, Upsala 1918.

<sup>2</sup> V. supra los lexicógrafos de Hipócrates del período alejandrino, para los cuales la única fuente que conservamos es Erotiano.

<sup>3</sup> Galeno 19. 62-157.

<sup>4</sup> Galeno 19. 48-61.

<sup>5</sup> Suda, s. v. Τήλεφος da una larguísima ennumeración de obras de todo tipo.

*vita Caesarum, De viris illustribus...*), y autor también de dos obras de carácter lexicográfico en griego, *Περὶ δυσφήμων λέξεων ἢτοι βλασφημιῶν καὶ πόθεν ἐκάστη* y *Περὶ παιδιῶν*<sup>1</sup>. La primera de ellas es un diccionario de insultos, y se ha conservado, aunque no entero, en un Ms. del Monte Atos. De todas formas, este léxico fue conocido a lo largo de toda la Antigüedad porque la Suda cita esta obra entre los escritos de Suetonio. El *Et. Magnum* también la cita, y Eustacio también lo hace, aunque sin nombrar al autor, ya que para él Suetonio es un «antiguo» (*παλαιός τις*) como cualquiera de la escuela de Alejandría. Es Eustacio precisamente el que por la profusión con que lo cita nos hace pensar que tuvo en sus manos el original de esta obra y no el epítome que ha llegado hasta nosotros; cita incluso palabras que no están en el Ms. que nosotros manejamos. Otro punto muy importante de esta obra es que ha servido para aclarar y justificar lemas de Hesiquio, que al ser coincidentes hacen pensar que proceden de una misma fuente griega, probablemente el léxico de Pánfilo. El otro tratado *Περὶ τῶν παρ' Ἑλλήσι παιδιῶν βιβλίον α'* (según lo titula la Suda) también está en el mismo Ms. antes citado, y aunque le falta el principio y no figura el nombre del autor, el hecho de que Eustacio lo cite y reproduzca casi enteramente el texto descarta cualquier duda sobre esta obra. No es un léxico propiamente dicho, pero se le puede considerar un *onomasticon*.

Una de las obras del II d. C. que han llegado hasta nosotros en su totalidad es el *Onomasticon*<sup>2</sup> de Julio Pólux (*Πολυδεύκης*), que vivió hacia el 180 d. C. Dedicó su obra a su discípulo Cómodo<sup>3</sup>, y aunque los diez libros se han considerado un trabajo sobre palabras y frases áticas y la obra fue utilizada por aticistas y puristas, a Pólux no se le puede considerar un aticista: entre otras cosas, porque recomienda el uso de solecismos y barbarismos que condenan Elio Dionisio o Pausanias, incluso con Frínico tuvo una auténtica controversia<sup>4</sup>. Se basa en las obras de Dídimo, Trifón y Pánfilo en sentido general, pero además, por ejemplo, el libro IV, sobre música y danza, lo toma parcialmente del rey Juba de Mauritania; el libro VIII sobre tribunales y funcionarios de Atenas se basa en la *Constitución de Atenas* de Aristóteles, etc.

También del siglo II d. C. es una obra sobre sinonimia debida a la fértil mano de Erennio Filón de Biblos, *Περὶ διαφορᾶς σημασίας*, que se nos ha conservado en parte en los *Etymologica* posteriores, ya que sus redactores utilizaron epítomes tanto de la obra de Pólux como de la de Erennio, especialmente los del *Gudianum* y el de Simeón. También de esta época es la obra de Ammonio *Περὶ ὁμοίων καὶ διαφόρων λέξεων*<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> E. Miller, *Mélanges de littérature grecque*, Paris 1868, pp. 385-436 [*LGM*, pp. 231-282]; I. Taillardat, *Suétone Περὶ βλασφημιῶν, Περὶ παιδιῶν* (extraits byzantins), Paris 1967.

<sup>2</sup> *Pollucis Onomasticon*, ed. E. Bethe, Leipzig 1900-1937.

<sup>3</sup> Ἰούλιος Πολυδεύκης Κομμόδῳ Καίσαρι χάρειν empieza su libro.

<sup>4</sup> M. Naechster, *De Pollucis et Phrynichi controversiis*, Diss. Leipzig 1908.

<sup>5</sup> *Ammonius de adfinium vocabulorum differentia*, ed. K. Nickau, Leipzig 1966, pp. 156-159; hay un *Supplementum Glossarum* perteneciente a la obra de Erennio, en parte.

## X. EL ATICISMO

Este complejo movimiento es no sólo lingüístico, sino también cultural a todos los niveles. Filóstrato, en la *Vida de los Sofistas*, llamó al período ampulosamente «segunda sofística», y aunque no es éste el lugar para comparaciones y valoraciones, sí nos parece un tanto exagerado el nombre. En lo que culturalmente representa el aticismo no entraremos aquí<sup>1</sup>; sí queremos decir en cambio que entendemos el aticismo ante todo como una reacción contra la ampulosidad asiánica. Ahora, no deja de ser un signo de debilidad y anquilosamiento el hecho de que frente al asianismo lo único que tenían que oponer los aticistas era una forma de lengua y un estilo que muchos siglos antes habían servido para expresar contenidos realmente densos y ricos, pero que carecía de ellos a la sazón. Así, pues, no es que este movimiento sea el comienzo de un proceso para dar nueva vida a las antiguas formas, sino que la obsesión por cuidar el estilo llega a ser cultivada de tal manera que éste llega a convertirse en una pieza de museo.

Se explica así que se pueda considerar que la expresión extrema del aticismo es la elaboración lexical del material lingüístico consagrado. La labor del helenismo en la búsqueda de glosas, motivada por otras razones, se continúa ahora con gran ímpetu, pero con un sentido especial. Ya hemos visto a lo largo de toda esta exposición que de todas formas este movimiento no surge de improviso, sino que se ha venido gestando a lo largo de los siglos y que el prestigio literario y cultural, en general, del ático hace que el II d. C. sea campo abonado para esta eclosión del aticismo.

Esta obsesión por la lengua ática lleva a los gramáticos a coleccionar palabras y frases de uso ático, y también a explicar términos desconocidos que encontraban en los escritores clásicos áticos<sup>2</sup>. Es el momento de redactar *Ἀττικά λέξεις* sacadas de los alejandrinos como modelo para puristas.

Como primer aticista tenemos que citar al alejandrino Ireneo (su nombre en latín era Minucius Pacatus)<sup>3</sup>, de finales del I d. C.; Orión y el *Et. Gudianum* lo citan como autoridad, ὡς Εἰρηναῖος ὁ Ἀττικιστής. Reitzenstein<sup>4</sup> nos presenta incluso un fragmento que puede ser de su obra *Περὶ Ἀττικῆς συνηθείας τῆς ἐν λέξει καὶ προσῳδίᾳ*. El resto de las obras que nos presenta la Suda son claramente lexicográficas y del campo del aticismo. Citémoslas

<sup>1</sup> Una breve panorámica la tenemos en F. R. Adrados, «Sobre el movimiento aticista», *Estudios Clásicos* 14, 1970, pp. 433-457.

<sup>2</sup> W. Schmid, *Der Atticismus*, 5 vols., Stuttgart 1887-1897 [Hildesheim 1964]. Es una obra todavía útil sobre todo en cuanto a aticismos encontrados en autores de este período que no sean lexicógrafos.

<sup>3</sup> Se entiende que la Suda dé su biografía bajo dos entradas, *Εἰρηναῖος* y *Παιᾶτος*.

<sup>4</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 313.

aquí: *Περὶ τῆς Ἀλεξανδρέων διαλέκτου ἢ περὶ ἑλληνισμοῦ (ἔστι δὲ κατὰ στοιχεῖον), περὶ Ἀττικῶν ὀνομάτων, Περὶ Ἀττικισμοῦ ἢ Περὶ ἰδιωμάτων τῆς Ἀττικῆς καὶ τῆς Δορίδος διαλέκτου*<sup>1</sup>.

De la época de Adriano es Julio Vestino, autor del epítome de Pánfilo (v. supra), y del cual la Suda<sup>2</sup> nos da también una colección de títulos de obras, de las que nada se ha conservado, de marcado tinte aticista: *Ἐκλογή ὀνομάτων ἐκ τῶν Δημοσθένους βιβλίων, ἢ Ἐκλογή ἐκ τῶν Θουκυδίδου Ἰσαίου Ἰσοκράτους καὶ Θρασιμάχου τοῦ ῥήτορος καὶ τῶν ἄλλων ῥητόρων*.

De la misma época que el anterior es Valerio Polión, autor de una *Συναγωγή Ἀττικῶν λέξεων κατὰ στοιχεῖον* según nos dice la Suda<sup>3</sup>. Focio conoció esta obra y la compara con la de Diogeniano, considerándola de menor interés por tener menor número de términos poéticos y ser de menor extensión<sup>4</sup>.

Pero en el campo de la lexicografía aticista hay dos personajes que destacan sobre todos: Elio Dionisio y Pausanias. Elio Dionisio es primero en el tiempo, del s. I d. C., y Pausanias posiblemente vivió en la época de Antonino Pío y llegó a alcanzar la de Marco Aurelio. Elio escribió unos *Ἀττικῶν ὀνομάτων λόγοι* en cinco libros, escribiendo una segunda edición más ampliada sobre todo en cuanto a citas de autores clásicos, según nos cuenta Focio<sup>5</sup>. Van por orden alfabético como la obra de Pausanias, *Ἀττικῶν ὀνομάτων συναγωγή*; prácticamente no se pueden separar porque han sido las obras aticistas de mayor influencia en el período bizantino y la Edad Media como un todo unitario, cosa que ya comenta Focio<sup>6</sup>. Evidentemente Elio Dionisio y Pausanias han sido la fuente principal de Eustacio, como bien ha visto Erbse<sup>7</sup>, y en el propio Eustacio es donde se encuentran la mayoría de los pasajes de los léxicos aticistas. También se encuentran en los escolios de Platón y en Hesiquio. Pero para todo el problema de los aticistas remitimos a los capítulos introductorios del libro de Erbse.

Bajo el reinado de Marco Aurelio y Cómodo (hacia el 180 d. C.) vivió Frínico, uno de los más interesantes aticistas cuya obra ha llegado hasta nosotros. Enemigo de Pólux con el que tuvo discusiones por la lengua<sup>8</sup>, a Frínico tenemos que considerarlo el purista máximo, mientras que Pólux no es un aticista en rigor. Fue además derrotado por éste en la consecución de la cátedra de retórica de Atenas. Su obra de tipo enciclopédico *Σοφιστικὴ προπαρασκευή* en 37 libros es como un «Thesaurus» de la lengua ática con fines estilísticos. Esta obra está en parte basada en la de Elio Dionisio y

<sup>1</sup> Cf. L. Cohn, *RE*, s. v. Eirenaios 7.

<sup>2</sup> *Suda*, s. v. Οὐρηστίνος.

<sup>3</sup> *Suda*, s. v. Πωλίων Ἀλεξανδρεὺς.

<sup>4</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códice 149.

<sup>5</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códice 152.

<sup>6</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códices 152-153.

<sup>7</sup> H. Erbse, *Untersuchungen zu den Attizistischen Lexica*, Berlin 1950. Es una obra fundamental no sólo para el problema del aticismo, sino también para investigar sobre los fundamentos de los *Etymologica* medievales.

<sup>8</sup> Cf. M. Naechster, *De Pollucis...*

Pausanias, reconoce como únicas autoridades del ático a Platón, los autores de la comedia antigua y la tragedia, Tucídides, Demóstenes y los oradores áticos; critica, por ejemplo, el ático de Jenofonte y Menandro. La obra tal como era nos la describe Focio<sup>1</sup>, que también nos ha conservado un resumen. Era aún mucho mayor que el corto epítome que se encuentra en el Ms. Coislinianus 345<sup>2</sup>. Otra obra que los críticos consideran de juventud y que ha llegado a nosotros, pero más completa aunque ello era más fácil por la brevedad de la obra, es la que la Suda llama Ἀττικιστής, y que nosotros conocemos por el título Ἐκλογή ῥημάτων καὶ ὀνομάτων Ἀττικῶν, y que consiste en una larga lista de reglas y prohibiciones que dicen al estudiante qué palabras debe evitar y cuáles utilizar<sup>3</sup>.

Elio Herodiano, hijo del también gramático Apolonio Díscolo, vivió en Roma bajo el reinado de Marco Aurelio. Su labor como gramático se basa sobre todo en Aristarco y Trifón (v. supra), y el rigorismo gramatical que cultiva le da pie para poca originalidad. Efectivamente, lo que tiene de significativo su figura reside precisamente en su rigor gramatical, aunque esto no impide que sus obras —algunas de ellas al menos— estén impregnadas de un aticismo, muy bien observado por Reitzenstein<sup>4</sup>, que se da en su obra Συμπόσιον. Además, tiene dos obras gramaticales claramente dentro de la corriente aticista Περὶ ἡμαρτημένων λέξεων y Φιλέταιρος<sup>5</sup>. En la primera da las reglas para una correcta flexión de nombres y verbos, y en la segunda para escribir y expresarse correctamente<sup>6</sup>.

Hacia finales del II d. C. vivió Alejandro Cotiaeo, al cual Aristides el retor nos lo presenta como maestro de Marco Aurelio y lector y profesor de los clásicos<sup>7</sup>. Este gramático fue autor también de un Περὶ παντοδαπῆς ὕλης, que tenía que ver con el uso del ático<sup>8</sup>.

De esta época es un pequeño léxico titulado Περὶ Ἀττικῆς ἀντιλογίας τῆς ἐν ταῖς λέξεσιν, del que se ha conservado un epítome en trímetros yámbicos de época bizantina, que publicó primero Reitzenstein<sup>9</sup> sin atribución. Cohn<sup>10</sup> se lo atribuye a un Filemón de esta época que no tiene nada que ver con el Filemón contemporáneo de Calímaco, que fue un precursor del aticismo. Estos *excerpta* nos los ha conservado Tomás Magister, y también se en-

<sup>1</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códice 158.

<sup>2</sup> *Anecdota Graeca*, ed. I. Beker, Berlin 1814 [Graz 1965], vol I, pp. 1-74; G. Kaibel, *De Phrynico sophista*, Gotinga 1899; J. de Borries, *Phrynicus. Praeparatio Sophistica*, Leipzig 1911.

<sup>3</sup> W. G. Rutherford, *The New Phrynichus*, Londres 1881; E. Fischer, *Die Ekloge des Phrynichos*, Berlin-Nueva York 1974.

<sup>4</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, pp. 371-397.

<sup>5</sup> A. Dain, *Le «Philétaeros» attribué à Herodien*, París 1954.

<sup>6</sup> L. Cohn, «Unedierte Fragmente aus der atticistischen Litteratur», *Reinisches Museum* 43, 1888, pp. 405-418.

<sup>7</sup> Aristides, *Oratio* 12. Toda la *Oratio* está dedicada a Alejandro Cotiaeo a modo de epitafio.

<sup>8</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 389. Reitzenstein aduce unos textos de Eustacio para probar su aserto.

<sup>9</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 392.

<sup>10</sup> L. Cohn, «Der Atticist Philemon», *Philologus* 57, 1898, pp. 352-367.

cuentran en un Ms. Laurentiano y en otro Vindobonense del s. XIV.

De la época de Elio Dionisio se nos ha conservado el léxico aticista de Moeris, del que no sabemos nada. Este léxico, de tipo muy purista, contrapone lo auténticamente ático (*ἄττικῶς*) a la lengua *κοινή* (*ἐλληνικῶς*), que rechaza pedantemente<sup>1</sup>.

Por último dos aticistas más, citados por la Suda, son Luperco<sup>2</sup>, del III d. C., autor de unas *Ἀττικαὶ λέξεις*, y Mnaseas de Berito<sup>3</sup>, del cual la Suda no nos da ni la época, autor de un *Περὶ Ἀττικῶν ὀνομάτων*.

Pero el movimiento antiaticista no se hizo esperar y ya en el mismo s. II el médico Galeno atacó y ridiculizó a los aticistas por los excesos a que llegaban. Y así, aunque no se nos han conservado estas obras en *Περὶ τῶν ἰδίων βιβλίων γραφή*<sup>4</sup>, Galeno nos ha conservado una lista de aquéllas en las cuales combatía el aticismo: *Τῶν παρὰ τοῖς Ἀττικοῖς συγγραφεῦσιν ὀνομάτων, Τῶν παρ' Εὐπόλιδι πολιτικῶν ὀνομάτων, Τῶν παρὰ Κρατίνῳ πολιτικῶν ὀνομάτων, Τῶν ἰδίως κωμικῶν ὀνομάτων παραδείγματα, Πρὸς τοὺς ἐπιτιμῶντας τοῖς σολοικίζουσιν τῇ φωνῇ*.

Incluso en obras suyas que no tienen un carácter polémico con respecto al aticismo se pueden observar alusiones contra esta corriente<sup>5</sup>.

Antiaticista es Oro de Mileto, autor según la Suda<sup>6</sup> de una obra *Κατὰ Φρυγίου κατὰ στοιχεῖον* en la que polemiza con el aticista. Tal vez por esta obra se situó a Oro durante muchos años en el II d. C., pero Reitzenstein demostró que es del V d. C.<sup>7</sup>.

Probablemente sigue a Oro un breve léxico anónimo titulado *Ἀντιαττικιστής* que apareció en el Coislinianus 345 y que ha sido editado por Bekker<sup>8</sup>. Este léxico da autores clásicos como autoridad para palabras condenadas por Frínico y otros.

Por último, Frínico es la fuente principal de una obra del s. IV d. C. de Heladio, hijo de Besantinoos, titulada *Παγματεία χρηστομαθειῶν* en cuatro libros, según nos cuenta Focio<sup>9</sup>; como la obra de Frínico tiene carácter de «Thesaurus» para todo cuanto guardase relación con la lengua y la retórica. Este Heladio ha sido a menudo confundido con otro del s. V, Heladio de Alejandría, del que fuera de la mención de la Suda<sup>10</sup> y el resumen que de su léxico *Λέξεως παντοίας χρήσις κατὰ στοιχεῖον* hace Focio<sup>11</sup>, no nos ha quedado nada<sup>12</sup>.

<sup>1</sup> *Moeridis Atticistae Lexicon Atticum*, ed. J. Pierson, Leipzig 1831<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Suda, s. v. Λούπεριος.

<sup>3</sup> Suda, s. v. Μνασέας.

<sup>4</sup> Galeno, 19.48.

<sup>5</sup> Cf. W. Herbst, *Galeni Pergameni de atticisantium studiis testimonia*, Leipzig 1911.

<sup>6</sup> Suda, s. v. Ὄρος.

<sup>7</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, pp. 287-350.

<sup>8</sup> I. Bekker, *Anecdota Graeca*, pp. 77-116.

<sup>9</sup> Focio, *Biblioteca*, Códice 279.

<sup>10</sup> Suda, s. v. Ἐλλάδιος.

<sup>11</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códice 145.

<sup>12</sup> Sobre ambos Heladios, cf. Gudeman, *RE*, s. v. Helladios 2 y 3.

## XI. LOS LEXICOS DE ORADORES

Una vez que el canon de los diez oradores fue fijado, los léxicos retóricos<sup>1</sup> se sucedieron, no sólo desde el punto de vista gramatical y estilístico, sino también para la explicación de las instituciones políticas, el derecho y los *realia* que se daban en los oradores. El primero de los comentaristas lexicógrafos sobre oradores es el prolífico Dídimos (v. supra), al final del helenismo, que escribió comentarios a Demóstenes, Esquines, Hipérides y otros oradores<sup>2</sup> en los que hacía comentarios de tipo lingüístico y también histórico, utilizando obras literarias como la *'Αθηναίων πολιτεία* de Aristóteles o la *'Αρθίς* de Filocoro. Además de estos comentarios fragmentarios se han conservado en un papiro sus *ὑπομνήματα* a las *Filípicas* de Demóstenes<sup>3</sup>. Evidentemente, estos comentarios han sido la fuente obligada para los léxicos de oradores de la época imperial.

En la época de Augusto (s. I a. C.) escribe también en Roma comentarios a los oradores Dionisio de Halicarnaso<sup>4</sup>, que colaboró a un auténtico mantenimiento de la prosa ática. Contemporáneo suyo es Cecilio Caleactino, del que además de un tratado sobre la forma de caracterizar a los diez oradores, la Suda nos da el título de dos obras de carácter lexical: de una de ellas sólo conservamos el nombre *κατὰ στοιχεῖον ἀπόδειξις τοῦ εἰρησθαι πᾶσαν λέξιν*, mientras que de la otra sí tenemos unos fragmentos, *Καλλιρρημοσύνη, ἔστι δὲ ἐκλογὴ λέξεων κατὰ στοιχεῖον*<sup>5</sup>.

Focio<sup>6</sup> nos habla de otros tres léxicos de oradores, uno de un personaje inidentificable y los otros dos más o menos situables en el tiempo. El primero del que habla es el de Juliano<sup>7</sup>: su *Λεξικὸν τῶν παρὰ τοῖς ῥήτορσι λέξεων κατὰ στοιχεῖον*, del que dice que es muy interesante porque explica términos de la lengua jurídica, de fiestas y de la historia antigua. El segundo es de Filóstrato de Tiro, que tal vez pueda ser identificado con el que vivió en la época de Nerón entre cuyas obras la Suda<sup>8</sup> cita una, *ζητούμενα παρὰ τοῖς ῥήτορσιν*, que

<sup>1</sup> Tenemos que distinguir aquí estos auténticos léxicos de oradores de los que en el período bizantino se llaman *λεξικά ῥητορικά*, ya que se denominan de esta manera a los diccionarios que con fines retóricos y estilísticos habían compuesto los *aticistas*; y así, p. ej., los bizantinos llaman *ῥήτωρ* a Pausanias o Elio Dionisio, pero nada tienen que ver estos léxicos con los que ahora vamos a tratar.

<sup>2</sup> Cf. M. Schmidt, *Didymi...*, pp. 310-320.

<sup>3</sup> *Didymos. Kommentar zu Demosthenes* (Papyrus 9780), ed. H. Diels y W. Schubart, Berliner Klassikertexte I, Berlin 1904.

<sup>4</sup> *Dionysius Halicarnaseus. Quae exstant opuscula*, vol. V y VI, ed. H. Usener y L. Radermacher, Leipzig 1899-1929 [Stuttgart 1965]

<sup>5</sup> *Caecilius Caleactinus Fragmenta*, ed. E. Ofenloch, Leipzig 1907 [Stuttgart 1967], pp. 138-193.

<sup>6</sup> Focio, *Bibliotheca*, Códice 150

<sup>7</sup> Cf. Gudeman, *RE*, s. v. Ioulianos 2.

<sup>8</sup> Suda, s. v. Φιλόστρατος ὁ πρῶτος.

puede ser esta misma que nos describe Focio aunque suponiéndola de peor calidad que la de Juliano. El tercer lexicógrafo, que Focio llama Diodoro es Valerio Diodoro, hijo de uno de los primeros aticistas, Valerio Polión (v. supra): su léxico lleva por subtítulo Ἐξηγησις τῶν ζητουμένων παρὰ τοῖς ῥήτορσιν<sup>1</sup>.

Uno de los léxicos de oradores más importantes es el de Harpocración Λεξιὸν τῶν δέκα ῥητόρων<sup>2</sup>. Sobre la fecha de Harpocración se ha dudado mucho, especialmente por el tipo de fuentes que utiliza, ya que no cita gramático o lexicógrafo posterior a Augusto. Por ello se le situaba en tiempos de Tiberio, pero finalmente parece seguro poder situarlo en la época de los Antoninos. Para su obra utiliza Harpocración toda la literatura procedente de gramáticos y rétores de la época alejandrina y de comienzos del Imperio, aunque probablemente su fuente más importante sea Dídimos<sup>3</sup> y para los términos relacionados con instituciones de la ciudad Aristóteles, Filocoro y tal vez el mismo *onomasticon* que sirvió de fuente a Polux para el libro 8 de su obra.

Contemporáneos casi de Harpocración y, si no son resúmenes de su léxico por lo menos en él inspirados, son una serie de léxicos de oradores que han aparecido en diferentes Mss. medievales y que enumeramos a continuación. El primero es el que hace el número cinco en los *Anecdota* de Bekker, titulado Λέξεις ῥητορικαί<sup>4</sup>. El segundo apareció en los márgenes de un Ms. de la Biblioteca del Trinity College de Cambridge; desde su publicación por Dobree en 1822 se ha llamado *Lexicon rhetoricum Cantabrigiense*<sup>5</sup>. También está el *Lexicon Patmense*<sup>6</sup>, utilizado en época bizantina por Focio, la Suda, el *Et. Magnum* y los escolios de Platón. Por último, en el Ms. del Monte Atos, que ya hemos citado varias veces (v. supra), editado por Miller ha aparecido un glosario titulado Ἐκ τῶν Κλαυδίου Κασίλωνος παρὰ τοῖς Ἀττικοῖς ῥήτορσι ζητουμένων<sup>7</sup>, que tal vez sea de la misma mano que el *Lexicon Cantabrigiense* o tengan ambos la misma fuente. Del autor no sabemos nada puesto que es la primera vez que aparece su nombre Claudio Casilón, bastante raro por cierto y con aire latino.

De un rétor llamado Eudemo, la Suda<sup>8</sup> nos conserva también el título de una obra de este carácter ordenada alfabéticamente, Περὶ λέξεων αἷς κέχρηται ῥητορές τε καὶ τῶν συγγραφέων οἱ λογιώτατοι; y la Suda vuelve a citarlo s. v. εὐγενέστερος Κόδρου diciendo Εὐδημος ἐν τῷ περὶ λέξεων ῥητορικῶν.

<sup>1</sup> Cf. Suda, s. v. Πωλίων Ἀλεξανδρεῖς.

<sup>2</sup> *Harpocratonis Lexicon in decem oratores Atticos*, ed. W. Dindorf, Oxford 1853.

<sup>3</sup> Cf. C. Boysen, *De Harpocratonis lexi fontibus*, Kiel 1876.

<sup>4</sup> I. Bekker, *Anecdota Graeca*, vol. I, pp. 197-318.

<sup>5</sup> E. O. Houtsma, *Lexicon Rhetoricum Cantabrigiense*, Diss. Leiden 1870 [LGM, p. 61].

<sup>6</sup> I. Sakkeliou, Λέξεις μεθ. ιστοριῶν. *Lexicon Patmense*, *Bulletin de Correspondence Hellénique* 1, 1877, pp. 10-16 y 137-154 [LGM, p. 140].

<sup>7</sup> E. Miller, *Mélanges...* [LGM, p. 231].

<sup>8</sup> Suda, s. v. Εὐδημος.

De finales del v y principios del vi es el rétor Zósimo de Gaza o ascolanita, autor de unos comentarios a Demóstenes y a Lisias y de una *Λέξις ῥητορικὴ κατὰ στοιχεῖον*<sup>1</sup>.

## XII. ETIMOLOGIA

Los fundamentos creados por los estoicos para la etimología, de los que hablamos más arriba, llegan hasta época imperial inclusive. Seleuco (v. supra), cuyos escritos fueron muy utilizados en el período bizantino en los *Etymologica*, está decididamente bajo el influjo estoico<sup>2</sup>, como se puede ver en lo relativo a los nombres de las partes del cuerpo y en los mitológicos.

Ahora bien, en los albores de la era Cristiana de manos de algunos gramáticos, especialmente Trifón y Filoxeno (v. supra) nace una nueva teoría sobre la etimología. A partir ya exclusivamente de métodos formales se hace derivar a cada palabra de una raíz (*πρωτότυπον*) y se explican sus cambios (*παραγωγαί*). Se tiene en cuenta, pues, la analogía y por supuesto los cambios fonéticos (*πάθη*)<sup>3</sup>.

Ambos métodos son tenidos en cuenta para la composición de una obra sobre la etimología de los nombres de las partes del cuerpo compuesta por el médico Sorano de Efeso y conservada en parte en la obra de Melecio *Περὶ τῆς τοῦ ἀνθρώπου παρασκευῆς* y en el *Etymologicon* de Orión el tebano<sup>4</sup>.

La obra más importante en etimología de este período y que ha sido la base para posteriores trabajos es la del gramático Herodiano (v. supra) *Περὶ παθῶν*<sup>5</sup>, que tiene todas las características de un diccionario etimológico.

Tenemos que pasar ya al s. v para encontrarnos la última gran obra de etimología de la Antigüedad; nos referimos al *Etymologicon*<sup>6</sup> de Orión de Tebas en Egipto, uno de los maestros de Proclo en Alejandría y de la emperatriz Eudocia, esposa de Teodosio II, en Constantinopla<sup>7</sup>. La obra de Orión prueba que está fundada en autores y escritores más antiguos utilizados en forma de *excerpta* y conservados dentro de la obra de Orión. Las fuentes más destacadas son: comentarios sobre gran número de autores

<sup>1</sup> Suda, s. v. Ζώσιμος. Cf. H. Gärtner, *RE*, s. v. Zosimos 7.

<sup>2</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 157 ss. y 188.

<sup>3</sup> Cf. J. Wackernagel, *De pathologiae veterum initiis*, Basilea 1876.

<sup>4</sup> P. Voigt, *Sorani Ephesii liber de etymologiis corporis humani quatenus restitui possit* 1882; L. Scheele, *De Sorano Ephesio medico etymologo* 1884.

<sup>5</sup> *Herodiani Technici Reliquiae*, ed. A. Lentz, Leipzig 1867, vol. II, pp. 166-389.

<sup>6</sup> *Orionis thebani Etymologicon*, ed. F. W. Sturz, Leipzig 1820; *Περὶ ἐτυμολογιῶν κατὰ στοιχεῖον ἐκ τοῦ κατὰ Ὀρίωνα τὸν Θῆβαίου*, ed. G.H.K. Koës en col. 173 de F. W. Sturz, *Orionis...*; Ὀρίωνος τοῦ Θῆβαίου, ed. F. K. Werfer en col. 611 de F. W. Sturz, *Etymologicum Gudianum*, Leipzig 1818.

<sup>7</sup> Cf. R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 348 ss.

clásicos, especialmente Homero, el *Περὶ ἑτυμολογιῶν τοῦ σώματος τοῦ ἀνθρώπου* de Sorano, el *Περὶ ἑτυμολογίας* de Heraclidas Róntico, el *Περὶ μονοσυλλάβων ῥημάτων* y otros escritos de Filóxeno, el *Συμπόσιον* y los *Ἐπιμερισμοί* de Herodiano. Este libro ha sido muy utilizado por el *Etymologicum Genuinum*, el *Gudianum* y Zonaras.

### XIII. LA LEXICOGRAFIA EN LA ALTA EDAD MEDIA

Vamos a iniciar este apartado hablando primeramente de una compilación multiforme denominada generalmente *Léxico de Cirilo* y que encierra uno de los problemas más graves de la lexicografía griega medieval. Hay para el estudio de este problema dos estudios esenciales, de Drachmann<sup>1</sup> y Latte<sup>2</sup>, a los cuales nos remitimos, puesto que estos dos grandes filólogos han tenido acceso a los grandes archivos lexicográficos reunidos por el propio Drachmann, A. Adler, K. Bar, C. Boysen, K. Alpers y otros. El hecho de recurrir a estos dos documentos nos pone en la pista de que hay dos formas fundamentalmente opuestas de acceder a este problema: por un lado, al léxico de Hesiquio —donde hay una enorme masa de materiales procedentes de Cirilo— y por otra, al léxico de Cirilo. En el caso de Hesiquio, por una de esas casualidades de la transmisión manuscrita, nos encontramos ante un único testimonio, el *Marcianus Graecus* 622, del s. xv; mientras que del léxico de Cirilo existen más de 70 versiones (y se siguen descubriendo más en las bibliotecas de Grecia y Asia Menor). Drachmann se dedicó a distinguir las familias de Mss. entre la enorme profusión de ellos que se extienden desde el s. x al xv, sin contar un papiro de Nessana<sup>3</sup> del vii publicado en 1951; y Latte ha afinado aún más esta clasificación con el *stemma* de la p. LI de su edición de Hesiquio, donde se ve la ramificación de esta tradición cirílica además de las conexiones con los otros léxicos antiguos importantes conocidos, como son, además del de Hesiquio, la Suda, Zonaras, Focio y los *Etymologica*. No creemos que haga falta entrar en detalles que caractericen estos Mss. para persuadir y persuadirse uno mismo de que el hacer una edición del *Léxico de Cirilo* es algo imposible prácticamente. Lo mejor que en materia de «edición»<sup>4</sup> de Cirilo se puede aportar hasta la fecha es la edición de Hesiquio de

<sup>1</sup> A. B. Drachmann, *Die Ueberlieferung des Cyrillglossars*, Copenhague 1936.

<sup>2</sup> K. Latte, *Hesychius...*, Prolegomena.

<sup>3</sup> *PNess.* 8 ss. (*Excavations at Nessana*, vol. II, 1950, Literary papyri, ed. L. Casson y E. L. Hettich).

<sup>4</sup> Podemos señalar como ediciones parciales del *Glossarium Cyrilli*, K. Latte, *Hesychii Alexandrini Lexicon*, Copenhague 1953-66, para las glosas de la A-O (marcadas en esta edición con un asterisco); M. Schmidt, *Hesychii Lexicon*, Jena 1862, vol. IV, p. 339; H. Tittmann, *Zonarae Lexicon*, Leipzig 1808, vol. I, p. XCVII; J. A. Cramer, *Anaecdota Graeca*, Oxford 1841 [Hildesheim 1967], vol. IV, p. 165.

Latte, donde gracias a diversos artificios tipográficos se señalan las coincidencias con Cirilo, aunque forzosamente esto es incompleto porque los materiales cirílicos tienen una gran proporción de glosas originales que no figuran en la obra de Hesiquio.

Otra cosa es el título bajo el que, con pequeñas variantes, los Mss. en buen estado a los que no les falta los primeros folios, presentan el famoso glosario. Todos atribuyen si no la composición sí el patrocinio a San Cirilo, obispo de Alejandría (s. v d. C.). Uno de los títulos más corrientes es *Τοῦ ἐν ἀγίοις Πατρὸς ἡμῶν Κυρίλλου ἀρχιεπισκόπου Ἀλεξανδρείας λεξικόν*. Para Drachmann y Latte no ofrece dudas el hecho de que este glosario tiene su origen en Cirilo o por lo menos en el círculo erudito que emanaba de él y constituye una especie de auxiliar de lectura para la consulta de textos por un público ansioso de cultura, pero que necesitaba esta ayuda para comprender la evolución de la lengua griega entre la época clásica y el s. v d. C. Efectivamente, el material esencial que compone el léxico de Cirilo son glosas homéricas, trágicas y en general literarias con muchos detalles aticistas; pero estos dos grandes filólogos encontraron en el léxico gran cantidad de terminología cristiana, por lo que no podemos admitir que el aserto que G. Wentzel hizo en 1895 en una comunicación a la Academia de Berlín, de que el *Léxico de Cirilo* era un auxiliar para la lectura de las obras del propio santo, sea totalmente falso; y esto lo hace cierto el hecho de que muchas palabras de la obra de Cirilo de Alejandría sólo aparecen en él y en Hesiquio como glosas de Cirilo<sup>1</sup>.

*Excerpta* del léxico de Cirilo se puede considerar la *Συναγωγή λέξεων χρησίμων ἐν διαφόρων σοφῶν τε καὶ ῥητόρων πολλῶν*, conocida por su editor como *Lexicon Bachmanianum*<sup>2</sup>, y que no es según Naber<sup>3</sup> un resumen del léxico de Focio. Este *Lexicon* se encuentra en el Coislinianus 347 (s. ix) y entre otras fuentes se encuentran glosas de los oradores, Homero, Tucídides y Jenofonte.

Del s. vi es también Juan Filopono, autor de un pequeño léxico titulado *Περὶ τῶν πρὸς διάφορον σημασίαν διαφόρως τονουμένων λέξεων*<sup>4</sup>, que se inserta en la serie de léxicos sobre sinónimos del tipo de Ptolomeo Ascolonita, de Ammonio o de Eremnio Filón (v. supra).

En el s. vi aparece un diccionario titulado *Ἐθνικά*<sup>5</sup> confeccionado por Esteban de Bizancio. Esteban hace uso de todos los conocimientos históricos y geográficos de Heródoto, Polibio o Estrabón así como de obras perdidas como la de Filón de Biblos *Περὶ πόλεων καὶ οὐς ἐκάστη αὐτῶν ἐνδόξους ἦνεγκε*<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Cf. la serie de artículos de P. Burguière, «Cyrilliana» I, II y III, *Revue des Etudes Anciennes* 63, 1961, pp. 345-361, 64, 1962, pp. 95-108 y 72, 1970, pp. 364-384, especialmente este último.

<sup>2</sup> L. Bachmann, *Anecdota Graeca*, Leipzig 1828 [Hildesheim 1965], vol. I, pp. 3-422.

<sup>3</sup> *Photii patriarchae lexicon*, ed. S. A. Naber, Leiden 1864-65 [Amsterdam 1965], Prolegomena, p. 127 ss.

<sup>4</sup> P. Egenolff, *Ioannis Philoponi collectio vocum, quae pro diversa significatione accentum diversum accipiunt*, Breslau 1880 [LGM, p. 359]

<sup>5</sup> Stephan von Byzanz, *Ethnika*, ed. A. Meineke, Berlin 1849 [Graz 1958]

<sup>6</sup> B. Niese, *De Stephania Byzantii auctoribus*, Kiel 1873.

También utiliza Esteban el libro de Oro *Περὶ ἔθνικῶν*<sup>1</sup>, en el que están también los comentarios de Homero, Calímaco, Apolonio de Rodas, Licofrón, de los que se vale. Para los problemas gramaticales utiliza la obra de Herodiano *Περὶ καθολικῆς προσωδίας*<sup>2</sup> y *Περὶ ὀρθογραφίας*<sup>3</sup>. El hecho más importante de la obra de Esteban de Bizancio es el de que muchas veces tiene coincidencias en conocimientos de personas y lugares con la Suda (s. x), lo cual se justifica porque ambos utilizaron el *Ὀνοματολόγος* de Hesiquio de Mileto<sup>4</sup> (s. vi) que fue una gran obra de tipo enciclopédico de la cual la Suda dice que su obra es un epítome.

#### XIV. EL RENACIMIENTO DE FOCIO Y LA BAJA EDAD MEDIA

En el s. ix Focio<sup>5</sup>, patriarca de Constantinopla, con una visión genial fijó su atención sistemáticamente sobre el inmenso tesoro de la Antigüedad Clásica que estaba a punto de desaparecer, ya que la mayoría de las obras estaban a punto de perderse o andaban dispersas. Quedaba en la vida intelectual de la época un contacto con los áridos manuales de gramática y de retórica, así como subsistían unas antologías de los poetas antiguos, los historiadores y los oradores, pero todo ello de una manera muy pobre. En este ambiente las dos grandes obras de Focio son providenciales para la historia de la filología. Una es la *Biblioteca*, dedicada a su hermano Tarasio, en la que resume códices leídos por él o en las reuniones de su círculo. De esta manera, resúmenes de obras de la Antigüedad perdidas en la actualidad han llegado a nosotros al menos de esta forma.

Para nuestro estudio mayor interés tiene el *Léxico* (*Λέξεων συναγωγή*), escrito en fecha más tardía que la *Biblioteca* y compuesto a base de diferentes fuentes como veremos más adelante. Hasta el s. xix esta obra de Focio era sólo conocida por el llamado Ms. Galeanus del s. xi, del que hay por lo menos 24 copias modernas directas o indirectas, conservado en la Biblioteca del Trinity College de Cambridge y en el que al menos un tercio del texto falta<sup>6</sup>. En 1896 algunos nuevos fragmentos fueron editados a partir de un Ms. de Atenas<sup>7</sup>. Más importante resultó la aparición en 1901 de un Ms. en Berlín que Reitzenstein publicó<sup>8</sup>. Este estado de cosas se ha mantenido hasta 1959

<sup>1</sup> R. Reitzenstein, *Geschichte...*, p. 316.

<sup>2</sup> A. Lentz, *Herodiani...*, vol. I, pp. 1-547.

<sup>3</sup> A. Lentz, *Herodiani...*, vol. II, pp. 407-611.

<sup>4</sup> Un fragmento se conserva en el Códice Palatino de Heidelberg n. 398 ed. por F. Jacoby, *FGrHist.*, n. 390.

<sup>5</sup> Cf. K. Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Litteratur*, Munich 1897<sup>2</sup>, p. 515 ss.

<sup>6</sup> Sobre este Ms. está hecha la edición de S. A. Naber, *Photius...*

<sup>7</sup> C. Frederich y G. Wentzes, «Anecdota aus einer athenischen Handschrift», *Nach. v. d. Königl. Gesellschaft d. Wiss. zu Göttingen* 1896, p. 336 ss.

<sup>8</sup> R. Reitzenstein, *Der Anfang des Lexicons des Photius*, Leipzig-Berlin 1907.

en que el profesor L. Politis descubrió en el monasterio de San Nicanor en Zavorda (Macedonia) el texto completo del *Léxico* en un Ms. del s. XIII o XIV<sup>1</sup>. Desgraciadamente no se ha hecho todavía una edición que utilice este Ms., aunque hay una comisión nombrada para preparar una nueva publicación de Focio y la obra de K. Tsantsanoglou<sup>2</sup> se puede considerar la introducción a la futura edición.

Entrando ya en el contenido del *Léxico* de Focio, las fuentes de las que se ha servido para su composición son las siguientes: las obras de los aticistas Elio Dionisio y Pausanias, la *Σοφιστικὴ προπαρασκευὴ* de Frínico, un epítome de Harpocración, *Δικῶν ὀνόματα* y *Λέξεις ῥητορικαί* del Coislinianus 345, que son léxicos retóricos medievales<sup>3</sup>, los glosarios de Platón de Boeto y Timeo, y el *Lexicon Homericum* de Apolonio Sofista. Aparte de estas fuentes principales, la lectura de un gran número de códices para la *Biblioteca* aportó importante material para el *Léxico*.

Del círculo lexicográfico de Focio dimanan varios *Etymologica*, con lo que se siguen así a lo largo de toda la Edad Media una larga serie de trabajos que se van apoyando unos en otros. El más antiguo de estos trabajos anónimos puede que sea el *Etymologicum Genuinum*, del s. IX, del que partirán los más importantes *Etymologica*. Sobre esta obra hay una bibliografía bastante amplia, pero falta una edición completa de ella a pesar de no ser más que dos los Mss. conservados<sup>4</sup>.

Del mismo círculo es el *Etymologicum Parvum*, llamado así por Miller<sup>5</sup> frente al *Magnum*, que luego sería conocido por *Genuinum*. Este *Etymologicum* tiene como fuentes principales los *Epimerismos a Homero* y a los *Salmos* (probablemente escritos por el gramático Querobosco en el siglo VI) como novedad, además de las fuentes tradicionales que hemos visto hasta ahora<sup>6</sup>.

También en estrechísima relación con Focio está el *Lexicon Sabbaiticum*<sup>7</sup>, aparecido en los márgenes de un Ms. de Jerusalén del siglo XIV y que después del descubrimiento del Ms. Zavordensis hecho por Politis parece una copia de una porción de ese Ms.<sup>8</sup>.

Dependiendo en sus fuentes directamente del *Genuinum* está el *Etymologicum Gudianum*, llamado así por el nombre del poseedor de uno de los Mss.

<sup>1</sup> L. Politis, «Die Handschriftensammlung des Klosters Zavorda und die neu aufgefundene Photios-Handschrift», *Philologus* 105, 1961, pp. 136-144.

<sup>2</sup> K. Tsantsanoglou, *Τὸ λεξικὸ τοῦ Φωτίου. Χρονολόγησις, χειρόγραφη παράδοσις*, Salónica 1967.

<sup>3</sup> E. Bekker, *Anecdota...*, vol. I, pp. 181-194 y 195-318.

<sup>4</sup> Cf. R. Reitzenstein, *Geschichte*, pp. 1-69; A. Colonna, *Etymologicum Genuinum. Littera λ*, Roma 1967; C. Calame, *Etymologicum Genuinum: les citations de poètes lyriques*, Roma 1970; G. Berger, *Etymologicum Genuinum et Etymologicum Symeonis (β)*, Meisenheim am Glan 1972; F. Laserre y N. Livadaras, *Etymologicum Magnum Genuinum. Symeonis Etymologicum. Etymologicum Magnum Auctum*, vol. I, *ἄ-ἀμωσγέπως*, Roma 1976.

<sup>5</sup> E. Miller, *Mélanges...*, pp. 319-340.

<sup>6</sup> Cf. R. Pintaudi, *Etymologicum Parvum quod vocatur*, Milán 1973.

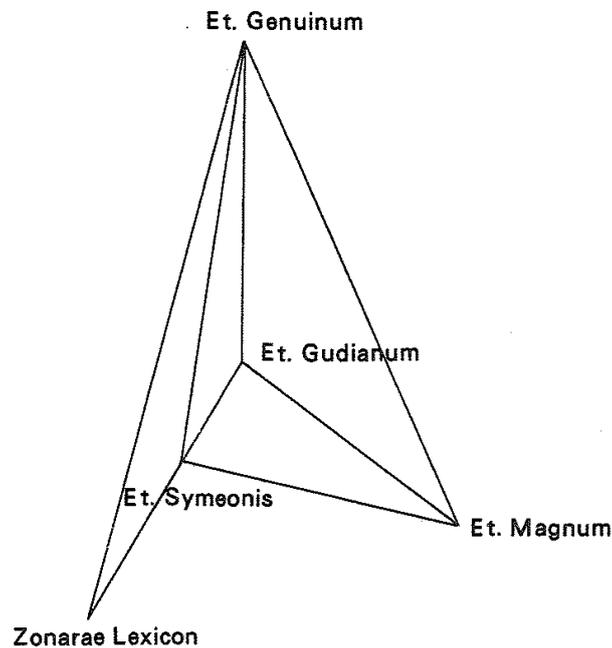
<sup>7</sup> A. Papadopulos-Kerameus, *Lexicon Sabbaiticum*, Petersburgo 1892-93 [LGM, pp. 39-60].

<sup>8</sup> Cf. K. Tsantsanoglou, *Τὸ λεξικὸ...*

más modernos, el danés M. Gude. El *Gudianum* es del XI y sus fuentes están anotadas en el mejor de los Ms. conservados, el Barberinus I 70<sup>1</sup>.

Del s. XII es el *Etymologicum Magnum*, basado en el *Genuinum* con adiciones del *Gudianum* y de Esteban de Bizancio y Trifón. Fue editado por primera vez por Callierges en 1499 y él fue el que le dio el nombre de *Magnum* con el que se le conoce en la actualidad. En estos momentos está siendo editado nuevamente por Lasserre y Livadaras<sup>2</sup>.

Obra un poco anterior al *Magnum* y que depende directamente del *Genuinum* y del *Gudianum* es el *Etymologicum Symeonis*<sup>3</sup> que también tiene glosas procedentes de Esteban de Bizancio.



Con este gráfico creemos que se aclara la forma en que se interrelacionarían los diferentes *Etymologica* medievales.

También del siglo XII es el que la moderna crítica ha dado en llamar *Zonarae Lexicon*<sup>4</sup>, que tiene la particularidad de estar ordenado alfabética-

<sup>1</sup> A. de Stefani, *Etymologicum Gudianum*, Leipzig 1909-20 [Amsterdam 1965]; F. Z. Sturz, *Etymologicum Gudianum*, Leipzig 1818 [Hildesheim 1973].

<sup>2</sup> F. Lasserre y N. Livadaras, *Etymologicum...*; T. Gaisford, *Etymologicum Magnum*, Oxford 1848 [Amsterdam 1967].

<sup>3</sup> F. Lasserre y N. Livadaras, *Etymologicum...*; H. Sell, *Das Etymologicum Symeonis (α-άιω)*, Meisenheim am Glan 1968.

<sup>4</sup> H. Alpers, *RE* s. v. *Zonarae Lexicon*; frente a este trabajo, muy actualizado, las ediciones son antiquísimas: J. A. H. Tittman, *Iohannis Zonarae Lexicon*, Leipzig 1808; J. A. Cramer, *Anecdota Graeca e Codd. Manuscriptis Bibliothecae Regiae Parisiensis*, Oxford 1839 (Hildesheim 1967), vol. IV, p. 83.

mente pero por apartados ἀρσενικόν, θηλυκόν, οὐδέτερον, ῥῆμα, ἐπίρρημα. Las fuentes son el *Etymologicum Genuinum*, como se ve en el gráfico, y el glosario de Cirilo, además de la Suda (v. infra) y escolios y comentarios a gran número de escritores clásicos.

Volviendo de nuevo al siglo x, nos encontramos con la actividad enciclopédica desarrollada en la corte del emperador Constantino VII Porfirogéneta. De esa época es una obra sobre cuyo nombre mucho se ha discutido; se va desde creer que se refiere a alguna persona en concreto, a la opinión que interpreta «Suda», pues a esta obra nos estábamos refiriendo, como un nombre en una lengua que no nos es conocida y que indica «colección» o «enciclopedia». Efectivamente la Suda es una combinación de léxico y enciclopedia cuyos artículos sobre historia de la literatura nos son fundamentales. La obra se autodefine como un epítome de la de Hesiquio de Mileto (v. supra), pero abarca una serie de conocimientos de todo tipo, por lo que sus fuentes son muy numerosas; entre otras citaremos el epítome de Harpocración, Elio Dionisio, Pausanias, Heladio; los escolios a Homero, Sófocles, Aristófanes y Tucídides y los comentarios a Aristóteles; prácticamente todos los historiadores y los *excerpta* de Constantino Porfirogéneta. En la actualidad sus fuentes y glosas marginales han sido muy bien estudiadas por A. Adler<sup>1</sup>.

Aunque no es propiamente un lexicógrafo, no podía faltar en una historia, por breve que ésta sea, de la lexicografía griega la figura de Eustacio<sup>2</sup>, arzobispo de Tesalónica en la segunda mitad del siglo xii, ya que en sus comentarios a Homero se encuentran numerosos fragmentos de trabajos lexicográficos de época antigua que se hubieran perdido definitivamente si no hubiera sido por su labor de compilador. Es el caso de las *Λέξεις* de Aristófanes de Bizancio, los léxicos de los aticistas Elio Dionisio y Pausanias y muchos otros<sup>3</sup>.

De época ya muy tardía, de principios del siglo xiv, es el *Lexicon Vindobonense*<sup>4</sup>, del cual figura como autor un tal Andreas Lopadiotes<sup>5</sup>. El interés de este léxico tardío radica en que además de utilizar glosas de fuentes conocidas, como los oradores o padres de la Iglesia, gracias a él se han conservado fragmentos de poetas que de otra forma se hubieran perdido.

Contemporáneo del *Lexicon Vindobonense* es Manuel Moscópulos, entre cuyas obras escolares se encuentra una *Συλλογή ὀνομάτων Ἀπτικῶν*<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> A. Adler, *Suidae Lexicon*, Leipzig 1928.

<sup>2</sup> K. Krumbacher, *Geschichte...*, p. 536 ss.

<sup>3</sup> *Eustathii Commentarii ad Homeri Iliadem et Odysseam ad fidem exempli Romani*, 7 vols., Leipzig 1825-30 [Hildesheim 1960]; M. Van Der Valk, *Eustathii commentarii ad Homeri Iliadem pertinentes*, Leiden 1971.

<sup>4</sup> *Lexicon Vindobonense*, ed. A. Nauck, San Petersburgo 1867 [Hildesheim 1965].

<sup>5</sup> El título completo dice: *Τεχνολογία περί γραμματικῆς κατὰ στοιχεῖον συντεθεισα παρὰ τοῦ γραμματικωτάτου κυρίου Ἀνδρέα τοῦ Λοπαδιώτου*.

<sup>6</sup> El título en los Mss. es *Ὀνομάτων Ἀπτικῶν συλλογή ἐκλεγείσα ἀπὸ τῆς τεχνολογίας, τῶν εἰκόνων τοῦ Φιλοστράτου, ἦν ἐξέδοτο ὁ σοφώτατος κύριος Μανουὴλ ὁ Μοσχόπουλος, καὶ ἀπὸ τῶν βιβλίων τῶν ποιητῶν. συνετέθη δὲ ἐνταῦθα κατὰ στοιχεῖον*, ed. F. Asulanus, Venecia 1524.

Por otra parte, surgió en Bizancio una tradición lexicográfica dedicada a la interpretación de diversos autores cristianos. Así, citamos la carta de Teodosio el Gramático, que en la Sicilia bizantina del s. ix redacta un léxico explicativo de los Cánones de S. Juan Damasceno<sup>1</sup>.

Aunque ya es de plena Edad Moderna (finales del xv, principios del xvi) queremos cerrar esta breve historia de la lexicografía griega con la figura del humanista italiano Varino Favorino Camers, conocido por Favorino, ya que sus obras están en la línea de la lexicografía medieval. Una de ellas es un compendio, resumen principalmente de Eustacio: 'Εκ τῶν Εὐσταθίου καὶ ἄλλων ἐνδόξων γραμματικῶν Βαρίνου Κάμητρος ἐκλογαὶ κατὰ στοιχεῖον<sup>2</sup>. Es también autor de un diccionario compilador del *Etymologicum Magnum*, la Suda, Eustacio y otras conocidas fuentes<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. G. de Andrés, «Carta de Teodosio el Gramático (s. ix) sobre el léxico de los Cánones de San Juan Damasceno según el códice complutense Villaamil, n. 30», *Emerita*, 41, 1973, pp. 377-395.

<sup>2</sup> Ed. Aldus in *Thesaurus Cornucopiae et horti Adonidis*, Venecia 1496.

<sup>3</sup> *Magnum et perutile Dictionarium, quod quidem Varinus Phavorinus Camers Nucerinus episcopus ex multis variisque auctoribus in ordinem alphabeti collegit*, Roma per Z. Calliergi 1523.

## I.3 Historia de la lexicografía griega moderna

### 1. LOS PRECURSORES

Después de las invasiones de los bárbaros, como es sabido, se abandonó en gran medida el estudio del griego en Europa Occidental. El *graecum est, non legitur* puede ser la frase que resume la situación de ignorancia de las letras griegas que existió entre nosotros durante siglos.

La situación empezó a cambiar poco a poco en Italia durante la Baja Edad Media. El renovado interés por el mundo clásico romano hizo que los estudiosos italianos sintiesen cada vez más la atracción por la cultura griega y estuviesen cada vez más ansiosos por aprender la lengua de Homero y de Platón. Es conocida la escena de Petrarca llorando de impotencia ante un códice griego que no conseguía entender...

En 1360 un tal Leoncio Pilato, griego de Tesalónica (¿o de Calabria?), llegaba a Venecia. Por iniciativa de Bocaccio, a quien le dio clases particulares de griego, acabaría convirtiéndose en el primer profesor público de griego en Europa Occidental. Esta primera experiencia fue efímera: Leoncio Pilato se volvió a su país y cuando intentaba regresar a Italia murió trágicamente<sup>1</sup>. En las décadas siguientes todo aquel que quería aprender griego tenía que ir forzosamente a Grecia, lo cual, evidentemente, resultaba muy caro y muy engorroso.

Ya hacia finales del siglo empezó el «brain drain» de sabios bizantinos hacia Italia (Manuel Crisoloras) que a partir de la conquista de Grecia por los turcos adquiriría carácter de desbandada (Teodoro de Gaza, Andrónico de Calisto, Miguel Apostolio, Constantino Láscaris, Demetrio Mosco, Demetrio Calcóndilo, Marco Musuro, Juan Láscaris, etc.).

Estos eruditos comienzan enseguida la producción de gramáticas, ediciones, etc. En 1476 se edita en Milán el primer libro impreso en griego: la Gramática de Constantino Láscaris. Dos años después se publica el primer

---

<sup>1</sup> Cf. Legrand, E., *Bibliographie Hellénique des XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*. Paris 1962, p. XVIII.

diccionario (*Dictionarium Graecum*, Mediolani 1478)<sup>1</sup> y es tal la demanda de diccionarios griegos que en un siglo escaso se editan no menos de medio centenar.

Todos estos diccionarios, anteriores al *Thesaurus* de Stephanus, tienen hoy un mero interés arqueológico. Se trata de obras generalmente muy heterogéneas que incluyen los opúsculos de lexicógrafos o gramáticos antiguos que iban apareciendo, como las obras de Filopono, Ammonio, Cirilo, etc. Además de estas obras antiguas solían incluir apéndices gramaticales como la *cornu copia* que Aldo Manucio incluyó en su diccionario y que los demás copiaron. En este sentido fueron muy utilizados los *Commentarii linguae graecae* de Guillaume Budé, por poner un ejemplo célebre.

Leopold Cohn en su *Griechische Lexikographie*<sup>2</sup> inventaría 32 de estos diccionarios publicados entre 1478 y 1568. A éstos habría que sumarles 14 más (desde la primera edición del Crastoni, quizá de 1476, hasta el del célebre Calepino *Dictionarium hexaglottum cum C. Gesneri onomastico*, Basilea 1568) que recoge A. Autenrieth en edición anterior del mismo *Handbuch d. K. Altertumsw.*<sup>3</sup> Este autor además incluye, a mi juicio con buen criterio, cinco diccionarios más que, si bien son casi todos ellos cronológicamente posteriores al *Thesaurus* de Stephanus, son de hecho prestephanianos en su concepción y envergadura. Remito a las obras de Cohn y Autenrieth para la relación de estos diccionarios.

En todo caso, insisto, el interés de estos léxicos anteriores a 1572 es hoy muy escaso: se trata de obras que *κυρίως δὲν ἦσαν ἄλλο τι ἢ ἄνευ κρίσεως κατηγορησμένα γλωσσάρια, ἐν οἷς εἰς τὸ λῆμμα προσετίθεντο μία ἢ δύο λατινικαὶ σημασίαι* como dice la bella traducción de Soteriadis de la obra de Autenrieth<sup>4</sup>.

## 2. EL THESAURUS Y SUS SUCESIVAS EDICIONES

El verdadero comienzo de la lexicografía griega moderna lo marca el *Θησαυρὸς τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης. Thesaurus Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructus. In quo, praeter alia plurima, quae primus praestitit* (*paternae in Thesauro latino diligentiae aemulus*) *vocabula in certas classes distribuit, multiplici derivatorum serie ad primigenia, tanquam ad radices unde pullulant,*

<sup>1</sup> Este diccionario parece ser de Giovanni Crastoni o Crestoni. Tuvo éste varias ediciones en el siglo xv, y es probable que la 1.<sup>a</sup> sea de 1476, con lo cual había que rebajar en dos años la fecha de aparición del primer diccionario griego de época moderna.

<sup>2</sup> Leopold Cohn. «Griechische Lexikographie» en *Handbuch der Klassischen Altertumswissenschaft* II, 1 hrsg. von Iwan Müller, 4.<sup>a</sup> ed. a cargo de A. Thumb, Munich 1913, pp. 681-730; cf. especialmente pp. 706-720.

<sup>3</sup> Reproducido también en el prólogo del *Μέγα λεξικὸν τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης*, traducción del Liddell-Scott al griego moderno, Atenas 1901-1904. Además de estos 14 que da Autenrieth conocemos otros dos no recogidos en ninguna historia de la lexicografía griega (los de Phavorinus, Roma 1523, 2.<sup>a</sup> ed. Basilea 1538 y J. Tusanus, Paris 1552) recogidos en W. Zaunmüller, *Bibliographisches Handbuch der Sprachwörterbücher*, Stuttgart 1958, p. 170.

<sup>4</sup> Cf. supra, n. 3.

*revocata*... París 1572. Esta obra monumental en 5 tomos tamaño folio, que pretendía emular al *Thesaurus* latino del padre de Henri Estienne, Robert, habría de ser mucho más importante para la lexicografía griega que el de Robert para la latina. En realidad hasta el Passow y el Liddell-Scott no fue superado, y aún hoy, después de sus ediciones decimonónicas en Londres y París, sigue siendo una obra de consulta obligada<sup>1</sup>.

El *Thesaurus*, al contrario de los diccionarios anteriormente mencionados, se basa en una labor de investigación de fuentes de primera mano, a base del despojo de muchos autores que el mismo Stephanus había editado. Además no se limita a dar el «equivalente» latino de la palabra griega en cuestión sino que organiza ya el artículo conforme a las acepciones de las palabras, ofrece ejemplos y cita a los autores y obras en que aparecen las palabras. La organización del artículo se basa en un criterio etimológico o histórico según el cual se da en primer lugar la «Urbedeutung» o significado originario y, a partir de éste, se desarrollan las otras acepciones. Con frecuencia cuando se trata de palabras difíciles, Stephanus nos ofrece los datos de los lexicógrafos antiguos, como Pollux, Harpocración, Hesiquio, la Suda, los *Etymologica*, etc., que él conocía bien, así como los escolios. Por todas estas razones el *Thesaurus* supone un inmenso paso adelante y resulta increíble que una sola persona<sup>2</sup> haya sido capaz de realizar en tan pocos años una obra semejante. Nuestra admiración es mayor cuando consideramos que prácticamente carecía de precursores y de trabajos previos en que basarse. Aparte los *Commentarii* de Budé, que cita con frecuencia, casi todo lo demás es obra suya, incluidas muchas de las ediciones de autores que da en su lista inicial.

Como deficiencias más claras del *Thesaurus* hay que notar que su manera de citar es muy incompleta: no dice más que *Homerus* o *Hesiodus in Theogonia*, por ejemplo. En este punto los lexicógrafos antiguos, que a veces citan por obra y libro o capítulo, o canto, son más completos<sup>3</sup>. Otro inconveniente de esta obra es el orden de las palabras: no sigue el orden alfabético, sino el etimológico, de acuerdo con las raíces de las palabras, y así hay que mirar, por ej., *πολλαγόρασος* s.v. *ἀγορά* o *περιαγωνίζω* s.v. *ἀγών*. Esta ordenación resulta muy incómoda y haría muy difícil de manejar el diccionario si no fuera por un índice alfabético que da al final. También en esto, y aún con todas sus imperfecciones, el orden *κατὰ στοιχείον* de los antiguos era mejor.

<sup>1</sup> Cf. infra p. 112, n. 1.

<sup>2</sup> La información de Autenrieth, ob. cit., de que le había ayudado Budé es falsa: Budé se había muerto treinta años antes, en 1540. Sin embargo, en realidad no podemos decir que hubiese trabajado absolutamente solo: en primer lugar había heredado de su padre Robert una gran cantidad de material preparado para compilar un *Thesaurus* griego. En segundo lugar nos consta que le ayudaron su alumno F. Sylburgius, persona muy competente, y el mismo J. Scapula. Todo esto, sin embargo, no disminuye el mérito de H. Stephanus a quien se le debe el *Thesaurus* casi en exclusiva. Véase la divertida historia de la lexicografía griega publicada por el obispo Blomfield en *Quarterly Review* 20, 1819, p. 302 ss., especialmente la p. 318.

<sup>3</sup> Cf. supra en Serrano Aybar «Historia de la lexicografía griega antigua y medieval».

Por lo demás, la influencia de Stephanus fue tan grande en la lexicografía griega posterior que aun en este siglo el Diccionario de Crönert (cf. infra) sigue un orden no alfabético y no cita con precisión.

Ahora bien estos fallos son *peccata minuta* comparados con la magnitud de la obra que ha seguido vigente casi hasta nuestros días y aún hoy impresionada. Por lo demás el *Thesaurus* ha sido la fuente en donde han bebido, directa o indirectamente, todos los diccionarios griegos hasta el de Passow. Tenía razón el autor cuando en la primera página de la obra decía: *nunc alii intrepide vestigia nostra sequantur / me duce plana via est quae salebrosa fuit.*

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un ejemplar de la primera edición del *Thesaurus*... expurgado por la Santa Inquisición. En la primera página en donde dice *Thesaurus Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructus* el funcionario del Santo oficio añadió *auctore damnato. Opus cum expurgatione permissum.* Y a continuación, ya dentro del diccionario se encuentran aquí y allá las expurgaciones del celoso inquisidor. Sin embargo, no es ésta, para desgracia de Stephanus, la única expurgación que se hizo a su obra. Mientras el libro se estaba imprimiendo, su corrector, Iohannes Scapula, se quedó con unas pruebas y en el año 1579 publicó con su nombre un epitome de la obra de Stephanus en un solo tomo y en cuarto, con el índice alfabético incorporado. Esta obrita fraudulenta, por su tamaño y su precio se había de hacer muy popular, robándole a su verdadero autor la fama y frutos de su ingente tarea. Y así, mientras Stephanus se arruinaba, Scapula veía editar su diccionario escolar una y otra vez con el descarado título de *Lexicon graecolatinum novum... Iohannis Scapulae opera et studio.*

Al año siguiente, 1580, publicó Stephanus una segunda edición, apenas modificada de su *Thesaurus*. En la primera página ofrece al lector un dístico en el que alude a Scapula con un juego de palabras:

*quidam ἐπιτέμων me, capulo tenuis abdidit ensem:*

*aeger eram a scapulis, sanus at huc redeo*

y a continuación nos presenta una *Henrici Stephani admonitio de Thesauri sui epitome, quae titulum lexicæ graecolatini novi praefert.*

Peró esta *admonitio* no consiguió desprestigiar al diccionario de Scapula (que siguió imprimiéndose nada menos que hasta 1820, en Oxford) ni enriquecer a Stephanus, tan injustamente tratado por sus contemporáneos: de él, a quien debe tanto la filología griega, decía Julio César Escalígero que no era más que un «corruptor de textos antiguos»<sup>1</sup>. El léxico de Scapula se reeditó muchas veces: entre 1579 y 1820 nos encontramos con algo más de una docena de reediciones, alguna de las cuales incluye diversos apéndices y suplementos.

Por su parte el *Thesaurus* siguió siendo la base y la fuente de los diccionarios griegos hasta el siglo XIX, o quizá mejor hasta el XX, si consideramos el malogrado proyecto de Crönert que es deudor del *Thesaurus* en gran medida.

<sup>1</sup> J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship II*, Cambridge 1908, p. 176 y nota 4.

Además de ser la fuente de los diccionarios griegos entre el siglo xvi y el xix, el *Thesaurus* acaparó de nuevo la atención de los helenistas en el siglo xix. En efecto, mientras que en Alemania por los años 20 del siglo pasado existían ya diccionarios griego-alemán de gran difusión, en otros países se seguían utilizando los diccionarios griego-latín, y en general no se había superado el nivel marcado por Stephanus. Debido a ello tanto en Inglaterra como en Francia se procedió a poner al día el viejo *Thesaurus* no con fines eruditos o para bibliófilos, sino porque se carecía de un instrumento mejor de trabajo. En este sentido el librero inglés A. J. Valpy (1787-1854) encargó a los helenistas Barker (1788-1839) y Dibdin que hiciesen una nueva edición del *Thesaurus*. La idea era respetar todo el material de Stephanus, corrigiendo sus errores y añadiéndole los descubrimientos posteriores, tales como el material de léxicos de autor que entonces empezaban a publicarse, las parcelas de léxico que Schneider había aportado, el léxico de los diferentes *Anecdota* que iban apareciendo, etc. Una serie de helenistas enviaron sus ejemplares del *Thesaurus* o el *Scapula* con sus anotaciones marginales, así como monografías (como la *Disputatio de Particula ðv* que Gottfried Hermann, *qui inter eruditos facile est princeps*, les enviara). Una cosa que salta a la vista en esta edición por el tipo de letra empleado, es el material hebreo y copto que se incorporó. El resultado de este esfuerzo —*onus Aetna gravius* según sus autores— fue una *editio nova auctior et emendatior* del *Thesaurus* en 8 volúmenes<sup>1</sup> tamaño folio, publicada en Londres *in aedibus Valpianis* entre los años 1816 y 1828. El material añadido es muy considerable y aún hoy es una obra de consulta obligada. Sin embargo, como señaló Passow en una reseña a la obra<sup>2</sup>, se trata de una *rudis indigestaque moles*, una mera acumulación de materiales y estratos sin mayor selección crítica ni reelaboración a fondo. Las reseñas a la obra fueron bastante negativas, como la de G. Hermann en *Classical Journal* 35, 1818. De hecho el manejo de esta obra resulta enojoso: el mismo orden de palabras no alfabético, sino etimológico (respetando la poco afortunada elección de Stephanus) dificulta la andadura a través del bosque impenetrable de erudición poco práctica. Por otra parte todos los opúsculos y monografías añadidas están de sobra en un diccionario; hubiera sido preferible publicarlos aparte como ediciones o estudios.

Poco después de terminarse la publicación del *Thesaurus* valpiano, se procedió en París a una nueva reelaboración del mismo, con mayor fortuna. En 1830 un folleto de un equipo de la *Académie des inscriptions et belles lettres* anunciaba el plan y trazaba las demarcaciones y mejoras con respecto a la

<sup>1</sup> Autenrieth, ob. cit., dice que son 6 volúmenes publicados entre 1818 y 1820 lo cual es un error; Cohn por su parte dice que son 9 (1816-1828). Yo no conozco más que 8 y en el 8.º hay un gran desbarajuste con las fechas: en la primera página dice 1825, en la 2.ª 1816-1826, la dedicatoria —al barón de Grenville— y el prólogo están fechados en 1828 y en colofón tras el *Finis* vuelve a aparecer 1826.

<sup>2</sup> En *Jahrb. für Wissenschaftl. Kritik* 1831, p. 708 ss. Mucho más larga, prolija y llena de anécdotas (como el número de guineas que costaba la suscripción de cada volumen) es la larguísima reseña publicada en *Quarterly Review* 21, 1819, cit. supra p. 109, n. 2.

edición londinense que había que conseguir. El erudito librero Ambroise Firmin Didot (1790-1876) se encargó de la edición. La labor científica se encomendó a una serie de especialistas como Karl Benedict Hase, Ludwig von Sinner, Theobald Fix, los hermanos Dindorf (Karl Wilhelm y Ludwig) y Johann Friedrich Dübner. El primer volumen salió ya en 1831 y en los 34 años siguientes fueron apareciendo los 8 tomos restantes (París 1831-1865). El título rezaba... *Thesaurus Graecae linguae ab Henrico Stephano constructus. Post editionem Anglicam novis additamentis auctum ordineque alphabetico digestum...* Esta obra respetaba el material original de Stephanus pero suprimía sus errores, organizaba alfabéticamente los artículos (esto es una gran ventaja a la hora de manejarlo frente al de Valpy) y, lo que es más importante, completaba las citas con obra y numeración correspondiente, frente a las vagas referencias de Stephanus del tipo *Hesiodus in Theogonia*. El material nuevo va entre paréntesis (en la edición de Londres le precede un asterisco) y lleva la firma del autor al estilo del *Lexicon des frühgriechischen Epos* de B. Snell. Sin embargo, a pesar de la reorganización alfabética y los muchos añadidos (principalmente de autores cristianos, nombres propios, gramáticos, datos de prosodia, etc.) esta obra resulta también bastante indigesta. Más que un diccionario, cuya razón de ser es la utilidad, es un monumento de erudición escasamente útil y difícilmente manejable.

Esta es, a grandes rasgos, la historia del *Thesaurus* de Stephanus: monumento grandioso al comienzo de la lexicografía griega moderna, como una *Ilíada*, ha sido casi insustituible hasta bien entrado el siglo XIX. Y, como decíamos antes, todavía en este siglo Crönert acude a él con frecuencia<sup>1</sup>.

### 3. LOS EPÍGONOS DE STEPHANUS

Durante los siglos XVII y XVIII la lexicografía general griega no ofrece progresos notables. Entre Stephanus y Passow no es exagerado decir que prácticamente todos los diccionarios que se publican son meros resúmenes de la obra de Stephanus o Scapula, si bien con frecuencia tienen el buen criterio de organizar el material alfabéticamente, partiendo del índice de Stephanus-Scapula. Podemos mencionar (sin contar las reediciones) las obras de J. Crispinus (1581), D. Hoeschelius (1589), J. Gretserus (1596), C. Schrevelius (1665), W. Robertsonus (1676), J. C. Suicerus (1683), J. Rutgersius-F. Strunzius (1719), B. Hederich (1722), D. Scott (*Appendix ad Thesaurum Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructum et ad Lexica Constantini et Scapulae*, 2 vols., Londres, 1745-46), J. Simonis (1766), Ch. Zimmermann (1771), I. B. Pickel (1792) además de otros diccionarios menos importantes y obras menores como glosarios tri- o plurilingües, índices, etc. Todos ellos están en

<sup>1</sup> Todavía muy recientemente C. O. Brink en su *Horace on Poetry*, Cambridge 1963, p. 76 decía: «As often in that dictionary (sc. the L.S.J.) the meanings are not clearly delimited and they are insufficiently illustrated by examples. *It is in effect still necessary to consult Stephanus' Thesaurus and the indexes to the relevant writers...*» (cursivas mías).

latín como lengua de salida. Entre estos diccionarios quizá el más conocido, y el que más difusión alcanzó, quizá por tratarse del primer diccionario organizado alfabéticamente, fue el *Lexicon manuale graecolatinum*, Lugduni Batavorum 1665 (y otras ediciones) de Cornelio Schrevelius que no es infrecuente encontrarse en bibliotecas españolas. También es interesante destacar el *Graecum lexicon manuale* de Benjamin Hederich (Leipzig 1722) que si bien carece de importancia en sí mismo, sirvió de base al diccionario de Schneider y en este sentido es un eslabón de la cadena que llega hasta nuestros días.

Finalmente es interesante señalar cómo a finales del siglo XVIII el latín deja de ser la única lengua de salida y empiezan a aparecer las lenguas europeas. La prehistoria de este proceso, a nuestro juicio, son los glosarios plurilingües en donde tímidamente al lado del latín empiezan a aparecer las lenguas modernas. También contribuyen a romper el monopolio del latín las explicaciones que se dan en lenguas modernas como las del diccionario de Gregorio Constantino (Venecia 1754) con explicaciones en latín e italiano.

Sin embargo el paso adelante decidido en este terreno se da en Alemania. En 1784 aparecen dos diccionarios con el alemán como lengua de salida: el *Griechisch- Deutsches Handwörterbuch zum Schulgebrauch*, Leipzig 1784, de J. Ch. Vollbeding y el *Griechisch-Deutsches Wörterbuch für d. Jugend*, Leipzig 1784, de F. W. J. Dillenius. En años siguientes, y siempre con fines escolares, aparecen nuevos diccionarios griego-alemán por obra de Reichenbach (Leipzig 1801-1802), Riemer (Jena 1802-1804) etc. de los que se suceden las ediciones en un breve plazo.

#### 4. LEXICOGRAFÍA ESPECIAL GRIEGA DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Si bien es verdad que durante los siglos XVII y XVIII los diccionarios generales griegos no supusieron un progreso apreciable con respecto a Stephanus, sin embargo, el conocimiento general del léxico griego creció, gracias a una serie de léxicos especializados de la literatura neotestamentaria, tardía y técnica. Nos referimos a obras como el *Thesaurus graecus latinus ecclesiasticus* de J. C. Suicerus —al que nos hemos encontrado ya anteriormente—, publicado en Amsterdam en 1632, el *Lexicon graecum latinum in Novum Testamentum* de Gregorius Pasor (1636) y, sobre todo, el *Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis* de Charles du Fresne, Sieur du Cange (Lyon 1688), en dos volúmenes, con un apéndice sobre la latinidad tardía (*Glossarium mediae et infimae latinitatis*) y un breve diccionario etimológico francés, además de una serie de índices de autores, de léxico botánico, etc. Esta obra es la única de que han dispuesto los helenistas sobre léxico tardío y bizantino hasta la publicación del diccionario de Sophocles (cf. infra), y aun a pesar de éste, todavía se ha manejado el Du Cange hasta nuestros días.

Ya en el siglo XVIII podemos mencionar un diccionario de términos médicos griego-latín-alemán de Blancard (Halle 1718), el *Lexicon technologiae Graecorum rhetoricae* de Johann Christian Gottlieb Ernest, Leipzig 1795 [Olms 1962] con una breve lista de autores, índice de palabras griegas e índice

de palabras latinas. Vollbeding, a quien ya hemos mencionado, publicó en Leipzig en 1787 unas *Geographische Zusätze und Erläuterungen zum griech. Wörterb.* y a principios de este mismo siglo el maestro de escuela Benjamin Hederich (ya mencionado también) publicó un léxico de mitología que tuvo mucho éxito<sup>1</sup>.

Todas estas obras son independientes del *Thesaurus* y suponen un progreso en el conocimiento del léxico griego. De ellas sin duda la más importante es la de Du Cange.

##### 5. FRANZ PASSOW. SUS ANTECESORES Y CONTINUADORES

En el árbol genealógico de nuestros actuales diccionarios un eslabón importante es el *Kritisches Griechisch-Deutsches Handwörterbuch* de Johann Gottlob Schneider, Züllichau 1797-1798, en dos volúmenes. Esta obra supone a la vez un pequeño progreso con respecto al *Thesaurus* y un cierto retroceso. El progreso se circunscribe al léxico técnico y de ciencias naturales que el autor había investigado personalmente en su calidad de naturalista (había editado por ejemplo las obras zoológicas de Eliano y Aristóteles). Sin embargo, aparte esta parcela del léxico griego, en lo demás es inferior a la obra de Stephanus. En efecto, Schneider no se había basado directamente en la obra de Stephanus o en el epitome de Scapula, sino en uno de sus epígonos, el diccionario de B. Hederich (cf. supra). Debido a ello le falta mucho material que estaba ya en el *Thesaurus* como palabras de Homero, Hesíodo, Píndaro, los trágicos, Aristófanes, Heródoto y Tucídides, Platón, Demóstenes, etc. Además de estas lagunas, desaprovechó el léxico técnico de Ernesti, recién publicado. No da la prosodia de las palabras y su manera de citar no es más precisa que la de los diccionarios anteriores (da sólo el nombre del autor o como mucho, de la obra, sin ninguna numeración). Cuando se trata de pasajes de autores antiguos conservados en gramáticos o lexicógrafos, no menciona a los autores originales, sino al gramático o lexicógrafo en cuestión. En realidad este diccionario es bastante imperfecto y su mérito principal es haber servido de base al diccionario de Passow.

En efecto, el diccionario de Schneider estaba consiguiendo un gran éxito y se sucedían las ediciones (2.<sup>a</sup> ed. 1805-6, 3.<sup>a</sup> ed. 1819, *Suppl.* 1821). Riemer (cf. supra) bajo la supervisión del mismo Schneider hizo un resumen escolar de este diccionario que se convirtió en la obra standard en Alemania.

Simultáneamente Franz Passow, discípulo predilecto de Jacobs y Hermann, era nombrado profesor en Breslau. En el año 1812 este joven helenista publicaba un célebre opúsculo de teoría de la lexicografía titulado *Ueber Zweck, Anlage und Ergänzung griechischer Wörterbücher* (Berlín). En él criti-

<sup>1</sup> Realmente B. Hederich publicó dos diccionarios de mitología y *realia*. El que más éxito tuvo fue el *Reales Schul-Lexicon...* Leipzig 1717 (1731, 1748). El otro se titula *Gründliches Antiquitäten Lexicon*, Leipzig 1743.

caba las deficiencias del diccionario de Schneider y exponía los criterios en que debía basarse una lexicografía griega científica. Schneider se enteró de que el joven Passow había escrito sobre un ejemplar del diccionario escolar de Riemer la información prosódica que faltaba y le pidió a Passow que se encargase de una nueva edición del diccionario. Este exigió libertad de acción y no sólo añadió la prosodia sino también grandes cantidades de léxico, principalmente homérico y hesiódico, que faltaban en su modelo. De esta manera en 1819 salió el *Johann Gottlob Schneider's Handwörterbuch der griech. Sprache. Nach der dritten Ausgabe des grösseren Griech.- deut. Wörterbuchs mit besonderer Berücksichtigung des Homerischen und Hesiodischen Sprachgebrauchs und mit genauer Angabe der Sylbenlängen ausgearb. von Dr. Franz Passow* (Leipzig, dos vols. 1819-1823). Como vemos por el título en este primer trabajo Passow había añadido la prosodia y el léxico homérico y hesiódico. Además su tratamiento de las preposiciones y conjunciones era mucho más completo que en el Schneider. La ordenación de los artículos era estrictamente cronológica, como la de Stephanus, y su manera de citar, a pesar de lo que él había postulado en su opúsculo programático, no era mucho más completa que la de sus predecesores. Franz Passow pensaba seguir haciendo sucesivas ediciones del diccionario<sup>1</sup> y en ellas pensaba ir revisando y aumentando por orden cronológico el léxico de los autores griegos. No pudo hacerlo del todo por la rapidez con que se sucedieron las ediciones: la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> del Schneider-Passow son de 1825 y 1827 respectivamente y en ellas se ocupó de los líricos y primeros prosistas. En 1831 sale la 6.<sup>a</sup> edición del Schneider, 4.<sup>a</sup> del Schneider-Passow, en la que ya no aparece el nombre de Schneider en la portada. Como dice el prólogo del Liddell-Scott<sup>2</sup> «the work, thus remodelled, he considered so completely his own child, that he dropped the name of Schneider from the title-page». Así nació el *Handwörterbuch der griech. Sprache von Dr. Franz Passow* (2 volúmenes, Leipzig 1831). Desgraciadamente Passow murió enseguida (el 11-III-1833) y no pudo continuar su empresa, que dejó a sucesivas generaciones de filólogos.

Hay que advertir que el hecho de haber prescindido Passow del nombre de Schneider en su 4.<sup>a</sup> edición no es un robo intelectual como el que perpetró Scapula contra Schneider. Passow superó con creces a su antecesor y es a él a quien debemos el indudable progreso que hizo la lexicografía griega en tan pocos años, después de más de dos siglos de estancamiento. Su influencia, como veremos, había de ser muy grande.

El diccionario de Passow como tal es una obra excelente para su época. La lástima es que su autor no hubiera tenido tiempo de desarrollar su programa y aplicar su concepción teórica de la lexicografía griega.

Su información gramatical (principalmente en los verbos) y etimológica es

<sup>1</sup> Véase su carta a Jacobs en *Franz Passow's Laeben und Briefe*, Breslau 1839, reproducida en el prólogo de la 1.<sup>a</sup> edición del diccionario de Liddell-Scott, Oxford 1843.

<sup>2</sup> Cf. nota anterior.

generalmente nueva y correcta. Las traducciones de los ejemplos son precisas (cf. «*γόνυ γουνός ἀμείβων ein knie mit dem andern wechseln lassend, Umschreibung des Einherschreitens, Il. 11.546*» s.v. ἀμείβω, por poner un ejemplo) y la organización de los artículos es muy aceptable. En cuanto a la precisión a la hora de citar, el criterio seguido es muy heterogéneo y muy poco satisfactorio: en los verbos generalmente da citas precisas (por ej. el artículo ἀμείρω es así: «ἀμείρω, fut. ἀμερῶ (μείρομαι) untheilhaft machen, entziehn, berauben, m. d. gen. d. sache, Pind. P. 6, 27»). En cambio en los sustantivos no da cita de ningún autor (así: «ἀμέλεια, ἡ (ἀμελής) Sorglosigkeit: Charakter, Betragen des ἀμελής.»)

A la muerte de Passow continuó su tarea Valentin Christian Friedrich Rost, quien ya había publicado un diccionario escolar (griego-alemán y alemán-griego, en 1818-1820), con la ayuda de F. Palm, O. Kreussler, K. Keil, F. Peter y Gustav Eduard Benseler. La nueva edición, que hace el número 5 de la obra passowiana, apareció entre 1841 y 1857, en cuatro fascículos (Leipzig 1841, 1847, 1852 y 1857.) La aportación de Rost y sus colaboradores es notable y realmente los artículos del diccionario de Passow-Rost son manifiestamente superiores a los del simple Passow. Quizá lo peor de este diccionario es el primer fascículo, de la α a la δ, que da la impresión de haber sido rehecho más apresuradamente y cuyas etimologías, en concreto, son anticuadas e inutilizables. Esta obra sufrió en Alemania la competencia del Pape-Sengebusch (es decir la 3.<sup>a</sup> edición del diccionario de Wilhelm Pape, Braunschweig 1842-3, realizada por Max Sengebusch en 1880). Aunque no es muy fiable el testimonio, en una nota editorial de la edición de 1914 del Pape-Sengebusch se dice que «von allen Wörterbüchern... ragt das Wörterbuch von W. Pape noch immer als das beste hervor, umso mehr als das Wörterbuch von Passow in der dritten Lieferung Stecken blieb», lo cual es una prueba de la rivalidad existente entre ambas obras.

En todo caso, a partir de Passow, la antorcha del progreso en lexicografía general griega pasa de Alemania a Inglaterra, a pesar de la poca atención que los historiadores de la lexicografía griega alemanes dedican al Liddell-Scott<sup>1</sup>.

Antes de pasar a estudiar este diccionario, conviene sin embargo que nos detengamos en un intento muy interesante de puesta al día del Passow-Rost. Nos referimos al diccionario inacabado de Wilhelm Crönert *Passow's Wörterbuch der griechischen Sprache, völlig neu bearbeitet* von Dr. W. C., Göttingen 1912-14. Este autor comenzó en solitario un ambicioso plan de puesta al día del diccionario de Passow y no pudo llegar más que hasta ἀνά. Este diccionario, poco conocido, es a la vez una obra maestra de la lexicografía

<sup>1</sup> Leopold Cohn, cf. o. c., no dedica al Liddell-Scott más que las siguientes palabras: «In England ist stark verbreitet das Greek-English Lexicon von H. G. Liddell und R. Scott, Oxford 1843 u. ö. (eine für die Griechischen besorgte Neubearbeitung, Μέγα λεξικόν τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης erschien in Athen 1901-1904)». Por su parte los autores de esta traducción del Liddell-Scott consideran que su obra es πολὺ πλουσιώτερον τοῦ πρωτοτύπου (ob. cit. p. XIII, nota), de donde se inferiría que el μέγα λεξικόν es el mejor diccionario del mundo, en su época.

griega y un frustrante suplicio para el que lo maneja. No existe ningún diccionario griego publicado que ofrezca tal riqueza de material entre  $\alpha$  y  $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$ . El mismo Jones en el prólogo a la 9.<sup>a</sup> edición del Liddell-Scott decía: «This present volumen will not challenge comparison in scale with the revision of Passow's *Wörterbuch*... by Wilhelm Crönert ... This monument of Herculean toil will, if and when it is completed (...) bulk about three times as large as Liddell-Scott». En *Glotta* VI, p. 300 ss. Paul Kretschmer dice de él, por ejemplo: «So steht es in der Mitte zwischen einem Thesaurus und einem provisorischen Wörterbuch. Es kann und will nicht einen Thesaurus ersetzen, aber es hat den Nachteil eines Solchen - die voraussichtlich sehr lange Dauer des Erscheinens». Y más adelante continúa «Was hilft es uns, dass wir jetzt 29 Spalten über  $\acute{\alpha}\nu$  erhalten, wenn wir für  $\Omega$  und  $\Sigma$  und  $\Pi$  Zeit unseres Lebens auf die alten Lexika angewiesen sind?». En definitiva Kretschmer era partidario de una obra más humilde, más realista y más útil, algo así como lo que había de ser la 9.<sup>a</sup> edición del Liddell-Scott. De hecho Crönert se murió y dejó su obra apenas comenzada: disponemos de tres fascículos publicados:  $\alpha$ - $\alpha\acute{\iota}\mu\alpha$ - $\tau\acute{o}\rho\rho\upsilon\tau\omicron\varsigma$  (1912),  $\alpha\acute{\iota}\mu\alpha\tau\omicron\sigma\pi\acute{o}\delta\eta\tau\omicron\varsigma$ - $\acute{\alpha}\lambda\phi\iota\tau\omicron\nu$  (1913) y  $\acute{\alpha}\lambda\phi\acute{o}\varsigma$ - $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$  (1914), de 50 en que se calculaba la totalidad de la obra. Además hay una parte inédita hasta casi el comienzo de la  $\acute{\epsilon}$ psilon (?) que está bastante trabajada y no habría exigido demasiado esfuerzo terminarla y enviarla a la imprenta. Finalmente hay una serie de anotaciones manuscritas, obra de Crönert, en los márgenes del Passow a lo largo del corpus de toda la obra. Estas anotaciones marginales en letra gótica son hoy casi ilegibles, e incluso la parte trabajada pero no publicada a partir de  $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$ , no ha debido de ser utilizada por nadie, a pesar de que se conserva en el Seminario de Griego de Göttingen. Aunque todo esto parece darle la razón a Kretschmer, a nuestro juicio no es la  $\mu\epsilon\gamma\alpha\lambda\omicron\pi\rho\alpha\gamma\mu\omicron\sigma\acute{\upsilon}\nu\eta$  de Crönert lo más criticable, sino una serie de deficiencias concretas. Así, su prólogo tiene apenas unas líneas que no dicen nada de su método de trabajo, concepción del léxico, fuentes utilizadas, etc. Su lista de autores es enormemente incompleta (unas 200 entradas, es decir menos que los autores que empiezan por A- en la 9.<sup>a</sup> ed. del Liddell-Scott): de hecho incluye muchos menos autores de los que luego cita en el corpus del diccionario, ya que, por ejemplo, en su lista una entrada es AP (*Anthologia Palatina*) y otra es FHG (*Fragmenta hist. graec.*), cuando luego dentro del diccionario distingue individualmente entre los historiadores de FHG y los poetas de AP. Casi nunca especifica la edición que sigue o, como mucho, da sólo el nombre del editor sin más (así por ejemplo, puede decir «Maxim. Maximus (Ludwich)» sin mayores detalles). La lista de inscripciones y papiros es mucho más incompleta todavía, de manera que nunca sabemos qué textos ha utilizado realmente o qué ediciones ha seguido. Su manera de citar es muy incompleta y bastante caótica: puede decir simplemente Sp(äter) o KS (Kirchenschriftsteller) o IChrys. (Juan Crisóstomo) sin mayores precisiones. Cuando dos autores tienen el mismo nombre o comienzan por las mismas letras, no sabemos generalmente a cuál se está refiriendo más que tras deducciones por exclusión. Cuando sus citas son precisas —lo cual es infrecuente— utiliza las formas más

arcaicas de hacerlo: tal es el caso de Aristóteles o Hipócrates a quienes cita por las iniciales en griego de sus obras (sin haberlas presentado, naturalmente, en la lista inicial). Esto obliga a una penosa labor detectivesca para averiguar de qué obra se trata: evidentemente Arist. Ζι no puede ser más que Arist. ΗΑ, es decir, *Historia animalium* (Ζῴων ἱστορία), pero otras veces, sobre todo tratándose de Hipócrates, al usuario del diccionario no se le ocurre tan fácilmente la equivalencia. Es pues, una lástima que por no haber hecho bien la lista de autores, obras, papiros e inscripciones y abreviaturas, resulten inlocalizables, y por lo tanto se pierdan documentaciones, palabras y acepciones que sólo están recogidas en el Crönert. En efecto, si tras un hápax nos pone sin más QS (= Quintus Smyrnaeus) no tenemos forma de comprobar y localizar esa palabra, a no ser que revisemos los 8.700 y pico versos que escribió este autor. Como este caso es frecuente y a veces se refiere a autores de obra más extensa, como Juan Crisóstomo, el resultado es que el gran esfuerzo realizado se pierde muchas veces.

Otras críticas que se le pueden hacer a esta obra es que no sigue un orden alfabético, sino una solución de compromiso muy poco satisfactoria entre orden alfabético y etimológico. Es de lamentar también que con frecuencia no traduce las palabras que constituyen los lemas, limitándose a dar los contextos. Esto en las palabras cortas. En las largas a veces da una traducción al principio y después una larguísima relación de documentaciones, muchas de las cuales no tienen nada que ver con la traducción inicial. Por ejemplo, en ἀμενής tras una única traducción inicial «Kraftlos, schwach» incluye una serie de pasajes entre los cuales aparece «κατηγορία Simpl. Φ 832». Evidentemente de una «categoría» no puede decirse que sea «Kraftlos» o «Schwach». Liddell-Scott-Jones dice, acertadamente, «(as if from ἀ-priv., μένω) not permanent, κατηγορία Simpl. in Ph. 832.12». Es decir, no siempre establece las acepciones de las palabras, ni siempre da traducciones. Pero si un diccionario general no sirve para dar las traducciones de las palabras, ¿para qué sirve? También es muy llamativa la exclusión de todos los nombres propios, aun de los más conocidos e importantes que Bailly, y en menor medida L.S.J., incluyen. Creo que no es necesario insistir en que un nombre propio es también una palabra de la lengua objeto de estudio y como tal debe incluirse. Además un diccionario general debe servir fundamentalmente para resolver dudas de traducción y ante un nombre propio podemos no saber si se trata de un nombre de lugar o un nombre de mes, por ejemplo.

Finalmente, y no tanto como crítica cuanto como constatación, el Crönert utiliza sobre todo los autores más raros, desconocidos e inasequibles de la literatura griega. La enorme cantidad de datos que aporta no proceden tanto de la literatura arcaica, clásica o de κοινή, cuanto más bien de escritores tardíos, escoliastas, comentadores de obras antiguas, etc. Es en esto en donde más admiración suscita Crönert ya que con mucha frecuencia se trata de autores que carecen (o carecían a principio de siglo) de léxico o índice. En este sentido no es infrecuente encontrar en Crönert material patrístico que falta en el *A Patristic Greek Lexicon* de Lampe.

Nos hemos detenido, quizá en exceso, en criticar la obra de Crönert. Sin embargo quiero que quede claro que, a pesar de sus limitaciones, es una obra maestra de la lexicografía griega y aunque su autor no hubiera escrito otra cosa en su vida, merecería ocupar sólo por estos tres fascículos un lugar de honor entre los helenistas que en el mundo han sido.

## 6. EL LIDDELL-SCOTT

Dos años después de la muerte de Passow parece ser que un librero de Oxford, de nombre Mr. Talboys, propuso al joven «fellow» Robert Scott (a la sazón de 26 años de edad) que le hiciese un diccionario griego-inglés basado en la obra del lexicógrafo alemán. Téngase en cuenta que los diccionarios griegos hechos en Inglaterra por aquellas fechas (los de Donnegan que iban por la 4.<sup>a</sup> edición, Dunbar y Giles) eran muy poco satisfactorios para las demandas de la época. Según una versión, Robert Scott puso como condición para aceptar el encargo de Talboys que se incluyese en el programa a su coetáneo Henry George Liddell del Christ Church. Existen otras versiones del comienzo de la empresa, pero lo cierto es que estos dos jóvenes debieron comenzar su obra hacia 1835 y la terminaron en 1843. En la primera página se puede leer *A Greek-English Lexicon based on the German Work of Francis Passow by H. G. Liddell... and R. Scott. Oxford. At the University Press 1843.*

Cuando salió la obra unos estudiantes escribieron unos versitos, no demasiado inspirados, que clavaron en la puerta de Liddell. Estos decían:

A book has been written  
by Liddell and Scott,  
the one of them learned,  
the other was not.  
The one who was learned  
was certainly Scott  
and Liddell the one  
who was certainly not.<sup>1</sup>

En el prólogo empiezan justificando el uso del inglés como lengua de salida: «It may be asked, whether such a Lexicon should not be in Latin, as in the old times; whether the other (sc. English) is not an unworthy condescension to the indolence of the age». Téngase en cuenta que, salvo en Alemania, lo frecuente era todavía utilizar el latín como lengua de salida de los diccionarios griegos. Concluyen que si bien «a Frenchman may have reason for using a Greek-Latin Lexicon; an Englishman can have none», dada la riqueza y «libertad» del inglés, comparado con el latín.

<sup>1</sup> No respondo de la exactitud del texto porque lo recibí por transmisión oral del Rev. Joseph M.-F. Marique, S. J., director de la revista *Classical Folia*.

Se consideran a sí mismos continuadores de Passow: «we proposed to ourselves (...) to carry on what Passow had begun». Confiesan que en un principio habían pensado en una simple traducción del diccionario alemán, pero que habían decidido posteriormente mejorarlo, llevando la lexicografía griega un paso adelante. Les hizo tomar esta decisión el incompleto tratamiento del léxico posthesiódico por parte de Passow. Este, como sabemos, había despojado concienzudamente Homero y Hesíodo, pero lo posterior lo había hecho muy superficialmente porque no había tenido tiempo. Debido a ello Liddell y Scott se repartieron el trabajo y uno despojó Heródoto y otro Tucídides, así como también dedicaron más atención a los líricos, primeros prosistas, trágicos y cómicos, etc. Además de lecturas directas incorporaron, previa comprobación, el material de los léxicos e índices que habían ido apareciendo como el de Esquilo de Wellauer, Sófocles de Ellendt, Eurípides de Beck, Aristófanes de Caravella, Platón de Ast, Jenofonte de Sturz, Plutarco de Wyttenbach, Oradores de Reiske y Mitchel, Píndaro de Böckh, Polibio de Schweighäuser, Teofrasto de Schneider, etc.

Prescindiendo de este considerable aumento de material, la obra en sí misma está muy bien hecha. Frente a los diccionarios alemanes en general (Passow, Pape) su manera de citar suele ser más completa (Ap. Rh. 3.147, Opp. H. 5. 636) y además más fiable: apenas hay erratas en las citas ya que todas ellas fueron corregidas y comprobadas una y otra vez en pruebas. Hay que advertir, sin embargo, que no todos los autores tienen cita precisa (por ejemplo con frecuencia nos encontramos con Arist., Anth., Hdt., Hipp., etc. sin mayores precisiones), ni todas las palabras llevan su documentación correspondiente (así: «ἀνάβρωσις, εως, ἢ (ἀναβιβρώσκω, βρώσομαι) *an eating up*») A veces en vez de citar un autor se da una indicación vaga del género como Medic. (= autores médicos), etc.

A pesar de estas imprecisiones el paso dado con respecto a Passow es muy grande. En cuanto a la concepción teórica subyacente y a la organización de los artículos, se siguen las ideas del *Ueber Zweck, Anlage...* de Passow.

De esta primera edición se tiraron nada menos que 6.000 ejemplares, que se vendieron a toda velocidad, a pesar de que costaban 42 chelines. Dos años después salía la 2.<sup>a</sup> edición que incrementó el material a base del diccionario de Pape, ya mencionado, a quien los autores expresan su gratitud en el prólogo, a la vez que critican su escasa fiabilidad a la hora de citar y la gran cantidad de erratas en los números. Además perfeccionaron y aumentaron la lista de autores y obras que ya desde la 1.<sup>a</sup> edición era la más completa hasta la fecha.

En los años subsiguientes apareció la tercera edición (1849) y la cuarta (1855). Esta marca un progreso notable, principalmente en los escritos hipocráticos y los oradores áticos. A partir de esta edición desaparece el nombre de Passow de la 1.<sup>a</sup> página. Se vendieron 8.000 ejemplares de esta edición, habiéndose reducido el precio a 30 chelines. La 5.<sup>a</sup> edición «corregida y aumentada» salió en 1861 y en ella se utilizó mucho la 5.<sup>a</sup> edición de Passow hecha por Rost y Palm. Asimismo se modificó totalmente la parte etimológi-

ca, que desde la primera edición se había basado en las *Etymologische Forschungen* de Pott (1833-36), inspirándose ahora en la *Griechische Etymologie* de Curtius que acababa de publicarse (1858). En la 6.<sup>a</sup> edición, de 1869, muy aumentada, con unas 220 páginas más, se incorporaron las formas verbales de manera más completa gracias al libro de W. Veitch, *Greek Verbs, irregular and defective* (2.<sup>a</sup> ed. 1865). Entre esta edición y la siguiente muere Scott cuyas relaciones con Liddell parece que no eran muy amistosas en los últimos tiempos<sup>1</sup>. En 1882 sale la séptima edición revisada y aumentada por Liddell. El diccionario, que hasta entonces había aparecido en 4.<sup>o</sup>, aumenta de tamaño alcanzado su actual aspecto. Debido a ello se reduce algo el número de páginas a pesar de los continuos añadidos. En concreto en esta última edición se incorporó material del Índice de Aristóteles de Bonitz y del Índice del *CIG* de Roehl. Asimismo se introdujeron añadidos que habían enviado profesores americanos como Gildersleeve y otros, referidos principalmente a tecnicismos jurídicos. En 1897 salió la octava edición con sólo pequeños retoques, con vistas a no alterar la paginación. Debido a ello se comenzaron los *Addenda* y *Corrigenda* del final, que incorporaron la *Ἀθηναίων πολιτεία* de Aristóteles recién descubierta, y material epigráfico. En 1898, a los 87 años, moría Liddell<sup>2</sup>, pocos meses después de aparecer la octava edición del diccionario.

<sup>1</sup> Liddell, como es sabido, llegó a decano en Oxford y a persona importante. Recuérdese que fue a su hija Alicia a quien «Lewis Carroll» dedicó su *Alicia en el País de las maravillas*. Recuérdese también la estatua suya que hay en Oxford. Desgraciadamente no he podido manejar la *Life of H. G. Liddell* de H. L. Thompson, cf. n. siguiente.

<sup>2</sup> A la muerte de Liddell, tras la octava edición Thomas Hardy publicaba los siguientes versos:

«Well, though it seems  
Beyond our dreams»,  
Said Liddell to Scott,  
«We've really got  
To the very end,  
All inked and penned  
Blotless and fair  
Without turning a hair,  
This sultry summer day, A.D.  
Eighteen hundred and forty-three».

«I've often, I own,  
Belched many a moan  
At undertaking it,  
And dreamt forsaking it.  
—Yes, on to Pi,  
When the end loomed nigh,  
And friends said: «You've as good as done»,  
I almost wished we'd not begun.  
Even now, if people only knew  
My sinkings, as we slowly drew  
Along through Kappa, Lambda, Mu,  
They'd be concerned at my misgiving,  
And how I mused on a College living  
Right down to Sigma,  
But feared a stigma

Esta es la historia del Liddell-Scott durante el siglo XIX, una obra que no sólo se había convertido en el mejor diccionario griego-lengua moderna, sino que también había ejercido una notable influencia en la lexicografía inglesa moderna<sup>1</sup>.

If I succumbed, and left old Donnegan  
For weary freshmen's eyes to con again:  
And how I often, often wondered  
What could have led me to have blundered  
So far away from sound theology  
To dialects and etymology;  
Words, accents not to be breathed by men  
Of any country ever again!».

«My heart most failed,  
Indeed, quite quailed»,  
Said Scott to Liddell,  
'Long ere the middle!...  
'Twas one wet dawn  
When, slippers on,  
And a cold in the head anew,  
Gazing at Delta  
I turned and felt a  
Wish for bed anew,  
And to let supersedings  
Of Passow's readings  
In dialects go.  
'That German has read  
More than we!' I said;  
Yea, several times did I feel so!...»

«O that first morning, smiling bland,  
With sheets of foolscap, quills in hand,  
To write ἀάατος and ἀαγής,  
Followed by fifteen hundred pages,  
What nerve was ours  
So to back our powers,

Assured that we should reach φώδης  
While there was breath left in our bodies!»

Liddell replied: «Well, that's past now;  
The job's done, thank God, Anyhow».

«And yet it's not,  
Considered Scott,  
'For we've to get  
Subscribers yet  
We must remember;  
Yes; by September».

«O Lord; dismiss that. We'll succeed.  
Dinner is my immediate need.  
I feel as hollow as a fiddle,  
Working so many hours», said Liddell.

<sup>1</sup> Según Hans Aarsleff, «The Early History of the OED», *Bulletin of the New York Public Library* 66, 1962, p. 417 ss., el *Oxford English Dictionary* debe más a Passow y a las técnicas lexicográficas de Liddell y Scott que a diccionarios ingleses anteriores. Véase Ronald A. Wells, *Dictionaries and the authoritarian tradition*, La Haya 1973, p. 28, nota 81.

En los últimos años del siglo pasado y primeros de éste se suscitó la cuestión de la conveniencia o posibilidades de hacer un nuevo *Thesaurus* griego. La idea se fue abandonando (cf. infra) y ya con un criterio más realista, tras algunos tanteos iniciales, la Clarendon Press encargó en 1911 a Henry Stuart Jones que hiciera una revisión del Lidell-Scott. En un principio se pensaba en hacer una revisión superficial que había de estar lista en cinco años. Posteriormente, se cambió de idea y se siguió el plan más ambicioso de poner realmente al día el diccionario, creando así un instrumento de trabajo acorde con el nivel de la Filología griega del siglo xx. Mucho es lo añadido y mejorado por Jones y Mckenzie (que se murieron sin ver terminada su obra) con respecto a la 8.<sup>a</sup> edición, pero no podemos bajar a detalles<sup>1</sup>.

Quizá lo mejor de esta edición (prescindiendo de la enorme cantidad de material nuevo incorporado, la corrección de errores y el perfeccionamiento de la redacción) sea que por primera vez se dan referencias precisas de *todos* los pasajes citados, frente a ediciones anteriores de L. S. en que con frecuencia se daba sólo el nombre del autor o una vaga referencia. Esto es «one of the features which distinguish the new edition from Crönert» como dice Jones<sup>2</sup>.

Por el contrario, lo menos conseguido, a mi juicio, es la exclusión voluntaria del léxico patrístico basándose en razones poco convincentes. Si los editores se ponen como límite el año 600 d.C., es arbitrario discriminar a ciertos autores nada más que por su religión: tan autor griego del siglo iv es Dídimio Alejandrino como Adamancio Fisiognómico o Hefestión Astrólogo y no hay razón para excluir al primero e incluir a los segundos. El caso extremo es Nonno de quien se recogen las *Dionysiaca* y en cambio se rechazan las *Paráfrasis del Evangelio de S. Juan*. Decía L. Hjelmslev<sup>3</sup> que el «telón de acero» no es más que una frontera semántica entre dos poderosos campos lingüísticos. Si esto es así, y si la ideología produce cambios semánticos apreciables (como creemos), imagínese el interés que tiene estudiar el léxico de los autores cristianos anteriores al año 600. Un diccionario, y menos uno de griego antiguo, no puede permitirse el lujo de ser purista a estas alturas, so pena de convertir una actividad científica (la lexicografía, comparable a la botánica) en una actividad artística o estética, semejante a la jardinería.

Otro aspecto no muy conseguido del L.S.J. es su tratamiento de la terminología métrica. Dice Dover<sup>4</sup> que «in L.S.J. (...) the principal articles on metrical terms are characterised by the highest degree of confusion and error». Sin ser tan radical como Dover lo cierto es que nosotros hemos encontrado algún error notorio como el artículo «ἄδωνάρια, τὰ kind of shoes

<sup>1</sup> Para más detalles de esta edición véase H. S. Jones, «The making of a Lexicon», *C.R.* 1941, p. 1 ss., y el prólogo de la 9.<sup>a</sup> edición del L.S.J.

<sup>2</sup> Art. cit., p. 10.

<sup>3</sup> En una conferencia pronunciada en la Universidad de Copenhague en 1953. Cf. B. Malmberg, *La lengua y el hombre* p. 107 s.

<sup>4</sup> Cf. «The poetry of Archilochus», pp. 185-186 de los *Entretiens sur l'Antiquité Classique*, X, Genève 1963.

(prob. with play on ἀ-priv., Lat. *donarium*, *worthless gifts*), Procop. *Gaz. Ep.* 146» cuando realmente es un tipo de verso, al que se alude despectivamente: ὀβολοῖν τῶν Εὐριπίδου ῥακίων τὴν ἐμὴν οἰκίαν ἀνέπλησας, ἀδωνάρια πέμψας ἄρρυθμα (*me has llenado la casa de harapos euripideos de a dos óbolos, enviándome versuchos sin ritmo*). Evidentemente ἀδωνάρια es un término despectivo creado sobre ἀδώνιον y se debe referir a cancioncillas versificadas de baja especie.

Por lo demás los errores, aun incluyendo las erratas mecánicas de cita, son escasos. En el artículo de Jones mencionado anteriormente, éste recogía y criticaba una serie de errores del antiguo Liddell-Scott, de Crönert y del *Thesaurus*. Con realismo y humildad reconocía que ningún lexicógrafo puede evitar estos fallos como así es en efecto: la novena edición de L.S.J. tiene también sus errores como s.v. ἄγναπτος II donde dice *not cleansed, unwashed* Plu. 2. 169 c y debe decir *estera, arpillera* (por lo tanto un sustantivo y no un adjetivo), o s.v. αἰμοπότις que dice «epith. of Hecate *PMag. Par.* 1.2864; of the Moon *Hymn. Mag.* 5.53» cuando realmente el papiro mágico parisino 1 y el himno mágico 5 son el mismo texto; o s.v. ἀλίτης en donde cita un «Ludw. *Anecd.* 175» no recogido en sus listas iniciales, o s.v. ἀλωρήται que traduce «*watchers of Salt... EM 72.48*» y debe traducir «vigilantes de las eras» (τοὺς τὰς ἄλως φυλάττοντας), o s.v. ἀμένητος, ον ... Hdn. Gr. 2.684 que es palabra que no existe, sino que se trata del genitivo de ἀμένης, etc. En todo caso, estamos de acuerdo con Jones, estos son errores que todos los lexicógrafos están obligados a cometer en obras con tantos datos como son los diccionarios, y en ningún caso hacen desmerecer al L.S.J. que, sin duda, es el mejor diccionario griego existente.

Esta 9.<sup>a</sup> edición, que se publicó entre 1925 y 1940, tuvo una serie de reimpressiones (en 1948, 1951, 1953, 1958, 1961, 1966 y 1968). En este último año apareció además el *Supplement* editado por E. A. Barber, P. Mass, M. Scheller, y M. L. West, tras 12 años de «continuous work»<sup>1</sup>. El suplemento

<sup>1</sup> Véanse las reseñas a esta obra de J. Bingen, *Chr. d'Eg.*, 1968, p. 433 s., A. Grilli, *Paideia* 1969, p. 273 ss. (muy documentada), G. Messing, *Cl. Ph.* 1969, p. 238 s., D. M. Pippidi, *Stud. Clas.* 1969 p. 331 s., M. Barroso de Albuquerque, *Euphrosyne* 1969, p. 283 ss., J. Pegueroles, *Stud. Pap.* 1970, p. 67, J. L. Facal, *Emerita* 1970, p. 463 ss. y también J. A. L. Lee «A Note on Septuagint material in the Supplement to Liddell and Scott», *Glotta* 1969, p. 234 ss. La reseña de G. M. Messing termina con los siguientes versos del recensente:

Says Scott to Liddell,  
«Is there some jot or tittle  
of Greek that we've not  
In our lexicon got?  
Editions reach nine  
And I want to resign;  
I'm just skin and bones,  
Though we did bring in Jones.»  
Says Liddell to Scott,  
«Despite all our swot,  
By nineteen sixty-eight  
Greek words are in spate—  
Papyri, potsherds,  
Lord, all the new words!»

aporta bastante material nuevo, incorpora los *addenda* y *corrigenda* que se habían ido acumulando desde 1925, y en este sentido es una obra muy de agradecer. Sin embargo, como decía yo en mi reseña (cit. en nota anterior) no se trata de un complemento sistemático de los sectores del léxico menos estudiados por L.S.J. sino de un mero añadido asistemático y bastante anárquico. Puede haber, por poner un solo ejemplo, nuevas palabras (marcadas con asterisco) procedentes de los *Papyri Graecae Magicae*, pero eso no quiere decir que se haya despojado esa obra sistemáticamente; de hecho en ella aparecen todavía docenas de hápax que los autores del Suplemento no recogen. Es decir, aporta bastante material, pero da la impresión de que se limita a incluir palabras que le han ido enviando diversos especialistas y que han recogido sus autores saltuariamente. El Suplemento, en definitiva, nos deja con las ganas de una 10.<sup>a</sup> edición, hecha con la misma profundidad de que dieron pruebas Jones y Mackenzie. Por lo demás, para mayores datos acerca de esta obra, véase su prólogo y las reseñas que mencionábamos en la nota anterior.

## 7. LEXICOGRAFÍA ESPECIAL DEL SIGLO XIX

No es nuestra intención historiar aquí en detalle la aparición gradual de léxicos, índices y concordancias de autores griegos. Tampoco podemos ser muy explícitos en el tratamiento de los diccionarios especiales como los etimológicos y gramaticales, los de griego cristiano y tardío, etc. Nuestra intención es hacer la historia de los diccionarios generales griegos para tratar de ver cómo ha progresado la lexicografía en este campo desde el siglo xvi hasta nuestros días.

Sin embargo, y a pesar de que en otros capítulos de este libro se trata de los diccionarios de autor bajo otras perspectivas, debemos detenernos, aunque sólo sea brevemente, en el fenómeno de la aparición de léxicos o índices y otros diccionarios especiales durante el siglo xix.

### A. Diccionarios de autor

En última instancia, como es bien sabido, la confección de diccionarios de autor se remonta a la Antigüedad: las *γλωσσαι Ὀμηρικαί* de Filetas, Zenódo-

---

Says Scott to Liddell,  
 «I just won't fiddle  
 with more *Addenda*  
 Nor yet *Corrigenda*.  
 Our laurels are age-proof,  
 I won't read more page-proof,  
 No more errant glosses,  
 Let's cut our losses—  
 If we've missed a couple,  
 We'll leave them for *Suppl.*!»

to y Aristarco, el *περὶ τῆς Ὀμήρου συνηθείας* de Zenodoro, el *Ἀπίωνος γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Arión, el *Ἀριστάρχου Ἡροδότου ὑπόμνημα* de Aristarco (conservado en los *P. Amherst* II.3), las *λέξεις Ἱπποκράτους* de Euforión en 6 libros, el *τῶν παρὰ Θουκυδίδη ζητουμένων κατὰ λέξιν* de Evágoras de Lindos, y un largo etc., pueden ser ejemplos de diccionarios de autor de la antigüedad. También durante la Edad Media se hicieron obras de este tipo, como las *Concordantiae Morales* de S. Antonio de Padua, o las *Concordantiae Sacrorum Librorum*, también llamadas *Sancti Jacobi* del dominico Hugh de St. Cher<sup>1</sup>. Y, naturalmente, en la edad moderna se continuaron haciendo diccionarios de autor como, por ejemplo, y sin salirse de Homero, los de Seber, W. (*Index vocabulorum in Homeri non tantum Iliade atque Odyssea...* Heidelberg 1604), Damm, C. T. (*Novum lexicon... et elucidationes Homericae et Pindaricae*, Berlín 1765), Berndt, J. G. (*Lexicon Homericum...* Stendal 1795-1796).

Sin embargo, es en el siglo XIX cuando se comienzan a hacer léxicos, índices y concordancias de una manera más sistemática y científica. Una relación exhaustiva de este tipo de diccionarios está fuera de lugar aquí<sup>2</sup>. Vamos pues a mencionar sólo algunos diccionarios de los autores más importantes de la literatura griega:

Homero: Prendergast, G. L., *A Complete Concordance to the Iliad of Homer*, Londres 1875.

Dunbar, H. A., *A Complete Concordance to the Odyssey and Hymns of Homer*, Oxford 1880.

Gehring, A., *Index Homericus*, Leipzig 1891.

Ebeling, H., *Lexicon Homericum*, Leipzig 1885.

Hesiodo: Paulson, J., *Index Hesiodeus*, Lund 1890.

Píndaro: Rumpel, J., *Lexicon Pindaricum*, Leipzig 1883.

Esquilo: Wellauer, A., *Lexicon Aeschyleum*, Leipzig 1830-31.

Sófocles: Ellendt, F. T., *Lexicon Sophocleum*, Königsberg 1835.

Eurípides: Matthiae, A., C. y B., *Lexicon Euripideum*, Leipzig 1841.

Aristófanes: Caravella, J., *Index Aristophanicus*, Oxford 1822.

Heródoto: Schweighäuser, J., *Lexicon Herodoteum*, Oxford 1825.

Tucídides: Bétant, E.-A., *Lexicon Thucydideum*, Ginebra 1843-47.

Jenofonte: Sturz, F. W., *Lexicon Xenophonteum*, Leipzig 1801-4.

Platón: Ast, F., *Lexicon Platonicum...*, Leipzig 1835-8.

Aristóteles: Bonitz, H., *Index Aristotelicus*, Berlín 1870.

Teócrito: Rumpel, J., *Lexicon Theocriteum*, Leipzig 1879.

Plutarco: Wyttenbach, D., *Lexicon Plutarcheum*, Leipzig 1 43.

<sup>1</sup> Cf. supra en Serrano Aybar, cit.

<sup>2</sup> El inventario más completo y puesto al día de diccionarios griegos de autor es el *Repertorium Lexicographicum Graecum* de Harald y Blenda Riesenfeld, Estocolmo 1954, que vino a sustituir al superado de H. Schöne, Leipzig 1907.

### B. Dictionarios de griego cristiano y tardío

Los textos bíblicos, sobre todo los neotestamentarios, atrajeron desde antiguo la atención de los lexicógrafos. A partir del siglo xvi encontramos docenas de concordancias, índices y léxicos del nuevo testamento<sup>1</sup>. Ya en el siglo xix la selección es difícil dada la gran cantidad de material. Piénsese que incluso en lenguas con escasa tradición lexicográfica griega como el sueco<sup>2</sup> y en lugares tan poco céntricos como Åbo u Örebro se publicaban sendos léxicos neotestamentarios en 1840 (Fattenborg, H.H, *Grekiskt hand-lexicon öfver Nya Testamentets Skrifter*) y 1853 (Millén, J. A., *Grekiskt och svenskt hand-lexicon öfver Nya Testamentets Skrifter*).

Por lo tanto mencionaremos sólo tres ejemplos bien conocidos de finales del xix:

Thayer, J. H., *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, being Grimm's Wilke's *Clavis Novi Testamenti* translated, revised and enlarged, Edimburgo 1886.

Hatch, E., Redpath, H. A., *A Concordance to the Septuagint and the other Greek Versions of the Old Testament*, Oxford 1892-1906.

Moulton, W. F., Geden, A. S., *A Concordance to the Greek Testament...* Edimburgo 1897.

En cuanto a diccionarios de griego tardío la obra fundamental es la de E. A. Sophocles, *A Glossary of later and Byzantine Greek*, Cambridge 1860, hoy mejor conocida por el título de la 2.<sup>a</sup> edición *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods* (From B. C. 146 to A. D. 1100), 2 vols., Nueva York 1887. Esta obra, como dice Cohn (cf. o.c.), es el Du Cange del siglo xix, y todavía no ha sido superada para desgracia de sus usuarios, ya que, como es lógico, está basada en ediciones antiguas, muchas de ellas inaccesibles, y en numeraciones arcaicas, no siempre fáciles de localizar. Tiene una lista de autores bastante completa, con indicaciones de fecha, una larga introducción sobre historia de la lengua griega, unas tablas cronológicas de autores cristianos en relación con los escritores paganos, un estudio sobre «The foreign elements of the Greek language» y unas «grammatical observations» en las que incluye la métrica tardía y una breve antología de textos tardíos. Sin duda es un buen diccionario a pesar de que hoy, como hemos dicho, resulte cuando menos incómodo que cite a Dioscorides por Kühn (Leipzig 1829) o por Saracenus (Lyon 1598) por poner un ejemplo.

<sup>1</sup> En esta parcela del léxico griego los precursores son los autores de la Poliglota Complutense; cf. el prólogo de la versión inglesa del Bauer que comienza: «The history of dictionaries specifically intended for the Greek New Testament opens with a Greek-Latin glossary of seventy-five unnumbered pages in the first volume of the Complutensian Polyglot of 1522...»

<sup>2</sup> El primer diccionario sueco-griego de que tengo noticia es el de V. Linder y K. A. Walberg de 1862.

### C. Diccionarios etimológicos y gramaticales

Aunque existen diccionarios etimológicos griegos desde antiguo, realmente no podemos hablar de etimología, tal como hoy entendemos esta ciencia, antes de la lingüística comparada o quizá con más rigor aún, antes de los neogramáticos. En este sentido carecen de interés obras como las de Lennepius (1808), Hoogeveen (1800, 1810), Niz (1806), Buttmann (1818-1825), etcétera. Los primeros diccionarios etimológicos que pueden merecer el nombre de tales son los de Wilhelm Pape (Berlín 1836), J. Kaltschmidt (Leipzig 1839-1840) y T. Benfey (Berlín 1839-1842). Son también importantes las *Etymologische Forschungen* de Pott (1833-1836) que Liddell y Scott utilizaron en las 4 primeras ediciones de su diccionario.

Con todo la obra fundamental del XIX en este terreno son los *Grundzüge der griechischen Etymologie* de Georg Curtius, Leipzig 1858-1862, con varias ediciones en el siglo pasado<sup>1</sup>. Se compone de un estudio inicial teórico («Grundsätze und Hauptfragen der griech. Etymologie») bajo un bello lema de S. Agustín (*Ut Somniorum interpretatio ita verborum origo pro cuiusque ingenio iudicatur*), un segundo libro de «Regelmässige Lautvertretung» en donde estudia las etimologías griegas siguiendo no un orden alfabético sino fonemático (empieza por las guturales: κ, γ, χ etc.) y finalmente una serie de índices («Realidenx», e índices de palabras griegas, itálicas, románicas, sánscritas, iránicas, armenias, germánicas, balto-eslavas y célticas). Es por lo tanto, no sólo el antepasado del Frisk, sino también del Pokorny. El lema de la segunda parte está tan bien elegido como el de la primera: ἐγὼ συμβάλλομαι τοῖσι ἐμφανέσι τὰ μὴ γινωσκόμενα τεκμαιρόμενος Hdt. 2. 33.

Antes de terminar el siglo se publicaron todavía, por lo menos, otros dos diccionarios etimológicos por obra de A. Vaniček (Leipzig 1877) y W. Prellwitz (1892). Este último tiene la ventaja de seguir el orden alfabético de palabras griegas. Es decir, es un *Etymologisches Wörterbuch der griech. Sprache* tal como hoy entendemos este término (la obra de Curtius, al fin y al cabo, era una especie de estudio por fonemas de las palabras griegas). Si no hubiera sido por la aparición del Boisacq a principios del siglo XX, sin duda la obra de Prellwitz habría tenido una mayor acogida.

Entre los diccionarios gramaticales del XIX lo más destacable es el libro de William Veitch, *Greek Verbs Irregular and Defective, their forms, meaning and quantity, embracing all the Tenses used by the Greek Writers...* Oxford 1848 (1865, 1871, 1879, etc.) usado, como sabemos, por Liddell y Scott<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Yo he utilizado, por ejemplo, la «Fünfte, unter Mitwirkung von Ernst Windisch umgearbeitete Auflage», Leipzig 1879.

<sup>2</sup> Además del libro de Veitch que sigue siendo hoy la obra standard, se pueden mencionar otros dos de menor difusión: W. Hensell, *Griechisch Verbal-Verzeichnis...*, Praga 1881 y G. Traut, *Lexikon über die Formen der griech. Verba*, Giessen 1867.

Existen otros varios diccionarios de Sinonimia<sup>1</sup>, Prosodia<sup>2</sup>, Préstamos, etc., de menor interés.

#### D. Diccionarios de nombres propios, mitológicos y realia

Una vez más nos encontramos con el problema de la selección de títulos y el escaso espacio. Muy brevemente vamos a citar las obras principales de este epígrafe del XIX:

- G. Ch. Crusius, *Griechisch-deutsches Wörterbuch der mythologischen, historischen und geographischen Eigennamen, nebst beigefügter Kurzer Erklärung und Angabe der Silbenlänge*, Hannover 1832.
- A. Pauly, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, 6 vols, 1839-52.
- W. Pape, *Wörterbuch der griechischen Eigennamen*, Braunschweig 1842. Reelaboración de G. Benseler, Leipzig 1862.
- A. Fick, *Die griechischen Personennamen*, Göttingen 1874. Reelaboración de F. Bechtel, Göttingen 1894.
- W. H. Roscher, *Ausführliches Lexicon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig 1884 y ss.

Cualquiera de estas obras exigiría un comentario por lo largo (y en concreto el Pauly-Wissowa merecería una tesis de licenciatura o de doctorado). Sin embargo, los diccionarios de *realia* tienen un interés muy tangencial para nosotros y es por ello por lo que nos limitamos a mencionar los más conocidos.

#### E. La Lexicografía en Francia

Los diccionarios griego-francés merecen un epígrafe aparte por la influencia que han ejercido en España y en los otros países latinos.

La primera obra importante es el *Dictionnaire Grec-Français, composé sur un nouveau plan, où sont réunis et coordonnés les travaux de Henri-Etienne, de Schneider, de Passow et des meilleurs lexicographes et grammairiens anciens et modernes* de C. Alexandre, París 1830, obra excelente para su época.

Sin embargo, la obra más importante y que hemos manejado todos en

<sup>1</sup> Entre los diccionarios de sinonimia, recuérdense las obras de J. Th. Vömel, *Deutsch-griechisches synonymisches Wörterbuch*, Frankfurt 1819; J. H. H. Schmidt, *Synonymik der griechischen Sprache*, Leipzig 1876-86 (4 vols.); F. Boissonade, *Lexique de synonymes grecs*, París 1883 y G. Heine, *Synonymik des neutestamentlichen Griechisch*, Leipzig 1898.

<sup>2</sup> Existían diccionarios poéticos (con vistas a la versificación) ya desde el siglo XVI. En el siglo XIX los más conocidos son los de J. F. C. Gräffe, *Prosodisches Lexicon der griech. Sprache, aus den heroischen Dichtern Zusammengetragen*, Göttingen 1811, J. Planche, *Dictionnaire du style poétique dans la langue grecque, avec la concordance des trois poésies grecque, latine et française*, París 1849 y E. Matthey, *Greek Gradus, with a Latin and English translation*, Londres, 3.ª ed. 1850 (la 1.ª ed. de esta obra había sido hecha por Th. Moreel en Eton, 1762).

España es el *Dictionnaire Grec-Français, rédigé avec le concours de M. E. Egger, à l'usage des élèves des Lycées et des Collèges, comprenant...* par M. A. Bailly, París 1894 (26.<sup>a</sup> edición revisada por L. Séchan y P. Chantraine, 1963). Se trata de un diccionario escolar, pero excelente: quizá el mejor que exista<sup>1</sup>. El mismo autor se confiesa «moins étendu que les volumineux répertoires de Passow ou de Pape en Allemagne, de Liddell-Scott en Angleterre». En este sentido suprime, por ejemplo, las glosas y palabras raras que un alumno no suele necesitar. No obstante esto, en algunos aspectos es más completo que los diccionarios grandes: por ejemplo, en el tratamiento de léxico cristiano y tardío, en la especificación de métrica y prosodia, en la etimología (sigue a Curtius), en la inclusión de nombres propios, en sus apéndices de *realia* (los «tableaux» del final), en la traducción sistemática de los ejemplos. También es más preciso y completo a la hora de citar que sus predecesores y contemporáneos: en un principio pensaba ofrecer sólo el nombre del autor griego, pero aprovechando un proyecto de cambio de planes de estudios, no publicó enseguida el diccionario, sino que —esperando a tiempos más favorables a los estudios griegos— lo completó con las menciones expresas de obra y numeración precisa de cada cita. Recoge la información aparecida últimamente en las obras de Sophocles, Koumanudis<sup>2</sup>, Veitch, Meisterhans<sup>3</sup> y Curtius.

Los artículos del diccionario están muy bien hechos y tienen un aspecto unitario que se echa en falta en diccionarios mayores (se nota que son obra de una sola persona). Se componen de forma del lema, cantidad (entre corchetes), sentidos organizados a partir de la «Grundbedeutung» etimológica, información morfológica y dialectal y, finalmente, etimología.

Su lista de autores es bastante completa pero las ediciones que sigue están hoy superadas en su mayoría. Además, las sucesivas revisiones no las han modificado y hoy resultan muy incómodas. Por otra parte, y ya desde la primera edición, es frecuente que para un solo autor dé varias ediciones sin que sepamos cuál sigue en cada caso ya que el criterio es bastante arbitrario. Tal es el caso, por poner un ejemplo, de Platón, para el que da las ediciones de Baiter, Orelli y Winckelmann (1839-74), de Stalbaum (1827-77), de C. F. Hermann (1873-74) y de M. Schanz (1875-87). Además el fallo principal de no haber tenido en cuenta las nuevas ediciones que han aparecido en este siglo, es que los textos antiguos cambian y un estudiante que maneje el Bailly se encontrará con muchas palabras que no aparecen en su diccionario, lo cual le crea problemas. Recuerdo que en mi ejemplar del Bailly de mis tiempos de estudiante, iba anotando en los márgenes las palabras que me encontraba en los textos y no estaban documen-

<sup>1</sup> Como es sabido existen versiones «intermediate» y «little» del L.S.J., pero son a mi juicio inferiores al Bailly a pesar de su indiscutible calidad. Una obra muy interesante de tipo escolar es el *Dizionario Illustrato Greco-Italiano*, «edizione adattata e aggiornata» del *Intermediate* (Florencia 1975), realizado por Q. Cataudella, M. Manfredi y F. di Benedetto.

<sup>2</sup> *Συναγωγή λέξεων ἀθησαυριστων ἐν τοῖς ἐλληνικοῖς λεξικοῖς, ὑπὸ Α. Κουμανουδῆ*, Atenas 1883.

<sup>3</sup> *Grammatik der attischen Inschriften*, 2.<sup>a</sup> ed., Berlin 1888.

tadas en el diccionario: son un número considerable a pesar de los no muchos autores que maneja un estudiante de clásicas.

Por lo demás el diccionario es excelente no sólo para su época, sino incluso hoy día para los estudiantes de Francia, Italia, España, etc. Mientras sigan estando inexplicablemente ausentes de nuestras licenciaturas los textos papiráceos documentales y, en menor medida, los epigráficos, el Bailly seguirá siendo un diccionario casi perfecto.

#### 8. EL SIGLO XX: POLÉMICA A PROPÓSITO DE UN NUEVO THESAURUS

A finales del siglo pasado se fundaba en Viena el Archivo de Lexicografía latina con su revista correspondiente, con vistas a comenzar los trabajos de edición de un nuevo *Thesaurus Linguae Latinae*. Esta obra se inició en el año 1900 y, como es sabido, todavía está inconclusa.

El ejemplo de los lexicógrafos latinos estimuló a los helenistas a plantearse la conveniencia de iniciar también un verdadero *Thesaurus Linguae Graecae*. En este sentido, en 1904, Sir Richard Jebb lanzó la propuesta en la Asamblea general de la Asociación Internacional de Academias: el *Thesaurus* griego abarcaría el léxico comprendido entre Homero y el siglo VII d. C. Se nombró un comité encargado de promover la empresa, compuesto por Jebb, H. Diels, Gomperz, Heiberg, Krumbacher, Leo y Perrot. En 1905 entró a formar parte del comité P. Kretschmer, quien propuso la fundación de un «Archiv» periódico y un centro para el almacenamiento de material.

Sin embargo Hermann Diels abrigaba serias dudas con respecto a la viabilidad del proyecto. Ya en 1899 en su introducción a *Elementum* (p. IX ss.), dirigida a W. v. Hartel, había publicado sus puntos de vista referentes a esta cuestión. Decía que el comenzar por un *Thesaurus* latino en vez de uno griego, era un *ὑστερον πρότερον* ya que no se podía estudiar el léxico latino sin conocer previamente el griego, que tanto había influido sobre aquél. Sin embargo, admitía ya que la empresa, tan necesaria, había que dejarla para generaciones futuras.

En 1905 en un artículo publicado en *Neue Jahrbücher* (p. 692 ss.) insistía Diels en la imposibilidad de la tarea. Según él la literatura griega era, por lo menos, diez veces más extensa que la latina y además tenía la dificultad de las variantes dialectales, la enorme riqueza léxica, la extensión temporal, carecía de ediciones críticas para muchos autores, faltaban ediciones de fragmentos, etc. Por otra parte —continúa Diels— aun suponiendo que disponemos de todas las ediciones, que éstas son despojadas y papeleteadas por un ejército de colaboradores, archivadas las fichas en un inmenso local, ¿de dónde sacaremos el dinero, el tiempo y el poder para organizar este material, introduciendo *Nous en el Caos*? Más aún, si las Academias pudieran reunir los 10 millones de marcos necesarios para redactar un *Thesaurus* de unos 120 volúmenes, ¿qué helenista tendría dinero para comprar esta obra que podría costar 6.000 marcos? Y si pudiese comprarla, ¿quién podría leer y usar semejante monstruosidad? Por todas estas razones Diels era partidario

de hacer no un *Thesaurus*, sino 10 (idea que ya había expuesto E. A. Wolf casi un siglo antes<sup>1</sup>), es decir, uno por cada una de las ramas principales de la literatura griega: épica, lírica, tragedia, comedia, filosofía, historia, matemática y técnica, medicina, gramática y literatura judeo-cristiana, cada uno de los cuales sería, en su opinión, igual que el *Thesaurus* latino.

A pesar de estas críticas de Diels, la idea no se abandona de momento. En este mismo año muere Sir Richard Jebb y es sucedido por Bywater que cede el puesto a Gomperz. Al año siguiente hay una reunión en Viena para tratar del problema. En ella, y en otras reuniones posteriores, se decide abandonar la idea de los 10 *Thesauri* por antieconómica e incómoda: había que manejar simultáneamente diez obras y repetir en cada una de ellas las mismas palabras y las mismas traducciones, con lo cual se desaprovechaba tiempo, espacio y dinero. Existían además problemas teóricos que desaconsejaban esta solución, como el hecho de que la lengua es unitaria ya la use un trágico o un cómico.

Se rechazó asimismo la propuesta de Krumbacher de incluir el griego bizantino y medieval, y las propuestas de filólogos griegos de incluir el griego moderno. Se encargó a la Academia británica que hiciese cálculos económicos y estudiaran el *modus operandi*. Estos decidieron que el mejor modelo no era el *Thesaurus* latino sino el *New English Dictionary on Historical Principles*<sup>2</sup>. Se planteó el problema de cuál había de ser la lengua de salida (en el comité había anglo- franco- y alemano-hablantes) y otras muchas cuestiones<sup>3</sup>.

En todo caso el tema fue muriendo por consunción, como asimismo el patriótico proyecto lanzado por filólogos helenos de hacer un *Thesaurus* cuya publicación había de comenzar en 1921, coincidiendo con el primer centenario de la independencia de Grecia. Finalmente la 1.ª Guerra Mundial acabaría por dar la puntilla al proyecto.

De esta manera se abandonó —quizá ya para siempre— la idea de hacer un *Thesaurus* griego.

Hoy en día, en el último cuarto del siglo xx, es quizá un anacronismo plantear la necesidad de un *Thesaurus* griego clásico: los ordenadores electrónicos, como veremos, han revolucionado los métodos, y el concepto mismo, de este tipo de obras.

## 9. DICCIONARIOS ESPECIALES DEL SIGLO XX

La lexicografía griega del siglo xx continúa los mismos métodos y fines que la del xix. Realmente el cambio de siglo no supone solución de continui-

<sup>1</sup> F. A. Wolf, *Vorlesungen über die Altertumswissenschaft*, 1, p. 187.

<sup>2</sup> 12 vols., Oxford 1888-1961. A propósito de esta obra maestra de la lexicografía pueden verse su «Introduction», escrita por James A. H. Murray en 1933, o el artículo de Hans Aarsleff, citado en p. 122, n. 1, entre otra abundante bibliografía. Ver Wells, ob. cit.

<sup>3</sup> Para esta cuestión es interesante (aunque reiterativo y algo confuso) el artículo de P. Kretschmer, «Der Plan eines Thesaurus der griechischen Sprache» publicado en el primer número de *Glotta* (1909) pp. 339-348.

dad en este campo, y sólo a partir de la década de 1950 a 1960 empiezan a cambiar las cosas con la aplicación progresiva de ordenadores electrónicos a trabajos lexicográficos. Evidentemente el siglo xx supone un progreso con respecto al precedente, por cuanto se opera con ediciones mejores, se hacen diccionarios de autores y géneros que el siglo xix había pasado por alto y se dispone de un andamiaje teórico (desarrollo de la semántica) más depurado.

Sin pretensiones de exhaustividad, veamos ahora los logros principales de nuestro siglo en esta parcela.

#### A. *Diccionarios de autor*

Remitimos una vez más al *Repertorium Lexicographicum Graecum* de Riensenfeld y al Prólogo del *Diccionario Griego-Español* para un inventario de los diccionarios de autor. No obstante vamos a examinar ahora algunos de éstos.

Homero: en 1955 salió el primer fascículo del elefantiásico *Lexicon des frühgriechischen Epos...* herausgegeben von Bruno Snell. Verantwortlicher Redaktor Hans Joachim Mette, Göttingen 1955. Esta obra, que incluye también a Hesíodo, *Himnos, Vitae, Certamen* y fragmentos, se enmarca dentro de un vasto plan que, de acuerdo con las propuestas de Hermann Diels (cf. supra), pretende ir haciendo un *Thesaurus Linguae Graecae* en porciones. Cuando esté terminado el *LfgrE*, a pesar de su reducido campo de estudio, abarcará «etwa auf den anderthalbfachen Umfang des Greek-English Lexicon von Liddell-Scott...» (p. IX). Una obra tan ambiciosa exigiría un comentario detenido, ya que resuelve en la práctica una serie de cuestiones que se habían suscitado y discutido a principios de este siglo. No es este el lugar para hacerlo. Remitimos al lector a la obra misma y a la reseña larguísima y enormemente crítica que publicó B. Marzullo en *Philologus* 101, 1957, pp. 169-216 con el título «Zum Lexikon des Frühgriechischen Epos».

Hesíodo: *Lexicon Hesiodeum cum indice inverso* par M. Hofinger, tomo 1 ( $\alpha$ - $\delta$ ), Leiden 1975, *Index inversus*, Leiden 1973. Excelente léxico que viene a sustituir al superado *Index* de J. Paulson (Lund 1890).

Líricos: *Index Verborum zur frühgriechischen Lyrik* von G. Fatouros, Heidelberg 1966. A pesar de sus frecuentes errores y omisiones y de lo mal editado que está, es la única obra de conjunto de que disponemos. Véase la larga y crítica reseña que hizo de esta obra M. Fernández-Galiano en *Gnomon* 41, 1969, pp. 1-9.

Presocráticos: el tomo III de la conocida obra de Diels-Kranz *Die Fragmente der Vorsokratiker* contiene un *Wortindex* realizado por W. Kranz bastante aceptable. La 1.<sup>a</sup> edición es de 1903. Carecemos de léxico de estos filósofos.

Píndaro: *Lexicon to Pindar* by William J. Slater, Berlín 1969. Obra excelente.

Esquilo: disponemos de un *Index* general, realizado por G. Italie (Leiden 1955) y una serie de Concordancias hechas con ayuda de ordenador

- por H. Holmboe (*Persas, Prometeo Encadenado*, Aarhus 1971). Este autor piensa hacer posteriormente unas concordancias generales de Esquilo.
- Eurípides: *A Concordance to Euripides* by J. T. Allen and G. Italie, Londres 1954. C. Collard está haciendo un léxico eurípideo (cf. «A proposal for a lexicon to Euripides» *BICS* 18, 1971, pp. 134-143).
- Aristófanes: *Index Aristophaneus* de O. J. Todd, Cambridge (Mass.) 1932.
- Heródoto: *Lexicon to Herodotus* de J. E. Powell, Cambridge 1938. Excelente obra.
- Polibio: *Polybios-Lexicon...* bearb. von A. Mauersberger, Berlin 1956 ss.
- Filodemo: *Lexicon Philodemeum*, C. J. Vooy, Purmerend-Amsterdam 1934-1941.
- Filón Alejandrino: *Indices ad Philonis Alexandrini Opera* composuit I. Leisingang, Berlin 1926-1930. Más completo en cuanto a lemas y con más documentaciones (aunque carece en absoluto de contextos) es el *Index Philoneus* de G. Mayer, Berlin 1974.
- Josefo: *A Lexicon to Josephus*, H. St. John Thackeray y R. Marcus, Paris 1930 ss.; *A Complete Concordance to Flavius Josephus*, K. H. Rengstorff, Leiden 1973 ss.
- Nonno: *Lexicon zu den Dionysiaka des Nonnos*, W. Peek, Hildesheim 1968 ss.

Hay que mencionar también el Índice Hipocrático que se está haciendo en Hamburgo bajo la dirección de U. Fleischer y del que todavía no se ha publicado nada, aunque está bastante avanzado (nosotros hemos manejado una fotocopia del origen I de  $\alpha$  a  $\alpha\pi\rho\rho\acute{\alpha}\sigma\iota\sigma\tau\omicron\varsigma$ ). También debe recordarse la benemérita labor de Georg Olms y Adolf M. Hakkert que reimprimen obras del XVIII y XIX difíciles de conseguir.

#### B. Diccionarios de griego cristiano

Se ha progresado mucho en este campo durante el siglo xx, a pesar de lo mucho que se había trabajado ya en el xix: el descubrimiento de la papirología supuso una ayuda fundamental para conocer el léxico evangélico y patrístico. Las obras principales de este siglo son:

- W. Bauer, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der übrigen urchristlichen Literatur*. La primera edición de esta obra (Giessen 1928) era una revisión del diccionario de Erwin Preuschen, al que mejoraba manifiestamente. En 1937 salió la 2.<sup>a</sup> edición (3.<sup>a</sup> de Preuschen). La 4.<sup>a</sup> edición supuso un gran paso adelante (1952). De ésta se hizo una versión al inglés (*A Greek-English Lexicon of the New Testament and other early Christian Literature*, por W. F. Arndt y F. W. Gingrich, Chicago 1957) que es, hoy por hoy, la obra mejor en su género. Añade bastante material al original (palabras nuevas, etc.) e incluye etimología.
- Moulton, J. H. y Milligan, G., *The Vocabulary of the Greek Testament*, Londres, 1930 (primero se había publicado en fascículos y sólo en 1930

apareció editado en un volumen). Este diccionario hace un gran uso de los papiros (dedica la «General Introduction» casi exclusivamente a este tema, incluyendo una breve historia de la papirología y un estudio del papiro como material de escritura, entre otras cosas) y del léxico más o menos contemporáneo al N. T. Los artículos son muy atípicos: contienen prolijas explicaciones de las palabras y con frecuencia se limitan a dar las traducciones de los editores de papiros, inscripciones, etc. Es una obra útil, pero no tan precisa y tan rica como el Bauer-Arndt-Gingrich.

- G. Kittel, G. Friedrich, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Stuttgart 1933 ss. (traducción italiana *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, Brescia 1965 ss.). Esta obra monumental (en italiano se publicaba el volumen 9.º en 1974, y la obra está aún inconclusa) no es tanto un diccionario léxico cuanto un diccionario teológico de *realia*. Los artículos son largos y prolijos: estudian la palabra en el mundo griego y helenístico, trazan su historia en el Antiguo Testamento y pasan después al N. T., en donde insisten en los aspectos teológicos. El artículo *ἄγιος*, por ejemplo, redactado por O. Prokosch, ocupa de la columna 234 a la 298 de la edición italiana.
- G. W. H. Lampe, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1961-1968. Este diccionario utilísimo y utilizadísimo tiene, a nuestro juicio, un defecto grave: haber sido concebido como un complemento del L. S. J. (cf. p. IX: «no word which is well attested in the latter —e. d. el L.S.J.— and has no particular interest for the reader of the Fathers is included in this book»). Otro defecto es el mencionar varias ediciones para un mismo autor y citar por la que mejor parezca en cada caso. A propósito de su exhaustividad, me hace sospechar que no sea muy grande el que a veces se encuentran en Crönert palabras —incluso hápax— de literatura patristica que no están documentadas por Lampe. A pesar de estos fallos, es una obra insustituible y utilísima y en la medida en que se solapa con Sophocles y Du Cange ha convertido a éstos en meras curiosidades históricas.

### C. *Diccionarios etimológicos, gramaticales e inversos*

El primer diccionario etimológico que se publica en este siglo es el *Handbuch der griechischen Etymologie* de Leo Meyer (Leipzig 1901-1902, 4 vols.), del que dice Boisacq en su prólogo «qui n'est pourtant pas un manuel, car ce livre ne contient ni règles ni préceptes, et n'est pas autre chose qu'un dictionnaire bizarrement ordonné et aussi peu étymologique que possible: la plupart des mots y son suivis de la mention «dunkel» ou «unerklärt» ou «etymologisch nicht verständlich», alors que des solutions définitives ou du moins satisfaisantes ont été trouvés pour un grand nombre d'entre eux...»

En 1916 salía en Heidelberg (Winter) y Paris (Klincksieck) el *Dictionnaire étymologique de la langue grecque...* de Émile Boisacq. Este autor constata en el prólogo que «les vues se sont profondément modifiées depuis

l'important ouvrage de Georg Curtius, *Grundzüge der griechischen Etymologie*, 5.º édition (1879). Un principe domine la néogrammaire: «Les lois phonétiques ne souffrent pas d'exception»; seule, l'analogie tend à niveler les paradigmes...» Este diccionario está hecho, pues, dentro de la ortodoxia neogramática y dentro de esta concepción y de las limitaciones que tienen todos los diccionarios etimológicos, es una obra excelente a la que el Frisk no ha arrinconado.

A lo largo del siglo se publicaron otros varios diccionarios más o menos escolares en los que no vamos a detenernos.

En 1954, también en la Winter de Heidelberg, aparecía la *Lieferung 1* del *Griechisches Etymologisches Wörterbuch* de Hjalmar Frisk, que se terminaría de publicar en 1970 (*Lieferung 22*). Posteriormente, en 1972, se remataba la obra con un tomito de *Nachträge, Wortregister, Corrigenda y Nachwort*. Este es, sin duda, el diccionario más completo de la actualidad. Su mérito principal es la concisión, la abundancia de referencias bibliográficas y de material en general. Su inconveniente más grave es quizá un exceso de cautela y conservadurismo aunque se utilizan los datos del micénico —con mucha prudencia—, se ignora la teoría laringal y en general las nuevas concepciones de la indoeuropeística, lo cual, a estas alturas, lo convierte en una especie de epígono de los neogramáticos.

Pierre Chantraine, que a lo largo de su fecunda vida había publicado muchos trabajos sobre vocabulario griego, sacó en 1968 el primer fascículo de su *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots* (Paris, Klincksieck). Esta obra atiende más a la historia de las palabras que a la etimología propiamente dicha. Tiene como modelo el Ernout-Meillet de latín, haciendo especial hincapié en la parte de pura diacronía de Ernout. Sus concepciones teóricas son menos cautas que las de Frisk: acepta sin recelos el micénico y la teoría laringal, y está de acuerdo con la semántica estructural («les éléments du vocabulaire appartiennent à un système et se définissent par opposition entre eux. Mais ils couvrent chacun un certain champ sémantique...», p. XI). Dedicó especial atención a la onomástica (lo cual es un acierto a nuestro juicio), a los compuestos y al vocabulario epigráfico y de glosas.

En todo caso el *Dictionnaire...* es más interesante para estudiar diacrónicamente los significados de las palabras que para la etimología propiamente dicha.

La obra ha quedado incompleta a la muerte de Chantraine: el fascículo segundo (ε-η) apareció en 1970 y el tercero (λ-π) en diciembre de 1974. Chantraine había dejado un manuscrito terminado hasta φαίνω. Sus colegas y alumnos continuarán su obra y parece ser que no tardará en salir el último fascículo.

Quizá merece la pena mencionar brevemente el *Ἑτυμολογικὸ λεξικὸ τῆς κοινῆς Νεοελληνικῆς* de N. P. Andriotis (Atenas 1951), que deberían manejar los autores de diccionarios etimológicos de lenguas modernas para aprender que «fotografía», por ejemplo, no viene «del griego φῶς, φωτός 'luz' y γράφω 'yo

escribo'», sino del francés *photographie*, neologismo acuñado sobre un posible *φωτογραφία*, y otros útiles datos de este tipo<sup>1</sup>.

Entre los diccionarios gramaticales publicados en este siglo puede mencionarse el de John J. Bodoh, *An Index of Greek Verb Forms*, Hildesheim-Nueva York 1970, escolar, pero útil.

En este siglo se han publicado también varios diccionarios inversos del griego y griego moderno. Su utilidad es evidente, por ejemplo, para llenar las lagunas de los textos papiáceos, averiguar el sentido de compuestos hápax, etc. Entre ellos son muy utilizados el *Rückläufiges Wörterbuch der griech. Sprache*, Göttingen 1944, de Paul Kretschmer (ausgearb. von Ernst Locker). Hay una segunda edición de 1963 «mit Ergänzungen von Georg Kisser». También es conocido *A Reverse Index of Greek Noun and Adjectives...* de Carl Darling Buck, Chicago 1945, que a diferencia del anterior menciona los autores, papiros, inscripciones, etc., que documentan las palabras. Este libro no está organizado alfabéticamente (mejor dicho, antialfabéticamente) como un diccionario, sino por temas (vocales, nasales, líquidas, etc.). Realmente se complementa con el Kretschmer.

Hay además un diccionario inverso de nombres propios, de Dornseiff y Hansen (Berlín, 1957), de textos papiáceos (de Otto von Gradenwitz, Berlín 1951), de autores (Hesíodo, cf. supra), etc.

En griego moderno se ha publicado también un *Ἀντίστροφον λεξικὸν τῆς νέας ἑλληνικῆς* de G. I. Kourmulis, Atenas 1967.

#### D. Diccionarios de realia y nombres propios

La producción de enciclopedias del mundo clásico es muy abundante en casi todos los países de Europa en este siglo.

La obra más extensa es, naturalmente, el Pauly-Wissowa que si bien se comenzó a finales del siglo pasado, es en este siglo cuando se publican más volúmenes y se termina. Contando sus volúmenes físicos (es decir, contando cada *Halbband* como un tomo) tiene 67, más 14 de Suplementos, lo cual la convierte no ya en la enciclopedia clásica más extensa, sino incluso en una de las enciclopedias más extensas que se hayan hecho en cualquier especialidad (*La grande encyclopédie* tiene 31 volúmenes, la *Britannica* en su última edición de tres partes —*Micropaedia*, *Macropaedia*, *Propaedia*— tiene 30 volúmenes, etc.).

De esta obra se ha hecho una especie de resumen llamado *Der Kleine Pauly. Lexikon der Antike...* bearb. und hrsg. von K. Ziegler und W. Sontheimer. Se pretendía hacer una obra de 4 volúmenes de 800 páginas, a dos columnas por página, pero se ha llegado a 5 vols. de más de 1.500 pp. cada

<sup>1</sup> El por lo demás excelente *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas es un ejemplo de imprecisión y falta de acribía en el tratamiento de las etimologías griegas.

uno. El primer fascículo carece de fecha, el 2.º trae 1962 en el Copyright; el último es de 1975.

También en Alemania se pueden mencionar el *Reallexikon für Antike und Christentum* (T. Klauser, Stuttgart 1950 ss., 8 tomos incompletos; la *Lieferung* 69, de 1975, llega hasta «Geld» («Geldwirtschaft»). El RAC, como suele citarse, es la obra standard para los primeros siglos del cristianismo.

De las obras en un solo tomo sin duda la mejor es el *Lexikon der Alten Welt* de la editorial Artemis de Zürich y Stuttgart (1965), en la que han colaborado, entre otros, Hartmut Erbse y Olof Gigon.

Dentro del epígrafe de nombres propios el estudio inevitable es la *Prosopographia attica* de J. E. Kirchner, 2 vols., 1901-1903, que incluye los nombres aparecidos en fuentes literarias y epigráficas del Atica hasta la época de Augusto. También es útil el *Lexique de géographie ancienne* de M. Besnier, Paris 1914. Aparte de las enciclopedias alemanas, es muy utilizada para estudios de arqueología y arte la *Enciclopedia dell'arte antica classica e orientale* (G. Treccani, Roma 1957-1966, 7 vols.).

Entre las obras menores por su tamaño destaca el *The Oxford Classical Dictionary* (Oxford 1949, 2.ª ed. 1970) editado por N.G.L. Hammond y H. H. Scullard que en sus mil y pico páginas a dos columnas, ofrece una increíble riqueza de información con una gran claridad y a un precio muy asequible incluso para estudiantes.

Finalmente, en España, debemos recordar el *Diccionario del mundo clásico* dirigido por el P. I. Errandonea, Madrid, Labor 1954, en dos volúmenes que no descuella por su exactitud y rigor.

En cuanto a diccionarios de papiros, a pesar de formar parte de la lexicografía especial del siglo xx, nos ocuparemos de ellos en otro capítulo de este libro (cf. infra II.3).

## 10. EL DICCIONARIO GRIEGO-ESPAÑOL (DGE)

La 9.ª edición de L.S.J. de 1940 supuso un gran avance con respecto a la 8.ª de 1897, como ya hemos dicho. Sin embargo, el suplemento de 1968 no marca un progreso comparable. Esta tarea de hacer dar a la lexicografía griega un decidido paso adelante desde la cota alcanzada por L.S.J. corre a cargo actualmente del *D.G.E.* Se trata de una obra comenzada en 1962 por D. Francisco Rodríguez Adrados y un grupo de colaboradores, en el Instituto «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En el momento de redactar estas líneas está en imprenta el primer fascículo que comprende un amplio prólogo, las listas de autores y obras, publicaciones papirologógicas, publicaciones epigráficas y lista general de abreviaturas, así como los artículos del diccionario hasta ἀλλά inclusive.

El progreso que supone esta obra con respecto a L.S.J. es grande. Para empezar, los autores con que trabaja son 1000 (un millar) más que los de Liddell-Scott-Jones, el número de colecciones papirologógicas duplica las de L.S.J. y el de inscripciones es también bastante más completo. De todo ello

procede una masa de material difícilmente cuantificable pero que en todo caso supera al diccionario inglés entre un 30 % y un 50 %. A diferencia del diccionario oxoniense incluye nombres propios (todos los de la literatura griega antigua y los de *Hispania* antigua) y el léxico cristiano y patrístico.

Las razones para incluir estas parcelas del léxico son obvias y ya las hemos expuesto de pasada: un diccionario no es un fin en sí mismo, sino un medio.

El criterio fundamental que debe presidir su elaboración es la utilidad, y en este sentido es muy útil y necesario disponer de los nombres propios en un diccionario general para no tener que acudir a uno especializado a cada paso. Además los nombres propios son tan palabras de una lengua como el resto del vocabulario y con frecuencia ofrecen una información muy útil (cf. supra el tratamiento de los nombres propios en el diccionario de Chantraine). Por lo que respecta al léxico cristiano ya hemos dicho que es de todo punto arbitraria su exclusión por razones de purismo o de cualquier otro tipo. El tratamiento que hace L.S.J. del léxico de Nonno (cf. supra) es un ejemplo de lo que no debe hacer un diccionario general griego.

El *D.G.E.* tiene además la ventaja sobre L.S.J. de haberse empezado a hacer en 1962. Esto le permite operar con ediciones modernas, más asequibles para sus usuarios y mejores. Le permite además disponer de léxicos, índices y concordancias realizadas en este siglo. Le permite tener acceso a nuevas publicaciones de textos principalmente papirológicos y epigráficos (piénsese en Menandro, o en el nuevo fragmento de Arquíloco publicado por Merkelbach y West en *ZPE* 14, 1974, p. 97 ss., etc.). Además puede operar a partir de los presupuestos de la semántica y la lexicografía modernas, disciplinas sobre las que su director y colaboradores han escrito estudios monográficos<sup>1</sup>.

Por todo ello el *D.G.E.* es el diccionario griego a la altura de nuestra época, como lo era el de Passow a principios del XIX o el L.S. a finales del siglo pasado. El *D.G.E.* se basa en sus predecesores, continúa su tradición y avanza en el camino que ellos marcaron. Demostrar este progreso es muy fácil: no habría más que copiar uno al lado de otro una serie de artículos del L.S.J. y el *D.G.E.* No podemos hacerlo porque ocuparían mucho espacio (piénsese, por ejemplo, que el artículo *ἀλήθεια* que en L.S.J. tiene unas 50 documentaciones en el *D.G.E.* tiene unas 150, lo cual ocuparía varias páginas con esta tipografía). Sin embargo, vamos a reproducir, por curiosidad, el primer artículo de ambos diccionarios, ya que es breve:

L.S.J.<sup>9</sup>: **A, α, ἄλφα** (q.v.) τό indecl., first letter of the Gr. alphabet: as Numeral, α' = εἷς and πρῶτος, but α = 1000

D.G.E.: **A, α, τό indecl. I** en el sistema gráf. y fonológico *alfa ὀρᾶς ... ὅτι τοῦ α...* Pl. *Cra.* 393 e, etc. **II** como numeral **1 uno, primero, IG 9 (1).** 334.11 (Lócride V a. C.), etc. (se distingue de la letra por diferente posición y

<sup>1</sup> A propósito de las concepciones teóricas sobre las que descansa el *D.G.E.* y de la organización semántica de sus artículos, véase la 3.ª parte de este libro y sobre todo el cap. III.1.

signos diacríticos: < :, : A:,  $\bar{A}\bar{\alpha}$ , A'  $\alpha'$ ). **2** c. otros signos diacríticos ( $\alpha$  'A, A') *mil πλάτος καὶ μήκος ὀργυιῶν,  $\bar{\alpha}$  ποιῶσαι λίτρας  $\bar{\sigma}$  Hero Geom. p. 198. 3. fig. principio ἐγὼ εἰμι τὸ A καὶ τὸ Ω Apoc. 1.8 (var.), cf. PMasp. 4.21 (VI d.C.). III **1** para representar en notación, algebraica o no, cualquier número o magnitud  $x$  *τρεῖς ἀνάλογον ἔστωσαν ὅροι οἱ ABΓ sean  $x$  y  $z$  tres términos en proporción geométrica Papp. p. 88, ἔστω σύμμετρα μεγέθεα AB, ὧν κέντρα AB sean  $x$  y magnitudes commensurables, *cuyos centros son  $x$  y Archim. Aequil. 6. 2* para representar un punto geométrico  $A$  *ἔστω τρίγωνον ὀρθογώνιον τὸ ABΓ ὀρθὴν ἔχον τὴν ὑπὸ BAΓ γωνίαν sea ABC un triángulo rectángulo que tiene el ángulo recto BAC* Eu. 1.47. **3** como símbolo de un átomo *διαφέρει γὰρ τὸ μὲν A τοῦ N σχήματι* Leucipp. (o Democr.) A 6. **4** como nota musical  $\alpha$  καὶ  $\beta$  *ραβεία* la nota más aguda en el modo hipereolio según el género diatónico, Alyp. 6.31. **IV** como sonido mágico (incluso, tal vez, en una especie de notación musical) en abracadabras *PMag. 1.13, etc., y otras fórmulas mágicas, repetida ααααα PMag. 2.96, 13. 79, etc., frec. en series alfabéticas y vocálicas αηιουω, etc., PMag. 13.905. V para representar una sílaba breve en un esquema métrico  $\beta\alpha\beta\ \beta\alpha\alpha\beta\ \alpha\beta\beta\alpha$  (el epicoriámico o endecasílabo sáfico) Heph. *Metr. 14. 1, cf. 14.3-7.****

Hemos elegido este artículo un poco al azar y por curiosidad. Naturalmente el aumento no es siempre tan grande, pero con frecuencia se duplican y aún triplican los artículos de L.S.J. Además el número de palabras nuevas (generalmente hápax) del *D.G.E.* que aparecen por vez primera en diccionarios es muy notable. Ocurre a veces que el *D.G.E.* trae palabras o acepciones del léxico papiroológico no documentadas en los diccionarios especializados, etc.<sup>1</sup> Por todo ello y aunque *nemo esse iudex in sua causa potest* no parece aventurado afirmar que hasta donde llega el *D.G.E.* es el más completo diccionario de griego a cualquier lengua moderna.

## 11. EL TLG DE CALIFORNIA

A principios de este siglo no podía prever Hermann Diels la solución que los helenistas habían de dar, 70 años después, a la aporía de crear un *Thesaurus* de la lengua griega.

En efecto, desde que se han empezado a aplicar los ordenadores a tareas de lexicografía griega y latina<sup>2</sup>, existía la posibilidad de procesar todo el

<sup>1</sup> Para mayor información sobre el *D.G.E.* véase «El Diccionario Griego-Español: Estado actual de los trabajos», *Emerita* 39, 1971, pp. 1-33; «Le traitement du lexique papyrologique dans le *D.G.E.*», *Museum Philologum Londinense* (en prensa); «A new Greek Lexicon», *Liverpool Classical Monthly*, Oct. 1976, y el prólogo del *D.G.E.*

<sup>2</sup> Cf. «Panorama general de los tratamientos por ordenador en Filología y Lingüística griega y latina», *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* 25, 102, Marzo-Abril 1976, de Javier López Facal y Emilio Fernández Galiano, en donde exponemos la historia de la aplicación de ordenadores a estas disciplinas y los campos que se ha trabajado, e *infra* capítulo II.7.

léxico de la literatura griega en cuestión de meses y era factible realizar esto con ayuda de unas pocas personas. El inmenso ejército de lexicógrafos dirigidos por una especie de general, trabajando durante decenios, que se imaginaba Diels, se reducía a una docena de especialistas en literatura griega y ordenadores que en un par de años despojan veinte millones de palabras.

Con esta posibilidad en la mano, en mayo de 1971 se comenzó a planificar un *Thesaurus Linguae Graecae* en la Universidad de Irvine (California), y en julio de 1972 se comenzó a trabajar en el proyecto.

Lo que se propone el equipo californiano, que dirige el profesor Theodore F. Brunner, no es, en realidad, producir un *Thesaurus* semejante al latino que vaya a ser publicado en mastodónticos e innumerables volúmenes. La finalidad lexicográfica es sólo una entre las muchas que persigue el *TLG*, y es muy probable que nunca llegue a publicarse, al menos en la forma a que estamos acostumbrados.

El equipo californiano persigue, en cambio, crear un banco de datos de toda la literatura griega antigua (de Homero al año 700 d.C.) que pueda ser consultado y utilizado por muy diferentes especialistas y con fines muy varios: lexicógrafos, papirólogos, epigrafistas, editores de ediciones críticas, lingüistas, dialectólogos, estudiosos de religión, filosofía, historia, etc. Es decir, frente a los diccionarios clásicos que son obras terminadas y cerradas, el banco de datos del *TLG* podría definirse como un «*Thesaurus* abierto» que permite tratamientos y utilidades muy dispares. Los autores del *TLG* han calculado que toda la literatura griega antigua contiene unos 90 millones de palabras. Aun con ordenadores esta cifra es excesivamente alta para operar con ella desde un principio. Debido a esto han fraccionado el proyecto en varias etapas, la primera de las cuales, actualmente en ejecución, abarca desde Homero al año 200 d.C. y asciende a 20 millones de palabras.

El proceso de creación del banco de datos funciona de la siguiente manera<sup>1</sup>: el equipo del *TLG* ha hecho una «Master List» que contiene unos 1900 autores y obras del período actualmente en estudio. En consulta con un comité de la «American Philological Association» selecciona una edición para cada obra que va a ser procesada. Una vez adquirida ésta la prepara página a página («pre-editing») y la envía a una compañía de proceso de datos de Corea. Los coreanos (¡qué diría Hermann Diels de todo esto!) transcriben los textos al código comprensible por la máquina, por duplicado y por dos personas diferentes. Se colacionan las dos versiones codificadas y se perforan en tarjetas también por duplicado. Las tarjetas perforadas son pasadas a dos cintas que una vez grabadas sufren una colación de la que resulta una cinta

---

<sup>1</sup> He sacado esta información de una conferencia pronunciada en Madrid (el 28-IV-75) por Th. F. Brunner en el marco de un «Coloquio sobre Utilización de Ordenadores en problemas de lingüística» organizado por la Universidad Complutense. La conferencia se ha publicado (cf. nota anterior) en la *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* con el título «El tratamiento del léxico griego con ordenadores en el *Thesaurus Linguae Graecae*». Además el *T.L.G.* publica unas *Newsletter* de periodicidad variable en las que se informa de la marcha del proyecto.

única. Esta cinta se envía al *TLG* que comprueba su exactitud (según el contrato la proporción de errores no puede exceder de 1 por 25.000 pulsaciones) con unos métodos de verificación muy ingeniosos (cf. fuentes citadas en nota anterior). Una vez verificado el texto en cuestión pasa al banco de datos de donde puede sacarse bien en la incómoda forma codificada o en un alfabeto griego generado por programación y que se deja leer muy bien.

Este banco de datos comenzó a hacerse en febrero de 1974. Se ha progresado a un ritmo de un millón de palabras por mes, por lo cual está prácticamente terminado (en la primera etapa de 20 millones de palabras). Una vez creado el banco de datos (fase 1) se pasará a la fase 2, consistente en la «creation of a computer program designed to sort the running text into appropriate word groups (including lemmantization)». A continuación vienen las fases más problemáticas del proyecto. En la fase 3 se envía el material a helenistas, lexicógrafos, etc. para su organización semántica. En la fase 4 el equipo californiano reúne y edita el material elaborado por los diferentes colaboradores espontáneos de todo el mundo. Finalmente en la fase 5 se publican los resultados en fascículos «on a first-completed first-published basis without immediate emphasis on alphabetical progression». A continuación se pasaría a la segunda etapa (los 70 millones de palabras restantes).

Digo que las fases 3, 4 y 5 de la etapa primera son problemáticas porque suponen una desinteresada colaboración y un voluntario sometimiento a una empresa común de los especialistas en filología griega, y está por ver que se produzcan éstas. No obstante, aunque las fases 3, 4 y 5 no se cumplan, o funcionen sólo a medias, el banco de datos en sí es ya un *κτῆμα ἐς αἰεί* de posibilidades insospechadas.

Además el equipo californiano está embarcado en una serie de actividades autónomas y subsidiarias del *TLG* que serán de gran utilidad: el índice de los médicos griegos que tiene en proyecto es una necesidad apremiante para lexicógrafos, historiadores de la medicina antigua y filólogos en general, y las concordancias o índices de autores antiguos que permite realizar con facilidad el Banco de datos, colmarán las múltiples lagunas existentes en la lexicografía especial griega. Lo mismo puede decirse del índice de las *Berichtigungsliste* (cuya utilidad no hay que ponderar) y otras obras de este tipo.

\* \* \*

Además de la bibliografía mencionada a lo largo del capítulo y sobre todo en notas, he manejado dos repertorios muy útiles (aunque muy incompletos para nuestra disciplina):

Wolfram Zaunmüller, *Bibliographisches Handbuch der Sprachwörterbücher*, Stuttgart 1958.

Gert A. Zischka, *Index Lexicorum. Bibliographie der Lexikalischen Nachschlagewerke*, Viena 1959.

**II.**  
**Los**  
**diccionarios griegos:**  
**panorama general**  
**y problemática**



## II.1 Tipos de diccionarios en general y griegos en particular

A pesar de que en los últimos veinticinco años se ha dedicado a la lexicografía una serie de estudios teóricos y especulativos, ésta sigue siendo todavía una actividad tan empírica y práctica que carecemos de una definición válida del hecho «diccionario» y de una tipología de los diccionarios. Alain Rey<sup>1</sup> critica las definiciones y tipologías existentes y ofrece unos modelos tipológicos tan teóricos y «cartesianos» que apenas tienen utilidad práctica. L. Zgusta<sup>2</sup> acepta una definición bastante inhábil y nos da una tipología muy pobre, aunque quizá suficiente para los propósitos de su manual. Gert A. Zischka<sup>3</sup>, por citar un solo ejemplo de repertorios de diccionarios, nos presenta una tipología exclusivamente práctica, por temas (Religión, Filosofía, Pedagogía, etc.) que si bien puede valer para este tipo de obras, es insatisfactoria por sus carencias metodológicas y su clasificación de diccionarios diferentes dentro de un mismo apartado: Joseph H. Friend en la enciclopedia *Britannica*<sup>4</sup> (s. v. Dictionary) constata que los «dictionaries vary widely in size, comprehensiveness, purposes, and quality, as in auspices, dates of compilation and publication, and price», con lo cual tendríamos que dividir los diccionarios en gordos/delgados (size), buenos/malos (quality), viejos/nuevos (dates of compilation and publication), caros/baratos (price). En la cita anterior de Friend podíamos, además, sustituir «dictionaries» por «cars» o «houses» o mil cosas más. Por lo demás este autor da una definición muy estrecha de los diccionarios y una clasificación que incluye casi únicamente los diccionarios ingleses monolingües. Y así podíamos seguir<sup>5</sup>.

Realmente definir y clasificar la realidad «diccionario» no es fácil. Es un

---

<sup>1</sup> «Typologie génétique des dictionnaires» en *La Lexicographie, Langages* 19, 1970, p. 48 ss.

<sup>2</sup> *Manual of Lexicography*, La Haya 1971, capítulo 5.

<sup>3</sup> *Index lexicorum*, Viena 1959.

<sup>4</sup> Edición de 1973.

<sup>5</sup> Estando en pruebas este libro me llegó el volumen colectivo *Problems in Lexicography*, Indiana 1975, en el que hay un interesante capítulo de Y. Malkiel sobre tipología: «A Typological Classification of Dictionaries on the Basis of Distinctive Features». No he podido utilizarlo para este capítulo, aunque su lectura no influye mucho sobre él.

hecho muy polisémico (si se me permite la metáfora) con infinidad de variantes, con una larga diacronía y una ancha sincronía. Por todo ello nosotros en este capítulo no vamos a tratar de ofrecer una nueva definición, ni vamos a aventurar una tipología general. Nuestro propósito es más modesto y más pedagógico: tratamos de presentar los diccionarios griegos que hay y, como son centenares, recurrimos a agruparlos en tipos más o menos homogéneos. Para hacer estos tipos recurrimos a una serie de rasgos distintivos que crean, a veces, oposiciones binarias, otras veces árboles y otras veces oposiciones multilaterales o cadenas. Esto quiere decir que los rasgos distintivos que proponemos no son mutuamente exclusivos, lo cual es una lástima desde el punto de vista estético, ya que, caso de ser rasgos mutuamente excluyentes, nos resultaría un árbol muy hermoso.

Así pues, los diccionarios que poseemos se pueden clasificar de la siguiente manera:

1. Diccionarios de *realia* frente a diccionarios léxicos o lingüísticos. Los diccionarios de *realia* no recogen el léxico común griego sino sólo las «cosas», lugares y personas (históricas o de ficción) de la cultura griega. Estos diccionarios pueden no estar organizados alfabéticamente, sino por temas. Ejemplos clásicos de este tipo son las enciclopedias (Pauly-Wissowa, *Artemis*, *Oxford Classical Dictionary*, etc.)<sup>1</sup>, los diccionarios de mitología (W. H. Roscher, P. Grimal), de instituciones, etc.

Por oposición a éstos se pueden definir los diccionarios lingüísticos o léxicos que se ocupan del léxico común de una lengua, en nuestro caso el griego. Pueden darse, sin embargo, y de hecho se dan tipos mixtos que no son exactamente de *realia* ni puramente léxicos. Tal es el caso de los diccionarios filosóficos, teológicos, científicos, etc., que si bien recogen y explican lexías de la lengua, lo hacen con una cierta insitencia o preponderancia de los aspectos de *realia* sobre los lingüísticos o lexicográficos. Un ejemplo característico de este tipo mixto sería el *Theologisches Wörterbuch...* de Kittel.

2. Los diccionarios lingüísticos o léxicos, a su vez, se pueden dividir en dos grupos: generales y especiales. Los generales recogen las palabras de la lengua con un criterio pancrónico, pantópico, pansistémico... Es decir intentan recoger todo (o lo más sobresaliente de) el léxico de la lengua a lo largo de un período muy amplio; por ejemplo, de Homero a Justiniano, etc. Ejemplos clásicos de diccionarios generales griegos serían el Liddell-Scott-Jones, el Bailly, el Passow, etc. Ni que decir tiene que la oposición general/especial no coincide con la oposición exhaustivo/selectivo: hay diccionarios generales muy selectivos (como los escolares, tipo Pabón-Echauri o el *Słownik Grecko-Polski* de Z. Abramowicz) y diccionarios especiales exhaustivos. Frente a los generales, los diccionarios especiales

---

<sup>1</sup> No damos aquí los datos completos de los diccionarios porque en otros capítulos de la segunda parte (cf. sobre todo II.2) se describen con más detalle.

atienden sólo a un subsistema del léxico griego. Este subsistema puede ser un autor, una obra, un género literario, etc.

3. Dado que los subsistemas que se pueden aislar dentro del sistema léxico de una lengua son muchos y muy variados, los diccionarios especiales pueden adoptar formas muy diversas. Dentro de la lexicografía griega los principales tipos de diccionarios especiales son los siguientes:

3.1 Diccionarios de autor u obra. Son aquellos que recogen todo (o prácticamente todo) el léxico de un autor o una obra. Dentro de ellos se distinguen tres tipos clásicos: índices (de Aristófanes de Todd, Apolonio de Wellauer, Lisias de Holmes, índices de la colección Teubner, etc.), léxicos (Heródoto de Powell, Píndaro de Slater, Hesíodo de Hofinger, etc.) y concordancias (*Iliada* de Prendergast, *Odisea* de Dunbar, Esquilo de Holmboe, etc.). Existen también tipos mixtos de diccionarios de autor que incluyen los métodos de los dos o tres tipos básicos. A estos diccionarios les dedicamos más adelante un estudio (cf. infra II.2) por lo que no vamos a detenernos más en ellos.

3.2 Existen diccionarios especiales dedicados a un género literario, generalmente circunscritos además a una determinada época. Tal es el caso del monumental<sup>1</sup> *Lexikon des frühgriechischen Epos* de Bruno Snell y Hans J. Mette o el no muy afortunado<sup>2</sup> *Index Verborum zur frühgriechischen Lyrik* de G. Fatouros. En este apartado se pueden mencionar también obras como el índice de los presocráticos de W. Kranz, de los estoicos de Von Arnim, de los oradores áticos de Reiske, etc. Obsérvese que sobre este tipo de diccionario especial de género literario se superpone la división del apartado anterior (3.1) y según esto tenemos un *léxico* de la épica arcaica, un *índice* de la lírica, por ejemplo, y podríamos tener una *concordancia* de la comedia, pongamos por caso.

3.3 Quizá como una manifestación especial del apartado anterior deban entenderse los diversos diccionarios neotestamentarios y de literatura cristiana y patrística. Sin embargo, los agrupamos en una categoría aparte porque en primer lugar este tipo de literatura no es propiamente un género literario y, en segundo lugar, tienen una larga tradición<sup>3</sup>. A este grupo pertenecerían diccionarios del Nuevo Testamento como el Bauer o el Moulton and Milligan, o diccionarios de la patrística como el Lampe. También, por afinidad, podríamos incluir en este apartado a los diccionarios de los *LXX* como la *Concordance to the Septuagint* de Hatch y Redpath.

3.4 Otro grupo de diccionarios especiales es el basado en el material de escritura. Nos referimos a los diccionarios de inscripciones y papiros. Entre los primeros pueden mencionarse al *Lexicon Graecum suppletorium et dialecticum* de H. van Herwerden (Leiden 1902) que aunque recoge también papiros

<sup>1</sup> Cf. reseña de B. Marzullo en *Philologus* 101, 1957, p. 169 ss.

<sup>2</sup> Cf. reseña de M. Fernández-Galiano en *Gnomon* 41, 1969, p. 1 ss.

<sup>3</sup> Cf. infra II.4 a propósito de los orígenes de las concordancias y II.2 para la historia de los diccionarios neotestamentarios.

y autores literarios, atiende sobre todo al léxico de inscripciones, y sobre todo a los índices de colecciones y antologías como las de *IG*, *SIG*, etc. En cuanto a los diccionarios de papiros la situación es —comparativamente— muy buena: recuérdese las obras de Preisigke, Kiessling, Daris, Hohlwein, Foraboschi, etc. así como los índices de colecciones<sup>1</sup>.

3.5 Existen también diccionarios especiales de determinadas épocas. En realidad había que hablar con más propiedad de diccionarios generales pero circunscritos a una época concreta, ya que se trata de obras más o menos sincrónicas pero que en todo caso recogen léxico de distintos autores, géneros, estratos, etc. Ejemplos clásicos de este apartado son los diccionarios de griego tardío como el Sophocles, el Du Cange, el *Λεξικὸ τῆς μεσαιωνικῆς ἑλληνικῆς...* de E. Kriará, etc.

3.6 Existen parcelas del léxico griego más o menos especializadas que a veces han llegado a crear un léxico técnico en sentido estricto. A ellas se les han dedicado una serie de estudios y, a veces, también diccionarios. Tal es el caso de las obras de Thompson sobre nombres de pájaros (*A glossary of greek birds*) o de peces (*A glossary of the greek fishes*), del libro de F. E. Peters *Greek philosophical terms. A Historical Lexicon*, de los de Ch. Mugler (*Dictionnaire historique de la terminologie optique des grecs*, id. de *la terminologie géométrique des grecs*), etc.

4. Además de estos diccionarios generales y especiales que hemos mencionado en 2) y 3) existen otros indiferentes a esta oposición. Esto quiere decir que todos los diccionarios que vamos a mencionar en 4) pueden referirse a un subsistema restringido (un autor, una obra, un género, etc.) o al sistema general. Entre ellos los más importantes son los siguientes:

4.1 Diccionarios etimológicos. Generalmente son diccionarios generales como el Frisk, Boisaq, Chantraine, etc. pero también existen diccionarios especiales etimológicos, como el *Dictionnaire étymologique des noms grecs de plantes* de A. Carnoy o el Snell de la épica arcaica, por ejemplo, que incluye también la etimología. Existen también diccionarios etimológicos plurilingües, que abarcan otras lenguas además del griego, como el Pokorny (*Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*) entre otros.

4.2 Diccionarios de nombres propios o de onomástica. Disponemos de diccionarios de toponomástica generales como el Pape-Benseler o especiales como el *Namenbuch* de Preisigke o los numerosos índices de nombres propios de ediciones, inscripciones, etc.

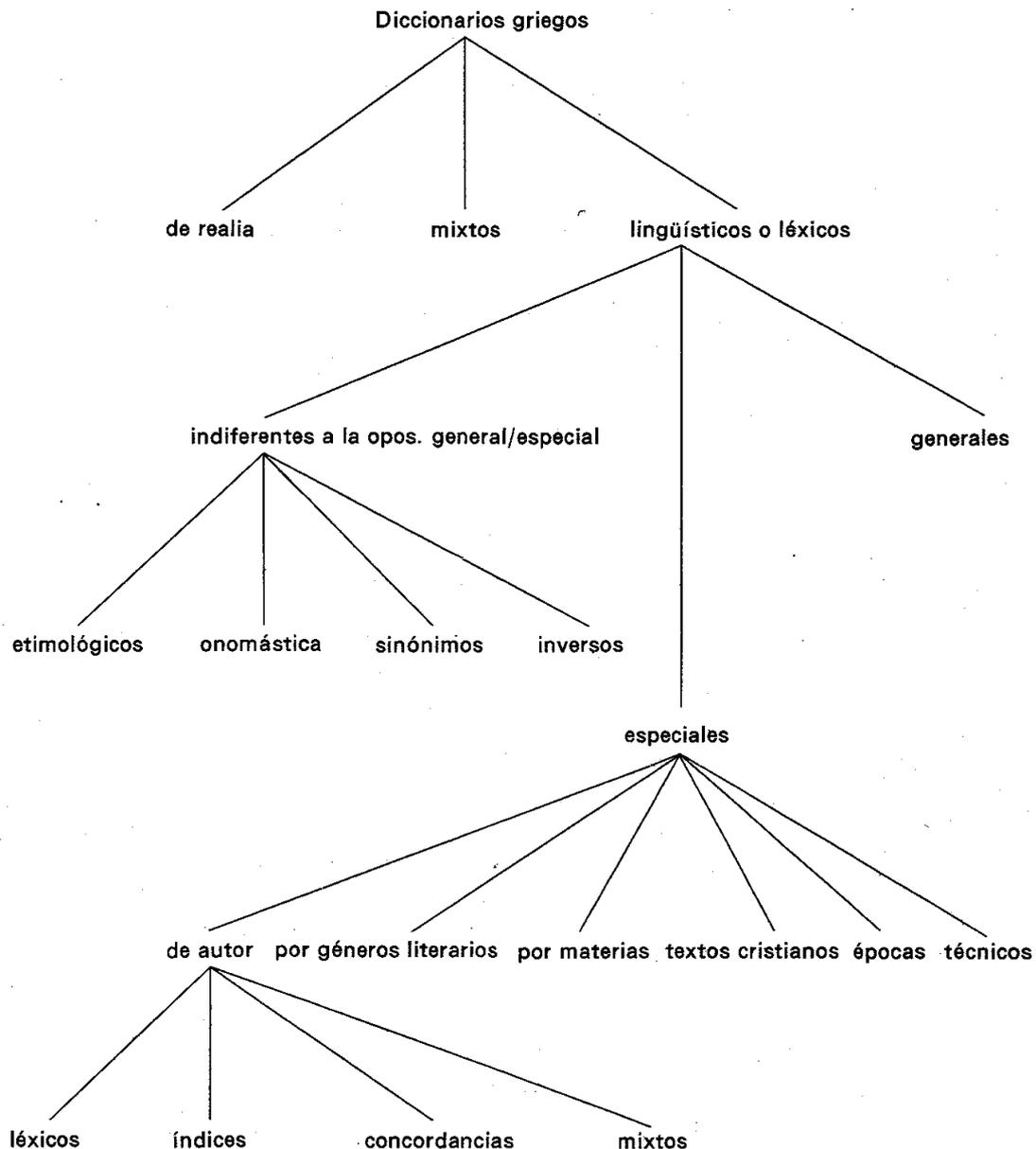
4.3 Diccionarios de sinónimos. Desde diccionarios plurilingües como el de Buck (*A dictionary of selected synonyms in the principal indoeuropean languages*) a diccionarios generales griegos como la *Synonymik der griechischen Sprache* de H. Schmidt, a diccionarios especiales como el *New Testament Synonyms* del arzobispo R. Ch. Trench, también esta parcela ha sido trabajada por la lexicografía griega. Sin embargo, no se ha dedicado mucha aten-

<sup>1</sup> A propósito de los diccionarios de papiros véase el capítulo II.3.

ción a este aspecto del léxico (los dos últimos no son, en puridad, ni siquiera diccionarios) quizá por su escaso interés lexicográfico.

4.4 Dictionarios inversos. Tenemos diccionarios inversos generales como el Kretschmer-Locker, el Buck-Petersen o el Kourmoulis de griego moderno, y especiales como el *Index Inversus* de Hesiodo, hecho por Hofinger, o el *Ἀντίστροφος πίνακας τῶν ἐπιρρημάτων σὲ -ὡς τῆς ἀρχαίας ἐλληνικῆς* de V. D. Foris, entre otros. A propósito de los papiros, véase el capítulo correspondiente.

5. Para terminar conviene aludir al hecho de que existen diccionarios —escolares— en que el griego no es lengua de entrada, como es costumbre, sino lengua de salida frente a otras lenguas europeas. Tal es el caso del *Dictionnaire Français-Grec...* Hatier, París 1956, entre otros. También podríamos aludir al hecho de que para hacer una tipología de los diccionarios



griegos podríamos establecer otras series de oposiciones diferentes a las que hemos utilizado. Por ejemplo, se podrían proponer oposiciones tales como diccionarios sincrónicos/diacrónicos, alfabéticos/no alfabéticos, monolingües/bilingües, normativos/descriptivos, ilustrados/no ilustrados, etc. Los parámetros que hemos elegido nos parecen, sin embargo, más didácticos, y en resumen nos ofrecerían un cuadro tipológico como el de la página anterior.

Como decíamos al principio este árbol no es, ni con mucho, perfecto. Piénsese que los tipos «índice», «léxico», «concordancia» no se dan sólo en los diccionarios de autor sino que afectan a otros grupos, o repárese en la falta de género para definir los etimológicos, sinonímicos, inversos, etc. En todo caso, insistimos, la finalidad de esta tipología es de tipo práctico y didáctico.

## II.2

### Los diccionarios de autor. Tipos, metodología y estado actual

#### I. LOS ORÍGENES

Los diccionarios de autor o género literario no son un hallazgo reciente de la lexicografía griega. Ya en la Antigüedad encontramos glosarios e incluso auténticos léxicos de una serie de autores y géneros, de alguno de los cuales, paradójicamente, carecemos hoy de repertorio léxico. Tal es el caso, con algunas reservas, de las obras de Eufronio y Licofrón *περὶ κωμωδίας*, del *περὶ ἀρχαίας κωμωδίας* de Eratóstenes, las *γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Filetas, Zenódoto y Aristarco, el *περὶ τῆς Ὀμήρου συνηθείας* de Zenodoro, el *Ἀπίωνος γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Apión, etc. También se ocuparon los lexicógrafos antiguos de los prosistas, como puede ser el caso de Aristarco con su *Ἀριστάρχου Ἡροδότου ὑπόμνημα* que nos han conservado los *PAmherst*, y los numerosos índices y glosarios de Hipócrates como los de Baqueo de Tanagra, Epicles de Creta, Apolonio Ofis y Heráclides de Tarento, que ataca al primero de estos autores en su libro *πρὸς Βακχεῖον περὶ τῶν Ἱπποκράτους λέξεων*. A este último a su vez lo ataca Glauquias Empírico, que es el primero en hacer un léxico alfabético (*κατὰ στοιχεῖον*). Euforión escribió *λέξεις Ἱπποκράτους* en 6 libros. Esto por lo que se refiere a la primera época de la lexicografía griega. En la segunda época, bajo el imperio, la actividad lexicográfica en este campo es ya muy importante y las obras ofrecen un rigor y una calidad que las asemeja a las modernas. Podríamos citar de esta etapa a Apolonio el Sofista, que compuso un léxico homérico ordenado alfabéticamente por las dos primeras letras (conservado en el *Codex Coislinianus* 345), a Casio Longino, que escribió *περὶ τῶν παρ' Ὀμήρω πολλὰ σημαίνουσῶν* en 4 libros, a un tal Apolonio que compuso una *ἐξήγησις τῶν Ἡροδότου γλωσσῶν*, a Claudio Dídimο, que se ocupó de Tucídides en *περὶ τῶν ἡμαρτημένων παρὰ τὴν ἀναλογίαν Θουκυδίδη*, al igual que Evágoras de Lindos en su *τῶν παρὰ Θουκυδίδη ζητουμένων κατὰ λέξιν*. De los historiadores se ocupó Partenio en el *περὶ τῶν παρὰ τοῖς ἱστορικοῖς λέξεων ζητουμένων*. De Platón compuso Harpocración de Argos un comentario en 24 libros y unas *λέξεις Πλάτωνος* en 2 libros. Sobre este autor trabajaron también Clemente y Boeto. De Hipócrates se ocuparon nada menos que Erotiano y

Galeno. La obra de Erotiano era un auténtico «index» con citas precisas de todos los pasajes. Conservamos un epitome de él: τῶν παρ' Ἱπποκράτει λέξεων συναγωγή. Por su parte Galeno asumió los trabajos anteriormente citados de Baqueo y Erotiano, así como las obras de Pánfilo, Dioscorides y una serie de *Onomastica* y publicó τῶν Ἱπποκράτους γλωσσῶν ἐξήγησις ὑπερὶ ἰατρικῶν ὀνομάτων entre otras obras.

Podíamos citar más ejemplos pero sin duda no son necesarios ya que en este mismo libro (cf. supra capítulo I.2) hay un capítulo que trata de este tema. En todo caso de lo dicho parece desprenderse que los diccionarios especiales y de autor no son un invento reciente de la lexicografía.

En cuanto a las concordancias, su origen es muy posterior pero anterior, en todo caso, a Henricus Stephanus. Nacieron en el ambiente de cultura monacal de la Edad Media europea, dedicándose exclusivamente al estudio de la Biblia. Partían del supuesto de que unas partes de la Sagrada Escritura eran solidarias de otras, debido a la inspiración divina, y por lo tanto empezaron a confeccionar listas de *loci paralleli* para poder seguir las profecías. La primera de la que se tiene noticias se atribuye a S. Antonio de Padua (*Concordantiae Morales* de comienzos del siglo XIII) pero la primera conocida es la del dominico Hugo de St. Cher (†1264) titulada *Concordantiae Sacrorum Librorum* o *Sancti Jacobi*. Por cierto, apenas medio siglo más tarde el español Juan de Segovia hizo unas nuevas concordancias que sustituyeron a las de Hugo de St. Cher y gozaron de gran éxito en su época. Evidentemente estas concordancias estaban hechas sobre la *Vulgata* latina: hasta la Edad Moderna no aparecen las concordancias hechas sobre los *LXX*.

Para terminar esta breve introducción histórica conviene insistir en una cuestión teórica que no ha sido subrayada por la lingüística moderna. Nos referimos al hecho de que la existencia de léxicos e índices (y posteriormente concordancias) presupone la conciencia de la noción de idiolecto, de una forma empírica, mucho antes de que se formulase este concepto en Lingüística. En efecto, de la misma forma que la escritura ideográfica supone un análisis implícito de la lengua en palabras (análisis lexicológico), y que la escritura alfabética presupone también implícitamente la noción de fonema<sup>1</sup>, la existencia de diccionarios de autor (que, entre otras cosas, serían para hacer centones e imitar el estilo del autor en cuestión) es una manera empírica de llegar al concepto de idiolecto formulado por Hockett no hace muchos años<sup>2</sup>. Este hecho nos demuestra por una parte el carácter eminentemente práctico y empírico de la lexicografía y por otra el olvido o desinterés que la lingüística teórica ha tenido por la actividad lexicográfica.

<sup>1</sup> Para todo esto cf. *supra* el capítulo I.1.

<sup>2</sup> En su obra *A course in modern linguistics*, cap. 38, The MacMillan Co., Nueva York, 1958.

## 2. TIPOS DE DICCIONARIOS DE AUTOR

Hemos mencionado tres tipos diferentes de diccionarios de autor: índices, léxicos y concordancias. Aunque no suelen aparecer en estado puro, sino que con frecuencia una obra es a la vez léxico e índice o concordancia e índice, sin embargo vamos a definir cada uno de los tipos.

Un índice es un inventario exhaustivo de las palabras de autor, obra, género literario, *corpus* de inscripciones o papiros, etc., con citas muy precisas de los pasajes en que aparecen, ordenadas generalmente por orden alfabético y (esto es lo más característico) sin traducción. Teóricamente, los índices no deberían tener en cuenta criterios morfológicos o semánticos en su ordenación; es decir, formas como *λύθητι, ἐλυσάμην*, etc., no deberían aparecer s.v. *λύω* sino en el lugar en que les correspondiese por orden alfabético. Sin embargo esta estricta ordenación alfabética raramente se sigue y, como mucho, en las formas morfológicamente raras hay una referencia que remite al lema en cuestión. Los índices incluyen las palabras plenas y las relacionales aunque no es raro que prescindan de palabras muy frecuentes (tipo *καί, εἰμί*, etcétera) según el grado de exhaustividad que persigan. Cuando se trata de un autor con restos papiráceos los índices suelen incluir también los fragmentos de palabras incompletas. En cuanto a la forma de publicación, los índices pueden consistir en libros autónomos o en apéndices de obras varias, como ediciones de autor (cf. los frecuentes índices de la colección Teubner, los índices de los *Poetae Melici Graeci* de Page, de los lesbios el Lobel-Page, Calímaco de Pfeiffer, etc.), colecciones de inscripciones (*IG, SIG*, etc.) o papiros (*POxy., PSI*, etc.). En cuanto a los primeros (libros autónomos) la relación podría ser muy larga. Por poner algún ejemplo reciente, piénsese en el *Index Philoneus* de Günter Mayer, Walter de Gruyter, Berlin, 1974, o en los realizados con ayuda de ordenador que mencionamos en el capítulo dedicado a esta cuestión<sup>1</sup>.

Como decíamos los índices pueden ser exhaustivos o (más o menos) selectivos. Pueden incluir o excluir los nombres propios; pueden dividir el léxico en diferentes parcelas y establecer subapartados para léxico literario, léxico documental, nombres propios geográficos, de meses, de reyes y emperadores, etc., como suelen hacer, por ej., los índices de las colecciones de papiros. Finalmente pueden seguir un orden alfabético directo (de izquierda a derecha) o inverso (de derecha a izquierda).

En resumen los índices son un instrumento de trabajo fundamental para el editor de un texto, el papirólogo (piénsese en la utilidad del *Spoglio* de Daris para los editores de papiros), el filólogo, el lingüista, el lexicógrafo y a partir de ellos se pueden hacer una serie de investigaciones sobre estadística lingüística, atribución y datación de textos, etc.

<sup>1</sup> Cf. *infra* capítulo II.7.

Otra forma que adoptan los diccionarios de autor es la de concordancias. Una concordancia es, aproximadamente, un índice con contextos, es decir, una relación alfabética de las palabras de un autor u obra precedidas, seguidas o en medio de un contexto significativo. Quizá el problema principal que se plantean las concordancias sea precisamente el de aislar el contexto realmente significativo. Esta cuestión es «resuelta» por los autores de concordancias con ayuda de ordenador en base al cómodo procedimiento del KWIC (Key-words-in-context) que mecánicamente ofrece un número de caracteres variable antes y después de la palabra clave. Este expediente ha sido criticado por los autores del Centro de Lieja<sup>1</sup> y los autores de índices que defienden la mayor utilidad de éstos frente a las concordancias. Puestos a tomar partido en este enfrentamiento yo me inclinaría del lado de los autores de índices y en contra de los de concordancias por las razones que expondré a continuación. En efecto, como hemos dicho, una concordancia es aproximadamente un índice de palabras plenas dentro de un contexto. El problema -es, sin embargo, aislar ese contexto. Dadas las necesidades de concisión y brevedad este contexto a veces es muy incompleto e inútil para la comprensión correcta de la palabra. Cuando se trata de poetas *κατὰ στίχον* los autores de concordancias suelen zanjar la cuestión citando el verso completo en el que aparece la palabra clave. Ahora bien, el hipérbaton y los encabalgamientos son causa de que un verso aislado de los demás resulte, con frecuencia, incomprensible. De esta manera el que utiliza una concordancia tiene que tener delante constantemente la edición, ya que el contexto le resulta insuficiente e inútil. Y si el contexto es inútil, ¿qué razón hay para darlo? Además una concordancia por la servidumbre del contexto suele renunciar a dar una relación exhaustiva de las palabras del autor u obra, con lo que acaba resultando más incompleta que un índice, a pesar de ser más voluminosa. Por otra parte dar el contexto necesario es muy difícil (piénsese en un diálogo platónico en el que, a veces, el contexto semántico necesario son varias páginas) y los autores de concordancias siguen criterios tan subjetivos para delimitarlo que cuando poseemos dos concordancias de un mismo autor no suelen coincidir casi nunca en la fijación del contexto. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en dos concordancias del *Corpus Tibullianum* aparecidas casi simultáneamente (Edward O'Neil, *A Critical Concordance of the Tibullian Corpus*, Nueva York, 1963 y Adriana della Casa, *Le concordance del Corpus Tibullianum*, Génova, 1964) que discrepan sistemáticamente en este punto.

Además, las concordancias por su misma disposición y presentación del material carecen de datos estadísticos del empleo de las palabras y en este sentido son poco más útiles que los textos mismos. Tampoco suelen señalar las veces que sale una palabra en un verso, contentándose con recogerla una

---

<sup>1</sup> Cf. *infra* capítulo II.7, así como el n. 1 de *Revue* (1965), pp. 1 y ss. y el artículo de J. J. Duggan, «The value of Computer-generated Concordances in linguistics Research», *Revue* 3, p. 51 ss., junto con la bibliografía citada en él.

vez. No establecen distinción en el caso de homónimos y homógrafos de manera que *cum* preposición y conjunción o *tempus* 'tiempo' y 'sien' aparecen anárquicamente mezclados. Finalmente, cuando siguen de manera mecánica el orden alfabético y no el criterio morfológico-semántico resulta desconcertante encontrar formas nominales y verbales desperdigadas, separadas de la forma base.

Por todas estas razones, de los diccionarios de autor son las concordancias las que presentan mayores deficiencias prácticas y sus funciones pueden ser desempeñadas igual por los índices, si exceptuamos la de los *loci paralleli* y la de la colección de frases que presenta una concordancia, útil para la fabricación de centones y retroversiones y para hacer citas eruditas de autores clásicos.

La tercera forma, sin duda la más completa, que adoptan los diccionarios de autor es la de léxico. Un léxico es un diccionario de un autor, obra o género literario que, dependiendo de su grado de exhaustividad consistirá en una especie de índice con los significados de las palabras y con una ordenación al menos parcialmente morfosemántica. En efecto, en la medida en que un léxico pretende dar los significados de las palabras, no tiene más remedio que agrupar bajo un mismo artículo todas las formas de un verbo, sustantivo o adjetivo ya que su significado es el mismo aunque alfabéticamente no debieran ir unidas. Sin embargo, esta dificultad que surge de la distinta finalidad de un léxico y un índice puede ser resuelta de manera bastante aceptable. En efecto, si tomamos como ejemplos el léxico herodoteo de Powell (Cambridge 1937) o el de Píndaro de Slater (Berlin 1969), que en muchos aspectos son paradigmas de los léxicos de autor, vemos que dedican artículos independientes a εἶπον, εἶπα, εἰρόμην (el Powell) y λέγω y que s.u. λέγω se limitan a remitir a εἶπα. Asimismo el léxico de Powell, s.v. εἶμι da todas las formas de este verbo como si fuese un índice. Hasta cierto punto, pues, es factible hacer a la vez un léxico y un índice y es, quizá, el *desideratum*. Siguiendo con Powell vemos que pretende incluir absolutamente todas las palabras herodoteas excepto καί, que recoge todas sus ocurrencias, que da sistemáticamente el número de veces que aparece cada una (entre paréntesis y al comienzo del artículo). Su única diferencia con un índice es que si lo fuera en puridad, debería dar las palabras dos veces: una por su forma y otra por su contenido. Ni que decir tiene que para la inmensa mayoría de los usuarios la forma ideal de los diccionarios de autor es la de léxico-índice o léxico exhaustivo.

Para terminar hay que advertir que la diferencia entre estos tres tipos de diccionarios no suele ser clara: los léxicos suelen incluir material más propio de índices (por ej., el de Powell) o de concordancias; los índices pueden incluir contextos como si fueran concordancias (por ej., el *Index Aeschyleus* de Italie) y así sucesivamente. Es decir, lo que suelen darse no son índices, concordancias o léxicos en estado químicamente puro sino «uneasy compromises between any two or even all three categories»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> C. Collard, «A proposal for a Lexicon to Euripides» *BICS* 18, 1971, p. 136.

### 3. METODOLOGÍA DE LOS DICCIONARIOS DE AUTOR

El carácter empírico de la lexicografía en general y más especialmente de la lexicografía de autor hace que exista una bibliografía escasísima sobre metodología de los diccionarios de autor. Se puede decir que prácticamente todo lo que se ha escrito sobre esta materia aparece recogido en la bibliografía del artículo citado en la nota anterior. Nosotros vamos a seguir fundamentalmente las ideas expuestas por W. A. Oldfather en «*Suggestions for Guidance in the Preparation of a Critical Index Verborum for Latin and Greek authors*» (*TAPhA* 68, 1937, pp. 1-10) a pesar de que a veces discrepemos de él, y por lo tanto suprimamos algunos de sus puntos y añadamos otros. En definitiva los principios que deben presidir la confección de un diccionario de autor son los siguientes:

a) Por tratarse de un autor, obra o género literario, con un vocabulario más o menos reducido, pero en todo caso asequible, deben recogerse absolutamente todas las palabras con todas sus ocurrencias (al menos en el caso de los índices). Los léxicos y concordancias podrían desechar alguna palabra muy frecuente y conocida (como hace Powell con *καί*, etc.) aunque ni siquiera esto es aconsejable ya que dificulta o imposibilita investigaciones ulteriores de tipo estadístico-comparativo. En caso de que se decida prescindir de alguna palabra, por demasiado conocida, deberían incluirse sin embargo sus usos más anómalos o infrecuentes. Cuando no se sigue este principio los resultados son insatisfactorios: tal es el caso de los dos diccionarios de Filón que poseemos, los *Indices ad Philonis Alexandrini Opera* de J. Leisegang, Berlin 1926, que es muy selectivo (le faltan infinidad de palabras) pero da con frecuencia contextos, y el *Index Philoneus* de G. Mayer, Berlin 1974, que es un puro índice, sin contexto alguno y sin embargo pone *passim*, en vez de cita precisa, en las palabras más frecuentes. Debido a ello para estudiar el léxico de Filón hay que utilizar forzosamente los dos y aún así se echa en falta a veces una obra realmente exhaustiva.

b) El diccionario debe seguir una edición como base y atenerse a sus lecturas, a pesar de lo cual debe dar también otras lecturas de manuscritos, *variae lectiones* e incluso *falsae lectiones* y conjeturas como hace, por poner un ejemplo reciente, el Índice de la edición de Píndaro de Snell-Maehler (Teubner 1975). El progreso de la crítica textual hace cambiar una serie de lecturas tenidas como canónicas y si el diccionario no cumple este requisito, su suerte iría ligada peligrosamente a la de la edición básica, que puede quedar anticuada en pocos años. Sin embargo, estas *variae, dubiae, falsae lectiones* deben ir marcadas de alguna manera que las distinga del texto base (Powell, por ejemplo, indica las variantes con paréntesis redondos y las conjeturas con corchetes).

c) Las palabras dudosas de pasajes corruptos deben ir asimismo marcadas con un óbelos o de alguna otra manera. Powell reserva el óbelos, en

cambio, para marcar las *voces primum dictae*. Asimismo, las palabras nuevas (hápx procedentes de papiros, por ejemplo) deben ser indicadas convenientemente por medio de un asterisco o quizá con dobles corchetes, como propone Oldfather. En cuanto a fragmentos de palabras incompletas aparecidas *in frustulis papyraceis* es evidente que sólo podrían ser recogidas por un léxico cuando son traducibles, por una concordancia cuando son comprensibles en su contexto y por un índice en cualquier caso. Sin embargo, el sentido común decidirá cuándo estos restos son desechables. Como ejemplo de buen proceder en estos puntos a), b) y c) véase, por ej., el *Lexicon Hesiodeum* de M. Hofinger, Leiden 1975, que también es un ejemplo de cómo se debe hacer un léxico, y el excelente *Léxico de los Himnos de Calímaco* de Emilio Fernández-Galiano (Madrid 1976).

d) Las citas deben ser muy precisas: libro, capítulo y línea, o libro y número de verso, etc. (cf. por ejemplo numeración de Powell), de manera que no sea preciso leer un largo pasaje para localizar una palabra (como es el caso, por ej., del *Lexicon Xenophonteum* de Sturz). Si es necesario se puede añadir una numeración supletoria a la de la edición base. En todo caso deben seguirse las numeraciones tradicionales (del tipo Platón-Stephanus, Aristóteles-Bekker, etc.) so pena de que localizar una palabra sea una tarea engorrosa, como ocurre con el *Index Philoneus* citado anteriormente que ignora la clásica numeración de Mangey (y la de Cohn-Wendland) y se inventa una de su cosecha a base de dar un número a cada una de las obras de este autor.

e) En el caso de los léxicos deben recogerse las variantes de colometría y orden que impliquen cambios de sentido.

f) No parece oportuno recoger las *ὑποθέσεις*, *βίοι τοῦ συγγραφέως*, didascalias, títulos, *τὰ τοῦ δράματος πρόσωπα*, testimonios, etc., excepto en la medida en que alguno de estos textos marginales pueda proceder del mismo autor y pertenezca por lo tanto a su léxico. En el caso de recoger este tipo de textos convendría distinguirlos de alguna manera.

g) Si una palabra tiene dos o más formas (*ἄελιος* / *ἄλιος*, *ἄεθλος* / *ἄθλος* etcétera) deben recogerse las dos bajo la primera alfabéticamente, o la más frecuente, y en la otra poner una referencia cruzada. Las referencias cruzadas son asimismo obligadas para los polirrizos, sígase con ellos el criterio que se siga (partirlos por raíces como Powell o aunarlos bajo un solo lema). Lo que no se debe hacer en ningún caso es inventar una forma no atestiguada por mor de la regularidad, como hace Bailly con el verbo *λέγω-ἔλεξα* 'acostarse' o el Liddell-Scott con presentes fantasmas como *εἶδω*.

h) Lo mismo puede decirse de los adverbios en *-ῶς*, adjetivos verbales, etc., que deben tener referencias cruzadas con la forma base si no están incluidos bajo el lema.

i) Como hemos dicho ya las palabras flexionadas deben recogerse por el orden gramatical y no por el alfabético. Que *λύειν* aparezca antes que *λύω* es un trastorno al que el lector nunca se acostumbrará. Las formas verbales deben ir bajo el presente de indicativo activo, si existe, y las nominales bajo el nominativo singular (masculino). Ya dentro de los artículos del diccionario

es preferible seguir el orden gramatical al alfabético. Conviene desambiguar las formas homógrafas indicando brevemente su función. Así: ἀγαθόν (nom. sing. neutro).

j) Las perífrasis y epítetos de nombres propios (ἄναξ ἀνδρῶν, ὁ Ἀτρεΐδης, etcétera) deben darse en su lugar correspondiente pero con una referencia en la forma base (en este caso s. v. ἄγαμέμνων).

k) Las personificaciones y prosopopeyas deben hacerse constar y quizá conviene incluirlas al final de cada artículo. Igualmente los adjetivos sustantivados deben ir bajo el lema del adjetivo en cuestión (quizá con alguna excepción en el caso de los ya acuñados como los abstractos en -κῆ, tipo γραμματικῆ, que suelen usarse como sustantivos, sin τέχνη).

l) Las enclíticas pueden mencionarse dos veces (en el caso de los índices), unidas a las tónicas correspondientes y separadas.

m) Es muy útil ofrecer el número de ocurrencias de cada palabra (tras el lema, por ejemplo) por las posibilidades de estudio que ofrece este dato.

n) También son útiles todas las informaciones suplementarias de métrica, prosodia, etc.

ñ) Un problema más grave, y que exigiría un estudio por sí solo, es el de la estructura del artículo propiamente dicho. Por tratarse de un autor u obra en el que difícilmente caben organizaciones diacrónicas de los artículos, quizá el criterio más correcto sería el de organizar la palabra griega conforme a dos principios, a primera vista contradictorios, pero en la práctica complementarios: nos referimos a la distribución de la palabra griega y a sus traducciones a la lengua de salida. Es decir, se trataría de formalizar, si ello es posible, en qué distribuciones de la lengua de entrada se basan las traducciones a la lengua de salida, entendiendo por distribución el contexto gramatical (singular-plural, activa-media), semántico (clases y subclases de palabras) y aun situacional o de contexto muy amplio.

Además de estas cuestiones más o menos concretas o técnicas (y de otras que menciona Oldfather, como tipografía, puntuación, etc.) existen otras más generales que deben tenerse en cuenta también a la hora de hacer un diccionario de autor. Así, por ejemplo, al hacer un léxico, el traducir determinadas palabras, como λόγος, supone haber tomado partido en la interpretación global de la doctrina de un autor filosófico, por ejemplo, interpretación que debe indicarse en algún lugar, como el prólogo de la obra. Tal puede ser el caso de Plotino, o Proclo, o de los autores técnicos, matemáticos, médicos, etc. El autor de léxicos o índices también tiene que plantearse a veces cuestiones de autenticidad, datación y atribución de un texto nuevo a un título conocido por la *traditio* medieval, reconstrucción de una obra a base de disponer los fragmentos en un orden determinado, etc. Piénsese en Menandro del que por una parte conocemos los títulos de más de dos docenas de obras y por otra parte disponemos de fragmentos —a veces largos— de ocho o nueve *fabulae incertae*. ¿Qué títulos de los que conocemos por la *traditio* casan con esas *fabulae incertae*? ¿Es la *Fabula incerta* II el *Apistos*?

¿Es la *Fabula Incerta* IV el *Misogynes*? ¿Es el papiro de Oxirrinco 2020, por ejemplo, de Menandro o de otro autor cómico? Si es de Menandro, ¿de qué obra es? A todas estas cuestiones —que Oldfather ignora— debe buscar solución el autor de léxicos y quizá influya en el hecho de que carezcamos de diccionarios de Menandro, Plotino, Proclo, etc., el que estos autores planteen problemas tan espinosos.

Por lo demás, en una actividad tan empírica como es la lexicografía especial, el método nunca es predecible al ciento por ciento: cada autor, cada obra o cada género plantean unas exigencias metodológicas propias. Además el método variará mucho también según las ambiciones de la obra a realizar: es evidente que el *Lexikon des frühgriechischen Epos* de B. Snell, H. J. Mette y otros seguirá unos criterios diferentes al *Lexicon Hesiodeum* de Hofinger a pesar de tratarse en ambos casos de léxicos de autores griegos arcaicos, y a pesar de ser obras excelentes las dos.



## II.3

# Diccionarios de papiros. Problemas, existencias, deficiencias

### 1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El derrumbamiento de la estructura social que se produjo a finales de la Antigüedad trajo consigo, entre otras cosas, el abandono paulatino del sistema de riegos que estaba tan minuciosamente organizado en el Egipto greco-romano. Debido a ello, el desierto avanzó sobre el valle del Nilo y empezó a ocupar ciudades en otro tiempo prósperas. La población al abandonarlas dejaba tras de sí infinidad de objetos, inútiles en una mudanza más o menos apresurada, pero que hoy constituyen tesoros inapreciables para los investigadores. Con frecuencia, en las afueras de estas ciudades se habían acumulado escombros y materiales de desecho entre los que abundaban textos escritos que, quizá por el respeto que se siente ante la letra, no fueron quemados. Tanto las ciudades como las escombreras se fueron cubriendo de la fina y seca arena del desierto llegando a formar pequeñas colinas de aspecto característico. Hasta donde no alcanzan las aguas del Nilo el desierto actuó como la mejor caja de caudales para conservarnos lo que el papirólogo finlandés H. Zilliacus llama una «mina de oro»<sup>1</sup>. Como dice Carl Grimberg<sup>2</sup>, «la arena y el clima seco de Egipto han contribuido a compensar los daños causados por el hombre a fines de la Antigüedad y principios de la Edad Media».

Se dice que en la segunda mitad del siglo XVIII los beduinos comenzaron a excavar estas colinas en busca de tesoros. Se dice también que cuando encontraban rollos de papiros los quemaban por el buen aroma que desprendían, pero Milligan y Goodspeed quemaron experimentalmente trozos de papiro y albergan serias dudas a propósito de la parte aromática de esta historia<sup>3</sup>. En todo caso lo cierto es que en 1778 un mercader italiano adquirió en Egipto un texto papiráceo que regaló al cardenal Borgia para su museo de

---

<sup>1</sup> Henrik Zilliacus, *Nya Vägar till Antiken*, Helsingfors 1948, p. 110.

<sup>2</sup> *Grecia*, Daimon, Barcelona 1973, p. 331, trad. esp. de la serie *Världshistoria, Folkens Liv och Kultur*.

<sup>3</sup> Cf. G. Milligan, *Selections from the Greek papyri*, Cambridge 1910, p. XXIV, n. 2.

Velletri. Este texto, de 685 líneas en 13 columnas y algunos fragmentos más, es una lista de trabajadores de los diques y puede leerse hoy en *Sammelbuch* 5124.

A finales del mismo siglo la expedición napoleónica a Egipto, con su cohorte de sabios, avivó el interés europeo por la antigüedad egipcia y por los papiros. Durante la primera mitad del siglo XIX los cónsules de las potencias europeas, los comerciantes y los eruditos empezaron a adquirir grandes cantidades de papiros a anticuarios y campesinos egipcios. De esta manera se fueron iniciando las grandes colecciones europeas como la del Archiduque Rainiero de Austria que contiene más de 100.000 textos, de los cuales 70.000 griegos<sup>1</sup>.

Una vez que se comprendió la gran importancia de estos textos los sabios mismos empezaron a hacer excavaciones sistemáticas. En 1888 Flinders Petrie se traslada a Egipto y empieza a excavar, en 1897 Grenfell y Hunt dieron con la «mina de oro» de Oxirrinco, y de otros países acudieron también progresivamente toda una legión de papirologos que desenterraron millares de textos.

Simultáneamente se había procedido a la publicación de los papiros y a su estudio sistemático. Desde el primer tercio del siglo XIX se habían venido publicando estos textos pero es a finales de siglo cuando la actividad se institucionaliza, se convierte en ciencia y empieza a producir sus frutos de una forma masiva: los *PRain.*, *POxy.*, *PGrenf.*, *BGU*, etc., comenzaron a publicarse a finales del siglo pasado y algunos de ellos han seguido publicándose a lo largo del presente. Finalmente con nuestro siglo aparecieron las revistas especializadas (el *Archiv für Papyrusforschung* es de 1900), las cátedras y seminarios de papirología, los congresos, los diccionarios, etcétera.

Es difícil calcular con exactitud el número de textos papiáceos publicados o conocidos. En todo caso son muchos millares: piénsese que los *POxy.* publicados son más de 3.000, los *BGU* más de 2.000 y el *Sammelbuch* (que como es sabido incluye también inscripciones, óstraca y textos ya publicados) pasa de 10.000.

## 2. CONTENIDO DE LOS PAPIROS

Tradicionalmente se han venido clasificando los textos papiáceos en dos grupos: papiros literarios y papiros documentales.

Los papiros literarios nos han proporcionado una gran cantidad de obras y fragmentos de la literatura antigua de la que no teníamos noticia o de la que sólo sabíamos que había existido. Desde la *Constitución de Atenas* de Aristóteles, aparecida en un papiro de Londres (*PLit.Lond.108*) y otro de Berlín y publicada ya en el siglo pasado, al nuevo fragmento de Arquíloco

<sup>1</sup> Para una historia de los descubrimientos papirológicos puede verse el manual de A. Calderini, *Manuale di Papirologia...* Milán 1938, capítulos 5 y 6, de la que existe traducción española a cargo del P. O'Callaghan, Barcelona 1963, o el excelente manual *La Papirologia* de Orsolina Montevicchi, Turín 1973.

aparecido en un papiro de Colonia (*PColon. inv. 7511*) y publicado por Merkelbach-West en *ZPE* 14, 1974, mucho es lo que las arenas de Egipto nos han salvado de la catástrofe sufrida por la literatura griega a finales de la antigüedad: piénsese que el repertorio de Pack<sup>1</sup> inventaría más de 3.000 textos de autores identificados o anónimos (drama, lírica, épica, libros de agricultura, química, astronomía, botánica, cocina, epistolografía, gramática, historia, matemáticas, oratoria, taquigrafía, etc.) y desde la fecha de publicación de este repertorio han sido publicados muchos textos literarios nuevos, alguno de ellos tan importante como el mencionado de Arquíloco.

Además los papiros no sólo nos ofrecen textos de los grandes autores de la literatura griega, como Homero, del que han aparecido centenares de fragmentos, sino que también nos han permitido conocer la interesantísima literatura popular de los mimos, la lírica popular, etc.

Sin embargo, para lo que nos interesa ahora, tienen mayor importancia los textos documentales. Gracias a «una de las mayores indiscreciones de la historia del mundo», como se la ha denominado, nos hemos podido enterar de las intimidades de los ciudadanos greco-egipcios de la Antigüedad. Se ha encontrado de todo: invitaciones a banquetes, listas de la compra, actas de divorcio, cartas de recomendación, de amor, de reprensión, comerciales, proposiciones deshonestas, borradores de documentos, ejercicios de escritura, denuncias, recibos, órdenes de arresto, multas, listas de trabajadores o soldados, leyes, albaranes, oraciones, giros... todo lo que una sociedad letrada, organizada y muy burocratizada ponía por escrito sobre las *chartae* de papiro y otro material de escritura.

Estos llamados «documentos» fueron escritos, evidentemente, sin ninguna pretensión literaria y sin conciencia de que fuesen a resistir el paso de los siglos. Precisamente en ello radica su interés ya que nos reproducen unos niveles de lengua que la literatura no utiliza. Gracias a los papiros podemos conocer la *κοινή* popular, reflejo más o menos fiel de la lengua hablada en la época. Después de su descubrimiento se han derrumbado una serie de mitos, como el de la existencia de un llamado griego bíblico que, hoy sabemos, no es otra cosa que la *κοινή* popular que reproducen los papiros documentales, con algún escaso semitismo<sup>1</sup>.

### 3. LÉXICO DE LOS PAPIROS

Los papiros documentales, como se desprende de lo anterior, están escritos en *κοινή* popular (naturalmente hay papiros escritos en otras lenguas como el latín, copto o árabe, pero aquí nos referimos sólo a los griegos). Sus características lingüísticas y léxicas son las de este dialecto y pueden verse en

<sup>1</sup> Roger A. Pack, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Second Revised and Enlarged Edition, Ann Arbor 1965.

<sup>2</sup> Cf. el libro de A. Deissmann, *The Philology of the Greek Bible*, Londres 1908 en el que se trata despacio este punto.

cualquier manual de historia de la lengua griega<sup>1</sup>. Sin embargo, vamos a resumirlas muy brevemente.

Es frecuente en la *κοινή* popular una gran simplificación y regularización de los paradigmas que trae consigo la sustitución de las flexiones atemáticas (nominal y verbal) por la más fácil y regular forma temática. Encontramos, por ejemplo, *ιστάνω* o *ιστάω* en vez de *ἴστημι*, *χύνω* en vez de *χέω*, *παιδίον*, *ἄρνιον*, *πόδιον* en vez de *παῖς*, *ἄρην*, *πούς*, etc. Obsérvese que también en latín vulgar es frecuente esta extensión del diminutivo a expensas del positivo (*apicula*, *auricula*, *ovicula* por *apis*, *auris*, *ovis*).

En el ámbito del vocabulario ocurren varios fenómenos importantes: en primer lugar desaparecen los sustantivos atemáticos dando paso a palabras de la flexión temática (*οἶς* > *πρόβατον*, *ὑς* > *χοῖρος*, *ναῦς* > *πλοῖον*) sobre todo cuando podían producirse casos de colisión homofónica por efecto del iotacismo (*ὑς* / *οἶς*). En segundo lugar se sustituyen una serie de palabras gastadas por términos más expresivos (*πίμπλημι* > *πληρόω*, *γεμίζω*; *ὄνίνημι* > *ὠφελέω*; *ἔπομαι* > *ἀκολουθέω*; *ὄράω* > *βλέπω*; *ἔρχομαι* > *πορεύομαι*). Estas sustituciones tienden a eliminar los monosílabos (*ῥεῖ* > *βρέχει*, *νῶ* > *κολυμβῶ*, *εὔ* > *καλῶς*) y a introducir en la lengua escrita habitual términos procedentes del argot familiar (*ἔσθίω* > *τρώγω*, *κορέννυμ* > *χορτάζω*, *μισθός* > *ὀψώνιον*). En tercer lugar se producen una serie de desplazamientos semánticos en los significados antiguos de las palabras (*χορηγέω* > «avituallar, proveer» *προξενητής* > «proxeneta») y una serie de calcos de traducción y préstamos de lenguas extranjeras, como en latín (cf. infra).

Se crea el sufijo *-ισσα* que había de tener tanto éxito en las lenguas europeas y se extiende el juego de sufijos *-ίζω*, *-ιστής*, *-ισμός* sobre el modelo tipo *κιθαρίζω*, *κιθαριστής*, *κιθαρισμός*.

Se sustituye *ο* por *α* en los aoristos del tipo *εἶδα*, *ἦλθα*. Asimismo se producen una serie de hipercharacterizaciones como la *-ν* que se añade a los acusativos atemáticos (*φλέβαν*).

Finalmente, es característico del léxico de los papiros la confusión *ει* / *οι* / *υ* / *ι* a que ya hemos aludido (iotacismo) y la de *δ* / *τ* (*δέκτων* / *τέκτων*, *βαδίζειν* / *βατίζειν*), esta última por efecto del substrato copto. Estos dos fenómenos deben ser tenidos muy en cuenta por el lexicógrafo so pena de recoger *voces nihili* (como ocurre a veces en el diccionario de Preisigke y otros) por no caer en la cuenta de la falta de ortografía, enmascarada a veces por efecto de hipercorrecciones.

Además de estos rasgos más o menos formales el léxico de los papiros se caracteriza por reproducir una serie de parcelas léxicas que no eran conocidas por la literatura: los términos técnicos de la administración, el regadío y los

<sup>1</sup> Para estudiar la lengua de los papiros la obra fundamental es la *Grammatik der griech. Papyri aus der Ptolemäerzeit mit Einschluss der... Ostraka und... Inschriften* de E. Mayser, Berlín-Leipzig<sup>2</sup> 1923 ss., con varias ediciones y reelaboraciones posteriores. Se trata de una obra de increíble riqueza de datos pero con una disposición no muy clara y por ello menos útil de lo que podría ser.

trabajos en los diques, etc., exigen un estudio pormenorizado por parte de especialistas. Debido a ello ya desde el comienzo de la papirología se sintió la necesidad de disponer de repertorios especializados del léxico papiroológico y hoy en día esta parte del léxico griego está muy satisfactoriamente trabajada, si la comparamos con el léxico procedente de inscripciones.

#### 4. DICCIONARIOS DE PAPIROS Y OTROS ESTUDIOS LEXICOGRAFICOS

El léxico de los papiros documentales, como hemos dicho, está bastante bien trabajado. En primer lugar las colecciones de papiros suelen disponer de índices exhaustivos organizados en varios epígrafes (Reyes y Emperadores, Meses y Días, Nombres de personas, geográficos, términos militares y administrativos, léxico religioso, oficios y comercio, pesas y medidas, e índice general de palabras). En este punto los papirologos son un modelo a imitar por otros editores de textos antiguos y, en especial, por los epigrafistas.

Además de estos excelentes índices de colecciones (que, por otra parte, son los únicos despojos lexicográficos de los papiros literarios) disponemos de una serie de diccionarios, índices y estudios clasificables en varios apartados:

##### 1. DICCIONARIOS GENERALES

La obra standard es el *Wörterbuch der griechischen Papyrusurkunden...* von Dr. Friedrich Preisigke, Heidelberg-Berlin 1925-1927, cuyo autor no llegó a verlo publicado ya que la muerte le sorprendió recién terminada la obra. Es el único diccionario de papiros, en sentido estricto, de que disponemos. Incluye además algunos *corpora* de inscripciones (*CIG*, *OGI*), óstraca y documentos menores. Su lematización no siempre es correcta (*voces nihili* debidas a iotacismo y otros errores) y sus traducciones son, con frecuencia, muy revisables. En todo caso esto puede ser debido a que es el primer y único diccionario de léxico papiroológico y los precursores están expuestos siempre a incurrir en fallos que luego el progreso de la disciplina va subsanando. Es molesto que se dé la referencia del papiro antes de la cita griega (esto ha inducido a errores ya que generalmente los diccionarios suelen poner la referencia al autor u obra después de la cita).

Frente a esto es de agradecer que se ofrezca la fecha del papiro, bien por siglo: [III v], bien por medio de alguna indicación del tipo [arab.]

El continuador de la obra de Preisigke ha sido E. Kiessling quien, todavía en plena guerra (1944), publicaba el IV Band, 1.<sup>a</sup> Lieferung (*α-άρτος*), en 1958 con apoyo de la Unesco la 2.<sup>a</sup> Lieferung (*άρτος-δένδρον*), en 1966 la 3.<sup>a</sup> Lieferung (*δένδρον-Ειρήνης έποίκιον*) y en 1971 la 4.<sup>a</sup> (*Ειρηνίσιος-επικόπτω*). Kiessling por su parte, con ayuda de W. RübSam publicaba un índice de Suplemento a la obra, en 1969 (*α-η*).

En 1968 apareció el voluminoso índice de S. Daris titulado *Spoglio Lessicale Papirologico*, publicado en Milán en 3 volúmenes, de 1750 pp. en total.

Esta obra fue concebida como un suplemento al Preisigke y sin duda rinde servicios útiles en este sentido. Sin embargo, es una obra enojosa de manejar por el poco cuidado con que parece estar hecha: empieza por tener una encuadernación tal que se le desprenden las hojas al manejarla. La lista inicial de textos despojados es muy incompleta, muy heterogénea, y tiene unas abreviaturas bastante arbitrarias que no coinciden con las de L.S.J., ni Preisigke-Kiessling-Rübsam, ni las colecciones de papiros mismas, ni siquiera con otras publicaciones de Daris como su larguísima reseña al Kiessling-Rübsam (*Aegyptus* 1968, p. 167 y ss. y 1969, p. 203 ss.). Además, a veces las citas no coinciden con el lema sino con otra palabra de las cercanías (¿traspapeleo de fichas?) e incluso se cometen errores como entender el adverbio αἰεί de *Sammelbuch* 7648.4 como una forma del verbo αἶω (ver *Spoglio* s.v.). Creemos que al Instituto di Papirologia dell'Università Cattolica del Sacro Cuore le sobra competencia para hacer una obra mejor. Es una lástima pues que a la altura de 1968 se haya hecho un índice, y no un diccionario, y además con tan poca acribía. Por lo demás, la obra es útil y de hecho es muy manejada por papirologos y lexicógrafos.

## 2. DICCIONARIOS ESPECIALES

A. Nombres propios. Aparte de los índices de las colecciones los diccionarios de nombres propios más importantes son el *Namenbuch* de F. Preisigke, Heidelberg 1922 (Hakkert, Amsterdam 1967) de nombres de persona, con su suplemento *Onomasticon Alterum Papyrologicum* de D. Foraboschi, Milán, sin fecha, publicado en 3 fascículos (el último llega a Παῦμις). En el año 1901 ya se publicaban unos *Aegyptische und Griechische Eigennamen...* manuscrito a dos columnas, difícil de manejar, por obra de Wilhelm Spiegelberg (Leipzig 1901).

De nombres geográficos la obra clásica es el *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto Greco-Romano* de A. Calderini, publicado por volúmenes en diferentes lugares y épocas (Cairo 1935, Madrid, CSIC 1966, etc.) y actualmente reeditado en Milán por Cisalpino-Goliardica (ristampa anastática 1972).

B. Inversos. Dado el estado fragmentario e incompleto de los textos papiáceos, un tipo de estudios muy útiles en papirología son los diccionarios inversos. Sin embargo, a pesar de que ya en 1900 hacía Gradenwitz un intento en este sentido en su *Einführung in die Papyruskunde*, no es mucho lo que tenemos de léxico papirológico ordenado de esta manera: apenas si disponemos de más que el *Heidelberg Konträrindex der griech. Papyrus-Urkunden*, Berlin 1931, del mismo Otto Gradenwitz. Esta laguna se puede suplir con los diccionarios inversos del léxico común griego que existen, pero en el caso de los nombres propios sería muy útil disponer de un índice inverso. Hoy esto ofrece menos dificultad debido a la ayuda que proporcionan los ordenadores. Esperemos pues que esta laguna se colme pronto.

C. Diccionarios especializados. Dado el léxico técnico especializado tan

frecuente en los papiros documentales, los repertorios y estudios de estos campos son fundamentales tanto para el especialista como para el lego en la materia.

Como obras más puramente lexicográficas podemos mencionar aquí el *Recueil des termes techniques relatifs aux institutions politiques et administratives de l'Égypte romaine, suivi d'un choix de textes papyrologiques*, Bruselas 1912, de H. Hohlwein; las dos obras de F. Preisigke, *Fachwörter des öffentlichen Verwaltungsdienstes Aegyptens in den griech. Papyrusurkunden der ptolemäisch-römischen Zeit*, Göttingen 1915, y el III Band del ya mencionado *Wörterbuch...* herausgegeben von Dr. E. Kiessling, Berlin 1931, dividido en 23 Abschnitte y dedicado todo él a términos técnicos (préstamos latinos, nombres propios, *indictiones*, eras, meses, días, oficios, títulos, etc.). Específicamente de préstamos latinos poseemos un estudio de S. Daris, *Il lessico latino nel greco d'Egitto*, Barcelona 1971, que es lo más completo en este campo.

También es interesante mencionar el *Inventory of Compulsory services in Ptolemaic and Roman Egypt*, de N. Lewis, Nueva York-Toronto 1968.

Por lo demás, aunque no en forma de diccionario o índice, la bibliografía especializada es muy extensa, tanto en lo que respecta a estudios de *realia* como el conocido de F. Oertel sobre la «liturgia», los de Taubenschlag sobre las leyes, el de Preisigke sobre los giros, etc., como sobre estudios de palabras de los papiros. Para no extendernos sobre este punto remitimos a los manuales de papirología, las revistas especializadas<sup>1</sup> y aun las colecciones mismas que suelen incluir abundantes repertorios bibliográficos.

Finalmente conviene recordar la progresiva utilización de los ordenadores en el campo de la lexicografía papiroológica: el *Thesaurus Linguae Graecae* de Irvine (California) ha hecho un índice de las *Berichtigungsliste* que es de gran utilidad (ver *Calculi*, p. 193). Se han hecho además índices de colecciones y estudios varios. Para todo ello, cf. *Calculi*, Index II, General s. v. Papyrology y *passim*, y en este mismo libro mi capítulo sobre ordenadores y lexicografía griega.

---

<sup>1</sup> Es especialmente útil la sección bibliográfica de la revista *Aegyptus*, en donde se pueden seguir las publicaciones sobre papirología.

## II.4

# Léxico de inscripciones y dialectal Existencias y problemas

### I. EL LEXICO DE LAS INSCRIPCIONES

#### 1. INSCRIPCIONES Y DIALECTOS

Si empleamos el término «dialecto» en el sentido convencional en que suele emplearse en la Gramática griega, a saber, referido a todas las variantes no áticas y no de koiné de la lengua griega, nos encontramos con que las inscripciones son una de las fuentes principales para su conocimiento. Ahora bien, los problemas que el léxico dialectal presenta en cuanto que es dialectal son fundamentalmente los mismos que los del léxico dialectal transmitido por vía literaria: por tanto, dejamos su estudio para un segundo apartado, en que nos ocupamos del léxico dialectal, sea cual sea la vía de su transmisión hasta nosotros.

Pero desde ahora mismo conviene hacer dos observaciones, que son especialmente pertinentes para el léxico dialectal transmitido a través de las inscripciones:

1. Mientras que, con pocas excepciones, los textos literarios están escritos exclusivamente en el alfabeto jónico, las inscripciones conservan abundantes huellas de otros alfabetos, lo que crea problemas de transcripción, que serán estudiados infra II.8. Tenemos incluso inscripciones escritas en silabario micénico, de las que nos ocupamos en II.5, y en silabario chipriota, de cuya transcripción hablamos en II.8.

2. Con más frecuencia que los textos literarios, las inscripciones nos ofrecen dialectos locales, no literarios. Es, por ejemplo, más variable y menos normalizado el griego de las inscripciones áticas del s. V que el de la prosa; es más auténtico, menos influido por Homero, el lesbio de las inscripciones que el de Safo o Alceo; y observamos en las inscripciones mejor que en los textos literarios el proceso por el cual se pasa de los antiguos dialectos a la koiné; esto ha sido estudiado, por ejemplo, para las inscripciones de Magne-

sia, Mileto, Delfos y otros lugares. En lo que respecta al vocabulario, éste se presenta con menos mezcla de elementos literarios<sup>1</sup>.

Sin embargo, hay que matizar esta observación:

a) Existen inscripciones que transmiten textos literarios dialectales, tales los fragmentos de Arquíloco procedentes de inscripciones del Heroon erigido en honor del poeta en época helenística en su Paros natal; o el *óstrakon* de Safo de que procede su fr. 2. En realidad, éstos son textos literarios como otros cualesquiera, incluidos en las ediciones de los autores respectivos.

b) Otras inscripciones tienen de por sí carácter literario, pertenecen a un determinado género. Así, los numerosos epigramas, sepulcrales y votivos sobre todo, que encontramos en inscripciones a partir de fines del s. VIII y que están escritos en las lenguas literarias usuales en los metros que emplean (hexámetros, dísticos elegiacos, incluso trímetros yámbicos). Pero no sólo aquí. Conservamos, por ejemplo, numerosos oráculos hexamétricos del oráculo de Dídima, en Mileto<sup>2</sup>: están escritos en lenguaje épico, dentro naturalmente de una tradición que ha ido evolucionando y en la cual es notable la aparición de palabras que, en la literatura, no aparecen hasta textos muy posteriores como son los *Oracula Sibyllina*. Y también hay inscripciones en prosa de tipo literario: citemos, por poner un ejemplo, la famosa inscripción de Antíoco de Comagene, que ya citaba Norden<sup>3</sup> como ejemplo de prosa retórica asiática, fuertemente poetizante en su vocabulario, entre otras cosas.

c) Por el contrario, determinadas inscripciones tienen un carácter sumamente vulgar, con grafías que reflejan pronunciaciones que nunca alcanzaron difusión general, con léxico mezclado usado por las capas más bajas de la población, formadas por gentes de varios orígenes. Esto es lo que ha hecho ver, por lo que respecta a los vasos áticos, el excelente libro de Kretschmer<sup>4</sup>; se añaden datos de las *Defixionum tabellae*, tablillas de plomo con maldiciones<sup>5</sup> y algunos de fuentes literarias. A partir de aquí Thumb-Scherer<sup>6</sup> han podido escribir un capítulo sobre el ático vulgar, que no sólo presenta toda clase de variantes fonéticas (épéntesis, asimilaciones, disimilaciones, metátesis, etc.), sino también hechos léxicos especiales: *καδδίδημι* 'encadenó' junto a *καταδέω*, por ejemplo.

<sup>1</sup> Sobre el ático de las inscripciones cf. K. Meisterhans, E. Schwyzer, *Grammatik der Attischen Inschriften*, 3.ª ed., Berlín 1900, completado para la Fonética por L. Lupas, *Phonologie du grec attique*, La Haya 1972. Sobre las de Magnesia, E. Nachmanson, *Laute und Formen der magnetischen Inschriften*, Upsala 1903. Sobre las de Mileto, B. Bondesson, *De sonis et formis titulorum Milesiorum Didymaeorumque*, Diss., Lund 1936. Sobre las de Delfos, J. J. Moralejo, *Gramática de las inscripciones delficas*, Santiago 1972.

<sup>2</sup> Editados por Th. Wiegand, *Didyma II: Die Inschriften*, ed. A. Rehm, Berlín 1958.

<sup>3</sup> E. Norden, *Die antike Kunstsprache*, Stuttgart 1958 (2.ª ed.).

<sup>4</sup> Cf. P. Kretschmer, *Die griechischen Vaseninschriften ihrer Sprache nach untersucht*, Gütersloh 1894.

<sup>5</sup> Cf. R. Wünsch, *Defixionum tabellae in Attica regione repertae*, IG III 3, Appendix, Berlín 1897; E. Ziebarth, *Neue attische Fluchtafeln*, NGWG 1899, pp. 105-135.

<sup>6</sup> Ob. cit., p. 306 ss.

d) De todas maneras, las inscripciones tienden a desarrollar una lengua de cancillería que las aleja de la realidad de los dialectos vivos. Esto es lo que suponemos que ocurre con el dialecto micénico, prácticamente uniforme en Pilos, Cnosos, Micenas y Tebas. Es también la explicación de que el dialecto jónico de Asia, tal como aparece en las inscripciones, sea esencialmente uniforme y no nos permita confirmar la afirmación de Heródoto I 142 sobre diferencias de lengua entre las ciudades jónicas. Por otra parte, las oscilaciones del délfico de los siglos IV y III a.C. entre la tendencia a diluirse en la koiné jónico-ática y la contraria a estabilizarse dentro de un tipo dialectal del N.O. de Grecia, dependen de corrientes políticas en pugna.

Así, la relación entre dialectos e inscripciones no es simple. El vocabulario dialectal de las inscripciones debe juzgarse dentro de estas coordenadas.

## 2. EL LÉXICO DE LAS INSCRIPCIONES EN GENERAL

Prescindiendo ya de su carácter dialectal o no, en el sentido restringido atribuido más arriba a esta palabra, hemos de añadir que el vocabulario de las inscripciones en general presenta rasgos que derivan de las características generales de la lengua de las inscripciones. Nos referimos ahora a las que no son de carácter literario, pues el estudio de éstas debe hacerse, como hemos apuntado, en conexión con el de las lenguas literarias en general.

En líneas generales, no es acertada la idea de que las inscripciones son un buen testigo de la lengua popular. Son ciertamente, con las excepciones aludidas, no literarias y así nos sirven de control para destacar las características de ciertas lenguas literarias. Es lo que hace, por ejemplo Ch. Favre<sup>1</sup> cuando estudia el vocabulario de Heródoto, tan lleno de términos épicos, comparándolo con las inscripciones jónicas. Igual se podría, por ejemplo, destacar los poetismos de ciertos diálogos de Platón (pasajes del *Fedro* y *Banquete*, sobre todo) o los dorismos de Jenofonte o los vulgarismos de Hiponacte, comparando las inscripciones contemporáneas áticas o jónicas, respectivamente.

Pero, con excepciones, tampoco representan propiamente las inscripciones la lengua popular. Estas excepciones se refieren sobre todo a inscripciones «vulgares» arriba aludidas, tales las de ciertos vasos y *óstraca* y las de las *defixionum tabellae*. Por otro lado, el concepto de «vulgar» no coincide exactamente con el de «popular»: el ático popular es reflejado mucho mejor por Aristófanes que por las inscripciones. Aunque en éstas, en todas ellas en general, haya una gran variedad de construcciones sintácticas y de formas flexionadas, menor rigidez en esto que en los textos escritos.

Ahora bien, por lo que al vocabulario y la fraseología se refiere, hay que

<sup>1</sup> *Thesaurus verborum quae in titulis Ionicis leguntur cum Herodoteo sermone comparatus*, Heidelberg 1914.

hacer constar que la mayoría de las inscripciones pertenecen a la que podríamos llamar «lengua de cancillería», que ha fijado fórmulas y usos que se repiten con monotonía. Las inscripciones «particulares» son escasas y breves: sobre todo sepulcrales y dedicatorias (pero las más extensas están en verso), también llenas, por lo demás, de fórmulas. Aparte están, decíamos, las escasas y breves inscripciones «vulgares».

El grueso de las inscripciones griegas son, efectivamente, inscripciones oficiales, de las ciudades, templos, etc. Encontramos toda clase de listas (muertos en las guerras, vencedores en Juegos y Certámenes, servidores de santuarios, listas de inventario, etc.); de cuentas (ingresos y pagos, arrendamientos, etc.); de contratos (para la construcción de edificios públicos y templos); de decretos, leyes, tratados; de actas de manumisión; etc. Dominan casi siempre el léxico arcaico, las fórmulas fijas.

Sucede, de otra parte, que así como es cierto que las inscripciones están libres en general de préstamos literarios y de lengua vulgar, no es menos cierto que en el dominio legal se crea una especie de léxico griego común, es decir, que no es nada seguro que el vocabulario de una inscripción dialectal contenga solamente términos dialectales. Ello es sobre todo claro cuando ese léxico legal, de origen ático, se expande conservando sus características fonéticas. A veces, hay casos mixtos; en el dominio dórico encontramos *δαμόσιοι* (lac. *δαμόσιος*), con asimilación ática de la *-t-* ante *-i-*, pero con alfa. Con frecuencia la interpretación es dudosa: Ruijgh<sup>1</sup> por ejemplo supone que en beoc. *πετρατη* y arc. *τετρατος* es aticismo la vocalización de *τ* en *ρα*. Esto es sumamente dudoso.

Todo esto está en relación con el hecho de que nuestras inscripciones anteriores al s. IV a.C. son muy escasas; y precisamente en ese siglo tiene lugar la gran expansión de las formas del ático, que da origen a la koiné. Inversamente, comienzan a penetrar en el ático palabras jónicas y de otros dialectos, dentro del mismo fenómeno de la unificación de la lengua griega. Todo ello hace difícil juzgar los hechos.

En todo caso, resulta claro que la utilización del léxico de las inscripciones como contraste para definir dialectalmente y desde el punto de vista de los niveles de lengua el léxico de los textos literarios, debe hacerse con sumo cuidado, teniendo en cuenta en cada caso el carácter y fecha de las inscripciones comparadas.

Con todo, es importante la contribución de las inscripciones a nuestro conocimiento del léxico griego, tan vario y extenso. Aparte de lo que se deduce de las consideraciones anteriores, añadamos que el carácter concreto y técnico de numerosas inscripciones nos ofrece palabras que nos son desconocidas por vía literaria. Hay incluso mucho *hapax* procedentes de inscripciones. Y hay un vocabulario que es propio de determinadas inscripciones: así

<sup>1</sup> «Le traitement des sonantes voyelles dans les dialectes grecs et la position du Mycénien», *Mnemosyne* 14, 1961, pp. 193-216.

la terminología sepulcral que encontramos en Asia Menor<sup>1</sup>, con palabras como *μνημεῖον, τάφος, σορός, σωματοθήκη, εισώση*.

Ahora bien, estos términos técnicos o especializados, que figuran en listas y relaciones, no siempre son fáciles de definir. Pienso, por ejemplo, en los objetos que figuran en los inventarios del templo de Delos como el de *IG 1. (2) 161 B* o en *SEG 24.361* (beocio *θράγανα, Φαγάνω, πούραυμα, ύκτας*); en los pescados citados en una inscripción beocia que los tasa<sup>2</sup>. Muchas veces la traducción de estos términos es aproximada o conjetural.

### 3. PROBLEMAS DEL LÉXICO DE LAS INSCRIPCIONES

Un material con frecuencia fragmentario de lectura dudosa como son las inscripciones presenta al lexicógrafo numerosos problemas de edición; si una determinada forma es un error del lapicida o si tiene una interpretación de orden fonético o dialectal o de formación de palabras; cuál es la restitución correcta de las palabras transmitidas fragmentariamente. Todo esto comporta problemas de interpretación. Por otra parte, en lo relativo a la manera de citar las inscripciones el lexicógrafo se encuentra ante un dilema; si seguir las grandes colecciones o bien nuevos tratamientos monográficos, en las revistas, del texto de inscripciones determinadas. Estos nuevos tratamientos suelen contener cosas de interés, pero en cambio el riesgo está en que una misma inscripción sea considerada alternativamente según varias ediciones.

Este riesgo no es pura imaginación. En *Emerita* 39, lo ejemplificábamos con la inscripción délfica que nos ha conservado las leyes de la fraternidad de los Labíadas, la cual es citada diversamente por *LSJ* según las diversas palabras: para *Φοίικω* cita *Schwyzzer* 323, para *δαράται* *Michel* 995, para *ἀμφιλλέγω* *GDI* 2561, para *ἀγαῖος* *SIG* 438. Mucho más grave es que *LSJ* da *ἀλεκτόριον* traducido como *poultry-yard*, con la referencia *IGRom* 4.921 (Cybira) y su *Supplement* cita a su vez *ἀλλεκτόριον*, prob. = Lat. *adlectorium, reading-room*, *SEG* 6.277 (Cybira, II a. D., written *ἀλεκ*). Pues bien, conviene saber que se trata de dos lecturas, en dos ediciones, de la misma palabra, traducida una vez por 'corral de gallos' y otra por 'sala de lectura'.

En nuestro *DGE* hemos establecido un orden jerárquico respecto a las citas: *IG* y grandes *corpora*; colecciones monográficas; *Supplementum Epigraphicum Graecum*; publicaciones originales. Pero, aunque cuando se cita por una edición es elemental dar exactamente el texto de esa edición, es fuerza recoger también, con las indicaciones pertinentes, el texto de las nuevas lecturas y conjeturas: las del citado *Supplementum* I-XXV Leiden, Brill, 1923 ss.; las de una gran bibliografía dispersa en revistas sobre todo. Dentro de ella destacan las publicaciones de L. Robert: el «Bulletin Epigraphique»

<sup>1</sup> J. Kubinoka, *Les monuments funéraires dans les inscriptions grecques de l'Asie Mineure*, Varsovia 1968.

<sup>2</sup> F. Salviat et C. Vatin, *Inscriptions de la Grèce centrale*, Paris 1971, pp. 95-109.

que publica la *Revue des Etudes Grecs*; sus *Opera Minora Selecta*, I-III, Amsterdam, 1969-74; *Hellenica* I-XIII, París 1940-65. Hay que añadir los artículos de Drew-Bear en *Glotta*, a partir del vol. 46, 1968, mejorando *LSJ* desde el punto de vista epigráfico; las diversas revisiones de inscripciones por Peek en la *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*; y muchas publicaciones más.

La dificultad del trabajo en epigrafía griega se multiplica por causa del mínimo material auxiliar que en general presentan nuestras ediciones. Es lo más frecuente que éstas no ofrezcan comentario interpretativo alguno (así las *IG*, las *Feuilles de Delphes*, las *Inscriptions de Délos*, etc.) o que este comentario sea extremadamente parco.

Hay ciertamente excepciones como, entre otros ejemplos, L. et J. Robert, *La Carie*, París 1954 ss., A. et E. Bernard, *Les inscriptions du Colosse de Memnon*, París 1960.

En cuanto al léxico, algunas ofrecen listas de nombres propios y de palabras escogidas, sin más; así, por ej., las *IG*. Otras veces ni siquiera contamos con esta ayuda.

Y no existen léxicos de inscripciones apenas. La principal excepción es bien parcial, el Léxico contenido en el vol. III de la *Sylloge Inscriptionum Graecarum* de Dittenberger<sup>1</sup>, es decir, de una antología de inscripciones. Tampoco se trata, propiamente, de un Léxico, sino de un índice que da, eso sí, el contexto de las palabras.

Así, aunque insuficiente, el mejor repertorio del léxico de las inscripciones es el contenido en *LSJ*, que hizo a este respecto una obra meritoria. El *Supplement* despojó algunas colecciones más, pero muy saltuariamente, como hemos hecho ver en el prólogo al *DGE*. Es imprescindible, pues, acudir a las propias colecciones y a los estudios monográficos, lo mismo para las colecciones no mencionadas, por ser posteriores, en el *LSJ* y el *Supplement*, que para las contenidas en éste. Y carecemos de dos instrumentos auxiliares que, en nuestra opinión, serían del más alto valor:

a) Una tabla de correspondencias que diera todas las ediciones de cada inscripción. Según están las cosas es muy difícil, por ejemplo, ver si ciertas inscripciones que aparecen en viejas publicaciones como el *CIG*, *GDI*, *OGI*, *IGRom*. han vuelto a ser publicadas y dónde.

b) Una lista de correcciones (semejante a la que existe para los papiros) que nos ofreciera todas las nuevas lecturas y conjeturas (e incluso todas las nuevas interpretaciones) de todas las inscripciones, con un índice que la hiciera utilizable.

La forma desorganizada en que se ha trabajado en Epigrafía griega ha hecho que el material léxico de las inscripciones nos sea más difícilmente accesible que ningún otro y que haya sido utilizado menos de lo debido.

<sup>1</sup> 3.ª ed., Leipzig 1915-24, 4 vols.

Hemos intentado de todos modos dar una idea tanto del carácter de este léxico como de nuestro conocimiento de él. Aunque algo añadiremos al hablar del léxico dialectal.

## II. EL LEXICO DIALECTAL

### 1. GENERALIDADES

Un Diccionario griego recoge un diasistema, es decir, una serie de sistemas léxicos, ya contemporáneos, ya sucesivos; sistemas, por otra parte, que se interpenetran sobre la base de un núcleo común. Tenemos, por ejemplo:

a) Una serie de dialectos locales, con diferenciaciones internas: el beocio, por ejemplo, tiene variedades locales (de Tebas, Tanagra, Tespias...) y a su vez es una variedad del eolio.

b) Una serie de dialectos literarios, que suelen tener su base en un dialecto local, con influjo de otros dialectos locales o literarios: hemos mencionado esto para Heródoto y Safo, pero igual puede hablarse del cuasi-dorio (con elementos homéricos) de la lírica coral, del cuasi-jonio (con jonismos y homerismos) de la elegía, etc. En el caso de Homero, el origen de la mezcla de elementos dialectales que presenta es un problema de Historia literaria.

c) Una serie de niveles de lenguaje: lenguaje de cancillería, popular, vulgar, técnico y científico, etc. Esto es sobre todo cierto para la época helenística. Aquí encontramos el griego popular del Nuevo Testamento y ciertos papiros privados, al lado de la koiné literaria más antigua (Polibio, Filón el Mecánico, etc.) y de la koiné literaria posterior, que va incluyendo dosis cada vez más fuertes sea de aticismos, sea de poetismos.

Puede decirse que si bien el léxico es más bien un dato accesorio, al lado de los fonéticos y morfológicos, en la caracterización de los dialectos locales, su papel es absolutamente decisivo en la de los dialectos literarios y los niveles de lenguaje, verdaderos «dialectos sociales». En todos los casos hay que insistir en que el léxico pertenece a una zona de la lengua especialmente permeable. Existen, ciertamente, palabras excluidas de ciertos dialectos o niveles y otras exclusivas de ellos, caracterizadoras de los mismos; los poetas épicos de edad helenística y romana reintroducen homerismos, a veces con interpretación defectuosa; los aticistas de edad imperial reintroducen términos áticos hacía tiempo caídos en desuso. Pero al lado de estas palabras y de las comunes a todo el griego hay otras propias de varios dialectos o niveles, aunque aparezcan en ellos con frecuencias variables. Proceden ya de los orígenes mismos, ya de préstamos posteriores; en uno y otro caso adquieren un valor de estilo o género. Así, surgen, por ejemplo, las llamadas «palabras poéticas» que, sea cualquiera su origen, caracterizan ciertos estilos, desde el discurso de Diotima en el *Banquete* de Platón a un autor como Himerio.

No existe, pues, un léxico absolutamente fijo en cada dialecto, sino que hay una gradación. Aunque tuviéramos, que no lo tenemos, un despojo

exhaustivo de los distintos dialectos locales o literarios, los distintos géneros y estilos, con ello no tendríamos más que un instrumento para comenzar la investigación de los distintos léxicos especiales en cuanto a su origen y en cuanto a su valor de estilo.

Estando como están las cosas se puede todo lo más tratar de disponer

a) Léxicos, concordancias e índices de autores o grupos de autores, dialectos locales, etc., a que nos hemos referido en II. 1 y 2. Y, por supuesto, estudios sobre estos diferentes léxicos desde los puntos de vista mencionados.

b) Un Diccionario general en que se dé la máxima documentación de cada palabra a lo largo tanto de la cronología como de los dialectos locales y literarios. El ideal sería documentar la palabra en todos aquellos en que esté presente, de modo que, por ejemplo, la falta de citas de prosistas áticos significara la no aparición de la misma en ático.

A este ideal quiere responder en alguna medida el *DGE*.

Conviene hacer algunas indicaciones de carácter práctico sobre la inclusión en un Diccionario general del léxico dialectal. Cuando la diferencia es solamente fonética, no hay otra solución que dar todas las formas bajo un lema convencional, que suele ser el del ático (el *DGE* da la forma jónica y de otros dialectos para los verbos en  $-\sigma\omega$  y los en  $-\acute{\alpha}\omega$ ,  $-\acute{\epsilon}\omega$ ,  $-\acute{\omicron}\omega$ , para el grupo  $-\rho\sigma-$ ). Por supuesto, cuando formas como  $\acute{\iota}\epsilon\rho\acute{\omicron}\varsigma$ ,  $\acute{\iota}\alpha\rho\acute{\omicron}\varsigma$ ,  $\acute{\iota}\rho\omicron\varsigma$  quedan muy separadas, es preciso dar referencias. Pero cuando una forma fonética dialectal no tiene correspondencia en ático, es absurdo reconstruir una forma ática: hay que dar la primera tal cual. Y lo mismo con las morfológicas.

En cuanto a la transcripción, cualquier criterio es admisible (véase infra II.8 el del *DGE*) con una condición: que no altere los rasgos fonéticos y morfológicos propios de los dialectos. No se puede, por ej., transcribir por  $\epsilon$  la  $\bar{\epsilon}$  de ciertos dialectos que carecen de  $\eta$ : se sugiere así que dichos dialectos poseen la oposición  $\bar{\epsilon} / \bar{\epsilon}$ , lo que no es verdad.

## 2. EL LÉXICO DE LOS DIALECTOS LOCALES

Lo primero que hay que decir de este léxico es que está insuficientemente recogido. Hay algunas colecciones de materiales, pero incompletas, en:

H. Van Herwerden, *Lexicum Graecum Suppletorium et Dialecticum*, Leiden 1910, 2 vols.

Fr. Bechtel, *Die griechische Dialekte*, tres vols., Berlín 1921-24 (a propósito de cada dialecto da su léxico más característico).

Los índices de obras de Dialectología como Thumb-Scherer, *Handbuch der griechischen Dialekte*, Zweiter Teil, Heidelberg 1959 o E. Schwyzer, *Dialectorum graecorum exempla epigraphica potiora*, Leipzig 1923. Aunque resulte extraño, en índices como éstos se encuentran cosas que faltan en *LSJ*.

En segundo término, no está hecha la historia del léxico de los dialectos griegos. Si la fragmentación de los dialectos en lo que respecta a sus caracterís-

ticas fonéticas y morfológicas está sometida a discusiones, en las que no podemos entrar aquí, un elemento mucho más fluido y sujeto a préstamos como es el léxico, es lógico que históricamente sea mucho menos seguible todavía.

De un lado, hemos dicho que nuestras inscripciones dialectales, procedentes en su mayor parte del s. IV a. C., contienen préstamos del ático, asimilados o no a la fonética de los respectivos dialectos. Y que en los textos dialectales literarios no siempre es fácil separar entre el léxico propiamente dialectal y los préstamos de tipo literario; insistiremos sobre este punto.

Por otra parte, habríamos de plantearnos el problema de los orígenes del léxico de los dialectos locales dentro de un panorama más amplio. Como en cualquier otro nivel de la lengua, en el léxico hay que distinguir entre arcaísmos, elecciones e innovaciones, aunque no siempre sea fácil decidir:

1. Arcaísmos. Por ejemplo, las coincidencias entre el léxico de Homero y el del micénico y también a veces el del arcadio-chipriota, sobre las que decimos algo infra, II.8, deben interpretarse como arcaísmos dentro de un grupo dialectal, ya sea el Griego Oriental del segundo milenio, ya un sector dialectal de él.

La no aparición de este sector del vocabulario en otros dialectos debe atribuirse, simplemente, a pérdidas sufridas por los mismos. Así, si ἄναξ 'señor' se encuentra en Homero, micénico y chipriota, pero no en otros dialectos, salvo como homerismo en lengua poética, la prueba de que también existió fuera de allí es el nombre Ἄνακες de los Dioscuros (y Ἄνακειον de su templo) en el Atica y otros lugares.

Muy concretamente, sobre la base de la toponimia del Atica y de diversas frases hechas y arcaísmos del ático hemos establecido en otros lugares<sup>1</sup> que el ático conoció en fecha antigua, hasta el s. VI a. C. inclusive, palabras que luego fueron eliminadas del mismo o reducidas a un empleo mínimo: palabras como ἄγαλαμα, ἀγορά 'asamblea', αἶθω, κρουνός, ζωστήρ, θέμις, μέγαρον, etc.

Así, en una cierta medida al menos, las diferencias léxicas entre los dialectos locales provienen de pérdidas de palabras radicales o derivadas. Estas pérdidas tuvieron lugar sin duda en áreas progresivamente más reducidas, según avanzaba la fragmentación dialectal. Pero ello no es todo.

2. Elecciones. Con frecuencia, la caracterización léxica de un dialecto depende de que se ha llegado a una elección entre pares de términos más o menos sinónimos: αἰρέω y ἀγρέω, πεδά y μετά, ἄν y κε. Sucede que, a veces, el término no elegido en un dialecto aparece ocasionalmente en él como arcaísmo: en ático hay derivados de ἀγρέω como ζωγρέω, κωλακρέτης < -γρέτης, etc.; en arcadio se halla εἰκ, lo que es una huella de κε en un dialecto que generaliza ἄν. Otras veces, hay dialectos que todavía no han hecho la elección: en micénico hay πεδά y μετά, mientras que los demás dialectos eligen.

<sup>1</sup> Cf. Francisco R. Adrados, «La toponimia y el problema de las *Ursprachen*», *Actas del V Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas*, Salamanca 1958, II, pp. 3-12; *Estudios de Lingüística General*<sup>2</sup>, Barcelona 1974, pp. 207-219; y «Orígenes del vocabulario ático», *Emerita* 22, 1954, pp. 123-162, 25, 1957, pp. 81-121.

3. Innovaciones. Si bien las raíces indoeuropeas que se encuentran en griego hay que suponer que estaban presentes desde el principio en todo él y que si faltan en un dialecto ello se debe a eliminaciones secundarias (aunque quizá, en algún caso, desde fecha muy remota), no todos los derivados y compuestos han de ser por fuerza pangriegos, sino que pueden haber surgido en tal o cual dialecto o lugar, difundiéndose posteriormente en un área más o menos vasta. La cronología es variable y difícil. A veces, se trata ya de extensiones que presagian la creación de la *koiné*, como hemos dicho; otras, pueden ser más antiguas. Es éste un dominio en el que se ha trabajado muy poco. Haría falta disponer de la totalidad de los datos; dispersión dialectal de las palabras, su frecuencia en cada dialecto, cronología de los testimonios.

En estas circunstancias, y mientras esta labor exhaustiva no se realice, un Diccionario general debe aspirar a recoger todas las palabras dialectales, con la máxima documentación respecto a su localización y cronología. Salvo frecuencia alta en un dialecto amplio que justifique que la palabra es, por ej., beocia, es más recomendable dar las localizaciones precisas.

### 3. EL LÉXICO DE LOS DIALECTOS LITERARIOS

Como hemos dicho, las lenguas literarias de Grecia no tienen, en términos generales, un léxico dialectal «puro», sino que contienen siempre una cierta dosis de léxico «literario». Procede muchas veces de Homero, en ocasiones introduciendo modificaciones diversas, conservando otras incluso la fraseología; así en la elegía, el yambo de un Arquíloco incluso, en Heródoto, en Heráclito, Esquilo, mélica, etc. Pueden encontrarse datos abundantes en obras sobre Historia de la lengua griega: Meillet, *Aperçu d'une Histoire de la langue grecque*<sup>1</sup>, París 1948; O. Hoffman, A. Debrunner, A. Scherer, *Historia de la lengua griega*, trad. esp., Madrid, 1973; R. Hiersche, *Grundzüge der griechischen Sprache*, Wiesbaden 1970. Añadimos en nota alguna bibliografía especializada, referente al conjunto de los problemas del léxico<sup>2</sup>.

Naturalmente, este elemento homérico aparece en gradaciones diversas. En ocasiones, desciende a un mínimo o desaparece y entra, en cambio, léxico popular o vulgar; así en Arquíloco, en Hiponacte<sup>3</sup>, en la Comedia. Y no es, tampoco, la única fuente del léxico literario y poético.

En artículos arriba citados he hecho ver que una parte del léxico de la

<sup>1</sup> Ob. cit., p. 306 ss.

<sup>2</sup> D. Page «Archilochus and the Oral Tradition», *Fondation Hardt, Entretiens X. Archilochus*, Ginebra 1964, pp. 117-181; M. Untersteiner, *La lingua di Erodoto*, Bari 1949; H. B. Rosén, *Eine Laut und Formenlehre der Herodotischen Sprache*, Heidelberg 1962; B. Snell, *Tyrtaios und die Sprache des Epos*, Göttingen 1969; E. M. Hamm, *Grammatik zu Sappho und Alkaios*, Berlin 1958; E. Risch, «Die Sprache Alkmans», *MH* 11, 1954, pp. 20-37; A. Sideras, *Aeschylus Homericus*, Göttingen 1971; etc.

<sup>3</sup> Cf. C. Nencioni, *Ipponatte nell'ambiente culturale e linguistico dell'Anatolia Occidentale*, I parte, Nápoles 19 0.

tragedia griega considerado como «poético» proviene, en realidad, del vocabulario común del ático del s. VI, en que nació la tragedia en Atenas. Como este léxico coincide ya con el homérico ya con el jónico, de ahí que posteriormente haya entrado léxico de estas procedencias en una función de mero léxico poético o literario.

Por otra parte, una nueva fuente de léxico poético fue la lírica coral. Hay que hacer constar que las lenguas literarias griegas arrancan, unas de los dialectos locales (jónico, lesbio, ático, laconio de Alcman), incrementados luego con léxicos homerizante; otras, de lenguas que fueron literarias desde el principio, difundidas por aedos y poetas viajeros; caso de la épica, la elegía y la lírica coral. Sobre un fondo, respectivamente, jónico y dórico, el influjo externo, literario, fue aquí mucho mayor. Concretamente, el dorio de la elegía fue un ligero barniz, unos cuantos fenómenos fonéticos aplicados solamente a un repertorio léxico muy limitado; esto es lo que ha hecho ver claramente para la lengua de los corales de la tragedia el libro de G. Björck, *Das alpha impurum und die tragische Kunstsprache*, Uppsala 1950.

Con elementos de varia procedencia e historia, las lenguas literarias de Grecia tenían por función primordial dar una definición formal y un tono emocional propio a los distintos géneros literarios o a distintas unidades literarias dentro de una misma obra. Esto es lo que hemos hecho ver para el teatro ático (tragedia y comedia, diálogo y corales) en un trabajo titulado «La lengua del teatro ático»<sup>1</sup>.

En términos generales puede decirse que en época arcaica y clásica tiende a desarrollarse en Grecia un léxico internacional, propio tanto de la poesía como de la prosa jónica. Hay, desde luego, determinadas excepciones y zonas aparte: léxico propiamente homérico, vulgarismos del yambo, etc. Así, surge el concepto de «vocabulario poético», muy útil para caracterizar los distintos estilos de la koiné; desempeña esa función independientemente de su origen. Por otra parte, la existencia de este dominio léxico, sobre todo relativo a la vida humana, el pensamiento y el sentimiento, permite hacer estudios de campos semánticos que operan con un material relativamente homogéneo. Esto ha sido probado en estudios como el de E. Gangutia sobre *El campo semántico Vida/Muerte de Homero a Platón*, Madrid 1977. Y en otros trabajos más, dirigidos por nosotros.

En cambio, la prosa ática, tras un momento inicial, el de Gorgias, fuertemente poetizante en lo relativo al léxico y en otros aspectos, nace en los años veinte del s. V a. C. como una fuerte reacción contra todo este ambiente léxico. Dado que la prosa ática (e incluso la Comedia) está caracterizada por la ausencia de una serie de palabras presentes en varios dialectos anteriores así como en poesía, presentes incluso en ático del s. VI a juzgar por nuestro estudio antes citado, y presentes luego también en koiné, surge la hipótesis de que el origen de esta prosa ha consistido, entre otras cosas que afectan a la

<sup>1</sup> En *Estudios sobre los géneros literarios*, Salamanca, Universidad, 1975, pp. 29-48.

sintaxis, etc., en una eliminación de un amplio sector del léxico. Es muy importante que la falta en los autores áticos de una palabra, en un Diccionario general, signifique precisamente que no la usan (salvo, a veces, en pasajes que buscan un tono poético, como ya hemos dicho).

Pero, al tiempo, la prosa ática comporta otro rasgo importante. El movimiento de la Ilustración aporta el desarrollo de una serie de hechos léxicos: creación de nuevos abstractos en *-μα*, *-σις*, de sustantivaciones con artículo; extensión de los adjetivos mediante el sufijo *-ικός* sobre todo, constituyéndose series correlativas del tipo *-τής* / *-τιή* / *-τισμός*, enorme desarrollo de la composición y derivación. Es el origen del léxico intelectual del griego de la koiné y, a la larga, de todas las lenguas del mundo. Es importante señalar las primeras apariciones de estas palabras, cuya historia no está escrita exhaustivamente.

Hay, sin embargo, que hacer constar que la creación de un léxico filosófico y científico es anterior a la prosa ática, que no hizo más que continuar el movimiento. Precisamente cuando estudiamos el léxico de autores como Heráclito y Parménides nos encontramos con que las mismas palabras, *λόγος* por ejemplo, están usadas ya en sentido vulgar, ya con especializaciones que responden a su pensamiento. En Hipócrates, que escribe en jónico, palabras jónicas normales y palabras homéricas son usadas con sentidos médicos muy precisos; e incluso palabras como las de las comidas o las estaciones tienden a tomar sentidos absolutamente precisos, carentes de toda ambigüedad<sup>1</sup>. Ya desde ahora la lengua científica tiende al ideal que la caracteriza, una palabra para cada concepto, un concepto para cada palabra. Pero con frecuencia quedan, incluso en unos mismos autores, huellas de los usos antiguos junto a los nuevos.

Así, a partir del jónico y otros dialectos de los filósofos y científicos y a través del ático, se va formando un nuevo sector del vocabulario griego que llega a época helenística y se desarrolla ampliamente en ella y en la romana. Es este un factor de continuidad. Pero no hay que olvidar, al tiempo, un factor de discontinuidad. Si, tras Homero y Hesíodo, la lengua poética y jónica forma un conjunto aproximadamente uniforme apto para el estudio de ciertos campos semánticos, la prosa ática es la tercera lengua griega aproximadamente uniforme. Con mucha frecuencia un mismo campo semántico se estructura de manera muy diferente al de la lengua jónica y poética. Con precedentes en la ciencia jonia surge ahora un nuevo universo mental, que en lo esencial ha continuado sin grandes rupturas. La estructuración del campo semántico de la Vida y la Muerte, a que aludíamos arriba, por ejemplo, está en Platón mucho más próxima al de nuestro vocabulario común que al del vocabulario griego precedente. A partir de esta época los conceptos que las palabras griegas revisten están mucho más próximos a los nuestros en sus definiciones y sus oposiciones.

<sup>1</sup> Cf. C. Roura, *El campo semántico «tiempo» de Homero al ático del siglo v*, Madrid 1970.

#### 4. EL «GRIEGO COMÚN» O KOINÉ

A lo largo del siglo IV, sobre todo en su última parte, se va creando el griego común o koiné, que dominará la escena durante las épocas helenística y romana y del cual nacerá el griego moderno; los dialectos antiguos van quedando arrinconados, convertidos en puramente locales.

La koiné nace, como es sabido, en torno al ático, usado como lengua franca desde el s. V en todo el Egeo, dominado políticamente por Atenas, y también en la corte de Macedonia. Es, en sustancia, un ático que ha perdido algunos de sus fenómenos fonéticos más llamativos y provinciales (ττ en vez de σσ, ρρ en vez de ρσ); que ha desarrollado ciertas evoluciones como οἶδαμεν, ἐθήκαμεν, con frecuencia con perfecta concordancia con otros dialectos; y que ha desarrollado asimismo un nuevo vocabulario, ya de origen dialectal, jónico sobre todo, ya integrado por toda clase de derivados y compuestos que continúan precisamente la lengua de la ilustración y el pensamiento ateniense.

A lo largo del s. IV vemos cómo las inscripciones de Delfos o Magnesia, por ejemplo, van siendo cada vez más invadidas por elementos áticos y que al vocabulario ático administrativo, legal e intelectual se extiende por doquier. Vemos también, en el dominio de la literatura, el proceso inverso: la entrada en la prosa ática del vocabulario extra-ático. Esto se ve, por ej., en Jenofonte, hombre que vivió casi siempre fuera de Atenas y que presenta términos dóricos y jónicos<sup>1</sup>. Pero se ve también en Platón, cuyos últimos diálogos, *Las Leyes* sobre todo, presentan un nuevo vocabulario que anticipa el de la koiné; precisamente su aparición gradual hace posible fechar relativamente los últimos diálogos<sup>2</sup>. Y es interesante notar cómo en Menandro, a fines del s. IV, son numerosísimas las palabras no testimoniadas en la literatura ática anterior<sup>3</sup>.

Es con frecuencia difícil fijar si este nuevo vocabulario procede de tal o cual dialecto. Lo más frecuente es que esté, al tiempo, en jónico y en poesía, pero puede faltar en tal o cual género poético o estar también en dorio. Sospechamos, en ocasiones, que parte de este vocabulario ha permanecido en ático en estado latente durante la época de la prosa anterior, proscrito por así decirlo de ella.

En cuanto a la koiné propiamente dicha, a partir del s. III a. C., para hacer el estudio de su vocabulario hay que distinguir tres sectores del mismo, por lo demás a veces entremezclados.

1. La koiné popular, conocida sobre todo por los papiros privados y por el Nuevo Testamento que desde el libro de A. Deissmann<sup>4</sup> sabemos que está

<sup>1</sup> Cf. Gauttier, *La langue de Xenophon*, Genève 1911.

<sup>2</sup> Cf. A. Diaz Tejera, «Ensayo de un método lingüístico para la cronología de Platón», *Emerita* 29, 1961, pp. 241-286.

<sup>3</sup> Cf. B. D. Durham, *The Vocabulary of Menander*<sup>2</sup>, Amsterdam 1969.

<sup>4</sup> *Licht vom Osten*, 4.ª ed. 1923.

escrito fundamentalmente en el griego hablado de la época. Desde el libro de Thumb<sup>1</sup> sabemos que el léxico de la lengua popular está lleno de dialectalismos, jonismos sobre todo. La gramática de Mayser ofrece largas listas de estas palabras<sup>1</sup>. Hay que añadir la floración de un nuevo léxico, incluso en koiné popular, al que ya hemos hecho referencia. Y la presencia de latinismos<sup>1</sup>.

La mayor parte del léxico de la koiné popular está recogida críticamente en el libro de Moulton-Milligan, *The vocabulary of the Greek Testament*, Londres 1930<sup>4</sup>.

2. El griego judaizante, no estrictamente distinto del anterior. Sobre todo para juzgar el griego de la versión de los LXX es necesario conocer los originales hebreos<sup>1</sup>, entre otra bibliografía. *El Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* de Kittel<sup>1</sup> es muy útil para el estudio del vocabulario griego como transcripción de un vocabulario y una ideología judías y cristianas.

3. La koiné literaria. En el s. III a. C. los escritos de los estoicos y otros filósofos, de tratadistas de Mecánica, Poliorcética y Ciencia Natural, de eruditos diversos, de historiadores, se escriben en una prosa que, aproximándose a la de la koiné popular por rechazar ciertos sectores de la gramática y el léxico áticos, está de todas maneras más próxima a la prosa ática. Y a partir del s. I a. C., con Dionisio de Halicarnaso y Cecilio de Caleacte, surge el movimiento aticista, que gradualmente vuelve a reintroducir la gramática y el léxico áticos, más ciertamente en unos autores que en otros. El movimiento culmina con la segunda sofística, en el s. II d. C.: Dión Crisóstomo, Luciano, Arístides, etc. Pero prosigue hasta el s. IV y aun hasta el V, aunque a partir de un cierto momento no es sólo el vocabulario ático el que es de nuevo usado, sino incluso el vocabulario poético. Himerio, en el s. IV d. C., toma a Safo por modelo.

Mucho más que por la gramática, los distintos géneros de la koiné literaria se caracterizan y diferencian por el léxico. Harían falta estudios exhaustivos, de tipo estadístico, para establecer las diferentes dosis de vocabulario ático y poético según la cronología (hay un aumento constante), los géneros literarios, los autores. Nosotros hemos utilizado este recurso para caracterizar estilísticamente y fechar las varias colecciones de fábulas esópicas anónimas<sup>1</sup>. El problema es semejante al de lenguas de vocabulario mixto, como el antiguo inglés (léxico germánico y latino) o el ruso (elementos del antiguo eslavo).

<sup>1</sup> *Die Griechische Sprache im Zeitalter des Hellenismus*, Estrasburgo 1901, 2.<sup>a</sup> ed. 1974, p. 210 ss.

<sup>2</sup> Cf. E. Mayser, *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit*, Berlín 1926-70.

<sup>3</sup> Cf. S. Daris, *Il Lessico latino del greco d'Egitto*, Barcelona 1971.

<sup>4</sup> Cf. también W. Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and other early christian Literature*, Chicago 1957.

<sup>5</sup> D. Hill, *Greek Words and Hebrew Meanings*, Cambridge 1967; S. Daniel, *Recherches sur le vocabulaire du culte dans la Septante*, París 1966.

<sup>6</sup> Stuttgart 1932-70; trad. italiana, Milán 1965-74.

<sup>7</sup> Francisco R. Adrados, *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*, Madrid 1948.

Pero mientras estos casos han sido objeto de algunos estudios estadísticos<sup>1</sup>, el campo en griego está prácticamente virgen desde este punto de vista. Y apenas contamos con instrumentos auxiliares. Lo más notable es la obra de W. Schmid, *Der Atticismus in seinen Hauptvertreter*<sup>2</sup>, Hildesheim 1964, que da listas de palabras áticas que vuelven a aparecer en los distintos aticistas. Pero, como se ha visto en II.2, apenas contamos para el griego de época helenística y romana con léxicos e índices.

De todas maneras, mientras esta deficiencia se subsana, es claro que un Diccionario general que quiera dar una imagen aproximada del léxico griego deberá registrar la reentrada en la literatura griega del vocabulario ático y poético desaparecido anteriormente. Los Diccionarios existentes son muy pobres a este respecto; un autor tan importante como Plutarco, por ej., está a este respecto muy poco utilizado. Más útiles son, sin embargo, para recoger las nuevas palabras derivadas o compuestas que constantemente se fueron creando en la literatura de la época helenística y romana.

En lo relativo al vocabulario específico de la literatura cristiana, presta un gran servicio el léxico patrístico de Lampe<sup>2</sup>, aunque se concentra más en la terminología teológica que en el léxico general de la lengua griega que se va creando y del que los autores cristianos participan igual que los demás.

---

<sup>1</sup> Cf. por ej., G. Herdan, *Quantitative Linguistics*, Londres 1964, p. 133 ss.

<sup>2</sup> Oxford 1961-1968 (2.<sup>a</sup> ed.)

## II.5 Micénico

### 1. LOS TEXTOS MICÉNICOS: SUS CARACTERÍSTICAS Y SU ESCRITURA

A partir del desciframiento de las tablillas micénicas el año 1953 por obra de Michael Ventris, tenemos a nuestra disposición textos griegos del s. XIII a. C. (los de Cnosos, en Creta, del XV según la opinión dominante), lo que por fuerza no puede dejar de aumentar, entre otras cosas, nuestro conocimiento del léxico griego. Aunque es cierto que el vocabulario de la épica, de Homero concretamente, conserva numerosos arcaísmos de fecha contemporánea a la de las tablillas micénicas; es sabido que la épica es una poesía tradicional que se transmitió durante mucho tiempo por vía oral y que conserva vocabulario, hechos gramaticales y datos culturales de fecha muy anterior a aquella, el s. VIII, en que se convirtió en obra literaria escrita. Así, numerosos rasgos de la Gramática y del vocabulario homéricos han sido encontrados en las tablillas.

Pero, naturalmente, el vocabulario de las tablillas debe ser estudiado por sí mismo. Junto a los términos también conocidos por Homero contiene otros muchos que luego fueron propios de varios dialectos o que son conocidos ahora por primera vez o con un significado nuevo. Otras veces, es muy difícil lograr la interpretación griega de una palabra micénica, por razón ya de la grafía ya de problemas generales de interpretación de las tablillas. A veces es seguro o probable, por lo menos, que se trata de un topónimo (y podemos incluso proponer una localización aproximada) o de un nombre de persona o un étnico o de una palabra referente a un determinado dominio (nombres de oficios, de plantas aromáticas, etc.)

Hoy día, tenemos a nuestra disposición, bien editadas en general, varios miles de tablillas micénicas, procedentes de los palacios de Pilos, Cnosos, Micenas, Tebas y Tirinto. Están escritas en un silabario, el llamado linear B, aunque éste se complementa con una serie de signos:

- a) Ideogramas o jeroglíficos: a veces son un dibujo que expresa claramente lo que representa, otras son más convencionales y difíciles de interpretar; en ocasiones se liga al ideograma un signo silábico para dife-

renciar entre varios significados del mismo ideograma: así en el caso de los ideogramas de la «tela», la «piel», etc. Hay ideogramas de personas, animales, unidades diversas de medida y peso, arras, muebles, vasijas, textiles, productos vegetales, metales, carros y sus piezas, etc. Sucede con frecuencia que en la misma o en distintas tablillas se dé, además de la transcripción por ideogramas, la normal por silabogramas.

- b) Numerales y unidades diversas: medidas de áridos, de líquidos, unidades de peso. En realidad, son ideogramas. En ocasiones conocemos las palabras griegas a que corresponden, en otras no.
- c) Signos silábicos usados como ideogramas (acrónimos): puede escribirse, por ej., *ko*, en vez del nombre completo del coriandro o culandro (*ko-ri-ja-do-no*). Otras veces preceden como adjuntos a un ideograma: así *o-* que indica que se trata de algo adeudado (*o-pe-ro* 'deuda').
- d) Monogramas: son especie de ideogramas cuyo origen, sin embargo, parece estar en la combinación o ligadura de silabogramas, no en una representación figurada de la cosa.

En definitiva el sistema, aunque posee desarrollos propios, es esencialmente el mismo que se encuentra en las lenguas del próximo Oriente escritas en cuneiforme: junto a estos silabogramas poseen ideogramas que son los mismos tratase de cualquier lengua (sumerio, acadio, asirio-babilonio, hetita, etc.). Es también el mismo sistema del minoico, escrito en Creta en la llamada escritura lineal A, predecesora de la lineal B que ya nota griego, en fecha anterior a la de ésta (primera mitad del segundo milenio a. C.).

Desde el punto de vista de la lexicografía hay que notar que no sólo los grupos de silabogramas, separados unos de otros por una rayita vertical, sino también los ideogramas y sus variantes, incluidos los numerales y demás y los monogramas, corresponden a unidades lexicales. El problema es que las más de las veces desconocemos su transcripción silábica, en escritura fonética a base de silabogramas, y más aún su transcripción en alfabeto griego. Pero aunque sea con un tratamiento especial, aparte, estos signos deben entrar en un diccionario griego: el desconocimiento de su fonética en ocasiones no estorba a que tengamos una idea, a veces muy precisa, sobre el significado. Así, en el caso de las unidades de capacidad para áridos podemos fijar aproximadamente la equivalencia con las nuestras; y cuando se refieren a la medición del grano, conocemos las áreas o superficies que representan, es decir, aquellas sembradas con tal cantidad.

Conviene que pasemos ahora, sin embargo, a ocuparnos de nuestro tema central: las palabras escritas en silabogramas. Pero para que el lector pueda apreciar mejor el estado de la cuestión de un tema que incluso a los helenistas de formación tradicional les es con frecuencia poco familiar, conviene decir algunas cosas sobre el carácter y contenido de las tablillas y sobre el sistema gráfico de la escritura lineal B.

Las tablillas que, procedentes de los palacios citados (en el caso de Micenas, de instalaciones exteriores), poseemos son de arcilla y están secadas al sol: sólo el incendio de los palacios, en el momento de la destrucción de éstos, ha hecho que se cocieran y ha posibilitado su conservación. Schliemann no las encontró en Micenas en sus excavaciones de 1876; sin duda las arrojó inadvertidamente con los escombros. Pero sí las halló Evans en sus excavaciones de Cnosos a partir de 1900 y las publicó, aunque incompletamente, en sus *Scripta Minoa*, I, de 1909 (sólo 14 tablillas) y otras publicaciones de 1935 y 1952. Las halló sobre todo Blegen en Pilos en 1939, siendo publicadas por Bennet en 1951. Sobre la base de estas tablillas, más explícitas que las de Cnosos, tuvo lugar el desciframiento de Ventris, que se apoyó tanto en el estudio de ideogramas y numerales como en un método combinatorio. Desde entonces ha aumentado progresivamente el número de inscripciones halladas en estos lugares y en Micenas, últimamente también en Tebas y Tirinto; y se han mejorado las lecturas, se han unido fragmentos, en suma, se ha hecho un importante trabajo editorial y, también, de interpretación.

Las tablillas proceden de los archivos de los palacios y se refieren a la administración de los reinos micénicos, estrictamente centralizados bajo el mando de sus reyes. Son la obra de un cuerpo de escribas, cuyas manos podemos en gran parte reconocer, y que usan un sistema gráfico, una lengua y unas convenciones que son en lo esencial las mismas.

Su contenido es nada literario, puramente administrativo. Hay listas de personal (de los santuarios, de los talleres textiles, de las fuerzas militares...); inventarios (de armas, muebles, vasijas, carros, rebaños...); relaciones de impuestos o prestaciones y su pago; otras referentes a las entregas de tierra por parte del palacio al personal, religioso y otro, del mismo; estipulaciones sobre ofrendas que deben hacerse en determinadas fechas a santuarios y dioses; etc. Estamos ante Estados muy centralizados en que lo político y lo religioso y económico se unen, a la manera de modelos orientales, desde Sumeria a la Creta minoica. Pero el detalle de las instituciones debemos deducirlo de las tablillas, más algunos datos de la arqueología; y a su vez estas tablillas debemos interpretarlas a partir de dichas instituciones. Hay, pues, un círculo vicioso, no siempre fácil de romper.

Aquí está la razón profunda de la dificultad de la interpretación del léxico micénico, sobre todo si se añade que se trata de anotaciones para personas que conocían perfectamente el contexto institucional. Estaban destinadas, parece, a ser destruidas, sólo conservamos las del último año de la vida de los palacios y eso gracias a la circunstancia del incendio. O sea, son anotaciones abreviadas que, una vez desaparecido el contexto institucional, resultan con frecuencia oscuras.

Pero la oscuridad aumenta, sobre todo, por causa del sistema gráfico. La escritura lineal B, deducida de la línea A, que notaba una lengua no griega, está muy mal adaptada a la lengua griega: a una misma notación pueden corresponder fonéticamente, con frecuencia, varias palabras griegas: y si el

contexto no es claro, es difícil elegir entre ellas. Con más razón en el caso de los nombres de persona y, sobre todo, los de lugar, que sin duda era frecuentemente de origen no griego.

He aquí algunos rasgos de dicho sistema gráfico:

a) No distingue oclusivas sordas, sonoras y aspiradas ni distingue entre *l* y *r*; no nota *m*, *n* ni, generalmente, *i* ante consonante, ni *l*, *m*, *n*, *r*, *i* en final.

b) En cambio, nota con una serie especial las labiovelares y conserva en ocasiones la yod indoeuropea (notada *j*), a más de la wau (*w*).

c) No distingue las cantidades de las vocales.

d) Como es imposible notar una consonante sola, hay que escribir un silabograma con una vocal puramente gráfica, que suele ser la de la sílaba siguiente.

e) Hay una serie de homófonos, dos signos que tienen o parecen tener el mismo valor. La nueva investigación ha resuelto a veces el problema, reduciendo, por ej., *a*<sub>3</sub> a *ai* y *a*<sub>4</sub> a *au*, con lo cual ciertas interpretaciones anteriores quedan descartadas. Otras veces el problema subsiste. Y continúan existiendo algunas silabogramas no interpretados o no interpretados con unanimidad.

En consecuencia, *a-ke-ra*<sub>2</sub>-*te* puede equivaler, entre otras cosas, a ἀγγείλαντες o ἀγείραντες, prescindiendo de que la fonética jónico-ática de estas dos transcripciones no es micénica; *ra-qi-ti-ra*<sub>2</sub> puede ser ῥαππρία 'mujer que cose' o λαμπρία 'portadora de una antorcha', entre otras cosas; etc. Si se añade que podemos imaginar palabras no conocidas por el griego posterior y aun palabras no griegas (sobre todo en los topónimos, por lo demás no siempre fáciles de aislar), las dificultades del tratamiento del léxico micénico son evidentes. Aunque no conviene exagerar: *wa-na-ka* es a todas luces Φάναξ, *te-o-jo* es θεοῖο, *ko-to-na* o *ko-to-i-na* es la κτοῖνα a que se refiere Hesiquio en su glosa: κτοῖναι δῆμος μεμερισμένος.

## 2. CÓMO TRATAR EL LÉXICO MICÉNICO

Estas circunstancias son las que hacen que el tratamiento del léxico micénico deba ser especial, aparte del del resto del griego. Esto nos resultó claro desde el principio en cuanto decidimos incorporar el léxico micénico al *DGE*.

Una cosa es evidente: no se puede incorporar directamente el léxico micénico dentro de un Diccionario griego normal como el *DGE*. No sólo una misma palabra micénica puede tener varias interpretaciones griegas, entre las cuales a veces se duda, sino que puede no tener ninguna o puede tenerla puramente conjetural. Pero tampoco parece justo dejar de tomar en cuenta en el Diccionario griego aquellos datos de interés que el léxico micénico puede aportar.

Por ello, en el caso del *DGE* hemos adoptado un sistema doble.

a) El *DGE* incluye referencias al *DMic.* (Diccionario Micénico) en aquellos lemas de los cuales se consideran transcripción determinadas palabras micénicas. Por ejemplo, en la palabra ἀγείρω se añade una referencia del

tipo *DMic. a-ke-ra<sub>2</sub>-te* (un part. de aor. de ese verbo, que es lo que se encuentra en las tablillas y es a su vez lema del *DMic.*). Ahora bien, cuando la propuesta de que el lema griego reproduce una palabra micénica es solamente verosímil, la referencia añade una (?). Por ejemplo, no sólo en ἀγείρω sino también en ἀγγέλλω se da una referencia a *a-ke-ra<sub>2</sub>-te*, sólo que aquí se añade (?). Naturalmente, este proceder supone una serie de tomas de posición que pueden tener un grado variable de acierto, como cualesquiera otras.

b) El *DMic.* se redacta ordenando los lemas micénicos por orden alfabético, con independencia de cuál sea la transcripción griega o de si hay una transcripción griega segura o verosímil. Cuando hay varias formas flexionales de un mismo nombre o verbo, se agrupan; pero cuando hay sólo una, sea cualquiera, es esa la que se da, sin reconstruir nominativos de singular o primeras personas también de singular.

Un Diccionario Micénico debe, por lo demás, atenerse a las normas generales de los Diccionarios bilingües, haciendo referencia al contexto y clasificando las acepciones de acuerdo con él. Solamente, el campo del Micénico es a veces tan problemático, que es justo que aquí se mencionen las diferencias de opinión, dando la bibliografía pertinente; incluso pueden tener acogida propuestas de transcripción al griego que no es lógico sean citadas en un Diccionario griego (el *DGE* en nuestro caso) para no dar una falsa impresión de seguridad.

Dada la naturaleza de los textos micénicos, el concepto de contexto no es idéntico al del resto del griego. En él entra el tipo de la tablilla: la serie a que pertenece (en relación con los ideogramas), el *set* o conjunto (e.d., la pertenencia a un mismo escriba como parte de un conjunto de documentos) y, sobre todo, la comparación con otras apariciones de la palabra: dada la escasez de los datos, el estudio debe ser exhaustivo. Piénsese que el estado fragmentario de muchas tablillas hace la tarea muy difícil, aparte de los problemas comunes a todas, ya mencionados.

Resultaría conveniente disponer de un Diccionario Micénico que, mediante signos especiales, notara todo lo que aporta de nuevo el Micénico al conocimiento del léxico griego: en palabras nuevas, variantes fonéticas o morfológicas nuevas, sentidos nuevos. Que diera una prosopografía micénica completa, sean transcribibles o no los nombres al griego y por muchas dudas que haya, que las hay, sobre si dos apariciones de un mismo nombre se refieren al mismo individuo o no. Que diera, igualmente, todos los datos de los topónimos, incluidas las propuestas de localización y prescindiendo, otra vez, de cuál puede ser la transcripción, para lo cual lo lógico es dar las propuestas sin garantía alguna sólo *exempli gratia*. Hay que añadir que el Diccionario debería ir acompañado, por razones expuestas más arriba, de una relación de ideogramas y sus variantes, monogramas y signos numerales o de unidades diversas, con las interpretaciones que para ellos disponemos y la equivalencia griega, cuando nos es conocida.

Hay que añadir que la tarea del autor de un Diccionario Micénico no termina cuando comprueba que tal palabra micénica es considerada como

transcripción de tal palabra griega. Por ejemplo, *qa-si-re-u* es reconocidamente βασιλεύς, pero traducir 'rey' es poca cosa; hay que diferenciarlo del *wa-na-ka* o Φάναξ, hay que decir algo sobre su papel como funcionario local, su estar sometido a contribuciones, etc. A veces la interpretación es controvertida, así hay dudas sobre la función de los *te-re-ta* (gr. τελεσταί) o los *e-qe-ta*, sobre lo que es en realidad la tierra *ki-ti-me-na* y la *ke-ke-me-na* (transcritas unánimemente como κτιμένα y κεκειμένα). El lexicógrafo, aquí como en tantas ocasiones, debe tomar posición sobre cuestiones de fondo y debe dar, además, una idea sobre las opiniones emitidas en cuanto presentan posibilidades serias. También debe señalar, en el caso de significados peculiarmente micénicos, la huella de su parcial perduración en el griego posterior.

### 3. ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL LÉXICO MICÉNICO

Propuesto este ideal, al que en alguna forma trata de aproximarse nuestro *DMic.*, es llegado el momento de hacer una exposición del estado actual del estudio del léxico micénico. Disponemos de varios léxicos y diccionarios, útiles pero ya anticuados por la existencia de nuevas y más completas ediciones de los textos y de estudios monográficos, filológicos y lingüísticos posteriores. Damos a continuación referencia de los mismos, para indicar seguidamente las obras que deben estar en la base de la confección de un nuevo Diccionario Micénico:

J. Chadwick y L. Baumbach, «The Mycenaean Greek Vocabulary», *Glotta* 41, 1963, pp. 157-271, completado por L. Baumbach, «The Mycenaean Greek Vocabulary, II», *Glotta* 49, 1971, pp. 151-190. Estos dos artículos recogen las palabras griegas que con mayor o menor verosimilitud se propone encontrar en los textos micénicos, para lo cual se da la documentación pertinente.

Anna Morpurgo, *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1963, 465 pp. Es nuestro léxico micénico fundamental. Es obra realizada con mucho cuidado filológico, aunque quizá en exceso escueta. Da las propuestas existentes, con bibliografía; no transcribe al alfabeto griego más que en casos de gran verosimilitud. Pero ha quedado muy anticuada.

Michel Lejeune, *Index inverse du grec micénien*. Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1964, 116 pp. Está escrito sobre la base del Léxico de A. Morpurgo, con ciertas adiciones; su utilidad principal es comparar, para la reconstrucción o interpretación, palabras cuyo comienzo se ha perdido.

Anna Morpurgo, «Ideogrammata Mycenaeva», *Atti e Memorie del I. Congr. Int. di Micenologia*, II, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1968, pp. 513-555. Mejora y pone al día, por lo que se refiere a este apartado, el *Lexicon*.

Anna Sacconi, «Gli ideogrammi micenei per le cifre ed i segni di misura», *Kadmos* 10, 1971, pp. 125-134.

Heinz Geiss (ed.), *Indices to Abbreviations and Adjuncts in the Knossos Tablets*. Berlín, Akademie der Wissenschaften, 1970.

O. Landau, *Mykenisch-Griechische Personennamen*. Gotemburgo, Universidad, 1958, 306 pp. Indispensable todavía para los antropónimos, pero terriblemente anticuado. Las propuestas de transcripción son con mucha frecuencia meras posibilidades, otras veces son imposibles por las nuevas lecturas o interpretaciones de silabogramas.

J. P. Olivier, L. Godart, C. Seydel, C. Sourvinou, *Index Généraux du Lineaire B*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1973, 407 pp. Es la base para cualquier Diccionario que pueda realizarse. Pero está ya parcialmente anticuado por la publicación posterior de tablillas de Tebas y Tirinto, de nuevas ediciones de las de Micenas y de los vasos y de uniones y añadidos a las de Cnosos. Hay que advertir que se refiere no sólo a los textos en silabogramas, sino también a los ideogramas.

*Acta Mycenaea, I: Minutes, Resolutions and Reports*. Salamanca, Universidad, 1972, 205 pp. En pp. XVI-XXIII se incluyen las «Final Resolutions», con las decisiones del Coloquio micénico de Salamanca sobre la transcripción de silabogramas e ideogramas.

Así, en definitiva, carecemos de un Léxico micénico completo, a la altura de nuestro conocimiento de los textos. Los que poseemos no incluyen los últimos hallazgos, ni son suficientemente explícitos. El atraso es especialmente notable por lo que respecta a los topónimos y más aún para los antropónimos; no hay ningún léxico especial de los mismos.

De todas maneras, hay que hacer constar que contamos hoy con ciertas ayudas para mejorar el tratamiento anterior del léxico micénico. Prescindiendo de los estudios monográficos relativos a cada palabra o a grupos de textos, hay que llamar la atención sobre los siguientes puntos:

a) La existencia de repertorios prosopográficos como son para Pilos el de Margareta Lindgren, *The People of Pylos. Prosopographical and Methodological Studies in the Pylos Archives*, Upsala 1973; y el de D. Ferrin Sutton, *An analytical Prosopography and statistical Guide to the Land Tenure Tablets from Pylos*, microfilm, University of Wisconsin, 1970.

b) El desarrollo de los estudios sobre las «manos» de los escribas, que ayudan a clasificar éstas en *sets*, con ventaja para su interpretación. Esto es lo que, para Cnosos, ha hecho J. P. Olivier en sus *Les scribes de Cnosos* Roma 1967; ha sido utilizado en la edición cuarta de estas tablillas. Sobre las de Pilos ha hecho estudios Bennet, estudios utilizados en la nueva edición de Bennet y Olivier. La nueva edición de las tablillas de Micenas de A. Sacconi incluye también estudio de las manos.

c) El avance sobre la localización de los topónimos, en buena medida en conexión con los estudios sobre los *sets* y las manos. Para esto conviene referirse a nuevos estudios de Was, Palmer, Hiller, Shelmerdine y Chadwick, entre otros.

He aquí ahora la situación de las obras generales sobre Gramática. Tenemos:

E. Vilborg, *A tentative Grammar of Mycenaean Greek*, Gotemburgo, 1960,

169 pp. Util para su tiempo, esta Gramática ha quedado anticuada ante los nuevos textos, las nuevas ediciones y las nuevas interpretaciones.

Anton Scherer, «Mykenisch» en *Handbuch der griechischen Dialekte*, II, 2.<sup>a</sup> ed. Heidelberg, Winter, 1959. Buena exposición, pero esquemática y con los inconvenientes de la obra anterior.

Michel Lejeune, *Phonétique Historique du Mycénien et du Grec Ancien*. París, Klincksieck, 1972, 398 pp. Obra más al día, pero referida sólo a la Fonética y no exhaustiva.

Hay que anotar que el trabajo de detalle realizado sobre problemas concretos de Gramática micénica, que afectan a todo Léxico micénico que pueda redactarse, es muy amplio. No está recogido sistemáticamente en parte alguna: hay que buscarlo, así como trabajos especiales sobre el Léxico, en los repertorios bibliográficos de que hablaremos más adelante.

Así, pues, puesto que la Lexicografía micénica debe hacerse, en definitiva, a partir de las ediciones de textos y de los trabajos de interpretación de los mismos, resulta a todas luces conveniente presentar el estado en que se encuentran dichas ediciones, así como la bibliografía. Comencemos por las primeras.

#### 4. LAS EDICIONES DE TEXTOS MICÉNICOS

Para cada grupo de tablillas tenemos una edición standard, que mencionaremos junto con la indicación de la bibliografía suplementaria. Para las tablillas de Pilos:

Emmet L. Bennet Jr., Jean-Pierre Olivier, *The Pylos Tablets transcribed*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1973. 287 pp. Incluye todas las tablillas que han ido añadiéndose, en las nuevas campañas, a las primeramente publicadas, así como nuevas lecturas. Las notas son un verdadero aparato crítico. Los autores prometen la publicación de un segundo tomo, con el estudio sobre las manos, un Índice y apéndices. La edición no comprende dibujos (para lo cual hay que referirse a la anterior edición, de Bennet, 1955), ni fotografías.

Para las de Cnosos:

J. Chadwick, J. T. Killen, J. P. Olivier, *The Knossos Tablets*, fourth edition. Cambridge University Press, 1971, 472 pp. Esta edición supera en mucho a las anteriores, aunque sigue sin comprender dibujos ni fotografías. Ahora bien, posteriormente a la publicación de la misma, se han publicado uniones de tablillas ya conocidas, así como fragmentos nuevos, material todo él que falta todavía en *Index Généraux...* citado arriba:

L. Godart, J. P. Olivier, «Nouveaux fragments de tablettes en Linéaire B de Cnosos», *BCH* 97, 1973, pp. 5-22.

J. Sakellarakis, J. P. Olivier, «Deux fragments de tablettes en Linéaire B de Cnosos au Musée National d'Athènes», *AAA* 5, 1972, pp. 289-292.

L. Godart, J. P. Olivier, «119 raccords et quasi-raccords de fragments dans les tablettes de Cnosos», *SMEA* 15, 1972, pp. 33-50.

L. Godart, J. P. Olivier «98 raccords et quasi raccords de fragments dans les tablettes de Cnossos», *Minos* 13, 1972, pp. 113-129.

Para las tablillas de Micenas:

Anna Sacconi, *Corpus delle iscrizioni in lineare B di Micene*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1974, 150 pp. Es la edición más al día: además de una nueva lectura y un aparato crítico, comporta dibujos y fotografías de las tablillas. Da además una clasificación por escribas.

Para las tablillas de Tebas:

Th. G. Spuropulos, J. Chadwick, *The Thebes Tablets II*. Universidad de Salamanca, 1975, 120 pp. Aumenta mucho el material de la anterior edición (es posterior a *Index Généraux...*)

Para unas pocas inscripciones de Tirinto, aparecidas últimamente (y, por tanto, no incluidas en *Index Généraux...*):

L. Godart, J. P. Olivier «Nouveaux Textes en Linéaire B de Tyrinte», *AAA* 7, 1974, pp. 25-26.

Para las inscripciones en los vasos:

Anna Sacconi, *Corpus delle iscrizioni vascolari in lineare B*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1974, 246 pp. Esta edición sustituye con ventaja a la de Raison, utilizada en *Index Généraux...* Está hecha con criterio epigráfico y comporta, a más de la edición, aparato crítico, dibujos, fotografías y tablas. Añade inscripciones nuevas y elimina otras que no son de lineal B.

## 5. BIBLIOGRAFÍA MICÉNICA

Siendo imposible intentar aquí una Bibliografía Micénica extensa, añadimos a la dada más arriba, relativa a Léxicos, Gramáticas y Ediciones, alguna de la más fundamental, dividida en cuatro apartados: obras generales y colecciones de artículos; Actas de Congresos, Homenajes; Revistas; y Repertorios bibliográficos:

a) *Obras generales y colecciones de artículos*. Las dos obras generales más notables son *Documents in Mycenaean Greek* de M. Ventris, J. Chadwick (2.<sup>a</sup> ed. de J. Chadwick, Cambridge 1973) y *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts* de L. R. Palmer (2.<sup>a</sup> ed., Oxford 1969). Hay que añadir los tres volúmenes en que se recogen los artículos científicos de M. Lejeune, titulados *Mémoires de Philologie Mycénienne* (1.<sup>a</sup> serie París 1958, 2. Roma 1971, 3.<sup>a</sup> Roma 1972); el volumen de C. J. Ruijgh, *Études sur la Grammaire et le Vocabulaire du Grec Mycénien*, Amsterdam 1967; y el tomo de homenaje a J. Sundwall titulado *Minoica* y publicado en Berlín, 1958.

b) *Actas de Congresos*. Están en primer término las *Actas* de los cinco coloquios celebrados en París 1956, Pavia 1958, Wingspread 1961, Cambridge 1964 y Salamanca 1970; han aparecido, en los lugares citados, en los años 1956, 1958, 1964, 1966 y 1972. Se añaden los *Studia Mycenaea*, Brno 1965, actas de un congreso celebrado en dicha ciudad en 1966; y los *Atti* del Congreso de Roma de 1967, publicados en 1960.

c) *Revistas*. Se dedican a la Micenología y dominios conexos las siguientes revistas: *Kadmos* (Manchester, Walter de Gruyter); *Minos* (Universidad de Salamanca); *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* (= *SMEA*, Roma, Istituto di Studi Micenei). Se ocupan con frecuencia de estos temas otras muchas revistas filológicas y arqueológicas.

d) *Repertorios bibliográficos*. Hay el de E. Grumach, *Bibliographie der Kretisch-Mykenischen Epigraphik*, Munich y Berlín 1963; hay un suplemento para la bibliografía de los años 1962-1965, publicado en 1967. Aparte de esto, existen cuatro publicaciones utilizadas, que aparecen periódicamente:

*Nestor*, editado por Bennet en la Universidad de Wisconsin y enviado por páginas sueltas, según aparece.

*Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialect*, que salen anualmente (con un cierto retraso) en el Institute of Classical Studies de Londres, editados por J. J. D. Richardson. Es una publicación muy útil que contiene lista de autores, lista de palabras micénicas estudiadas (con indicación de las nuevas propuestas), índices de tablillas estudiadas. L. Baumbach ha publicado en un tomo (Roma 1968) los volúmenes correspondientes a 1953-64.

*Epigrafía Jurídica Micénica*, obra de Francisco R. Adrados y Francisco Aura Jorro y publicada cada tres o cuatro años en la revista romana *Studia et Documenta Historiae Iuris*. Ha salido cinco veces. Presenta y comenta las publicaciones fundamentales sobre epigrafía, ediciones, gramática, arqueología, etc., y, más detenidamente, todo lo relativo a Instituciones micénicas.

*Die Aegäische Frühzeit*, una serie de informes (han salido seis) firmados por F. Schachermeyr sobre progresos en el estudio arqueológico e histórico del mundo egeo. Aparecen en el *Anzeiger für die Altertumswissenschaft*, de Viena.

Naturalmente, se encuentran también datos en publicaciones bibliográficas generales, sobre todo *L'Année Philologique* de París y la *Bibliographie Linguistique* publicada en Utrecht por la UNESCO.

## 9. ALGUNOS RASGOS DEL LÉXICO MICÉNICO

Lo primero que hay que notar es que conocemos el léxico micénico por unos documentos muy especiales, según hemos dicho: de ahí que dicho conocimiento sea fragmentario y nos dé una idea imprecisa sobre el léxico micénico en general. Por ejemplo, conocemos muy pocos verbos y éstos en muy pocas formas flexionales; y es paupérrima la documentación del vocabulario abstracto y del de tipo intelectual en general. En cambio, conocemos bien el de toda clase de productos animales, vegetales, minerales, etc., armas, utensilios, etc., y el vocabulario político y administrativo. Aunque en la interpretación de esta zona léxica encontramos, ya dijimos, grandes dificultades.

Pero aun en estos dominios hay sin duda lagunas. Piénsese que nuestros documentos son los archivos de palacio, y que instituciones, dioses, etc., que

caen fuera de la esfera del palacio real, no se recogen o se recogen sólo indirectamente.

De todas maneras, todas estas zonas léxicas aumentan grandemente nuestro conocimiento del léxico griego, aunque el detalle del significado difiera a veces del que tenían las mismas palabras en época clásica. También es sumamente importante el enriquecimiento de nuestro conocimiento de los antropónimos: el encontrar usados por personas comunes nombres como los de Teseo, Eteocles, Aletrión, etc., que sólo conocíamos atribuidos a personajes del mito o de la leyenda épica. Y el dato de la existencia de una amplia serie de topónimos que apenas podemos reducir a los griegos posteriores; sean griegos o no, es claro que eran usados en la época y, quizá, en fecha posterior también.

Hay que añadir un criterio que explica las anomalías del léxico micénico; su carácter dialectal. El micénico es el único dialecto griego que conocemos directamente en su estado del segundo milenio a. C. Ya hemos dicho que pertenece al grupo dialectal griego oriental, a una fase previa a los dialectos del primer milenio, tal como quedaron constituidos, y al mismo dialecto homérico. Es decir, tanto en Homero como en ciertos dialectos del grupo oriental se conservan palabras micénicas, sin que esto quiera decir que sean exactamente derivados del Micénico. Hoy más bien vemos al Micénico como una lengua de cancillería, al lado de la cual habría variantes cuya relación con los dialectos posteriores sería fluyente. Por otra parte, dado el arcaísmo del Micénico es aceptable en principio la idea de que contenga arcaísmos léxicos conservados sólo en tal o cual dialecto oriental o incluso occidental y desaparecidos de otros, incluso de Homero. Aparte de que el distinto carácter de la Epopeya y de unos documentos burocráticos es suficiente para explicar la sola parcial coincidencia entre una y otros<sup>1</sup>.

Con todas estas cauciones y la ulterior de que el léxico es el elemento de la lengua menos estrechamente ligado a las divisiones dialectales, no deja de ser importante estudiar las coincidencias entre el léxico micénico y el de Homero y los dialectos posteriores. Hay que estudiarlas, por supuesto, al tiempo que hechos de Fonética y Morfología. Estas coincidencias aparecen con la mayor frecuencia entre Micénico y dialecto homérico, Micénico y Arcadio-Chipriota, Micénico y Eolio. O entre más de dos de estos dialectos: *δέπας* 'copa' y *φάσγανον* 'espada', por ejemplo, que a nosotros nos suenan como palabras poéticas de Homero, son los términos normales en Micénico y, según los glosarios, también estaban en Chipriota. O bien coexisten en Micénico palabras entre las que luego eligen los dialectos posteriores, así las preposiciones *μετά* y *πεδά*. Por supuesto, el Micénico también puede estar, por su arcaísmo, completamente aislado. Así *pa-ro* o sea *πάρος* funciona aquí como preposición, mientras que los dialectos posteriores dejan *πάρος* como adverbio y generalizan como preposición *πρός* y otras formas. Ocurre en

<sup>1</sup> Véanse detalles en Francisco R. Adrados, «Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico», *Emerita* 44, 1976, pp. 65-113.

otras ocasiones que la contrapartida griega de la forma micénica sólo muy tarde está documentada, lo cual no quiere decir que no haya existido antes: así *ke-do-si-ja* 'taller textil' pertenece a la familia de γέρδιος, 'tejedor' no testimoniada hasta fecha tardía por su carácter técnico.

No podemos entrar aquí en el detalle, pero es claro que el estudio del léxico micénico en este marco y teniendo al tiempo en cuenta las diferencias de fecha y el carácter documental de nuestras tablillas, es susceptible de mejorar nuestro conocimiento de los dialectos griegos y de su historia, incluida la historia del dialecto homérico. Y, también, el conocimiento del léxico griego en general: vocabulario técnico, antropónimos, topónimos, etcétera.

## II.6 Etimología

### 1. LEXICOGRAFÍA Y ETIMOLOGÍA

La consideración de la etimología en un libro de lexicografía se justifica porque es nuestro instrumento para penetrar en la prehistoria del léxico de una lengua, en nuestro caso del Griego.

Efectivamente, un Diccionario griego de corte tradicional suministra los materiales a partir de los cuales podría escribirse la historia del vocabulario griego; desarrollo y cronología de las nuevas formaciones, de los nuevos significados de las palabras, de la nueva estructura de los campos semánticos y de las subclases de palabras. Es lo que, para los dos primeros de los cuatro apartados que acabamos de mencionar, intenta hacer en alguna medida el *Dictionnaire Etymologique de la Langue Grecque. Histoire des mots*, de Pierre Chantraine<sup>1</sup>. Pero esos mismos Diccionarios tradicionales no ofrecen la posibilidad de reconstruir en algún modo la prehistoria del léxico griego si no van acompañados de una parte propiamente etimológica.

La etimología del griego no debe limitarse a dar el entroque indoeuropeo o no indoeuropeo de las diferentes raíces. A veces es posible etimologizar no sólo las raíces, sino las palabras de ellas derivadas, anteriores a la creación del Griego propiamente dicho. Y es importante ver, dentro del dominio indoeuropeo, cuáles son las lenguas que comparten con el Griego esas palabras o raíces: éste es el instrumento que permite decidir a qué área dialectal indoeuropea pertenecía el griego, qué relaciones tiene con tales o cuáles lenguas indoeuropeas. Apoyándose sobre todo en el vocabulario Porzig<sup>2</sup> ha establecido un estrecho parentesco del grupo del Indo-iranio, el Griego y el Armenio, grupo ligado a su vez de una manera a veces más laxa con el del Báltico y Eslavo. No se trata sólo de que estas lenguas conserven las mismas raíces, sino también de que han desarrollado derivados comunes y aceptado evoluciones semánticas también comunes.

---

<sup>1</sup> París, Klincksieck, 1968 y ss.

<sup>2</sup> *Die Gliederung des Indogermanischen Sprachgebietes*, Heidelberg, Winter, 1954.

El estudio etimológico es útil también para establecer las conexiones no indoeuropeas del Griego, ya se deban a razones de substrato, de adstrato o de préstamo. Este estudio tiene un valor muy grande para establecer una serie de hechos de gran significado histórico o histórico-cultural, relativos a las relaciones de los griegos con las distintas poblaciones que conquistaron o con las que entraron en contacto y que influyeron poderosamente sobre ellos. El ideal es establecer una cronología de estos contactos y precisarlos lo más posible.

Estos contactos son en ocasiones con lenguas indoeuropeas no griegas: a veces es seguro, otras es en todo caso una hipótesis. Aunque el límite entre lo que es Griego, lo que es Indoeuropeo no griego y lo que es no indoeuropeo es con frecuencia muy difícil de trazar y está sometido a teorías y opiniones sobre las que trataremos de dar una idea.

Finalmente, en el caso de cualquiera de estos sectores del léxico queda pendiente la cuestión de si se trata de raíces o palabras pangriegas o de si están limitadas a ciertos dialectos (que eventualmente tienen relaciones directas con ciertas lenguas indoeuropeas vecinas). Pero con frecuencia estos hechos dependen de innovaciones de fecha griega, tales como la eliminación de algunas palabras en ciertos dialectos; hablamos de ello en II.4.II.2. En todo caso, el etimólogo está obligado a dar la etimología de todas las palabras griegas, en la medida en que esto es posible, y luego el Diccionario ha de reseñar su difusión dentro del cuadro de los dialectos.

## 2. ESTADO ACTUAL DE LA ETIMOLOGÍA GRIEGA

Una serie de Diccionarios sucesivamente aparecidos y que recogen lo esencial de la investigación, desperdigada en libros y artículos de revista, nos ofrecen el cuadro de lo que sabemos sobre etimología griega palabra por palabra; hay que añadir los estudios generales sobre problemas que afectan al total de la etimología del léxico griego y a los que más adelante haremos referencia. Los Diccionarios etimológicos son, por orden cronológico, los siguientes:

G. Curtius, *Grundzüge der griechischen Etymologie*, 1.<sup>a</sup> ed., Leipzig 1858-62, 5.<sup>a</sup> 1879.

W. Prellwitz, *Etymologisches Wörterbuch der griechischen Sprache*, Göttingen 1892, 2.<sup>a</sup> ed. 1905.

E. Boisaq, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Heidelberg 1907, con varias reediciones.

J. B. Hofmann, *Etymologisches Wörterbuch des Griechischen*, München 1950.

H. Frisk, *Griechisches Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg 1954-72.

P. Chantraine, *Dictionnaire Etymologique de la Langue Grecque. Histoire des mots*. Paris, Klincksieck, 1968 ss.

Junto a los Diccionarios etimológicos del Griego son de utilidad los del Indoeuropeo y los de lenguas indoeuropeas diversas. Destacamos entre ellos:

J. Pokorny, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, Berna 1959-69.

A. Walde, J. B. Hoffmann, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg 1938-54.

Mientras que los Diccionarios de Curtius y Prellwitz pueden considerarse superados, todos los demás son dignos de ser utilizados. Concretamente, el de Frisk, que está más al día en cuanto incluye la nueva bibliografía<sup>1</sup> y elimina hipótesis hoy generalmente desechadas, no anula enteramente a los de Boisacq, Hofmann, Pokorny y Walde-Hofmann. Estos ofrecen con frecuencia bibliografía más amplia y una mayor explicitud; no todo lo que ha dejado fuera Frisk carece de interés. En cuanto al Diccionario de Chantraine, si bien con frecuencia se limita a extractar a Frisk, contiene algunos datos nuevos y observaciones agudas relativas al significado de las palabras.

Puede decirse, resumiendo el panorama que ofrecen estos Diccionarios, que no hay entre ellos demasiadas diferencias. Todos presentan un *corpus* de palabras griegas con etimología indoeuropea clara o aceptada como tal; la verdad es que son relativamente escasas. Para una zona muy grande del vocabulario griego o no existe etimología en absoluto o se dan etimologías griegas a las que no se atribuye gran seguridad. Hay luego un gran número de palabras para las que existen propuestas de etimología ya a partir de lenguas indoeuropeas no griegas (el «pelásgico» y lenguas minoraisáticas sobre todo) ya a partir de lenguas no indoeuropeas, por lo demás difíciles de precisar. Los límites entre estas interpretaciones son fluyentes. Así, lo más común es que los Diccionarios califiquen ciertas palabras como «mediterráneas» o «pregriegas», simplemente: palabras como los nombres del ciprés (*κυπάρισσος*), el olivo (*ἐλαία*), el vino (*οἶνος*) y tantas otras. Esto es poco comprometido, pero no nos lleva muy lejos. Lo que no existe en ninguna parte es un repertorio que recoja la totalidad de adscripciones atribuidas por los diferentes lingüistas a este vocabulario no griego.

Dentro del vocabulario propiamente griego pensamos que existe un gran desfase al manejar los autores de Diccionarios la teoría larinal en una forma insuficiente. No sólo se hace imposible establecer relaciones internas entre las que son, pensamos, variantes de una misma raíz, sino que no se llega a establecer correctamente la formación de las palabras (grados de alternancia, etc.) De esto nos ocupamos infra, 3. Allí hablamos también de otros puntos en los cuales una concepción más realista de la evolución fonética es susceptible de mejorar nuestro conocimiento sobre la etimología y las relaciones internas de muchas palabras. El influjo de la etimología neogramática, en suma, es todavía omnipresente; a él se debe el que, como decimos, de Boisacq hasta aquí se haya progresado, en realidad, poco.

También debe aumentarse la utilización del micénico, muy tímida en Frisk, algo mayor en Chantraine. Y es lamentable que los Diccionarios etimológicos simplemente no mencionen muchísimas palabras, sobre todo

<sup>1</sup> Hay que tener muy en cuenta el tercer tomo, aparecido en 1972, que contiene una importante serie de «Nachträge» o Addenda.

glosas de Hesiquio, que permiten a pesar de todas sus dificultades establecer una relación con otras palabras sí mencionadas. Por ejemplo, el Diccionario de Frisk tiene un artículo relativo a *μήκων*, pero no a *βηκίωνιον*, evidentemente emparentados. Basta echar una ojeada al Índice de palabras del libro de Furnée mencionado abajo, en 4, y a otra bibliografía sobre el vocabulario no griego, para encontrar en nuestros Diccionarios etimológicos numerosísimas lagunas.

Otro problema grave es el de la toponimia, muy explotada en las investigaciones sobre las lenguas pregriegas, pero que nunca ha sido sometida a un tratamiento sistemático. No es fácil recoger los datos relativos a hipótesis sobre los distintos topónimos. Y, sin embargo, la decisión sobre los elementos no griegos del vocabulario griego pende en buena medida de lo que se opine sobre el origen de la toponimia griega.

### 3. PALABRAS DE ORIGEN GRIEGO

#### A) *Avances en la teoría laringal*

El avance mayor que puede lograrse en lo relativo a estas palabras es, en opinión de los autores de este libro, la aplicación de las conclusiones sobre la evolución de las laringales en Griego antiguo en *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, de uno de los autores del mismo<sup>1</sup>.

Son estas ideas las que han sido aplicadas en la parte etimológica del *DGE* por Francisco Rodríguez Adrados y Francisco Villar. Resulta imposible dar aquí el detalle de las mismas, que en definitiva se centran en admitir la existencia de seis laringales; tres palatales, con los timbres *e*, *a* y *o* (laringales  $H_1^1$ ,  $H_2^1$  y  $H_3^1$ ), y tres velares, también con esos mismos tres timbres ( $H_1^2$ ,  $H_2^2$  y  $H_3^2$ ). La fecundidad de los resultados alcanzados se deduce no solamente del libro citado, en que se establecen relaciones etimológicas entre raíces antes consideradas independientes y se explica la relación entre variantes de las mismas, sino también de diversas obras sobre la morfología del Indoeuropeo, que es susceptible de ser renovada por esta vía<sup>2</sup>.

En líneas generales, de todas maneras, los principales resultados de esta nueva versión de las laringales son los siguientes:

a) En inicial ante vocal las dos series se neutralizan, con lo que las laringales tiñen la vocal que sigue con su timbre respectivo, sin más: en esto se continúa la teoría tradicional ( $\alpha\gamma\omega < *H_2eg\bar{o}$ , etc.)

<sup>1</sup> Francisco Rodríguez Adrados, *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, 2.ª ed., Madrid, C.S.I.C., 1973. Cf. también Alberto Bernabé, *Hetita y laringales indoeuropeas*, tesis doctoral inédita, Madrid 1973, «Resultados en griego de las raíces con dos laringales (tipo HEH-)», *RSEL* 5, 1975, «A Critical Review of some interpretation of the IE long diphthongs», *Archivum Linguisticum* NS 7, 1976.

<sup>2</sup> Cf. Francisco Rodríguez Adrados, *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo* 2.ª ed. aumentada, Madrid, C.S.I.C., 1974; Francisco Villar, *Origen de la flexión nominal indoeuropea*, Madrid, C.S.I.C., 1974; Francisco Rodríguez Adrados, *Lingüística Indoeuropea*, Madrid, Gre-dos 1975.

b) También en el grupo vocal + laringal + consonante, en pronunciación tautosilábica, desaparecen los apéndices: el resultado es una vocal larga del timbre de la laringal. También aquí se siguen ideas anteriores ( $\tau\acute{\iota}\theta\eta\mu\iota < *dheH_1-$ ).

c) En cambio, los apéndices dejan huella de su existencia entre consonante y vocal ( $\delta\acute{\epsilon}\rho\alpha < g^u\epsilon rH_3^u$ ;  $\beta\acute{\alpha}\lambda\lambda\omega < \beta\alpha\lambda\iota\omega < g^u\epsilon lH_1^l$ ); tras vocal cuando hay tratamiento disilábico ( $\pi\acute{\lambda}\epsilon\omega$  al lado de  $\pi\lambda\omega-$ , de  $*pleH_3^l$ ;  $\delta\alpha\acute{\iota}\omega$  al lado de  $\delta\eta-$ , de  $*deH_1^l$ ); en vocalizaciones entre consonantes ( $\zeta\upsilon\gamma\acute{o}\nu$ , grado cero de  $*HeH_3^u$  junto al pleno  $\zeta\acute{\omega}\nu\upsilon\mu\iota$ ;  $\pi\acute{\iota}\nu\omega$ , grado cero de  $*peH_3^l$ , junto al pleno  $\pi\acute{\omega}\nu\omega$ ). Con esto damos sólo los casos más notables.

Esta teoría supone una regularidad en la evolución fonética siempre que se dan las mismas circunstancias. Admite, por supuesto, regularizaciones de tipo analógico, como la que hace que en  $\gamma\acute{\epsilon}\nu\omicron\varsigma$  no se halle huella de la  $u$  que se esperaba. Aparte de ello, admite la existencia de alófonos libres en estos tres casos:

a) Diferencias de silabación. Debido a ellas, encontramos junto a formas con  $\bar{a}$  (tautosilábicas) otras con  $eu$  o  $ou$  disilábicas, en las que la laringal es  $H_2$ : deja huella el apéndice, pero el timbre de la vocal precedente no es afectado, según hemos visto. En otras raíces, junto a formas con  $\bar{a}$ , las hay con  $ei$  o  $oi$ : se trata de raíces con  $H_2^l$ . Paralelamente, hay alternancias  $\bar{e}/eu$ ,  $ei$  (y  $ou$ ,  $oi$ );  $\bar{o}/eu$ ,  $ei$  (y  $ou$ ,  $oi$ ). Sólo así es posible explicar la relación entre formas como  $\acute{\epsilon}\pi\lambda\epsilon\upsilon\sigma\alpha / \acute{\epsilon}\pi\lambda\omega\sigma\alpha$ ,  $\chi\acute{\epsilon}\rho\omega / \chi\acute{\omega}\nu\upsilon\mu\iota$ ,  $\kappa\acute{\omega}\mu\alpha / \kappa\epsilon\acute{\iota}\mu\alpha\iota$  y tantísimas otras más.

b) Geminaciones de la laringal. A ellas se deben alternancias del tipo  $\bar{a}/\bar{a}u$  (y  $eu$ ), con otras paralelas. Así, junto a  $v\acute{\alpha}\nu$  hay  $v\acute{\alpha}u\varsigma$ ,  $v\acute{\alpha}\rho\omega$  y también  $v\acute{\epsilon}\rho\omega$ , de  $*neH_2^l$ .

c) Vacilaciones de timbre en las vocalizaciones. Cuando la laringal vocaliza entre consonantes ya hemos dicho que puede dejar una vocal de igual timbre que su apéndice; es decir,  $u$  o  $i$ . Pero también existen vocalizaciones  $a$  (e incluso  $au$  y  $ai$ ) de las mismas raíces; hay  $\gamma\acute{\epsilon}\nu\upsilon\varsigma$  junto a  $\gamma\nu\acute{\alpha}\theta\omicron\varsigma$ ,  $\mu\omicron\lambda\acute{\upsilon}\nu\omega$  junto a  $\mu\acute{\epsilon}\lambda\alpha\varsigma$ ,  $\kappa\omicron\mu\acute{\iota}\zeta\omega$  junto a  $\kappa\acute{\alpha}\mu\alpha\tau\omicron\varsigma$ , los dos primeros casos de raíces en  $H^u$  (el timbre es indiferente), el tercero en  $H^l$ . Estas vacilaciones, dependientes de tendencias contrapuestas, ya asimilatorias de los fonemas vecinos, ya a la máxima diferenciación de abertura entre los elementos de la sílaba, se dan también en el caso de la vocalización de las demás sonantes, véase más abajo. Las regularizaciones posteriores no afectaron a palabras que habían quedado semántica o morfológicamente disociadas.

Aplicando esta doctrina, aquí sólo mínimamente desarrollada, se puede introducir una racionalidad mayor en las etimologías habituales del griego. Por ejemplo, es bien conocido el parentesco etimológico de las palabras que son sin embargo lemas independientes en Frisk. Pero sólo mediante la teoría laringal, combinada con el estudio de las alternancias, se puede seguir la derivación exacta de estas palabras a partir de una misma raíz  $*gerH_2^l$ . Otras veces, la ganancia consiste, como decíamos, en etimologizar como de una

misma raíz palabras consideradas de etimología diferente, según se hace ya con frecuencia en *Estudios...*; o en evitar hipótesis azarosas y artificiales como las que hace Frisk para derivar  $\chi\acute{\omega}\nu\nu\mu\iota$  de la raíz de  $\chi\acute{\epsilon}\phi\omega$ . Es esencial, también, en la explicación del origen, a partir de gramaticalizaciones secundarias, de elementos morfológicos de tantos y tan variados usos como  $-i-$ ,  $-u-$ ,  $-ā-$ ,  $-e-$  y otros.

Nótese que con frecuencia, las etimologías que gracias a la nueva teoría pueden proponerse, se basan no sólo en la existencia de correspondencias regulares, clave del método comparativo, sino también en los datos del hetita, que conserva *h* en el lugar de la laringal. Los datos del hetita, efectivamente, han sido hasta el momento menos utilizados de lo que merecen para la etimología del Griego. Por ejemplo, el het. *šanh-* establece que la raíz de gr.  $\acute{\alpha}\nu\mu\alpha\iota$ , es  $*senH^u$ ; *warḥunu-* 'hacer frondoso' establece que hay una  $H^u$  ( $H^u_1$  más exactamente) en el origen de gr.  $\epsilon\acute{\iota}\rho\omicron\varsigma < \acute{\epsilon}\rho\phi\omicron\varsigma$ , cf. mic. *we-we* y  $\Phi\rho\eta\nu$ ; het. *ḥaliya-* 'arrodillarse' explica la alternancia de gr.  $\acute{\omicron}\lambda\epsilon- < *H_3el-$ ,  $\acute{\omega}\lambda\acute{\epsilon}\nu\eta < *eH_3l-$ ,  $\acute{\alpha}\lambda\alpha\zeta < H_3l-$ ; het. *eḥur-* gr.  $\acute{\omega}\varsigma$ ,  $*\acute{\omicron}\phi\alpha\tau\omicron\varsigma$  etc. remontan a  $*e/oH_3^u-$ , etc.

#### B) *Otros avances en el campo del Indoeuropeísmo*

Los Diccionarios etimológicos de que disponemos deben ser incrementados, como decimos, con las nuevas investigaciones sobre la etimología del hetita; cito entre otras la obra de E. Benveniste, *Hittite et indo-européen*, París 1962; la *Etymologie der Hettitischen Sprache* de H. Kronasser, Wiesbaden 1962; y los trabajos de A. Bernabé citados anteriormente.

Por dar un pequeño ejemplo de la repercusión de estas investigaciones en la etimología del griego en un caso en que no intervienen laringales, citamos un trabajo reciente de uno de los autores de este libro<sup>1</sup>. Mediante la aducción de una serie de paralelos hetitas, en este trabajo se hace ver que las tres raíces en que los Diccionarios etimológicos reparten los derivados de gr.  $\chi\alpha\rho-$ , se reducen a una. Así, se logra establecer el parentesco etimológico de *καρχαρόδους*, *χαίρω*, *χάρμη*, *χάρμα*, *χαροπός*, *χαρία*, *χάρμη* 'punta de lanza', *χαράδρα*, *χάραξ*, etc.

Ello implica, por lo demás, el reconocimiento de un hecho de fonética expresiva: la aspiración facultativa de las sordas en ciertas palabras. Las palabras referidas son, pues, de la misma raíz que *κάρκιον*, etc.

Esto nos lleva a la necesidad de prestar mayor atención en la etimología indoeuropea a los fenómenos de fonética expresiva, a saber, aspiraciones, geminaciones, etc. A las primeras ha dedicado un artículo F. Villar<sup>2</sup>. Muy importante es también la existencia de vacilaciones de cantidad, otras entre oclusivas y en los timbres de las vocales dentro del sistema de las raíces

<sup>1</sup> Francisco Rodríguez Adrados, «Griego *χαίρω*, *καρχαίρω* y hetita *ḥahḥar<sup>u</sup>a-*, *ḥahḥarš-*, *hari-*, *ḥarš-*», *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 39-45.

<sup>2</sup> «El problema de las sordas aspiradas indoeuropeas», *RSEL* 1, 1971, pp. 129-160.

pronominal-adverbiales<sup>1</sup>. Tenemos ahora un instrumento para comprender dobles formas del tipo *vūv / vu, γε / γα* etc.

También hemos aludido más arriba a las fluctuaciones en la vocalización de las sonantes, recogidas e interpretadas en *Estudios...* mediante la combinación de una consideración fonológica (muy necesaria en toda la fonética del Indoeuropeo, cf. *Lingüística Indoeuropea* del mismo autor) y de una consideración realista de lo que es la evolución fonética<sup>2</sup>. La etimología indoeuropea puede ahora interpretar directamente formas del tipo de *ἄγυρις, φύλλον, κύλιξ, \*βρύξ, ῥίζα*, cuya relación con raíces conocidas o no se da o se explicita vagamente en los Diccionarios al uso.

En suma, la etimología del Griego a partir del Indoeuropeo es un campo que continúa abierto y ofrece buenas perspectivas, una vez que se aumenta el material de base con los datos del hitita y otros, se penetra en la historia de laringales, aspiradas, raíces pronominal-adverbiales, etc., y se aplican puntos de vista fonológicos y otros basados en una superación del concepto neogramático de ley fonética. En puntos como la evolución de las labiovelares, por ejemplo, la Lingüística griega permanece todavía presa de esos antiguos prejuicios, que tienden a oscurecer la interpretación de la etimología y fonética micénicas, también. Las relaciones entre los dialectos tienden, en virtud de los mismos prejuicios, a colocarse a una luz falsa, como si el panorama fuera siempre el de una perturbación secundaria de antiguas fronteras fonéticas absolutamente nítidas y regulares.

Con esto sólo hemos intentado hacer ver que en este campo un estancamiento derivado de una falta de renovación teórica puede ser superado y que es mucho lo que en etimología griega, es decir, de las palabras propiamente de origen griego, queda todavía por hacer.

#### 4. PALABRAS DE ETIMOLOGÍA PREGRIEGA

Según hemos indicado, tanto en el vocabulario común como en los topónimos del griego se encuentran numerosísimas palabras que no son o no parecen ser estrictamente griegas. Si descontamos los préstamos de lenguas conocidas, semítico y egipcio sobre todo, a los que luego aludiremos, se trata de un vocabulario cuyo origen es difícil de interpretar. Se han propuesto numerosas hipótesis, ya sosteniendo la existencia en Grecia, cuando los griegos llegaron, de un substrato indoeuropeo no griego, variamente definido por lo demás; ya de un substrato no indoeuropeo. Por supuesto, estas hipótesis no son incompatibles; podía haber varias lenguas en Grecia, indoeuropeas o no. Otras veces se postula que tal o cual palabra ha sido tomada en préstamo de lenguas vecinas, es decir, no del substrato. En cuanto a los

<sup>1</sup> Cf. Julia Mendoza, *Evolución y estructura del sistema pronominal indoeuropeo*, tesis doctoral inédita, Madrid, 1974, publicación abreviada, Madrid 1974.

<sup>2</sup> Cf. varios artículos recogidos en *Estudios de Lingüística General*, 2.ª ed., Barcelona, Planeta 1974.

recursos metodológicos que se siguen, son de dos órdenes, que a veces se combinan: ya se trata de encontrar paralelas a las palabras griegas en las de otras lenguas o en topónimos de diversas zonas próximas a Grecia; ya de descubrir en una determinada zona del vocabulario griego una serie de regularidades fonéticas que lo refieren, supuestamente, a una misma lengua, indoeuropea o no.

Según decíamos, no existe solución unánimemente reconocida y lo más verosímil es que el griego haya experimentado el influjo de distintos substratos y adstratos indoeuropeos y no indoeuropeos. Los Diccionarios etimológicos suelen dar referencias vagas y cambiantes («término mediterráneo», «palabra quizá minorasiática», etc.)

Conviene dar una idea sobre las distintas teorías existentes y, luego, algunas indicaciones sobre los problemas fonéticos que van implicados en ellas. Puede encontrarse un estado de la cuestión muy aceptable en un artículo de Luis Gil<sup>1</sup> que se completa con la introducción del libro de Furnée sobre el Pregriego<sup>2</sup>.

Una primera serie de teorías es la iniciada por Kretschmer con su «Protoindoeuropeo»<sup>3</sup>, continuada por Georgiev y van Windekens con su «Pelásgico» y seguida por el «Psi-griego» de Merligen. En todos los casos, se propone que el Griego posee un abundante vocabulario y numerosos topónimos procedentes de una lengua indoeuropea o un conjunto de lenguas indoeuropeas consideradas comúnmente como de substrato (aunque la teoría de Devoto del Peri-indoeuropeo habla de adstrato)<sup>4</sup>. Se trataría de lenguas indoeuropeas desconocidas, siendo la denominación de «Pelásgico» tentativa; se reconstruyen por los recursos mencionados, a saber, la coherencia fonética de los términos en cuestión y su difusión por un área mediterránea, minorasiática sobre todo, más amplia que Grecia.

La teoría llegó a su culminación con los trabajos de Georgiev<sup>5</sup> y van Windekens<sup>6</sup> que, continuando las intuiciones de Kretschmer, creyeron reconocer en una amplia zona del vocabulario griego la presencia de unas leyes fonéticas que actuarían sobre el fondo indoeuropeo de un modo diferente a como lo hacen las leyes fonéticas del griego. Por ejemplo, habría una mutación consonántica parecida a la del germánico, palatalización de las oclusivas, vocalización de las sonantes con timbre *u*, paso de *o* a *a*, de *u* a *b* etc. Serían pelásgico, por ejemplo, *τύμβος* (gr. *τάφος*), *φύλαξ* (gr. *πύλη*), *ἄσάμινθος* (gr. *ἄμων*, originalmente 'piedra'), *ἐρέβινθος* (cf. lat. *eruum*), *ἄστου* (de *\*ostu*, cf. ai. *vastu*), etc.

<sup>1</sup> Luis Gil, «El substrato pregregio; ojeada histórica y panorámica actual», *Estudios Clásicos* 12, 1968, pp. 249-285.

<sup>2</sup> E. J. Furnée, *Die wichtigsten konsonantischen Erscheinungen des Vorgriechischen*, La Haya, Mouton, 1972, «Einleitung», pp. 29-98.

<sup>3</sup> Cf. una exposición de sus ideas por Manuel F. Galiano «Los estratos lingüísticos y étnicos pregregios», *Emerita* 14, 1946, pp. 273-316.

<sup>4</sup> Cf. G. Devoto, «Pelago e peri-indoeuropeo», *St. Etr.* 17, 1943, pp. 359-367.

<sup>5</sup> V. Georgiev, *Vorgriechische Sprachwissenschaft I*, Sofia 1951.

<sup>6</sup> A. J. Van Windekens, *Le Pélasgique*, Lovaina 1952, entre otras publicaciones.

El impacto que ocasionó esta teoría se ha difuminado progresivamente. En parte opera con argumentos circulares y puede pensarse que las palabras comparadas no tienen relación entre sí o que son griegas (caso sin duda de *τύμβος*). En ocasiones nuestros conocimientos actuales nos llevan en otra dirección: *ἀσάμινθος* es comparado hoy día con el sumerio-babilonio *asam* 'recipiente para agua'. Y, sin embargo, sufijos como *-vθος* y *-σοός*, atribuidos a esta lengua y presentes en forma más o menos modificada en topónimos de Asia Menor, parecen claramente indoeuropeos.

Por otra parte, parte del vocabulario no griego del Griego se ajusta mal, a veces, a estas leyes fonéticas; de ahí la teoría del «Psi-griego» de Merlingen<sup>1</sup>, quien propuso la existencia en el substrato del Griego, de una lengua con una mutación consonántica por la cual *k, t, p > ξ, σ, ψ*: gr. *ψάλλω* tendría que ver con lat. *pello*, *ψυχή* con aesl. *puchati* 'soplar', etc.

Esta teoría no ha tenido gran aceptación y, al perder también aceptabilidad la del pelásgico, el ambiente general se dirige más bien a las teorías que hablan vagamente de substrato mediterráneo; así, en el caso de romanistas como Alessio, Hubschmid, etc., ya sin precisar la adscripción a una rama lingüística concreta ya a lenguas no indoeuropeas. Sin embargo, en los últimos tiempos ha surgido otra teoría que relaciona el substrato no indoeuropeo del griego (incluyendo los sufijos *-vθ-*, *-nd-*, *-ss-*) con lenguas indoeuropeas de Asia Menor, y concretamente con el luvita<sup>2</sup>. Incluso el Lineal A de Creta pertenecería, según algunos investigadores, a este área lingüística. El material de topónimos y sufijos aducido es interesante, pero el de nombres comunes adolece de escaso.

Parece claro que, de cualquier manera que se le califique, hay en Griego vocabulario indoeuropeo entrado en él por vía de substrato o de adstrato y presente también fuera de Grecia; algunos de los términos en cuestión, tal la palabra *λαβύρινθος*, aparecen ya en Lineal B, es decir, los préstamos son muy antiguos. Pero este hecho no excluye la posibilidad de que otros términos no griegos del Griego sean de origen no indoeuropeo, incluso en el caso de que lleven sufijos indoeuropeos.

Precisamente el libro de Furnée a que hemos hecho referencia más arriba sostiene la hipótesis del carácter no indoeuropeo de lo que él llama el Pregriego y que ejemplifica con una larga serie de palabras del vocabulario griego. Sin negar la posibilidad de que también haya en Griego vocabulario indoeuropeo no griego, en la práctica tiende a interpretar como no indoeuropeo todo el vocabulario no griego. Encuentra en él una serie de alternancias consonánticas que explica bien por hechos expresivos, bien como destinadas a facilitar ciertas articulaciones. Así, alternancias entre oclusivas sordas y aspiradas y entre *b / m, b / F, m / F*: tipos *γλάγος /*

<sup>1</sup> Cf. Merlingen, *Eine ältere Lehnwortschicht im Griechischen*, Viena 1963 y 1967.

<sup>2</sup> Cf. entre otros trabajos L. R. Palmer «Luvian and Linear A», *TPhS* 1958, pp. 75-100; A. Heubeck, *Praegraeca*, Erlangen, 1961; E. Laroche, «Etudes de toponimie anatolienne», *RHA* 19, 1961, pp. 57-98.

κλάγος, βήχιον / βήμιον, κάρχαρος / κάρχαρον, βυθός / άβυδόν, σπάρος / σμαρίς, έρέβινθος / lat. *erium*, etc.

La verdad es que el material de Furnée es tan abundante como dudoso. En gran medida se trata de glosas difícilmente controlables; en otra, se asume relación entre palabras que nada indica la tengan; en otra todavía, se trata a todas luces de palabras indoeuropeas, griegas o no (casos de έρέβινθος, κάρχαρος, etc.) Las aspiraciones de oclusivas, por ejemplo, son con frecuencia claramente indoeuropeas, en palabras expresivas. La alternancia sonora/sorda aparece a veces también en lenguas indoeuropeas y precisamente los partidarios de la hipótesis luvita destacan la unificación de las oclusivas en lenguas minorasiáticas y Lineal A, lo que daría lugar en los préstamos a notaciones varias.

En definitiva, el Griego presenta una abundante cantidad de palabras difíciles de etimologizar y de atribuir a una lengua definida, pero en ocasiones relacionables entre sí dentro de grupos. Es importante el fijar las variantes fonéticas que se presentan, para poder así más fácilmente establecer estas relaciones; con ello y teniendo en cuenta los criterios establecidos en 3 no es imposible mejorar nuestro conocimiento del sector «griego» del Griego, más amplio, creemos, de lo que se piensa y, también, de otros sectores indoeuropeos o no.

## 5. OTROS PRÉSTAMOS

Tenemos, luego, los préstamos de lenguas mejor o peor conocidas, difíciles a veces de separar de la zona anterior del vocabulario. Si el prototipo del άσάμινθος 'bañera' lo encontramos, según decimos, en sumerio y babilonio, el del 'león' (λέων) aparece en asirio *labbu*, egip. *labu*, etc.

Al estudio de los préstamos semíticos del griego se han dedicado varios trabajos<sup>1</sup>. Sin contar con la teoría de Gordon según la cual el Lineal A es semítico, es claro en todo caso que los préstamos semíticos son muy antiguos; ya en Lineal B aparecen palabras de origen semítico tan claras como el 'oro' (*ku-ru-so*, χρυσός), el 'comino' (*ku-mi-no*, κύμινον), el 'marfil' (*e-re-pa*, έλέφανς), etc.

Existen luego préstamos de otros varios orígenes: egipcios<sup>2</sup>; orientales en general<sup>3</sup>; iraníes<sup>4</sup>; tracios, etc. En época helenística y romana el vocabulario griego se acrece con un gran número de préstamos latinos<sup>5</sup>, pero no sólo

<sup>1</sup> Cf. O. Masson, *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grec*, París 1967; M. C. Astour, *Hellenosemitica*, Leiden 1965.

<sup>2</sup> Cf. Macgready, «Egyptian Words in the Greek Vocabulary», *Glotta* 46, 1968, p. 247 ss.; R. Holton Pierce, «Egyptian loan words in Ancient Greek», *SO* 46, 1971, pp. 96-107.

<sup>3</sup> O. Szemerényi, «The origins of the Greek Lexicon: ex oriente lux», *JHS* 94, 1974, pp. 144-157.

<sup>4</sup> Hemmerdinger, «158 noms communs grecs d'origine iranienne, d'Eschyle au Grec moderne», *Byzantinoslavica* 30, 1969, pp. 18-41.

<sup>5</sup> Cf. S. Daris, *Il lessico latino nel greco di Egitto*, Barcelona 1971.

latinos; los hay también coptos y de otros varios orígenes. Aunque más importante es en esta fecha el influjo que ejerce el léxico griego sobre el copto, etíope, armenio, siríaco, gótico, etc., y, por supuesto, sobre el latino.

## 6. CONCLUSIONES

Si el Griego nos presenta un inmenso despliegue de palabras siempre nuevas, en gracia a sus múltiples dialectos y a su facilidad para la derivación y composición, y ofrece asimismo múltiples evoluciones semánticas que amplían cada vez más la capacidad expresiva de su vocabulario, no es menos claro que el punto de partida, las diversas palabras y raíces que presenta el inventario inicial de la lengua, es muy amplio.

El estudio etimológico de este vocabulario «inicial» del griego se ve dificultado por diversas causas: deficiente conocimiento nuestro del Griego histórico, con frecuencia a través de glosas o citas poco seguras; falta de conocimiento directo de las lenguas, indoeuropeas o no, con las que los griegos se encontraron al llegar a Grecia; insuficiencia de los métodos de reconstrucción neogramáticos, todavía en boga, y de la imagen tradicional de la Fonología del Indoeuropeo. A pesar de todo, operando a partir, sobre todo, de una mejora de estas últimas circunstancias y de una crítica de las teorías sobre el «pregriego», es posible, pensamos, mejorar nuestro conocimiento de la etimología del Griego.

Esta mejora es susceptible de tender un puente entre el vocabulario indoeuropeo y el del Griego; ya adscribiendo éste a una determinada zona del Indoeuropeo, ya viendo sus puntos de partida, desde los cuales se puede trazar con una cierta exactitud una línea hasta el vocabulario del Griego histórico. Puede así comprenderse y seguirse mejor la evolución del léxico de éste. En definitiva, la reconstrucción etimológica continúa hacia una fecha más antigua la investigación sobre la historia del léxico griego, de igual manera que la reconstrucción de la morfología griega en fecha prehistórica facilita la comprensión de la evolución del total de la morfología griega. Insistimos en que, en el campo del léxico, que incluye la formación de palabras, es posible, con nuestros instrumentos actuales, un progreso en esta dirección. Y que este progreso aumentará, sin duda, el sector del léxico considerado propiamente griego y disminuirá el que suele designarse como indoeuropeo no griego, no indoeuropeo o, simplemente, de origen desconocido.

## II.7

# Ordenadores y lexicografía griega. El Banco de datos

### 1. INTRODUCCIÓN, HISTORIA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

El mundo de los ordenadores para la Filología Clásica y, en general, para los estudios de Humanidades es todavía poco menos que *ἀπόρητον*. Quizá pronto deje de serlo; desde hace algunos años estas máquinas han irrumpido en las Facultades de Letras y están provocando tal revolución que es probable que en un futuro más o menos próximo su utilización por parte de los humanistas sea un hecho banal.

El fenómeno es reciente pero ha adquirido ya grandes proporciones. Repasemos brevemente la historia de los últimos años. En 1944 Howard Aiken terminaba su ordenador Mark I, un armatoste electromecánico que puede considerarse el primer ordenador *sensu stricto*. Dos años después y por necesidades de la política de defensa norteamericana se creaba el primer ordenador electrónico. A pesar de sus servidumbres basadas en la fragilidad de sus válvulas y en el consumo exagerado de electricidad (es conocido el hecho de que cuando entraba en funcionamiento dejaba casi a oscuras barrios enteros de Filadelfia) este ordenador, el ENIAC, supuso un gran avance sobre el Mark I.

Al año siguiente, en Inglaterra, se conseguía un ordenador que podía cambiar de programa sin necesidad de modificar los circuitos de la máquina, con lo cual se había superado el inconveniente principal del ENIAC.

La década de los 40 es, pues, la de los diferentes prototipos que van superando las dificultades técnicas hásta conseguir un ordenador comercializable. En los años 50 empieza la fabricación en serie; en 1951 aparece el UNIVAC I y en 1956 el 705 de IBM, ambos de válvulas, es decir, pertenecientes a la llamada primera generación. En esta misma década al sustituirse las válvulas por transistores se da paso a la segunda generación de ordenadores que ya obtienen un gran éxito en el mercado; las series 1400 y 1700 de IBM, el 1107 de Rand y el 3600 de CDC se colocan por millares en empresas públicas y privadas.

El empleo de circuitos integrados y el desarrollo del «software» se consideraran como las características definitorias de la tercera generación.

Todo esto es muy conocido y no vamos a detenernos más en ello. Además existen en español una serie de libros introductorios sobre este tema<sup>1</sup>, en donde se pueden encontrar informaciones más pormenorizadas sobre la historia y características de los primeros ordenadores. Lo que sí es importante subrayar es que a pesar de antecedentes heroicos y bien conocidos, es a partir de la tercera generación cuando los ordenadores entran por la puerta grande de la investigación científica. Evidentemente esto no es extraño; los primeros ordenadores trataban únicamente problemas numéricos y no comprendían más que su lenguaje. Sólo al ampliarse su campo de aplicación y, sobre todo, desarrollarse el «software» pudieron aplicarse cómodamente a la investigación científica.

En nuestro campo concreto, la Filología griega (y latina), el maridaje ordenador-investigación se consuma en los 60. Sin embargo ya en la década de 1950 a 1960 se habían fundado centros de aplicación de ordenadores al estudio de las Humanidades. Los pioneros en este campo, según mis informaciones, son el P. Busa con su *Centro per la Automazione dell'Analisi Linguistica* de Gallarate, Varese; el *Laboratoire d'Analyse lexicologique* de Besançon y el *Centre d'Analyse documentaire pour l'Archéologie* (C.A.D.A.) de Marsella. Ahora bien, como es sabido estos centros no se dedican exclusivamente a Filología Greco-latina. En este terreno el primer centro específico es el *Laboratoire d'Analyse statistique des langues anciennes* (L.A.S.L.A.) con sede en Lieja. Realmente este organismo es un poco el pionero y norte de la nueva filología clásica realizada con ayuda de ordenador. Tendremos ocasión de mencionarlo más veces por su revista y la importancia de sus investigaciones y métodos de trabajo.

A partir de 1961, año en el que se fundó el LASLA, se produce una eclosión de este tipo de centros.

Debemos distinguir, sin embargo, dos tipos de organizaciones: los centros de cálculo universitarios polivalentes y dedicados a diferentes disciplinas (como el mismo centro de cálculo de la Universidad de Madrid) y los que se ocupan específica o primordialmente de filología y lingüística greco-latinas. Entre éstos cabe mencionar el *Department of Classics* del Dartmouth College, Hannover, New Hampshire que dirige Stephen F. Waite, «editor» de la utilísima revista *Calculi*, el *Center for Computer Research in the Humanities* del College Station de la Universidad de Texas, el malogrado *Institute for Computer Research in the Humanities* de la New York University, University Heights, y finalmente el importante proyecto de *Thesaurus Linguae Graecae* de la Universidad de California, Irvine.

Además de estos centros, hay otros de contenido más general que también

---

<sup>1</sup> Véase por ej., el libro de Hollingdale y Tootill, *Computadores electrónicos*, Alianza Editorial, Madrid 1967.

han trabajado en nuestra especialidad. Recordemos el *Institut for Lingvistik* de la Universidad de Aarhus (Dinamarca) en donde el profesor Holmboe ha publicado las concordancias de Esquilo, el *Zentrum für Datenverarbeitung* donde W. Ott desarrolla sus trabajos sobre métrica latina, el *Harvard Computer Center* donde David Packard ha hecho las monumentales concordancias de Tito Livio, el *Department of Computer Science* de Edimburgo en donde Andrew Q. Morton y Sidney Michaelson han trabajado, entre otras cosas, en lexicografía griega, etc.

A medida que se creaban los centros y progresaba el volumen de trabajo realizado con ayuda de ordenador, se hizo necesario publicar revistas especializadas que informasen de la marcha de los trabajos para evitar duplicaciones, poner en contacto a los cada vez más numerosos especialistas y exponer el cuerpo de doctrina y métodos que se iban creando paulatinamente.

Una vez más abrió fuego en este campo el LASLA de Lieja, que lanzó su primer volumen de la ya célebre *Revue* el año 1965. Su director es Louis Delatte y hasta la fecha han salido 11 volúmenes de 4 fascículos cada uno (cuatro fascículos por año, excepto el 1.º año que sólo salió un fascículo).

En segundo lugar es de justicia mencionar la benemérita labor desarrollada por Stephen Waite, cuya revista *Calculi* mantiene al día sobre proyectos, publicaciones, conferencias y otras útiles informaciones. Además de su utilidad *Calculi* tiene una característica digna de mención: es gratuita.

Existen otras muchas revistas más o menos periódicas y de finalidad diferente. Frente a la concepción de *Calculi*, que informa sólo de trabajos publicados o en curso de publicación, pero no publica originales, la revista *Computers and the Humanities* editada por Joseph Raben, del Queens College de N.Y.U. Flushing, publica artículos sobre nuestra disciplina.

Todos estos centros y publicaciones periódicas<sup>1</sup> recibieron el espaldarazo del reconocimiento oficial en el *V Congreso Internacional de Estudios Clásicos* de Bonn (1969). En él por primera vez hubo una sesión dedicada a los «Probleme der elektronischen Datenverarbeitung» que presidió L. Delatte y en la que se trataron cuestiones de metodología y su solución por el equipo de LASLA (Etienne Evrad), problemas de métrica estudiada con ayuda de ordenador (W. Ott), así como otros temas de aplicación de las máquinas. Además, una vez terminado el congreso un grupo de personas se trasladaron a Lieja para asistir a un «Colloque International sur la Recherche Computationnelle en Philologie». Por otra parte ya desde 1965 en *L'Année Philologique* los filólogos clásicos encontraban entre las siglas de las revistas una nueva, RELO, con la que se designa en este anuario a la *Revue* de Lieja. Sin embargo, todavía hoy no han entrado en *L'Année Philologique* revistas tan importantes como las dos americanas últimamente citadas.

---

<sup>1</sup> Para mayor información sobre revistas y centros de aplicación de ordenadores puede verse el artículo «Panorama general de los tratamientos por ordenador en filología y lingüística griega y latina» publicado por Emilio Fernández-Galiano y por mí en la *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* 25, 102, 1976, así como la *Revue, Calculi* y otras publicaciones especializadas.

## 2. TRABAJOS LEXICOGRAFICOS CON ORDENADOR

Con ayuda de ordenador se han realizado estudios sobre parcelas muy variadas de la filología grecolatina, como la arqueología, papirología, crítica textual, métrica, cuestiones de autenticidad, cronología y fuentes, prosodia, bibliografía, etc. Es evidente que el área específica de aplicación del ordenador es aquella en la que hay que manejar miles o aún millones de datos aislados, susceptibles de clasificación siguiendo una serie de criterios muy varia. El ordenador no piensa, ordena datos. En este sentido no es extraño que la disciplina que antes y con mayores frutos haya usado esta nueva técnica sea la lexicografía.

Es claro que un ordenador solo no puede hacer un diccionario o un léxico ya que ni siquiera «sabe» lematizar sin la ayuda de un lexicógrafo. A lo más que llega es a hacer un índice o una concordancia de una manera mecánica. Es decir, el ordenador resuelve las tareas primeras o previas a las que tiene que enfrentarse el lexicógrafo, tales como la recogida de material (papeleteo) y primera clasificación (alfabetización). Las tareas subsiguientes como la lematización o el análisis y clasificación semántica del léxico escapan ya al ordenador y son tarea del lexicógrafo<sup>1</sup>.

Limitado pues el empleo del ordenador a un mero papel de desbrozador de terreno, la polémica<sup>2</sup> suscitada entre defensores y detractores de la máquina creemos que resulta irrelevante; el ordenador como ayuda para el lexicógrafo es muy útil, como sustituto de éste es inviable. De todas formas, aun en los casos en que se publica en bruto el material salido del ordenador, sin ulterior reelaboración, el resultado puede merecer la pena cuando se trata de autores que carecían de despojos lexicográficos; el hecho de que en las Concordancias de Livio de D. Packard se confundan el *cum* preposicional y el *cum* conjunción no descalifica a esta obra ya que la voluminosa producción literaria de Tito Livio resulta ahora más asequible y estas Concordancias rinden un servicio inapreciable. Sin embargo, desde nuestra perspectiva de lexicógrafos no vemos la utilidad de seguir publicando índices o concordancias de autores que ya disponían de excelentes diccionarios realizados «manualmente». Por ejemplo, cuando ya disponemos de los léxicos de Píndaro de Slater o de Hesíodo de Hofinger, obras casi insuperables, ¿qué objeto tienen los índices o concordancias electrónicas de estos autores realizados por Hans

<sup>1</sup> «The laborious, yet utterly unavoidable task of processing lexical materials will be relegated to the computer and other automatizing equipment, thus enabling the linguist to devote his full attention to the creative and organizing aspects of scholarship», Harry H. Josselson, «Lexicography and the Computer» en *To Honor Roman Jakobson*, La Haya, Mouton, vol. II, p. 1048.

<sup>2</sup> A propósito de esta polémica entre L. Delatte y Pierre Grimal, con inclusión de otros autores posteriormente, véase L. Delatte, «A propos d'une concordance», *L'Antiquité Classique* 34, 1965, p. 536 ss., P. Grimal, *ibid.*, p. 534 ss., *REL* 44, 1966, p. 108 ss., P. Tombeur, *Revue* 1967, 2, p. 15 ss., L. Delatte, *Revue* 1967, 3, p. 97 ss., etcétera. Véase tb. la bibliografía, muy útil, citada en C. Collard, «A proposal for a Lexicon to Euripides», *BICS* 18, 1971, p. 134 ss.

A. Pohlsander (concordancia de Píndaro) y Margaret Thompson (Concordancia de Hesíodo)? Lo mismo podríamos decir de Homero, Esquilo, Eurípides, Filón de Alejandría y muchos autores más. Da la impresión de que los que trabajan con ordenadores no tienen en cuenta lo que se ha hecho antes de ellos y que pretenden partir de cero haciendo borrón y cuenta nueva. Esto es un error muy grave: de los tres millares de autores de la literatura griega antigua hay muchos centenares que carecen de índice, léxico o concordancia, o que disponen de alguno muy incompleto o muy anticuado (casos de Jenofonte, Sófocles, Teócrito y otros bucólicos, Galeno y otros médicos, los padres de la Iglesia, etc.). Urge pues que algún organismo internacional establezca una lista de *desiderata* y que se siga un orden de prioridades con el fin de que, a la vuelta de pocos años, dispongamos de diccionarios de autor de toda la literatura griega. Habría que replantear el plan de Hermann Diels de principios de siglo<sup>1</sup> para acabar con este caos de espontáneos que se lanzan a hacer repertorios léxicos sin saber si ese autor está estudiado o no, si conocemos bien su léxico o si es necesario realmente un índice o una concordancia de él.

Antes de ofrecer la relación de diccionarios realizados con ayuda de ordenador vamos a exponer una característica de estos trabajos que constituye una ruptura con todo lo anterior.

Hasta ahora cuando se hacía un diccionario, léxico, índice o concordancia se comenzaba estableciendo un fichero con ayuda del cual se hacía la obra en cuestión. Una vez que el fichero se copiaba en páginas seguidas y se enviaba a la imprenta, dejaba de tener utilidad y se tiraba o se conservaba sólo por razones sentimentales o pensando en una hipotética utilidad futura para escribir una historia de la lexicografía o algo por el estilo. Es decir, hasta ahora lo importante era el resultado, el léxico de tal autor u obra, y el fichero era el medio, el instrumento. Esta situación ha cambiado radicalmente cuando se trata de trabajos realizados con ayuda de ordenador; actualmente lo importante es el fichero en sí, ya que es susceptible de usos muy variados, y lo de menos es tal o cual resultado que no es más que uno de los posibles empleos del fichero. Hasta tal punto esto es así que con frecuencia los índices o concordancias están hecho pero no publicados (como es el caso de las concordancias antes citadas de Pohlsander y Thompson). Si alguien desea la concordancia se solicita de su autor o del centro que la haya realizado y le pueden enviar al interesado una cinta magnética, por ejemplo, a partir de la cual se puede sacar la concordancia. Este hecho ha modificado copérmicamente los presupuestos sobre los que se basaba la galaxia guttembergiana y afecta, naturalmente, a las obras que relacionamos a continuación; estas obras están hechas o haciéndose, pero ello no quiere decir que estén publicadas o vayan

---

<sup>1</sup> No comparto en este punto el parecer de Delatte (*Revue* 1965, p. 3) de que «tous les *Indices* existants devront être recommencés sur ordinateur». A propósito del plan de H. Diels, cf. supra cap. I.3.

a publicarse en la forma a que estamos acostumbrados desde la invención de la imprenta.

Finalmente y aunque sea muy brevemente hay que aludir a tres formas que adoptan los índices o concordancias griegos realizados con ordenador: o bien ofrecen el griego transcrito en mayúsculas latinas (sobre los sistemas de transcripción, véase *Calculi*), sistema muy incómodo de manejar para el no iniciado, o bien lo editan en griego a base de acoplar al ordenador una impresora convencional (solución de Lieja) o bien componen el griego con un «plotter» (solución del *Thesaurus* de California).

Índices realizados con ayuda de ordenador. Se han hecho índices de Homero (directo e inverso, por obra de A. Q. Morton), *Himnos Homéricos* (Cora A. Sowa), Platón (el general, obra de Leonard Brandwood y el del *Critón* de J. Schiff), Lisias (A. Q. Morton y A. D. Winspear), *Anábasis* de Jenofonte (Cordelia M. Birch), *Poética* de Aristóteles (W. T. Mc Kibben y J. Crosset), Menandro (A. H. Kromholz), *Cartas de Temístocles* (Norman A. Doenges), Longino (W. T. McKibben y J. Crosset), Diodoro Sículo (J. I. McDougall), *De Opificio mundi* y *Legum allegoriae* de Filón (P. Borgen y R. Skarsten), Basilio de Cesarea (A. Smets y M. van Esbroeck), Juan-Crisóstomo (A. M. Malingrey). Se ha computadorizado también en la Universidad Libre de Bruselas el *Mycenaeae Graecitatis Lexicon* de A. Morpurgo con lo que se le ha sacado un mayor rendimiento ya que, por ejemplo, ahora disponemos de un índice inverso de micénico más completo. También se puede mencionar entre los índices el índice acumulativo de las *Berichtigungsliste* realizado por el equipo del *Thesaurus Linguae Graecae* de Irvine, California como un eslabón más de la cadena de textos que formarán el banco de datos del TLG.

En cuanto a las concordancias realizadas con ordenador hay que recordar las de Hesíodo (Margaret Thompson), Píndaro (Hans A. Pohlsander), *Agamenón*, *Suplicantes*, *Persas*, *Prometeo* y *Siete* de Esquilo (H. Holmboe), Iseo (R. Weavers), tomo IV de *Inscriptiones Creticae* (D. Packard y G. Nagy), Yámblico (J. M. Dillon), el *Liber Antiquitatum Biblicarum* del Ps. Filón (D. J. Harrington), diversas concordancias de los *Evangelios* y *Hechos de los Apóstoles* (J. A. Baird, A. Q. Morton, etc.), las *Epístolas Cínicas* (H. Attirdge), el *Poimandres* del *Corpus Hermeticum* (D. Georgi, J. Strugnell), el *De opificio mundi* de Filón (P. Borgen y R. Skarsten), etc. Hay además una serie de proyectos para hacer concordancias de autores como Artemidoro Daldiano, Clemente Alejandrino, Flavio Filóstrato, Juliano, Fragmentos Gnósticos, etc. Es muy importante también el proyecto del equipo del TLG de California de hacer un diccionario de los escritores médicos griegos, autores de obra muy extensa y muy deficientemente estudiada desde el punto de vista lexicográfico. Para mayor información acerca de estos índices, concordancias y proyectos, remitimos a la revista *Calculi* en la que se relacionan las direcciones de sus autores a las que se pueden pedir estas obras.

Hay que advertir, una vez más, que con frecuencia estos trabajos no están publicados, sino en cinta o fichas perforadas y que una vez procesada la cinta,

el resultado es un índice o concordancia a menudo con el griego transcrito. También hay que añadir que si bien el ordenador se ha empleado hasta la fecha predominante en la confección de índices y concordancias, existe también el proyecto de hacer un léxico con ayuda de ordenador. Este es el caso del léxico de Platón de Konrad Gaiser que se está haciendo en Tübingen.

Finalmente conviene recordar la existencia del banco de datos (cf. supra I.3.11) que progresivamente y desde diferentes países se va enriqueciendo con nuevos textos de la literatura griega. De seguir este ritmo se puede afirmar que dentro de pocos años se dispondrá de toda la literatura griega antigua en forma legible por la máquina, con los incalculables servicios que este hecho puede rendir a la lexicografía y a la filología en general.



## II.8

# Problemas prácticos que plantea un diccionario griego: Grafía, Gramática, Lemas, Prosodia

## I. GRAFIA

### I. ORIGEN DEL ALFABETO GRIEGO USADO MODERNAMENTE

Todo el que trabaje en lexicografía griega, y en Lingüística griega en general, tiene que darse cuenta antes que de ninguna otra cosa de que nuestras letras griegas son una standardización más o menos convencional de las letras de un determinado alfabeto griego, entre varios que existieron: el alfabeto jónico.

En definitiva, nuestras mayúsculas provienen en líneas generales de la forma de las letras griegas del alfabeto jónico, que se hizo oficial en Atenas el año 403 a. C. después de haberse generalizado poco a poco su uso. Estas letras las encontramos en las inscripciones griegas a partir del momento en que aparecen, en los papiros literarios a partir del s. iv a. C. (papiro de Timoteo, papiro órfico de Salónica, etc.) y en la llamada uncial de nuestros más antiguos códigos griegos, desde el s. v d. C.: código Sinaítico del Antiguo Testamento, Dioscórides de Viena, etc. Luego esta uncial se modifica en el s. ix d. C. y, por otra parte, una vez desarrollada la minúscula, se usa precisamente en la función de mayúscula. Este es el uso que se fijó en los textos reproducidos por la imprenta, a partir de fines del s. xv, y el que mantenemos.

En cuanto a la minúscula, proviene de una standardización por la imprenta de la minúscula griega, que se desarrolló en Bizancio a partir del s. ix d. C. Es un tipo de letras más claro que la cursiva ya usada en época helenística en documentos privados; carece de ligaduras y, en su forma de minúscula antigua (siglos ix y x), posee una gran belleza. Es en la minúscula antigua y en la media (s. xi) más que en la moderna de los siglos xii-xv (pero también en ésta a veces) en la que se inspiraron los tipógrafos de la imprenta recién descubierta para llegar a tipos de alfabetos standard, como los que, con pocas variaciones, usan nuestras imprentas.

Así, pues, nuestra combinación de mayúsculas y minúsculas que remontan al alfabeto jónico es usada en nuestros diccionarios para notar los diversos alfabetos griegos y, dentro del jónico, las diversas maneras de escribirlo a lo

largo de los tiempos: variantes diversas de la capital o uncial, de la cursiva, de la minúscula, taquígrafía. La usamos incluso para transcribir al griego los textos chipriotas en silabario e incluso, cuando ello nos es dado, los textos micénicos escritos en un silabario predecesor del chipriota.

Sin embargo, hay que notar que nuestros signos de puntuación y acentuación no proceden del antiguo alfabeto jónico, que escribía las palabras seguidas (*scriptio continua*) sin acentos ni puntuación. Proceden de la filología alejandrina, que trataba de facilitar así la interpretación de textos poéticos y dialectales difíciles; y fueron perfeccionados por los escribas bizantinos. Es sabido que hay mucho de convencional en la puntuación de nuestras ediciones de textos griegos. Y que incluso la división de las palabras presenta problemas para el lexicógrafo. Dos ejemplos:

a) Con frecuencia es dudoso si nos hallamos ante un verbo compuesto con tmesis o ante un grupo de adverbio + verbo separados por otras palabras. A veces esto es especialmente grave para el lexicógrafo: si adoptamos la segunda interpretación el verbo ἀμφιφράζομαι en *Il.* 18. 254, deja de existir y con ello debe desaparecer el verbo de los diccionarios, pues es el único ejemplo que se cita.

b) También frecuentemente los editores vacilan en si dar como una o dos palabras un grupo tónica + átona; en si escribir, por ej., καίπερ o καί περ. Si el lexicógrafo elige la segunda solución, desaparece la palabra καίπερ de su diccionario; aunque es lógico que, dentro de καί, establezca un apartado καί περ. Si se limita a seguir la grafía de las distintas ediciones en cada pasaje, introduce con ello en su diccionario criterios contradictorios.

En cuanto a la acentuación, el sistema que se ha generalizado y que remonta también a época alejandrina, tiene bastante de convencional. Así, las preposiciones monosilábicas no llevan acento, como proclíticas que son; si las disilábicas, igualmente proclíticas y otras proclíticas más lo llevan, es por una decisión arbitraria. Está también sometida a dudas la regla de acento concierne a las sinenclíticas (se acentúan todas menos la última), pues los manuscritos discrepan a veces: hay dudas sobre la acentuación ἔστι tras οὐ, καί, εἰ, ἀλλά, ὡς, τοῦτο; es difícil de interpretar la baritonesis de los oxítonos en la frase. Y así podríamos seguir. En realidad, como en tantos otros casos el lexicógrafo debe atenerse al uso de las ediciones que maneja, si no quiere perderse en teorizaciones que exceden de su competencia, debe limitarse a dar los datos. Por otra parte, la falta de acentos en las inscripciones hace que, cuando existe la menor duda, lo mejor sea dejar las palabras en cuestión sin acento.

## 2. LA REPRESENTACIÓN DE LOS DISTINTOS ALFABETOS

Transcribir en nuestro alfabeto jónico las palabras que conocemos escritas en otros alfabetos no siempre es tarea fácil; en realidad, nos vemos forzados en ocasiones a ampliar el alfabeto jónico con signos especiales, si no queremos ser infieles a la fonética y fonología de los dialectos.

Este proceder no es nuevo. La escritura de las palabras áticas con espíritu representa una ampliación del alfabeto jónico, por obra de alejandrinos y bizantinos, para no dejar de notar un rasgo fonológico del ático que el alfabeto jónico (que había dado a Η el valor de ē) era incapaz de notar. Por otra parte, los alejandrinos escribían convencionalmente la digamma como γ y β, sobre todo, a juzgar por glosas que nos han llegado.

Para estudiar convenientemente este problema hemos de distinguir las cuestiones puramente gráficas de las que son al tiempo fonéticas; y de unas y otras hay que separar las concernientes a la alfabetización y lematización.

#### 1. Cuestiones puramente gráficas.

En el alfabeto del Sur, arcaizante, que encontramos en Creta, Melos y Tera y a veces en otros lugares, faltan las consonantes Φ, Χ, Ψ y Ξ: se escribe, respectivamente, Π, Κ, ΠΣ y ΚΣ. Podríamos convencionalmente transcribir por las letras jónicas correspondientes, pero parece preferible respetar la grafía, aunque la alfabetización se haga por el alfabeto jónico (cret. ἀμφι-, ἀδελφός se dan bajo ἀμφι-, ἀδελφός, por ej.) Ello, sobre todo, porque puede presentarse algún caso de duda; cuando hay κς por ξ, por ej., no sabemos exactamente si la κ representa *k* o *kh*, pues en ático arcaico encontramos ya κ, ya χ.

En otros casos las variantes puramente gráficas de una misma letra deben transcribirse, como usualmente se hace, por la variante standard del jónico. Así, cuando esas variantes proceden de dos letras fenicias, que el griego hace coincidir fonéticamente; caso la sigma, que se escribe ya Μ (šādē fenicio) ya Σ (šin fenicio, es decir, *s*). Otras veces, las variantes, procedentes de modificaciones locales de las letras fenicias o las nuevas que se crearon, tampoco tienen por qué reflejarse en la labor del lexicógrafo. Nos referimos a variantes como estas:

épsilon: Ε Ε Η  
 eta: Η Η  
 zeta: Ζ Θ Θ  
 lambda: Λ Γ Λ  
 xi: Ξ Χ Ξ  
 ji: Ξ Ψ Ψ

Algunas de estas letras denotan según los dialectos distintos fonemas o grupos de fonemas; ahora no tocamos este punto, sólo decimos que no se toman en cuenta las variantes gráficas.

Pero este uso diferente de las letras según los dialectos también debe ocuparnos. Es sabido que en los dialectos occidentales la χ nota *ks*, la ψ (o sus variantes), *kh*, faltando la Ξ. En este caso se pueden usar las grafías jónicas, puesto que el problema es más bien gráfico. Con todo, no estamos absolutamente seguros de que χ note *ks* y no *khs*; es más neutral usar la grafía local, siguiendo, eso sí, la alfabetización del jónico.

Otro problema de este tipo nos lo ofrecen Paros y otras islas, que intercambian los valores de Ο y Ω. No parece que haya ninguna implicación fonética ni que, por tanto, el lexicógrafo haya de tener en cuenta este fenómeno.

## 2. Cuestiones con implicaciones fonéticas.

El que una letra tenga o pueda tener varios valores fonéticos según los lugares o épocas (así la Z, por ejemplo) no debe preocupar al lexicógrafo; salvo en algún caso como el de la O y Ω en Paros, debe dar la transcripción usual y es cosa del gramático entrar en el problema fonético. Su papel se limita a no dar los datos en forma tal que creen dificultades de interpretación. De ahí, la importancia de la lematización. Si nuestras fuentes vacilan en transcribir, por ejemplo, una palabra lesbia con o con ΣΔ, deben darse ambas transcripciones, pero haciendo referencia de una a otra y estudiándolas bajo el mismo lema, para que no falte el dato útil en el momento oportuno.

De ahí, que las grafías de los alfabetos locales, en su forma estandarizada, deban respetarse siempre que tienen implicaciones fonéticas.

Así, debe mantener el uso de la F, propio de tantos dialectos; el de la ϕ que, al menos en una fase antigua, se escribía ante vocales posteriores, lo que implica un valor fonético especial; el de la Ν (tsadé de Mantineia) y el de π (sampi de Efeso, etc.), que tienen también valores fonéticos propios. Y si en ático arcaico se escribe ya ΚΣ ya ΧΣ en vez de Ξ, ya ΠΣ ya ΦΣ en vez de Ψ, deben respetarse dichas grafías, que no son idénticas fonéticamente entre sí. Escribir Ξ y Ψ es descartar la existencia de formas con aspiración. La aspiración, allí donde la haya, debe notarse con *h*.

El más importante de todos es el problema planteado por la épsilon y la ómicron. Aquí se suelen cometer errores graves, transcribiéndolas en cada palabra de acuerdo con las correspondencias del ático: E, EI, H según en este dialecto correspondan e, ē o ē̄; O, OY o Ω de una manera paralela. Si sólo se tratara de distinguir entre breve y larga, la cosa sería justificable; sería introducir una precisión en el alfabeto jónico. Pero al distinguirse entre larga abierta y cerrada en dialectos que no presentan esa distinción, se falsean los hechos.

Efectivamente, es sabido que el jónico a partir de un cierto momento usó la H para notar una ē̄ que nacía de la ā y sólo luego su uso se extendió a toda ē̄ de origen indoeuropeo; y que en un área dialectal algo más extensa que el jónico-ático se creó un fonema ē̄ notada en dicho dialecto por EI. Pero hay dialectos con sólo E y otros en que H se introdujo para notar la continuación de la ē̄ indoeuropea y a veces la ē̄ de alargamiento, pero no la de contracción, y en ningún caso se usó la EI para notar ē̄. Cosas parecidas sucedieron con la O y la Ω. En estas circunstancias si una o o una ε nota una larga, puede indicarse esto escribiendo ē̄, ō̄, pero no debe escribirse ni H, Ω ni EI, OY.

En suma, debe escribirse *κασιγνῆτη* en una inscripción arcaica, de Naxos; escribir *κασιγνήτη* es perder un rasgo fonético. Debe escribirse *ἐκσῆμην* en cretense, no formas de *εἰμί* ni *ἦμί*, que introducirían una distinción abierta/cerrada que dicho dialecto no conoce.

Por supuesto, cuando se hace la transcripción al griego de palabras micénicas o chipriotas, no deben introducirse grafías que prejuzguen hechos fonéticos en el sentido del jónico-ático.

### 3. Cuestiones de alfabetización.

Hay que insistir en que el lexicógrafo, igual que debe evitar dar transcripciones que prejuzguen, y sobre todo que prejuzguen en un sentido falso, los hechos fonéticos y fonológicos, debe usar una alfabetización y lematización adecuadas, que impidan que por hechos de grafía queden sin conexión formas de la misma palabra.

Lo más práctico es que la *F* y la *h* se consideren como no existentes a efectos de alfabetización; que *κ* y *π* en alfabetos del Sur, cuando son aspiradas, se alfabeticen bajo *χ*, *F*; *φ*, *ν* y *τ*, bajo *K*, *Σ* y *ΤΤ*, respectivamente; *χ* y *ψ* en alfabetos occidentales, bajo *Ξ* y *X*; *E* y *O* bajo *Ei* o *H*, *OY* o *Ω*, según el dialecto. Son recursos convencionales que en nada afectan a la conservación de los datos fonéticos, como tampoco afectan a ellos la lematización sobre la base del ático, a que nos referiremos.

### 3. VARIANTES DE GRAFÍA DENTRO DEL ALFABETO JÓNICO

Es claro que las variantes de grafía que se deben a evoluciones fonéticas de fonemas o grupos en determinados dialectos o fechas, deben registrarse en un diccionario griego. Así, las formas dorias y de otros dialectos en *-α* junto a las jónico-áticas en *-η*; las palabras en *-έννος* frente a las jónico-áticas en *-εινός*; *γίνομαι* en jónico y griego tardío junto a *γίνομαι*; variantes áticas y de otros dialectos *ποιέω* / *ποιέω*, etc.

Todo esto no ofrece discusión y el único problema es el de lematizar en forma que sea fácil reencontrar las diversas variantes. Pero conviene hacer algunas observaciones:

a) En ocasiones estas grafías dependen de las ediciones: el texto de Heródoto o el de Teócrito, por ejemplo, difieren mucho de editor a editor a este respecto. Para Homero, la fijación dialectal de las diversas formas depende de una larga tradición que no es seguro que siempre respete el estado originario.

b) Carece posiblemente de interés el registrar en cada palabra variantes fonéticas dependiente de fenómenos muy ampliamente atestiguados. Muy concretamente, en griego helenístico los frecuentísimos fenómenos de iotacismo y los de la confusión de vocales largas y breves caen dentro de esta categoría. Aunque a veces existen dudas de interpretación: si hay una palabra con iotacismo u otra diferente. Así *μετόχλησις* 'apalancamiento' que da el editor de Hefestión Astrónomo *ζ*recubre *μετόχλησις*, de un *μετοχλίζω* homérico y poético, o es una creación en *-ησις*? Sin embargo posiblemente el mayor interés que existe para notar estos hechos, es el de orientar al lector del Diccionario sobre la interpretación de una palabra: hacerle ver, por ej., que *ἴλαντο* es aoristo de *αἰρέω* en S. Dow, *Hesperia*, Sup. 1, p. 186.

c) Con frecuencia, en inscripciones y papiros, ciertas grafías son simplemente errores; el darlas en un Diccionario, cuando sean difícilmente corregibles, tiene igual finalidad. Pero no siempre es fácil trazar el límite entre los

errores y los hechos fonéticos. Por ejemplo, para volver al griego helenístico, el frecuente empleo de *o* en vez de *α*, la confusión de oclusivas sonoras y sordas, etc., pueden responder a pronunciaciones ocasionales, bien por tendencias internas del griego que luego fueron rechazadas, bien por influjo egipcio. El que no haya quedado rastro de esto en griego moderno no quiere decir que no haya tenido una realidad fonética; aunque tampoco podemos afirmarlo siempre.

Con cierta frecuencia, formas oscuras son interpretadas como errores en la transcripción de palabras conocidas. Incluso si estas interpretaciones aparecen dadas ya en las ediciones usadas, en cuyo caso son de la responsabilidad del editor, es más riguroso acompañar también la grafía original.

#### 4. PROBLEMAS EN TEXTOS MUTILADOS O POCO LEGIBLES

Sucede que palabras por lo demás bien conocidas se encuentran mutiladas o poco legibles en ciertos textos, tanto transmitidos por manuscritos medievales como papiráceos o epigráficos; la cita de esos pasajes, cuando se da *in extenso*, debe hacerse introduciendo los signos diacríticos pertinentes que indican la parte de la palabra que está seguramente transmitida y la que se debe a restitución del editor, propuesta de lectura de letras dudosas, etc. Naturalmente, cuando se trata de palabras raras o hapax, esta exigencia es enteramente indispensable.

Por ejemplo, una palabra ἀτερμονίη existe solamente gracias a una lectura que en mis *Líricos Griegos*, I, Madrid 1956, hago de Tirteo I, 54. El lexicógrafo que eventualmente recoja esta palabra deberá hacer constar que sigue mi edición; debe, de otra parte, citarla en la forma ἀτερμονίη, que indica que la lectura de tres letras es dudosa.

Otro ejemplo todavía: ἀγωνιστήρ existe solamente en virtud de una conjetura de Merkelbach en *ZPE* 6, 1970, p. 270 a *IG* II. 4. 1053. 30; donde la lápida da ΠΑΡΑ ...ΓΩΝΙΣ/ΤΗΡΩΝ según *IG*, él lee y completa ΠΑΡΑ [ΤΩΝΑ] ΓΩΝΙΣΤΗΡΩΝ. Es preciso hacer constar claramente que se trata de una lectura y restitución de dicho autor.

Los signos críticos que se usan en nuestras ediciones han adquirido una generalidad bastante grande, pero a veces no total. Por ello resulta conveniente indicar aquí los que parecen más adecuados; si una edición usada por el lexicógrafo emplea otros diferentes, es conveniente sustituirlos por éstos, que tomamos de las *Normas para los Colaboradores*, Madrid 1974, de la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos:

- { } Corchetes: marcan interpolaciones que el editor elimina.
- [ ] Corchetes verticales: marcan lagunas o partes que faltan. Se pueden suplir o dejar en blanco o llenar con el número aproximado de letras.
- <> Corchetes angulares: marcan adiciones, esto es, suplementos del editor.

- \*\*\* Tres asteriscos: indican lagunas sólo probables.
- †† Cruces: indican pasajes corruptos.
- .... Puntos bajo las letras: indican que la lectura es dudosa.
- ⌈ ⌋ Dobles corchetes verticales: indican borraduras, tachaduras, etc.
- └ ┘ Medios corchetes verticales con la parte inferior completa: indican partes lagunosas suplidas con ayuda de la tradición indirecta.
- ┌ ┐ Medios corchetes verticales con la parte superior completa: indican las partes de una palabra transmitidas por un papiro secundario.

Para más detalles, remitimos a dichas *Normas*. Es importante la regularidad en el uso de los signos, pues, por ejemplo, los paréntesis cuadrados son usados con significado diferente en ediciones como la de Latte de Hesiquio.

## II. GRAMATICA

Tradicionalmente, el estudio de la Gramática va separado de la Lexicografía. Los límites son, sin embargo, menos fáciles de definir de lo que podría pensarse.

1. *Fonética*. El lexicógrafo debe aspirar a recoger todas las variantes fonéticas que aparezcan en los diferentes dialectos, épocas y niveles de lengua. Todo lo dicho anteriormente sobre la transcripción de los diferentes alfabetos y las grafías en general está basado en el principio de que los hechos fonéticos quedan registrados y no encubiertos. Incluso hechos no propiamente dialectales, sino pancrónicos en ciertos niveles, como son epéntesis, asimilaciones, metátesis, etc., deben quedar registrados. Aunque no sea preciso recoger todas las veces que aparecen fenómenos muy repetidos del griego helenístico y aunque, pensamos, los fenómenos de fonética sintáctica que se producen en inscripciones y papiros (también en manuscritos), en que es frecuente, por ejemplo, la asimilación de la -v final, no es forzoso que sean recogidos sistemáticamente por los Diccionarios.

2. *Morfología*. El estudio de la Morfología encuentra tradicionalmente su lugar en las Gramáticas; en realidad, precisa de un sistematismo del que carece un Diccionario. Y, precisamente por este asistematismo, no parece necesario que un Diccionario general registre todas las formas flexionadas de cada palabra o indique la falta de testimonios sobre algunas de ellas; sólo un *Thesaurus* exhaustivo de la lengua griega podría aspirar a este ideal. Parece lo más prudente que en la parte morfológica de los artículos de un Diccionario general queden excluidas las formas flexionales de tipo «regular», es decir, las comunes en ático y que no pertenezcan al grupo de las formaciones de menor sistematismo (aoristos radicales, formas de verbos polirrizos, etc.)

Las exigencias mínimas de un Diccionario general en cuanto a Morfología debería ser, en nuestra opinión:

a) Recoger, por supuesto, la totalidad de las palabras compuestas y derivadas, suministrando así datos completos para cualquier estudio sobre composición y derivación.

b) No restituir formas inexistentes o no atestiguadas. Un verbo οἶδα debe lematizarse como tal y no bajo \*εἶδω, por ejemplo. Ni deben darse formas flexionadas no atestiguadas. Cuando las distintas formas que se agrupan en un paradigma conservan huellas semánticas de su independencia, deben tratarse una a una independientemente del criterio de lematización que se adopte: así, por ejemplo, en el caso de los comparativos y superlativos de ἀγαθός. Volveremos sobre esto al hablar de la lematización.

c) Recoger todas las formas flexionales anómalas en el sentido ya indicado; tanto de época arcaica y clásica como de época helenística y posterior. Es muy frecuente, en efecto, que en los apartados morfológicos de los Diccionarios griegos haya datos bastante abundantes del griego dialectal en general, pero no de la koiné: que falten, por ejemplo, formas ἐμέν, σέν en los pronombres personales o formas como ἐμισθώομεν, ἐμελικη, ἦλθαμεν en el verbo, que testimonian una fusión de los dos tiempos aoristo y perfecto.

El lexicógrafo puede, al tiempo que despoja los textos buscando léxico, prestar una gran ayuda al lingüista recogiendo formas flexionadas olvidadas, eliminando otras puramente fantasmas, etc. A su vez recibirá ayuda no solamente de los Índices de Colecciones y Gramáticas de los textos dialectales, epigráficos o literarios, sino también de Gramáticas generales (véase, por ejemplo, el tomo III, de Índices, de la de Schwyzer), de otras muchas especiales (por ej., la de Mayser sobre los Papiros Ptolemaicos) y de una abundante bibliografía lingüística. En lo relativo al verbo, que es el capítulo más complicado, conviene tener siempre presentes tres repertorios que, si no completos, sí resultan muy útiles:

W. Veitch, *Greek Verbs irregular and defective*, Hildesheim, Olms, 1967.

J. J. Bodoh, *An Index of Greek Verb forms*, Hildesheim, Olms, 1970.

B. Mandilaras, *The Verb in the Greek Non-Literary Papyri*, Atenas 1973.

Finalmente, hay que insistir que, lo mismo que en lo que se refiere a la tarea lexicográfica propiamente dicha, en lo relativo a las formas flexionales existe siempre una cuestión previa de edición. El ideal consistiría en recoger no sólo las formas tal como las dan los editores, sino sus variantes en los diversos manuscritos, inscripciones, papiros. Pero esto, aparte de ser imposible, no solucionaría tampoco la cuestión; habría que separar los errores, lo que implica una tarea de edición. El lexicógrafo (y el gramático) sólo en casos especiales pueden convertirse también en editores. Lo esencial, entonces, es que las referencias sean claras y unívocas, haciéndose ver qué edición se sigue en cada caso; y, cuando se propone otra cosa, bajo la autoridad de quién se hace.

3. *Sintaxis*. Indirectamente la Lexicografía incide sobre la Sintaxis:

a) Un Diccionario recoge palabras eminentemente sintácticas; artículo, preposiciones, ἄν, etc. Es imposible redactar estos artículos sin hacer al

tiempo una descripción sintáctica del uso. Por otra parte, dentro de un mismo artículo hay que distinguir, con frecuencia, entre el uso de la voz activa y el de la media, el del aoristo y el perfecto, etc. Todo esto lleva al lexicógrafo al terreno de la Sintaxis; en realidad, es un terreno mixto o común. No se puede hacer lexicografía desentendiéndose de los problemas que surgen de aquí.

b) El estudio distribucional de las acepciones de las palabras nos lleva otra vez a la Sintaxis, al describirnos las construcciones de cada palabra y la repercusión de estas distribuciones en el significado de las mismas.

La lexicografía griega puede aportar materiales importantísimos a la Sintaxis, que en ocasiones recibe tratamientos demasiado esquemáticos, por trabajar con escaso material o dejar en la penumbra alguno. Un estudio inductivo, a partir de los datos, de las categorías y funciones sintácticas, de las construcciones, debería ir precedido de un riguroso despojo de los datos<sup>1</sup>.

Ahora bien, también en este terreno hay que tener presente que el lexicógrafo debe por fuerza de trabajar sobre ediciones y que éstas, a veces, regularizan la sintaxis. Hay un círculo vicioso; ciertas ideas sintácticas llevan a regularizar indebidamente los textos, y estos textos regularizados llevan a su vez a confirmar las ideas regularistas en Sintaxis. No es el lexicógrafo el llamado a romper este círculo. Pero, de todas formas, aun dentro de las limitaciones que le son impuestas, puede aportar muchísimo a un planteamiento más realista y menos esquemático de los problemas sintácticos, sobre la base de una descripción más exacta y completa.

### III. LEMAS

Deben agruparse dentro de un mismo lema las formas flexionales pertenecientes a un mismo paradigma. Es decir, es lógico que se den bajo el mismo lema en un Diccionario las variantes dependientes del uso de varios alfabetos o de evoluciones puramente fonéticas, con la única condición de notar estrictamente los datos. Pero no pueden pertenecer al mismo lema variantes morfológicas de la forma notada convencionalmente como lema: el nominativo de sg. de los nombres, adjetivos y pronombres y la 1. pers. sg. del presente de indicativo activo de los verbos. Todo lo más, cuando los lemas así resultantes quedan distanciados en el Diccionario, es lógico incluir referencias de unos a otros.

---

<sup>1</sup> Véase un tratamiento programático del tema en mi comunicación al XI Congreso de Lingüística, «Problemas y métodos de la descripción sintáctica» (en los *Proceedings* II, Bolonia, 1975, pp. 793-798 y en *Estudios de Semántica y Sintaxis*, Barcelona 1975), donde amplío cosas dichas en *Lingüística Estructural*<sup>2</sup>, Madrid 1974, p. 582 ss. El método está empleado en J. López Facal, *Los usos adverbiales del acusativo, dativo y genitivo en la lengua de Heródoto*, Madrid 1974, y en la tesis inédita de A. Martínez Valladares, *El sistema de las preposiciones en Tucídides*, Madrid 1972, con antecipos publicados en *RSEL* 3, 1973, pp. 185-194 y *Emerita* 38, 1970, pp. 53-4.

La inclusión de formas de alfabeto o grafía diferente bajo un solo lema y también de las de diferente fonética sólo puede obtenerse siguiendo un criterio convencional. En el *DGE* ha sido adoptado el de seguir el alfabeto jónico y la grafía y fonética del ático, con algunas excepciones: escribir sin contraer los verbos contractos y dar los grupos no áticos  $\rho\sigma$  y  $\sigma\sigma$  en vez de  $\rho\rho$  y  $\tau\tau$ . A veces el sistema obliga a dar referencias del tipo:  $\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\rho\omega$  v.  $\acute{\alpha}\acute{\iota}\rho\omega$ , dándose dentro de  $\acute{\alpha}\acute{\iota}\rho\omega$  la forma  $\acute{\alpha}\epsilon\acute{\iota}\rho\omega$ . Pues todo lema debe incluir una parte inicial referente a esta clase de variantes.

Ahora bien, cuando conocemos una forma dialectal, pero no existe o no se ha transmitido la correspondiente ática, es la forma dialectal la que constituye el lema, no deben reconstruirse formas inexistentes.

En cambio, cuando intervienen diferencias morfológicas es lógico que se conviertan en lemas independientes formas como:

$\acute{\alpha}\acute{\iota}\delta\omicron\mu\alpha\iota$  y  $\acute{\alpha}\acute{\iota}\delta\acute{\epsilon}\omicron\mu\alpha\iota$   
 $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\epsilon}\chi\omega$  y  $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\iota}\sigma\chi\omega$   
 $\acute{\alpha}\chi\epsilon\acute{\upsilon}\omega$ ,  $\acute{\alpha}\chi\acute{\epsilon}\omega$ ,  $\acute{\alpha}\chi\omicron\mu\alpha\iota$ ,  $\acute{\alpha}\chi\nu\mu\alpha\iota$  y  $\acute{\alpha}\kappa\alpha\chi\acute{\iota}\zeta\omega$   
 $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$ ,  $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\acute{\epsilon}\omega$ ,  $\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$  y  $\epsilon\acute{\iota}\lambda\lambda\omega$   
 $\delta\iota\alpha\acute{\iota}\tau\eta\mu\iota$ ,  $\delta\iota\alpha\acute{\pi}\acute{\epsilon}\tau\alpha\mu\alpha\iota$ ,  $\delta\iota\alpha\acute{\pi}\acute{\epsilon}\tau\omicron\mu\alpha\iota$  y  $\delta\iota\alpha\pi\acute{\epsilon}\tau\acute{\alpha}\nu\mu\iota$

El problema principal está en los verbos. Con frecuencia a dos o más temas de presente, que corresponden a distintos lemas, corresponde un solo tema en otros tiempos:  $\acute{\alpha}\mu\pi\epsilon\sigma\chi\omicron\nu$  frente a  $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\epsilon}\chi\omega$  y  $\acute{\alpha}\mu\acute{\pi}\acute{\iota}\sigma\chi\omega$  por ejemplo. En casos como éste parece que ese otro tiempo debe incluirse bajo el presente más antiguo o frecuente o el que dé la relación más regular; por supuesto, siempre que la semántica no aconseje una adscripción concreta. En todo caso, un sistema de referencias es indispensable.

Estos problemas derivan de que el verbo griego sólo en medida reducida comporta un sistema de conjugación regular y sistemático. En buena medida los temas son todavía independientes y su relación recíproca, defectiva o indefinida. En estas circunstancias hay algo de arbitrario en la lematización.

Esto se ve bien, sobre todo, en el caso de los verbos polirrizos, donde nos encontramos con problemas como el de si incluir  $\epsilon\acute{\iota}\mu\iota$ , como futuro, en el paradigma de  $\acute{\epsilon}\rho\chi\omicron\mu\alpha\iota$  o el de si dar a  $\lambda\acute{\epsilon}\gamma\omega$  un aoristo  $\epsilon\acute{\iota}\pi\omicron\nu$  o lematizar éste independientemente. El problema es, en el primer caso, que  $\epsilon\acute{\iota}\mu\iota$  es con frecuencia presente; en el segundo, que  $\lambda\acute{\epsilon}\gamma\omega$  conserva a veces el significado 'recoger' y  $\epsilon\acute{\iota}\pi\omicron\nu$  no lo tiene. Son casos de semiintegración, que pueden resolverse en los dos sentidos (el *DGE* lo hace en el de la independencia).

Otras veces, inversamente, una forma verbal tiende a independizarse; así *LSJ* lematiza  $\acute{\alpha}\mu\acute{\epsilon}\lambda\epsilon\iota$  independientemente de  $\acute{\alpha}\mu\epsilon\lambda\acute{\epsilon}\omega$ , nosotros lo incluimos en este verbo.

El problema no es sólo de verbos. Veamos algunos casos más:

a) Los comparativos y superlativos de distinta raíz que el positivo tienen en buena medida sentidos independientes. Lematizar bajo  $\acute{\alpha}\gamma\alpha\theta\acute{\omicron}\varsigma$  el gran número de comparativos y superlativos que se le asignan obligaría o a perder

los matices significativos de éstos o a asignarles apartados independientes, casi como lemas.

b) Hay el problema de la relación de nombres y adjetivos. Lo habitual, es dar dentro de los adjetivos las formas sustantivadas, en apartados independientes, cuando se trata de formas neutras. Pero las formas femeninas sustantivadas se dan a veces en artículos independientes; otras veces no, ἡ σοφιστική va dentro de σοφιστικός. En ocasiones la separación en lemas ocasiona problemas: hay ἀμέρεια 'indivisibilidad' y sólo un ejemplo de uso adjetival (ἀμερείην) que, al darse como lema independiente, obliga a «inventar» un masculino ἀμέρειος.

c) También ocasiona dificultades la separación de adjetivos y adverbios. Hay una cierta tradición de incluir los adverbios en -ως dentro de los lemas de los adjetivos en -ος, como si fueran formas flexionadas, y también los neutros adverbiales en -ον; en cambio se suele dar lema independiente a los adverbios en -ί o -εί. Y, por supuesto, a un adverbio como ὥς. Todo esto es bastante convencional. Y también el tratamiento que se dé a los adjetivos derivados de adverbios: de ἄγχι hay ἄσσον (usado adverbialmente y ἄγχιστος, también ἄσσοτέρω y ἄσσοτάτω y nuevos adjetivos ἄσσότερος y ἄσσοτάτος. En todo caso, un buen sistema de referencias es indispensable.

Una buena lematización es indispensable y no siempre fácil. Por no hablar de errores groseros, como πέμπων 'cinco' lematizado bajo πέμπω en el *Index Verborum zur frühgriechischen Lyrik* de Fatouros (Heidelberg 1966), la verdad es que en este dominio se encuentran una porción de cosas que deben mejorarse: *ghost-words* o «palabras fantasma» que desaparecen en las nuevas ediciones o en las nuevas lecturas de inscripciones y papiros (en el prólogo a nuestro *DGE* las ejemplificábamos con αἰθερολαμπής); inconsecuencias como, por ej., la de dar junto al nombre en -τής los en -τρίς o -τρία ya como lemas independientes, ya como variantes de género del mismo lema: unión arbitraria de dos lemas en uno (ἀνοσία 'falta de enfermedad', de νόσος, y 'maldición', de ὄσιος, como un solo lema en *LSJ*); etc.

Hay que hacer constar que, con cierta frecuencia, sobre todo en inscripciones y textos papiráceos, la aparición de nuevos lemas o la atribución de una forma a un lema u otro depende de una interpretación filológica nada fácil. Y que otras veces, el proceder usual de dar junto a un nombre su genitivo y junto a un adjetivo las formas con moción, sólo por conjetura puede seguirse, por faltar datos.

Al hacer la lematización, insistimos, nunca debe perderse de vista el punto de vista del que vaya a usar nuestro Diccionario o colección de formas; debe encontrar fácilmente todo el material que le interese. Por otra parte, una atención a la economía de espacio es a veces comprensible, evitando referencias a formas que aparecen inmediatas o, incluso, relajando ciertas normas. Nosotros damos, por ej., en lo relativo a étnicos en un solo lema las formas Ἄλλόβριγες, Ἄλλόβρογες y Ἄλλόβρυγες. Fuera de los étnicos, es a veces imposible separar adjetivos en -ειος y -ιος, que mezclan los manuscritos.

#### IV. PROSODIA

Un Diccionario griego debe recoger las cantidades de las vocales allí donde el alfabeto no es suficiente para notarlas y tampoco se deducen de los hechos morfológicos: una  $\bar{\alpha}$  y una  $\check{\alpha}$  son distintos fonemas; como puedan serlo una  $\eta$  y una  $\epsilon$ . Claro está, que sólo podrá hacerse cuando haya datos suficientes para ello.

También es indispensable notar hechos prosódicos no ya generales del griego, sino dependientes de un uso establecido por tal o cual dialecto, género literario o poeta; así, en el caso del grupo de vocal seguida por *muta cum liquida*. Y las irregularidades o arbitrariedades métricas de los diversos poetas, en este caso y en el más general de las cantidades de las vocales en final o sílaba abierta.

Efectivamente, la prosodia consiste en una serie de hechos lingüísticos generales y en un aprovechamiento particular de posibilidades de la lengua. Es tan digna de estudio como las variantes fonéticas. Solamente, no podemos hacer otra cosa que recoger con el máximo cuidado los hechos existentes, no generalizar ni inventar. Debe darse bien en el mismo lema, bien, cuando esto crea problemas tipográficos, a continuación. Ello es indispensable para estudios etimológicos, métricos y lingüísticos en general; también, para separar lemas y establecer familias de palabras.

**III.**  
**La nueva Semántica**  
**y la**  
**Lexicografía griega**



### III.1

## Problemas de lingüística general en relación con la lexicografía. Aplicación a la lengua griega

### I. LA PALABRA COMO UNIDAD LINGÜISTICA

#### 1. LA UNIDAD «PALABRA»: EL INVENTARIO

Todo Diccionario de una lengua, un autor, un período, etc., trata de recoger un inventario completo de las palabras existentes; con excepción, claro está, del caso de los Diccionarios normativos, como el de la Real Academia Española, que dan solamente las palabras y acepciones que consideran «de buen uso». Además del inventario, un Diccionario no normativo trata de dar la definición semántica de todas las palabras que recoge, con todas sus acepciones. La diferencia entre el Diccionario monolingüe y el bilingüe es que el primero da esa definición mediante perífrasis en la misma lengua y el segundo mediante palabras o perífrasis en la lengua «de salida», a la cual se traduce.

Hemos visto que en la Antigüedad existen precedentes tanto de los Diccionarios normativos (léxicos de los distintos aticistas) como de los de finalidad puramente descriptiva. Son éstos los que, con las excepciones referidas, continúa la Lexicografía moderna. Pero la ambición de recoger todo el vocabulario de una lengua no es sin problema, aun prescindiendo de momento del problema semántico.

Por lo que se refiere a la Lexicografía griega la realización de un inventario completo de las palabras griegas es una empresa utópica. Hay una parte importante de la Literatura griega, según el lector podrá ver en diversos capítulos de II, para la cual carecemos de despojos exhaustivos de vocabulario: de léxicos, índices, estudios lexicográficos. Cada nueva publicación de esta índole nos ofrece nuevas palabras: el caso más notable lo ofrece el *A Patristic Greek Lexicon* de Lampe (Oxford, 1961 ss.), que a cada página de Liddell-Scott-Jones añade aproximadamente 10 palabras nuevas. Se encuentran sobre todo en gran número en los nuevos fragmentos poéticos que nos transmiten los papiros y también en inscripciones poéticas

como las del oráculo de Dídima. Pero también en toda suerte de textos en prosa no patrísticos, como, por poner dos únicos ejemplos, en los *Papyri Graecae Magicae* editados por Preisendanz (2.ª ed., Stuttgart, Teubner 1973-74) o en Hefestion al astrólogo, editado ahora en la colección Teubner (ed. Pingree, 1973-74), pero ya conocido desde antiguo.

Ello se debe a una característica de la lengua griega sobre la que llamábamos la atención en un trabajo publicado hace años<sup>1</sup>. Esta característica consiste en que el Griego, dentro de las unidades significativas, da una gran preferencia a la palabra. Allí donde, en otras lenguas, se recurriría a sintagmas o perífrasis para notar un nuevo significado, en Griego se recurre a la creación de nuevas palabras, derivadas o compuestas. De ahí el número grandísimo de *hapax*, palabras testimoniadas una sola vez, que se encuentran en los Diccionarios griegos: a veces, por causa de la pobreza de nuestra documentación, otras, sin duda, porque son creaciones momentáneas de un autor. Las palabras con una sola referencia (lo que normalmente quiere decir que o no hay otra o no es conocida) que aparecen en LSJ son muchos millares. Y la extensión del léxico griego antiguo, excluidos los nombres propios, se evalúa en más de las 80.000 palabras (aproximadamente) de LSJ.

Por otra parte, la lengua griega se ha desarrollado durante un período de tiempo muy extenso: tenemos testimonios de la misma desde el s. XIII (o el XV, quizá) a. C. hasta nuestros días. Aunque nos quedemos sólo con el Griego antiguo, hasta el 600 d. C., son de todos modos 2.000 años. Y su literatura se escinde en géneros muy diferentes, que usan precisamente un vocabulario en buena parte diferente, característico de los mismos. Un Diccionario griego representa, pues, un diasistema, un conjunto de vocabulario de distintas épocas y géneros o con significados diferentes en las distintas épocas y géneros.

Pero este inventario, más o menos incompleto, nos será siempre difícil asegurar que sea exacto. Es muy grave el problema del establecimiento de los lemas de un Diccionario y ello debido a que a veces están sometidos a dudas los límites de la palabra y también existen dudas sobre las formas flexionadas que deben atribuirse a una misma palabra y sobre si dos formas idénticas pertenecen a una misma palabra o no<sup>2</sup>. Esta parcial indeterminación de la palabra es, por lo demás, un simple caso dentro del más general de la indeterminación de todas las unidades lingüísticas. La indeterminación no tiene importancia al nivel de la lengua realizada, en que la interpretación semántica es total o de conjunto, pudiéndose prescindir ocasionalmente de la delimitación exacta de las unidades inferiores, la palabra en este caso<sup>3</sup>. En realidad estas unidades, como todas, son abstracciones que subsumen casos particula-

<sup>1</sup> «Ideas para una tipología del griego», *Estudios Clásicos* 12, 1968, pp. 225-248, recogido en *Estudios de Lingüística General*, 2.ª ed., Barcelona 1974, pp. 111-135.

<sup>2</sup> Cf. *Lingüística Estructural*, 2.ª ed., Madrid 1974, p. 246 ss.

<sup>3</sup> Cf. «Les unités linguistiques et le principe d'indeterminación», *Folia Lingüística* 1, 1967, pp. 146-152 y recogido en español en *Estudios de Lingüística Gener* 1 cit., pp. 101-110.

res, es decir, los distintos usos: éstos no tienen problemas, pero sí la abstracción. Y es ésta, sin embargo, lo que, por lo que a la palabra se refiere, ha de recoger un Diccionario. Este no puede ahorrarse el tomar decisiones, aunque sean en ocasiones decisiones arbitrarias, no justificadas por todos los casos de uso o todos los casos paralelos.

Encontramos, pues, respecto al establecimiento de los lemas de un Diccionario, los siguientes problemas:

a) Problemas del corte de palabras. Aunque habitualmente se da entre los rasgos de la palabra el de ser irrompible y el orden de sus elementos invariable, el hecho es que históricamente se han producido fenómenos de aglutinación y que resulta dudoso en griego en ocasiones si estamos ante dos palabras o ante una. Este es el caso, sobre todo, de los verbos con preverbio, que en Homero pueden a veces interpretarse de otro modo: como un adverbio y un verbo simple, separados por otra palabra (tmesis). Se da también el caso de la anástrofe (verbo seguido del preverbio, por otra parte interpretable a veces como un adverbio). Otras veces es dudoso si nos hallamos ante uno o dos adverbios o partículas: la decisión depende de que se acepte que hay aglutinación o no. En II.8.III encontrará el lector ejemplos concretos.

b) Problemas de la clasificación de formas. Nuestro concepto de palabra admite que existen algunas palabras, llamadas flexionadas, que comportan una serie de variantes gramaticales: de género, caso, voz, etc. Históricamente nos hallamos, unas veces, ante formas alargadas de antiguas formas no flexionadas; otras, ante antiguas formas independientes que luego se han considerado como formando parte de una misma palabra: así, en el caso de los llamados temas temporales de los verbos, antiguos verbos independientes. Ahora bien, en uno y otro caso han quedado a veces vacilaciones en la clasificación, de lo que se deducen ciertas incertidumbres en el establecimiento de los lemas. También de esto hablamos con ejemplos en II.8.III.

c) Problemas del significado. Una palabra es la unión de una forma dotada de determinadas características y de un contenido que se presume en principio que es unitario. Ciertas dudas o vacilaciones sobre la definición formal son las que plantean los problemas de lematización de los tipos a) y b). En cuanto al contenido, la existencia de dos significados absolutamente diferentes unidos a una misma forma o significante testimonia en principio que nos hallamos ante dos palabras. Es un problema de hominimia: dos palabras con igual significante.

Ahora bien, el problema de distinguir entre homónimos y acepciones de una misma palabra no es siempre fácil. En alemán *Glas* es 'cristal' y 'vaso'; en gr. *δάμνημι* es 'vencer, matar' (a un guerrero), 'violar' (a una mujer), 'domar' (a un animal): pero no sería adecuado establecer sobre esta base homónimos, palabras independientes. Hay pese a todo una unidad de signi-

ficado, los sentidos no se concretan en esas lenguas del modo tan tajante que sugieren las traducciones. Hay contextos en que más de una traducción es posible: así en el caso anterior de al. *Glas*, en el de gr. βίος 'vida' y 'hacienda'. Cf. más detalle infra.

El lexicógrafo necesita operar con criterios prácticos y desechar las interpretaciones subjetivas. La tradición generalmente aceptada es la de admitir que hay palabras diferentes cuando varía la clase de palabras: ingl. *bear* es como nombre una palabra ('oso'), como verbo otra ('llevar'). También, cuando la etimología es diferente: caso de gr. ἀνοσία, cf. II.8.III; de ἀφυλακτέω 'ladrar (ἀφ-υλακτέω) y 'no vigilar' (ἀ-φυλακτέω). En los demás casos se suele dar un lema único, sin duda por pensarse que en un tiempo los homónimos eran acepciones: el concepto de *banco* 'institución de crédito' viene, efectivamente, del de *banco* 'asiento'. Este criterio historicista no es aceptable en una descripción sincrónica, pero en Diccionarios que describen una lengua a lo largo de toda su historia y cuyo material ofrece toda clase de transiciones entre la homonimia y las acepciones es, sin duda, el único posible. Por otra parte, a veces se incluyen en un mismo lema dos palabras de etimología diferente, pero que han coincidido formalmente y se han fusionado semánticamente: así gr. ἔχω, de \**segho* 'retener, dominar' y \**uegho* 'conducir un vehículo', etc.

Finalmente, un Diccionario deberá incluir, en principio, todas las variantes flexionales de las palabras que recoge. Ahora bien, como estas variantes están estudiadas en las Gramáticas —la Gramática se refiere, precisamente, a los elementos más sistemáticos y regulares de la lengua—, en la práctica los Diccionarios pueden prescindir y prescinden de recoger esas variantes. Sin embargo, en el caso de formas menos regulares o propias de tal o cual dialecto o época, es usual que los Diccionarios las recojan. Este es el criterio que se ha seguido en el DGE, cf. II.8.

## 2. LA UNIDAD PALABRA: EL SIGNIFICADO EN RELACIÓN CON OTRAS UNIDADES

Hacemos abstracción, de momento, del problema de la hominimia y del de las acepciones en que se diferencia el significado de una palabra; también, de las organizaciones superiores (campos semánticos, clases y subclases de palabras) en que se integra dicho significado. Hay otra clase de problematismos referentes a él de los que queremos ocuparnos.

La palabra es una unidad integrada por otra u otras inferiores (morfemas, aunque también puede suceder que un morfema sea al tiempo una palabra) y que, a su vez, se integra en otras superiores (sintagmas, oraciones de diversos tipos). Su significado puede ser, pues, enfocado, bien como una suma de significados parciales, bien como una parte integrante de un significado superior. Veamos los dos puntos de vista separadamente.

Dado que el morfema, llamado por otros monema, es la unidad significativa elemental, hay quien ha postulado que el análisis semántico debería hacerse a partir de él y que, incluso, sería conveniente hacer diccionarios de

morfemas<sup>1</sup>. Pero éste es, a todas luces, un proceder equivocado, al menos en lenguas como las indoeuropeas que atribuyen a la palabra un papel mucho más relevante que el del morfema.

Las objeciones son numerosas:

a) La segmentación en morfemas de la palabra es con frecuencia muy difícil, pues varían en las diversas formas flexionales y existen hechos de amalgama. Por otra parte, es muy frecuente el sincretismo: un morfema tiene simultáneamente varios significados: indica a la vez, por ejemplo, femenino, nominativo y sg. (caso de la  $-\alpha$  final en Griego).

b) El significado de los morfemas se degrada con frecuencia, hasta hacerse puramente distintivo: caso muchas veces citado, en español, de *re-*, *con-*, *di-* etcétera, seguidos de *-ferir*. En diversos usos, el que formalmente es el mismo morfema, tiene significados muy diferentes o no tiene ninguno. Esto es frecuente en elementos morfológicos como la vocal temática y alargamientos diversos.

c) Aun en los casos en que la segmentación en morfemas es clara y el significado de éstos es inequívoco, siempre queda que el significado de la palabra no es la suma de los significados de los morfemas. Estos están entre sí en diversas relaciones (determinaciones sucesivas y otras).

En realidad, la comprensión del sentido de la palabra es total; las unidades inferiores que engloba con frecuencia no acceden a nuestra conciencia más que al nivel distintivo o cuando, mediante un acto de reflexión, realizamos un análisis del significado. Lo mismo sucede respecto a las relaciones entre esos morfemas.

Continúa, pues, siendo mucho más práctico definir el significado de la palabra bien por paráfrasis dentro de la misma lengua bien por traducciones a otra, aunque en ocasiones lo que se haga es exponer, directa o indirectamente, significados parciales de los morfemas y relaciones entre los mismos. La insuficiencia de convertir en general y sistemático este proceder se ve porque el análisis componencial del significado, al que en otro lugar nos referiremos, trabaja independientemente de la división en morfemas, demasiado obscurecida en nuestras lenguas.

Con esto tenemos contestada la primera cuestión: si analizar el significado de la palabra en significados parciales, de los morfemas que la forman. La segunda cuestión parte del hecho de que, a su vez, la palabra es un componente de un significado más amplio, el del sintagma o la oración e incluso unidades superiores.

Es absolutamente evidente, desde luego, que el significado de la palabra con muchísima frecuencia no queda completamente definido hasta que lo integramos dentro de las unidades de que forma parte. Al hablar de las

<sup>1</sup> Cf. por ejemplo L. Antal, *Questions of Meaning*, La Haya 1963, «Sobre el significado de las unidades lingüísticas», *Estudios de Lingüística General* cit., pp. 91-100.

acepciones, el uso figurado, el valor de estilo, etc., esperamos poner en claro la gran importancia de este punto de vista. Ahora bien, el problema consiste en que nos apoyamos en el significado de la unidad inferior, palabra, para establecer el de las superiores; y nos apoyamos en la visión global de este significado para establecer analíticamente el de la palabra. Nos hallamos ante un círculo vicioso: toda definición que se dé desde un punto de partida o desde otro es solamente provisional.

El partir de la palabra obliga, ciertamente, al Diccionario a especificar significados diferentes en función de las unidades superiores: es decir, de la distribución dentro de la frase. Pero aun así es el recurso analítico más práctico. Es lo contrario de lo que veíamos antes: el significado de la palabra es precisado analíticamente mediante el de los morfemas, pero es más práctico partir de la palabra.

La palabra es, en nuestras lenguas, el centro de cristalización más claro del significado, aunque sólo se complete con la referencia a las unidades inferiores y superiores; aunque, de resultas de esta última referencia, según la distribución el significado variará y el significado total o general de la palabra como abstracción se tornará problemático. La palabra en sí, aislada, no tiene existencia; lleva una serie de referencias a su integración en unidades superiores y a su división en inferiores y solo a partir de ellas se concreta el sentido en cada uso particular. Pero como instrumento de análisis del significado es el más real y vivo de que disponemos. En todo caso, su estudio en los Diccionarios y en obras de Semántica no es obstáculo al estudio de los significados de otras unidades en otras parcelas del estudio lingüístico.

Conviene, sin embargo, especificar que el Diccionario es el lugar adecuado para tratar casos en que los límites entre la palabra y el sintagma tienden a borrarse y otros en que la palabra es, al tiempo, una oración.

El primer caso es el de sintagmas cuyo significado es unitario y dentro de los cuales las palabras funcionan, en realidad, como morfemas con valor a veces puramente distintivo; pero que desde el punto de vista formal (existencia de junturas intermedias, de acentos independientes, etc.) están constituidos por dos o más palabras. Estos sintagmas son los que Pottier ha llamado *lexías* y equivalen a casi todos los efectos a una palabra: tipo *diente de león* para designar una planta. En realidad, un Diccionario debería considerar a las *lexías* como lemas independientes: pero hay casos de transición que hacen que resulte generalmente más práctico incluirlas, a modo de apéndice, en los lemas de una u otra de las palabras que las componen. Aunque no se trata de que el sentido de una palabra sea precisado en un contexto especial, sino de una síntesis total.

También se recoge dentro de los lemas normales de las palabras el caso en que una palabra es usada como una oración. Que una unidad funcione al tiempo como equivalente a una superior es normal: de igual modo que hay morfemas que son al tiempo palabras, hay palabras que en ocasiones al menos, son al tiempo oraciones (*fuego!*). Esto puede notarse dentro del lema respectivo, cuando no resulta innecesario por resultar obvio en el contexto.

## 3. LA UNIDAD PALABRA: SIGNIFICADO SEMÁNTICO Y SIGNIFICADO GRAMATICAL

Hay que hacer algunas observaciones y que sentar algunas precisiones en relación con el carácter semántico o no semántico de los significados a que se refieren los Diccionarios. Pues sobre esto suele haber bastantes confusiones.

Más que con el término «semántico» conviene operar con el término «lexical». Efectivamente, carácter semántico se atribuye a ciertos usos gramaticales que no por ello dejan de ser tales: un caso locativo o un genitivo de precio tienen, en definitiva, iguales significados que determinados adverbios o determinados nombres. Por supuesto, un Diccionario no se ocupa de nada de esto. Inversamente, una palabra como *padre* tiene por lo menos dos niveles de significación: uno lexical y otro gramatical, el de «masculino» y «sg.». El Diccionario podrá hacer constar (explícitamente o por exclusión) que se trata de un masc. y un sg., pero no definirá qué es el masculino o el singular, sólo se ocupará del significado lexical.

En suma, significado «lexical» quiere decir «significado de las palabras»: de esto es de lo que se ocupa un Diccionario. Y, concretamente, del significado de las palabras una a una, *per se*, y no como parte de un grupo de palabras o formas (nominativo, femenino...) En una palabra como *madre* el significado lexical que interesa al Diccionario es un significado semántico: este término designa no ya lo específico o concreto, sino, sobre todo, lo no generalizado, no usado con carácter sistemático. Pero en una palabra como *a* el significado lexical que interesa al Diccionario es un significado gramatical. Mientras que un Diccionario de una lengua de casos, como el griego, no se ocupa del significado del acusativo o el dativo, el de una lengua sin ellos, como el español, se ocupa del significado de la preposición *a*, más o menos próximo al de esos casos. Y un Diccionario del griego se ocupa del significado de otras palabras gramaticales como preposiciones, artículo, etc.

Hay, pues, una cierta arbitrariedad en cuanto al significado estudiado por los Diccionarios: arbitrariedad que se justifica mediante su referencia a lo propiamente lexical. Las cosas son aproximadamente como sigue<sup>1</sup>.

Un texto de una lengua comprende, si tomamos la palabra como unidad, a) una serie de unidades, b) una serie de clasificaciones de esas unidades, c) una serie de relaciones entre las primeras. Las unidades son, según nuestra posición de principio, palabras, que son estudiadas en su significado lexical.

Ahora bien, las clasificaciones de las palabras sólo en cierta medida son realizadas con ayuda de otras palabras, así por el artículo cuando sustantiviza un adjetivo: estas palabras gramaticales son ciertamente estudiadas, pero

<sup>1</sup> Respecto a los conceptos que manejamos, cf. «Rasgos semánticos, rasgos gramaticales y rasgos sintácticos», *RSEL* 2, 1972, pp. 249-258 y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, Barcelona 1975, pp. 197-207.

cuando la clasificación o categorización se realiza mediante la forma de la palabra o mediante elementos ajenos a ellas (concordancia, orden de palabras, etc.) no es estudiada por los Diccionarios que, todo lo más, indican de un modo u otro si se trata de un fem. o un pl. o un verbo trans. o un nombre o un adjetivo, etc. En las palabras flexionales, de otra parte, los Diccionarios eligen arbitrariamente una forma en representación de la palabra: por ello ni siquiera indican que la forma que dan es un nom. sg. o una 1. pers. sg. de ind. pres. act. Y menos se ocupan de decir nada sobre el significado gramatical de las formas que no se dan como lema.

Hay que hacer, sin embargo, alguna restricción sobre lo que acabamos de decir. Un Diccionario Griego-Español dará en ocasiones un tratamiento especial, dentro de un verbo, a las formas de voz media o de aoristo, por ejemplo. Ello se debe a que el anisomorfismo del griego respecto al español hace que categorías como éstas no sean directamente traducibles por otras categorías gramaticales y se traduzcan mediante el recurso al léxico. El aor. ἔγνων de γινώσκω se traduce bien, con frecuencia, por 'darse cuenta' en vez de 'conocer', ἔστησα es 'detener' frente a ἔστην 'detenerse'.

Por lo que respecta al punto c) de arriba, las relaciones entre las unidades, hay que decir cosas semejantes. En la medida en que se notan mediante palabras, estas palabras serán estudiadas por el Diccionario, aunque sus significados lexicales sean puramente gramaticales. En cambio, cuando la relación se marca mediante sufijos o desinencias de las palabras o mediante el orden de palabras y otros recursos, quedan fuera del estudio del Diccionario. Puede suceder así que una palabra tenga tres niveles de significado: lexical semántico; categorial o clasificatorio; propiamente sintáctico: así, cuando la marca de género es al tiempo, en virtud de la concordancia, indicio sintáctico de relación. Pues bien, sólo lo lexical es estudiado.

Queda fuera del centro de estudio del lexicógrafo el elucidar problemas del significado gramatical, tales como los elementos de este que son puramente clasificatorios o relacionales en general. Pero cuando un significado lexical es gramatical, es estudiado igual que si fuera semántico. Y ello con buena razón, puesto que los principios del significado gramatical son los mismos del significado semántico: se accede a él, en la medida en que se accede, mediante la misma combinación de la consideración paradigmática y la sintagmática, el mismo recurso a distinguir centro y márgenes, etc.<sup>1</sup>.

La separación del estudio del significado gramatical encarnado en palabras y de aquel otro que es un segundo nivel de significado de palabras lexicales o de las diversas formas de las mismas es, pues, cosa de conveniencia metodológica, de división práctica del trabajo: nada más.

Esto está de acuerdo con las ideas que cada vez en mayor medida se imponen sobre las relaciones entre Semántica y Sintaxis (Gramática diríamos

<sup>1</sup> Cf. en general *Linguística Estructural* cit., caps. VIII y IX.

nosotros). Efectivamente, las más antiguas formulaciones de la Gramática Generativa, primero las de Chomsky en sus *Semantic Structures*<sup>1</sup> y luego las de Katz y Fodor<sup>2</sup>, sostenían que la estructura profunda de una lengua (las oraciones nucleares, se decía en un primer momento) estaba constituida por una serie de marcadores sintácticos que establecían relaciones entre una serie de términos definidos por su clase de palabras; luego intervenían, para llegar a la estructura de superficie, unas reglas de transformación y una interpretación semántica. Es decir, la semántica comenzaba allí donde terminaba la gramática: las palabras de las distintas clases y subclases se introducían allí donde la Sintaxis lo permitía y con las acepciones que esa Sintaxis y, luego, las distintas palabras, aceptaban como compatibles. Pues bien, esta teoría<sup>3</sup> se encuentra hoy prácticamente rebasada en los nuevos estudios de Gramática Generativa.

Encontramos, efectivamente, en estas corrientes algunos puntos de vista que nos interesan desde el que ahora nos ocupa:

a) Tiende a abandonarse la idea de una estructura profunda dominada por las clases de palabras y los tipos de relaciones y oraciones de las lenguas indoeuropeas y, más concretamente, del inglés. La tendencia a considerar la estructura profunda de las lenguas como universal choca, en efecto, con la adopción como tal de una basada, en el fondo, en una lengua particular<sup>4</sup>. De ahí la reacción de autores como Lakoff y Fillmore<sup>5</sup> que encuentran en la estructura profunda de todas las lenguas una serie de estructuras derivadas de la lógica natural. Piénsese lo que se quiera de esto<sup>6</sup> resulta claro que la época de la absoluta separación de Sintaxis y Semántica y de la preminencia de la primera sobre la segunda ha pasado.

b) Aun sin llegarse a esto, ya desde Chomsky, *Aspects* (1965) se veía claro lo problemático que resulta el trazar los límites y las dependencias entre Sintaxis y Semántica. En otro trabajo posterior el mismo autor<sup>7</sup> accedía a incluir en la estructura profunda ciertos rasgos semánticos. Lakoff, Fillmore, Weinreich<sup>8</sup> y otros autores más han insistido en que o bien hay elementos sintácticos en la estructura profunda o bien Sintaxis y Semántica constituyen

<sup>1</sup> La Haya 1957.

<sup>2</sup> «The Structure of a Semantic Theory», *Language* 39, 1963, pp. 170-202.

<sup>3</sup> Especificada y defendida por Katz, J. J. y Postal, J. A., *An integrated Theory of Linguistic Description*, Cambridge, Mass., 1964, Chomsky, N., *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, Mass., 1965; Katz, J. J., *Semantic Theory*, New York 1972.

<sup>4</sup> Cf. nuestra crítica en *Lingüística Estructural* cit., p. 480.

<sup>5</sup> Los más importantes trabajos de Lakoff están recogidos en *Semántica y Sintaxis en la Gramática Transformatoria*, ed. V. Sánchez de Zavala, Madrid 1974. Para Fillmore véase entre otros «The Case for Case», en E. Bach y R.T. Harms, *Universals in Linguistic Theory*, New York 1968.

<sup>6</sup> Cf. *Lingüística Estructural* cit., p. 943 ss.

<sup>7</sup> Cf. Chomsky, *Studies on Semantics in Generative Grammar*, La Haya 1972.

<sup>8</sup> *Explorations in Semantic Theory* en Sebeok ed., *Current Trends in Linguistics*, III, La Haya 1966.

un solo componente o, incluso en que el componente más profundo sería de índole semántica. Sánchez de Zavala ha formulado esto<sup>1</sup> diciendo que la sintaxis introduce una serie de cortapisas al componente semántico. Por su parte Jackendorff<sup>2</sup> opina con razón que al hacerse muy abstracta la estructura profunda, de naturaleza sintáctica, se hace imposible fundar en ella la totalidad de la interpretación semántica: debe proceder de varios niveles de transformación.

Nosotros pensamos que todo esto es, todavía, insuficiente: que Sintaxis y Semántica se refieren a una misma cosa, aunque tengan transiciones y una tendencia a la polarización; la clasificación es en buena parte cuestión de conveniencia, cosa arbitraria. Y que, igualmente, la distinción de una o varias estructuras profundas y la atribución de los distintos elementos a unas u otras, depende de criterios de clasificación nuestros, no de cosas que existen en sí. Véase nuestro trabajo «Reflexiones sobre Semántica, Sintaxis y Estructura Profunda», *RSEL* 6, 1976, p. 1 ss.

c) Aludamos también a la hipótesis, de que más adelante nos ocuparemos, de que existen universales semánticos en la estructura profunda: universales que luego cada lengua organiza a su manera en un léxico propio.

En definitiva y volviendo a lo que más de cerca nos interesa: las relaciones entre las palabras se deducen de su propia coexistencia dentro de la palabra. Ahora bien, aquellas que son más frecuentes y regulares, las relaciones (y también las clasificaciones) gramaticales, tienden a formalizarse, expresándose mediante marcas como el orden de palabras, los sufijos, desinencias y, también, mediante palabras especiales. No siempre es así, hemos visto que en ocasiones una palabra tiene «niveles» de sentido semántico, categorial y puramente sintáctico: el segundo y tercero derivados, sin duda<sup>3</sup>.

La Gramática es, sin duda, un nivel secundario, creado para clasificar unidades y relaciones y para crear significados sistemáticos. Se expresa de varias maneras y es convencional estudiarlas en un Diccionario o una Gramática: en el fondo todos estos significados operan sobre unos mismos principios, aunque han introducido secundariamente algunas diferencias, como es el caso de los significados gramaticales puramente clasificatorios que no hallan paralelo en lo lexical.

<sup>1</sup> *Hacia una epistemología del lenguaje*, Madrid 1972, p. 90.

<sup>2</sup> *Semantic Interpretation in generative Grammar*, Cambridge, Mass., 1972.

<sup>3</sup> Desde el punto de vista estructuralista se llega también a conclusiones semejantes, así en Nagy, G. O., *Abriss einer funktionellen Semantik*, La Haya 1973.

## II. PALABRA Y CAMPO SEMÁNTICO

### I. GENERALIDADES

Un Diccionario ordena las palabras en un orden alfabético, es decir, en un orden convencional que no tiene más justificación que su carácter práctico. En realidad, nosotros distinguimos el significado de las palabras por su oposición al de otras palabras que conocemos y que poseen idéntica o análoga distribución. Las palabras que son capaces de conmutarse cambiando el sentido de todo el pasaje constituyen un campo semántico. O, si se quiere, un campo semántico es un paradigma lexical que fragmenta y organiza en un sistema complejo de oposiciones un continuo semántico. En consecuencia, el significado de una palabra solamente puede establecerse con ayuda de las oposiciones que contrae dentro de su propio campo semántico. Es ésta una concepción que contrasta con la de la antigua escuela que estudiaba las palabras en monografías independientes: escuela que produjo una abundante bibliografía a partir del estudio de Heinze sobre *Fides*<sup>1</sup> y que, concretamente, ha dedicado mucho trabajo al estudio de diversas palabras de importancia cultural dentro del léxico griego: cf. infra. p.

El estudio de los campos semánticos arranca del libro de J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*<sup>2</sup> y ha sido y es importante en las escuelas lingüísticas europeas. Continúa en realidad la consideración paradigmática de los «valores» de las palabras inaugurada por Saussure. A esta orientación paradigmática del estudio de los contenidos responden trabajos numerosos de Coseriu, Pottier, Glinz, Lyons, Geckeler, Lehrer, Alinei, Apresjan, Trujillo, de mí mismo. Doy la bibliografía más fundamental: Coseriu, E., «Pour une Sémantique diachronique structurale», *TLLS*, 2, 1964, 139 ss. y trabajos posteriores, cf. *Probleme der strukturellen Semantik*, Tübingen 1973; Pottier, B., *Linguistique Générale. Théorie et Description*, Paris 1974 (última exposición, después de otras varias); Glinz, H., *Grundbegriffe und Methoden inhaltsbezogener Text- und Sprachanalyse*, Düsseldorf 1965 (tendencia emparentada, solamente); Lyons, J., *Structural Semantics*, Oxford 1963; Geckeler, M., *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich 1971<sup>3</sup> (doctrina de Coseriu, casi exclusivamente); Lehrer, A., *Semantic Fields and Lexical Structure*, Amsterdam 1974; Alinei, M., *La struttura del Lessico*, Bolonia 1974; Apresjan, O., «Analyse distributionnelle des significations et champs sémantiques structurés», *Langages* 1, 1969, pp. 44-74 y *Principles and Methods of Contemporary Structural Linguistics*, La Haya 1973 (sobre todo p. 274 ss. «Models of Semantic Analysis and Synthesis»); Truji-

<sup>1</sup> 1929. Recogido en *Vom Geist des Römertums*, Leipzig-Berlin 1939, pp. 25-58.

<sup>2</sup> Heidelberg 1931.

<sup>3</sup> Trad. esp., Madrid 1976.

llo, R., *El campo semántico de la valoración intelectual en español*, La Laguna 1970; la exposición de conjunto de R. Hoberg, *Die Lehre vom Sprachlichen Feld*, Düsseldorf 1970. Mis trabajos (que arrancan de 1964) están recogidos en los dos libros *Estudios de Lingüística General* y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, así como en la *Lingüística Estructural*. Véase varios trabajos de diversos autores recogidos en A. Rey, *La Lexicologie*, París 1970.

Ahora bien, hay que hacer constar, de una parte, que dista de existir en este momento una teoría general del campo semántico y de las oposiciones en él contenidas; y que, de otra parte, no contamos en absoluto con descripciones de campos semánticos particulares que hagan posible tener en cuenta sistemáticamente este punto de vista al redactar un Diccionario. Ello es especialmente cierto en el caso del Griego antiguo. Aun así, trataremos de exponer el estado de la cuestión y las posibilidades, para un futuro más o menos próximo, de utilizar sistemáticamente el estudio de los campos semánticos para la redacción de artículos en los Diccionarios, y concretamente, en el Diccionario del Griego antiguo.

Nos apoyamos, de una parte, en estudios monográficos nuestros<sup>1</sup> o de nuestros discípulos<sup>2</sup>; y también, en datos procedentes del *DGE*; además, en nuestras tomas de posición teóricas en los libros ya mencionados, más una serie de consecuencias obtenidas de libros y artículos a que hemos hecho alusión y que, en ocasiones, son posteriores a la redacción de nuestros trabajos.

Pensamos que la totalidad del léxico de una lengua debe considerarse como interrelacionada, como ha propuesto explícitamente Alinei. Una palabra puede entrar alternativamente en dos campos semánticos, según el rasgo o rasgo distintivo que se constituye en foco: con lo cual, añadimos nosotros, se crean dos acepciones. Una palabra puede reclasificarse, pasando de un campo a otro; y ello según la fecha, el dialecto, el nivel de lengua, especializaciones diversas en lenguas especiales o por efecto de innovaciones individuales.

Por otra parte, los campos se oponen y jerarquizan entre sí. Alinei distingue entre dominios, con un solo rasgo distintivo común, así el del «caballo», y sistemas, con dos rasgos, así el del «sonido del caballo». La jerarquía sube hacia arriba y, también, baja hacia abajo si cortamos en algún punto el árbol del «sonido del caballo». Lateralmente los cortes que podamos hacer son bastante arbitrarios. Nosotros preferimos, como Alinei y al contrario de Apresjan, introducir dentro de un mismo campo clases y subclases de palabras diferentes; introducimos también antónimos, sinónimos, etc., cosa por lo demás habitual.

<sup>1</sup> Cf. mis tres trabajos «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón», «El campo semántico del amor en Safo» y «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», recogidos en *Estudios de Semántica y Sintaxis*.

<sup>2</sup> Trabajos de E. Gangutia; C. Roura; J. L. Calvo; O. Guntiñas citados más adelante.

Sólo dentro de este tejido y, más concretamente, de las oposiciones que en él se dan, puede comprenderse cómo actúa la función significativa de la lengua. Con frecuencia es descrito con excesiva simplicidad; no se habla de la posibilidad de que una palabra pertenezca a dos campos ni se relaciona el tema de los campos semánticos con el de los distintos tipos de semas: es decir, se rehúye el tema de la existencia de acepciones al tratar de los campos. Tampoco se insiste apenas en la mutabilidad de éstos dentro de una misma lengua, en la existencia de campos «paralelos» o parcialmente coincidentes, de que hablaremos, en la multiplicidad de organización de los campos: árboles, cadenas, paradigmas sobre más de un rasgo; campos simétricos y asimétricos, con expresión o no independiente de los géneros, con o sin neutralizaciones. Para todo esto remitimos al capítulo anterior y a anteriores exposiciones nuestras.

Pienso, de todas maneras, que con todas las diferencias existentes, la noción de campo semántico ha alcanzado un nivel de generalidad suficiente para poder intentar utilizarla al redactar un Diccionario. Es claro que representa una abstracción: que si en principio las oposiciones son en igual distribución, las asimetrías y otros fenómenos han hecho que el conjunto de palabras de un campo formen una entidad aunque las oposiciones sólo en ciertas circunstancias tengan lugar. Igual sucede en paradigmas gramaticales complejos, como, por ejemplo, el de los casos: un acusativo y un genitivo no pueden oponerse en todas las distribuciones, pero no por ello dejan de pertenecer al mismo paradigma. Pues bien, esta abstracción, como todas las abstracciones lingüísticas, se justifica por la utilidad de la clasificación que engloba: la de una serie de palabras y acepciones de las mismas que actúan en un espacio distribucional suficientemente homogéneo.

Hablemos ahora ya de las oposiciones de las palabras dentro de los campos, haciendo abstracción de momento del caso en que una palabra aparece alternativa o simultáneamente en dos campos o aparece en dos formas diversas adoptadas en el mismo campo: cosas ambas que se traducen en la existencia de acepciones. Lo que nos interesa aquí ver es cómo se traducen a nivel de Diccionario los rasgos distintivos o, si se quiere, los semas que actúan en las oposiciones.

## 2. PALABRAS DENTRO DE UN CAMPO SEMÁNTICO

Las oposiciones que las palabras contraen dentro de un campo semántico son, según es sabido, de varios tipos<sup>1</sup>. Encontramos fundamentalmente:

a) Oposiciones restrictivas (privativas) en que los dos términos tienen sentidos diferenciados por un rasgo distintivo pero, además, uno de ellos (el

<sup>1</sup> Cf. supra así como *Lingüística Estructural*, p. 498 ss. y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, p. 123 ss.

negativo) puede tener, en determinadas distribuciones, un sentido neutro respecto a la oposición.

b) Oposiciones distintivas (equivalentes), en que el uso neutro aparece en ambos términos.

c) Oposiciones exclusivas, sin uso neutro en ningún término.

d) Oposiciones graduales.

Es bien claro que en todos estos casos los sentidos polarizados o neutros deben entrar en un Diccionario al nivel de acepciones, pero lo lógico sería que una vez que se hiciera la descripción completa del sistema de campos semánticos de una lengua, se hiciera referencia a la situación de las acepciones en el campo semántico respectivo. Se introduciría, por ej., en *άνήρ* una acepción «varón» (como opuesto a *γυνή*) y otra «hombre» (con neutralización de la oposición, en frases como *πατήρ άνδρων τε θεών τε*). Para definir *δαίμων* es preciso hacer referencia al término opuesto *θεός*, con indicación de la diferencia: *δαίμων* se refiere a un dios no personal; pero hay que hacer referencia igualmente a los hechos de neutralización de este sistema por los cuales *δαίμων* puede aplicarse, por ej., a Afrodita (*Il.* 3.420) o, al revés, *θεός* es una divinidad cualquiera<sup>1</sup>.

Pensamos que una atención a estos hechos opositivos es necesaria para dar una buena descripción de las acepciones de una palabra. Hay que hacer constar, por ej., en *γυνή* que, como término positivo de una oposición, no se neutraliza; o al hablar de *ὄδε* hay que hacer referencia a su oposición con *οὗτος* y a que el rasgo distintivo de la misma puede variar, ocasionando dos acepciones de ambas palabras: ya apuntan a personas diferentes (*ὄδε* «yo»/*οὗτος* «tu») ya a segmentos diferentes del discurso (*ὄδε* referido a lo que sigue, *οὗτος* a lo que precede). En oposiciones graduales es conveniente, igualmente, la referencia al sistema. No es indiferente, en efecto, hacer constar que *νεανίας* figura situado en una escala en que le rodean *παῖς* y *άνήρ*.

Otro punto de interés es el relativo a los términos genéricos que, en ocasiones, subsumen el significado de dos o más términos opuestos, lo que evita el recurso a la neutralización. *Ἄνθρωπος* subsume *άνήρ* y *γυνή*, por ejemplo, y de aquí hay que partir para entender ciertos empleos estilísticos de la palabra, cuando se dice, por ejemplo, *ἡ άνθρωπος* de una esclava. También las cadenas presentan términos genéricos. Por ejemplo, en el momento en que en griego los nombres de las cuatro estaciones, *ἔαρ*, *θέρος*, *ὀπώρη* y *χειμών* forman una cadena, *θέρος* al tiempo que como término específico funciona como término genérico del «no-verano» y Tucídides puede escribir (5.40) *ἀμα δὲ τῷ ἡρι εὐθύς τοῦ ἐπιγιγνομένου θέρους*. Es importante notar esto explícitamente.

Ahora bien, estas oposiciones se dan dentro de campos semánticos de estructuras muy variadas, que nunca han sido descritas exhaustivamente. Por no

<sup>1</sup> Cf. más detalles en *Estudios de Lingüística General* cit., p. 44.

hablar de los «campos paralelos», a que haremos referencia en seguida, hay que apuntar a las graves asimetrías que se observan en los campos y no sólo a las referentes a la existencia o no de términos genéricos. No sólo hay árboles (ramificados muy diversamente) y cadenas, así como combinaciones de lo uno y lo otro, sino también paradigmas en que entran simultáneamente más de dos rasgos, tipos concéntricos en que se escalonan oposiciones en que se añade siempre un nuevo rasgo, etc. He aquí unos pocos ejemplos.

El sistema de los términos económicos de Homero, tal como ha sido estudiado por E. Gangutia<sup>1</sup>, puede representarse mediante un árbol en el que κτήματα es término genérico de κτεάτεσσι y βίτος, los cuales a su vez son términos negativos frente a, respectivamente, κειμήλια y σίτος, μέθυ. Hasta aquí todo está en orden. Pero πρόβασις «ganado» está subordinado tanto a κτεάτεσσι como a βίτος que funcionan, ambos, como términos negativos frente al primero. De donde se deduce que κτεάτεσσι puede ser tanto «objetos de metal» como «ganado», βίτος tanto «grano», «vino» como «ganado». Es bien claro que todo esto tiene importancia semántica y que al analizar cada término debe hacerse referencia a los demás.

A los paradigmas hemos de referirnos a propósito de las palabras que se encuentran simultáneamente en varios campos: se trata del caso en que el rasgo semántico con que un término se opone a otro es al tiempo común a un segundo campo semántico. Pero aquí vamos a hacer referencia a los campos concéntricos, como el de los verbos de acción sacral en griego, estudiados por J. L. Calvo<sup>2</sup>. Un verbo τελέω relativo a la acción sacral en general, funciona como término negativo frente a δράω, que acentúa el rasgo «movimiento físico» en ciertos contextos; éste a su vez es término negativo frente a ὀρχέομαι «danzar»; y en otros más reducidos este verbo comporta a su vez un término negativo μιμέομαι «realizar miméticamente».

Lo que acabamos de decir nos hace entrar en otro punto que también es importante: el del contexto. Hemos dicho que las palabras contraen oposiciones dentro de contextos determinados: y precisamente esos contextos son el mejor recurso para definir la base de las oposiciones. En estudios nuestros sobre el amor sáfico o la filosofía heraclítea<sup>3</sup> hemos puesto de relieve este punto de vista. No son definibles los verbos de «amar» en Safo si no se explicita que sólo admiten como sujeto al agente o amante; ni es definible el λόγος y sus cuasisinónimos en Heráclito si no se describen sus distribuciones y se dice que excluyen el que sean sujetos de un verbo transitivo.

Finalmente, dentro de este apartado, resulta interesante aludir a palabras que se refieren a lo mismo (al menos en algunos de sus usos) pero a partir de campos semánticos diferentes. Así, junto a ἔραμαι y otros verbos aparece en

<sup>1</sup> «Sobre el vocabulario económico de Homero y Hesíodo», *Emerita* 37, 1969, pp. 63-92.

<sup>2</sup> Tesis doctoral *Investigaciones estructurales sobre el vocabulario religioso griego*, Madrid 1971 (inédita).

<sup>3</sup> «El campo semántico del amor en Safo» y «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», recogidos en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., p. 247 ss.

Safo *φίλημμι* exactamente en las mismas distribuciones; pero también en otras. Lleva no sólo el sujeto de la relación amorosa, sino también el objeto; lleva un complemento no personal (la *ἀβροσύνα* por ejemplo); se refiere también a relaciones familiares. Así, la relación amante-amado expresada por *ἔραμαι* tiene un matiz diferente (deseo) de la expresada por *φίλημμι* (intimidad de grupo); parece útil mencionarlo. Y más que, dado el carácter en el fondo artificioso de la separación de los campos semánticos, podemos muy bien incluir el uso que nos interesa de *φίλημμι* en el campo del *ἔρος*: estaría, pues, simultáneamente en dos campos, situación que es la que estudiamos en 4.

### 3. PALABRAS EN CAMPOS SEMÁNTICOS ALTERNATIVOS, PARALELOS O SIMULTÁNEOS

La existencia de un campo semántico fijo en el cual está definitivamente integrada una palabra es en el fondo una ficción, sobre todo si nuestro objeto de estudio es una lengua con una larga historia y una rica diferenciación dialectal, literaria y sociolingüística, caso del griego.

Una palabra puede estar integrada alternativamente en varios sistemas paralelos. Por ejemplo, es frecuente la oposición *παῖς/άνήρ*, pero no lo es menos la que presenta un término intermedio, *παῖς/νεανίας/άνήρ*; si a ello se añade la existencia de una oposición paralela *νέος/γέρων* que reparte en forma diferente el tiempo y que en cierta medida está neutralizada por *νεανίας* se verá lo complejo de la situación. *Νέος* opuesto a *γέρων* y *παλαιός* se refiere a personas y cosas, pero en otra oposición alternativa, frente a *γηραιός* y *πρέσβυς*, se refiere sólo a personas. Y hay que añadir que estas oposiciones no coexisten todas en griego, algunos de los términos mencionados son sólo homéricos<sup>1</sup>.

Por otra parte, los campos semánticos evolucionan con el tiempo. Del sistema de las dos estaciones, una de ellas subdividida, se pasa en griego antiguo al sistema de las cuatro estaciones, con oposiciones exclusivas: ambos sistemas conviven durante cierto tiempo. Del complejo sistema «muerte/vida» descrito por E. Gangutia para la época homérica y arcaica<sup>2</sup> se pasó a partir de Platón a uno que tenía ya un término específico, *ζωή*, para la «vida», que oponía *σῶμα/ψυχή* como «cuerpo»/«alma», etc.

Es precisamente la creación en Grecia del pensamiento filosófico y científico la que llevó a la creación de términos técnicos de sentido inequívoco, con oposiciones exclusivas: es decir, a la refección de muchos campos semánticos. Es notable, por ejemplo, ver cómo en Hipócrates se crean sistemas de estos para los nombres de las comidas, las estaciones; cómo Heráclito hace entrar el término *λόγος* en nuevas oposiciones; cómo Platón altera todo el sistema

<sup>1</sup> Cf. C. Roura, *El campo semántico «tiempo» de Homero al ático del siglo V*, tesis doctoral en extracto, Madrid 1970.

<sup>2</sup> Cf. *El campo semántico «muerte/vida» de Homero a Platón*, C.S.I.C. en prensa.

de los adjetivos y nombres de valor, para crear una clara oposición exclusiva dentro de cada uno de cuyos términos tienden a convertirse en sinónimos, respectivamente, *ἀγαθός, καλός, δίκαιος* y *κακός, αἰσχρός, ἄδικος*, contrariamente al uso común de la lengua griega<sup>1</sup>. No menos interesante es ver, por ejemplo, cómo evoluciona el sistema de los verbos de «devenir» del griego común a Platón y de éste a Aristóteles: la evolución del pensamiento se refleja en una evolución del campo semántico<sup>2</sup>.

A estas creaciones hay que añadir las que proceden de grupos sociales, como, por ejemplo, las que tendían a identificar *ἀγαθοί* ya con los aristócratas, ya con los demócratas (cf. Lisias 31.30); las tendencias a especializar ciertas palabras en sentido religioso, en el de diversas ciencias, etc.

De todo ello resulta una situación bastante confusa, que el Diccionario debe esforzarse en reflejar. Por ejemplo, en nuestro trabajo arriba citado sobre el vocabulario de Heráclito hemos hecho ver cómo no solamente *λόγος*, sino también otras palabras tienden a integrarse en su sistema. No es posible una buena definición del sentido de *μέτρον, δίκη, ἀρμονία*, etc. en Heráclito sin relacionarlo con el de *λόγος* y separarlo de los usos «normales»; *πῦρ* debe referirse a *ἔν*, etc. Pero estos términos guardan huellas de su antiguo uso «normal», así su carácter divinizado en ocasiones.

Todo esto ha de estudiarse por fuerza, al nivel del Diccionario, mediante el establecimiento de acepciones. De un modo paralelo podremos estudiar así, por ejemplo, la especialización de una serie de términos en usos religiosos diversos, junto a los cuales continúan vivos los profanos: así en los verbos *τελέω*, etc. aludidos arriba, pero también en otros casos más. En verbos de «sacrificar» como *θύω, σφάζω, χέω*, etc. es fácil separar los usos profanos de los sagrados; y dentro de éstos establecer las especializaciones respectivas, dentro de un árbol encabezado por *θύω*, de valor puramente sacral. La indicación de los contextos hace ver claramente si se trata de ofrendar animales o vegetales, o bien líquidos, y éstos bien en el culto ctónico-funerario, bien no, etc.

Claro está, apuntábamos arriba que hechos como éstos pueden ser descritos bien a base de dos campos semánticos, bien de uno solo en el que, en un nodo del árbol, entra una nota nueva: en este caso la del «sacrificio». La separación es más bien cuestión de conveniencia.

Por otra parte, cuando en una palabra coinciden dos notas o rasgos propios de dos campos semánticos, podemos concebirla como un punto de enlace entre los mismos. Así, en el campo «vida/muerte» aludido arriba hallamos que en *αἰών*, que es «vida» o «principio vital», aparece en ciertos contextos una dimensión temporal: hay enlace con el campo del tiempo,

<sup>1</sup> Cf. la bibliografía antes citada y «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón», recogido en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., p. 267 ss.

<sup>2</sup> Cf. O. Guntiñas, *El campo semántico del devenir en Platón y Aristóteles*, tesis doctoral inédita, Madrid 1975.

como en βίος lo hay con el de la economía. En el sistema de los nombres de edad de las mujeres, en παρθένος se entrecruza una nueva nota, la de «no casada», con lo cual παρθένος y γυνή se oponen sobre dos notas diferentes.

Nuestra idea es que una palabra puede oponerse a varias otras sobre notas diferentes que engendran acepciones: estrictamente, cada una pertenece a un campo semántico. Pero hay que distinguir los casos de homonimia, en que los significados son sentidos como totalmente diferentes, sin puente alguno, de los de la simple existencia de acepciones. En este caso la palabra se siente como perteneciendo simultáneamente a ambos campos (así αἰών, βίος) o bien como subordinándolos bajo una idea común (la de violencia en el caso de δάμνημι, cf. infra). Sería equivocado romper la unidad del lema. Pero la atención a los campos semánticos en que simultáneamente está la palabra o los que subordina es tan importante para fijar las acepciones como la atención a los campos semánticos alternativos.

#### 4. CÓMO DEFINIR EL SIGNIFICADO

Sin haber llegado a penetrar a fondo en los distintos tipos de distribución de las palabras, resulta claro desde ahora que estas distribuciones están en relación con la posición de las mismas dentro de campos semánticos sumamente alternativos y variables, a veces organizados en torno a una misma palabra, y que comportan oposiciones de distintos tipos, neutralizaciones, variantes sociales o individuales.

Todo esto hace, pensamos, que resulten sumamente insuficientes aquellos ensayos de descripción del significado que se apoyan en relaciones fijas y uniformes o en semas igualmente fijos y bien tipificados. Téngase en cuenta que, en realidad, el operar con semas o con tipos de oposición es facultativo: son conceptos complementarios.

Una primera propuesta para lograr definiciones semánticas claras e inequívocas es la consistente en dar, para una palabra, la totalidad de los semas o átomos semánticos que la distinguen de otras del campo: *taburete* será, junto a *silla*, *sillón* etc. un «asiento» provisto de los semas «sin brazos», «sin respaldo», etc. El sema común será el archisemema, punto de cruce de los sememas (conjunto de semas de las distintas palabras del campo). Este es el análisis bien conocido de Pottier, al cual añade en un libro reciente<sup>1</sup> ejemplos como las palabras cuyo archisemema es «manifestación sonora bucal» (*aboyer*, *crier*, *glousser*, *miauler*...) o las de «transporte de personas» (*voiture*, *taxi*, *autobus*, *autocar*...). Estos sistemas en que cada palabra contiene varios semas, forman paradigmas en los cuales las palabras contraen oposiciones varias según los semas.

La objeción que puede ponerse antes que ninguna otra a esta propuesta es que se trata de ejemplos muy simples, de objetos concretos o actividades

<sup>1</sup> *Linguistique Générale*, París 1974, p. 61 ss.

también concretas: igual en el caso de otros autores, por ej., los sistemas de semas propuestos por A. Lehrer en su libro antes citado sobre sistemas léxicos en el campo de los guisos o de los productos de pastelería en diversas lenguas, o los de M. Alinei, relativos al «caballo» o al «sonido del caballo». Es mucho más difícil establecer los semas de palabras relativas, por ejemplo, al reino vegetal (*manzana, pera, melocotón...*) o animal (*perro, gato, caballo...*) o al dominio de lo abstracto (*belleza, fealdad...*).

A la segunda objeción, consistente en la variabilidad del significado de las palabras, ha respondido Pottier con su teoría de los semas virtuales que sólo aparecen en determinados contextos. A su oposición de semas estables y semas virtuales responde muy aproximadamente, en la Lingüística americana, la oposición entre *distinguishers* y *selection restrictions* propuesta por Katz y Fodor y seguida por Chomsky y otros autores<sup>1</sup>. La teoría que subyace es la de que, a pesar de todo, la palabra tiene un núcleo sémico absolutamente fijo, por lo que los rasgos distintivos en contextos especiales serían de un tipo especial. Pero eso no es cierto, llámese a los rasgos distintivos propios sólo de distribuciones especiales virtuales, *selection restrictions* o (como quiere Weinreich) *transfer features*. El núcleo común es borroso en grados diversos y no existe en los casos de hominimia; con frecuencia las acepciones tienen igual nivel jerárquico y son variantes de un núcleo central sumamente vago. En un cierto sentido, todos los semas son virtuales: sólo aparecen en determinadas distribuciones. Todos pueden desaparecer: puede haber un *hermano* que sólo lo es figuradamente, un *tigre de papel* al que queda poco del tigre real. Concebir los sentidos «matar», «violar» y «domar» de δάμνημι (cf. III.1.1.1) como suma de un semema «violencia» y semas particulares resulta artificioso.

Pero, sobre todo, aunque extendamos el análisis componencial a cada acepción prescindiendo de diferencias de jerarquía, una serie de lingüistas han presentado la objeción de que los semas que integran una palabra no se suman simplemente, sino que entran en relaciones. La estructura profunda de una palabra, según esta concepción de Weinreich, Heger, Parisi, Fillmore, Alinei y otros<sup>2</sup>, comprende tanto unidades semánticas como relaciones entre estas unidades: es, en definitiva, una frase o una oración. Se ha intentado explicitarla bien mediante diagramas (Parisi), bien mediante fórmulas (Heger) bien mediante transposiciones a lenguas modernas (Alinei).

Esta podría ser otra vía de ataque al problema de la exposición del significado de la palabra. Pero hay que observar que no carece, ésta también, de inconvenientes. Realmente, es un dominio en que no disponemos de instrumentos de control que aseguren la exactitud de los análisis que, unas

<sup>1</sup> Véase la crítica de U. Weinreich, «Explorations in Semantic Theory», en *Semantica* ed. D. D. Steinberg y L. A. Jakobovits, Cambridge, Mass. 1971, p. 317 ss.

<sup>2</sup> Cf. U. Weinreich, art. cit.; D. Parisi, «Un modèle componentiel du signifié», *Linguistica Matematica e Calcolatori*, Florencia 1973, p. 481 ss.; K. Heger, *Teoría Semántica II. Hacia una Semántica Moderna*, Madrid 1974; J. Fillmore, «Types of lexical information», en *Semantics* cit., p. 370 ss.; M. Alinei, ob. cit.

veces explícita y otras implícitamente, nos llevan a la existencia de una serie de átomos semánticos universales y otra serie de relaciones también universales de tipo lógico. Es, simplemente, una hipótesis, que el análisis semántico de *dentist* sea un conjunto de verbo y complemento (algo así como *fix* y *teeth*) como propone Weinreich; parece un análisis nuestro entre otros posibles, más que una relación objetiva de los elementos componentes. E igual los análisis de Alinei, de Heger, etc., que en realidad lo que hacen es analizar unas palabras por medio de otras más relaciones gramaticales entre ellas.

Es evidente que toda teoría semántica tiende a la simplificación, pero no debemos dejarnos arrastrar excesivamente por ella. En realidad existe la tendencia a dos simplificaciones contrarias entre sí y ambas peligrosas si se aceptan con exclusivismo:

a) Una de ellas es la que encuentra en los significados de las palabras elementos fijos y constantes combinados en formas fijas y constantes. Es la que nos ha ocupado hasta aquí, en una derivación del análisis componencial. Pero en términos puramente opositivos también aparece en las obras de Lyons y Lehrer citadas más arriba, cuando tienden a reducir las oposiciones de las palabras a unas cuantas etiquetas: sinonimia, incompatibilidad, inclusión de clase, antonimia, complementariedad, reciprocidad, «parte de», segmentos que se solapan, grado o jerarquía. Estos conceptos pueden ser útiles, pero es claro que no agotan las relaciones opositivas entre las palabras.

b) Inversa es la tendencia a establecer una rígida separación entre las oposiciones de palabras y las de una jerarquía superior. Por ejemplo, Pottier ha propuesto la existencia de clasemas, que caracterizan a clases de palabras por rasgos del tipo «transitivo» frente a «intransitivo», «humano» frente a «no humano», etc. Es paralelo el proceder de Katz y Fodor y de Chomsky al separar entre *semantic markers*, equivalentes a los clasemas, y *distinguishers*. Hoy día, sin embargo, es general la repulsa a esta teoría: véase lo que dicen, entre otros, U. Weinreich<sup>1</sup> y V. Sánchez de Zavala<sup>2</sup>. La pura verdad es que, si es cierto que hay rasgos más o menos abstractos, más o menos generales, no existe una jerarquía absoluta entre los mismos. Rasgos idénticos a los clasemas aparecen distinguiendo acepciones de una misma palabra; rasgos concretos distinguen campos semánticos enteros y subclases de palabras<sup>3</sup>.

El tejido de relaciones en que están envueltas las palabras y sus acepciones es muy complejo; hemos de insistir, a más de lo dicho, en las subclases de palabras, en las distribuciones determinadas gramaticalmente o no, etc. Tratar de hallar unas unidades mínimas fijas y finitas o, al contrario, establecer jerarquías que separen tajantemente los rasgos lexicales de los demás, no ha

<sup>1</sup> Loc. cit., p. 317.

<sup>2</sup> Ob. cit., p. 150.

<sup>3</sup> Cf. «Subclases de palabras, campos semánticos y acepciones», en *Estudios de Semántica y Sintaxis*, cit., p. 177 ss.

dato hasta el momento resultados decisivos. Da la impresión de que existen, efectivamente, elementos universales o muy repetidos dentro de las lenguas, pero existen también otros muy concretos y difíciles de definir. Se llega siempre a la misma conclusión: es mucho más fácil captar las oposiciones que los rasgos en que se basan o los semas que dibujan. Sigue siendo imposible establecer un sistema de símbolos y fórmulas que dé cuenta de la sustancia del significado. ¿Cómo definir de esta forma los términos de la serie *hermoso / guapo / bello / feo* o, como decíamos arriba, *pera / manzana / melocotón*, etcétera? El trazar un foso tajante frente a la Sintaxis y a las agrupaciones de palabras es igualmente irreal, por más que los Diccionarios, convencionalmente, eliminen una parte del problema al estudiar palabras y no campos semánticos, significados lexicales y no otros.

¿Cómo proceder entonces? No existe una respuesta simple. En realidad hay tres caminos, todos insuficientes:

1. El significado de las palabras es captado por los hablantes de una lengua gracias a la red de relaciones que se establecen entre ellas: a los sistemas opositivos en que entran (campos semánticos), las clasificaciones en que se integran (clases y subclases de palabras), sus distribuciones, su frecuencia. El Diccionario ha de dar, pues, los máximos datos sobre todos estos extremos; en lo relativo a distribuciones y frecuencias y también transformaciones hemos de precisar más aún. Si fuera posible recoger la distribución y frecuencia exacta, los sistemas opositivos exactos, teniendo en cuenta que se trata de un material cambiante, de un diasistema simplemente, tendríamos ante nosotros los mismos datos que los hablantes de la lengua. Ello, evidentemente, no es posible; no sólo por insuficiencia de datos, sino también por el fenómeno de la abertura de las lenguas, de sus reclasificaciones constantes, del factor que para la interpretación del significado representan los rasgos propios de los diversos emisores y receptores. Hay un factor de ambigüedad no resoluble nunca del todo.

2. Aparte de los datos que nos son accesibles sobre las relaciones de cada palabra en el sistema léxico de la lengua estudiada, es claro que el Diccionario debe sugerir una interpretación. Esta interpretación consiste en descripciones tentativas de las oposiciones, obtenidas de la consideración de la distribución de los términos; a veces la transformación de la frase facilita la interpretación. La diferencia de sentido entre dos variantes de una misma frase (o frases transformables) con un sólo término conmutado o entre un mismo término en dos distribuciones diferentes, incluyéndolo en el concepto de distribución el contexto extraverbal, sigue siendo el mejor camino para la interpretación del significado.

3. Junto a él está el de la traducción. No es cuestión de insistir aquí sobre sus insuficiencias por el hecho bien conocido del anisomorfismo de las lenguas. Ello no impide que la traducción sea imprescindible: unas veces, tratándose de cosas concretas, porque no es posible formular en forma breve los rasgos distintivos; otras, como punto de partida.

Efectivamente, es claro que un concepto como el nuestro de «amor» no responde exactamente al ἔρως sáfico o que «aire» no es en todos los casos una traducción suficiente de ἀήρ. Son, sin embargo, el punto de partida, al cual se pueden añadir precisiones mediante la aducción de las redes léxicas que rodean las palabras respectivas en distribuciones dadas (punto 1) o la formulación perifrástica de los rasgos distintivos (punto 2).

Por supuesto, todo esto debe aplicarse tanto a los lemas en su conjunto como a sus acepciones o grupos de acepciones. Y es claro que en paráfrasis y traducciones pueden entrar elementos fijos o repetidos, identificables con semas o rasgos opositivos típicos. Son, solamente, insuficientes, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos. Si no fuera así, no tendríamos necesidad de introducir, como elemento no sólo de control, sino también de sugerencia de interpretaciones, el máximo de datos relativos a las relaciones internas de cada lema con los demás de la lengua objeto de estudio.

### III. CLASES Y SUBCLASES DE PALABRAS, TRANSFORMACIONES

#### 1. IDEA GENERAL

La consideración paradigmática, a base de campos semánticos y oposiciones, no es suficiente para definir los significados de palabras y acepciones, sobre todo si operamos sobre una lengua, tal el griego antiguo, que sólo nos es conocida de una manera indirecta, a través de datos más o menos completos. En realidad, el sistema de oposiciones y campos es algo que deducimos y establecemos a partir del estudio de las distribuciones.

Este estudio se realiza a partir de una tipificación de las distribuciones: se establecen las distribuciones-tipo de una palabra y se estudia luego cuáles otras son conmutables en las mismas. Es el procedimiento que hemos seguido en estudios nuestros y de nuestros discípulos arriba mencionados y es, también, el que independientemente han preconizado autores como Apresjan<sup>1</sup> y Nagy<sup>2</sup>, que operan, respectivamente, sobre el inglés y el alemán. Ahora bien, la escasez de los datos puede completarse acudiendo a las transformaciones. Por ejemplo, al establecer las distribuciones de λόγος en Heráclito, el tipo en que λόγος es sujeto de ἐστί es suplementado con construcciones transformables en éstas: τοῦ δὲ λόγου τοῦδ' ἐόντος equivale a ὁ λόγος ἐστὶν ὃδε. De esta manera se logra una mayor exhaustividad y simplicidad en la descripción.

Ahora bien, cuando vamos al problema de tipificar las distribuciones, nos encontramos en primer término con rasgos sintáticos. Se trata de los distintos regímenes o construcciones que pueden admitir los verbos, ya en distintas

<sup>1</sup> Art. cit. en *Langages* 1.

<sup>2</sup> *Abriss einer funktionellen Semantik*, La Haya 1973.

acepciones ya en una misma (neutralización); se trata también de las funciones en que puede usarse un nombre o un adjetivo, por ejemplo, explicitadas con frecuencia por los casos.

Hemos hablando de verbos, nombres, adjetivos: con esto hemos introducido la noción de las clases de palabras. Un Diccionario no sólo indica a qué clase de palabras pertenecen sus lemas, sino que, dentro de ellos, indica con qué clases de palabras se combinan o dejan de combinarse. Un adjetivo en nom. sg. no se traduce igual si determina a un nombre o a un verbo por ejemplo. Es decir, las clases de palabras son relevantes a efectos de la distribución del lema, pero también a efectos de la distribución de las acepciones. Naturalmente, la diferencia de distribución no significa siempre diferencia de acepción; dos distribuciones diferentes pueden corresponder a una misma acepción o, al menos, a una misma traducción, según se ve en cualquier Diccionario bilingüe. Todo esto, así como lo que sigue, será ejemplificado con datos del *DGE* en III.2.

Pero con esto no hace sino comenzar la tipificación de las distribuciones. El segundo paso está en la intervención de las subclases de palabras, a las que ya hemos hecho referencia. Es característico de ciertos adjetivos —y hemos visto algún ejemplo— referirse sólo a personas, mientras otros pueden ser de persona o cosa; las acepciones de ciertos verbos difieren según el sujeto o el complemento sean de persona o de nombre de lugar o de nombre de acción, etcétera; otras veces el verbo sólo admite el sujeto o el complemento de uno de estos tipos. Es decir: la subdivisión de las clases de palabras en grupos (subclases) tiene trascendencia distribucional y define el significado bien de las palabras que con ellas se combinan, bien de las acepciones que se combinan. Esto quiere decir que el rasgo característico de la subclase de palabras (*clasema* para Pottier, *semantic marker* para los semánticos americanos) ya se adscribe a una palabra, ya a acepciones de la misma. Es más: una subclase puede eventualmente abarcar palabras de varias clases. Por ejemplo, los cuantificadores pertenecen a un tipo distribucional único (el que define, por ejemplo, el genitivo partitivo); pues bien, a ellos pertenecen tanto adjetivos como pronombres como numerales.

A partir de estas subclases se definen muchas de las nociones que intervienen en las oposiciones de las palabras. Por ejemplo, el matiz temporal de αἰών, que incluye a esta palabra en esa acepción en el campo semántico «tiempo», aparece en contextos con subclases de palabras, del verbo sobre todo, que designan tiempo. Igual sucede en Sintaxis: el acusativo de tiempo se da en nombres que son régimen de verbos de tiempo. En definitiva, tanto el léxico como las categorías y funciones sintácticas se compatibilizan en la cadena hablada; y esa compatibilización es la que promueve una reclasificación de los campos semánticos y sus oposiciones y crea significados totales y acepciones. Pero hay que advertir que este segundo grado de tipificación de las distribuciones creado por las subclases de palabras va seguido del representado por grupos de palabras cada vez más reducidos, cada vez más laxos y variables; el último extremo es la distribución consistente en una sola

palabra, es decir, la que crea frases hechas o lexías. Y hay que recordar que existen distribuciones no verbales: según las circunstancias en que se realiza la comunicación lingüística, según quienes toman parte en ella, según signos extralingüísticos que se acompañan, el sentido de palabras y acepciones varía; esto debe hacerse constar también en un Diccionario. Y debe añadir, finalmente, referencia a la distribución lejana.

Recordemos, de otra parte, que un campo semántico comprende o puede comprender palabras de varias clases. En trabajos de nuestra escuela se ha procedido siempre así, estudiándose sucesivamente, dentro de un campo, el plano del verbo, el del nombre, el del adjetivo; son estudiables también otros<sup>1</sup>. Se trata, si se quiere, de pequeños campos independientes, pero estrechamente relacionados porque actúan analógicamente unos sobre otros.

Estos pequeños campos son con la mayor frecuencia asimétricos. En griego antiguo frente a un verbo ζῶω «vivir» no existe en fecha antigua un nombre «vida» y sí varios abstractos con notaciones ajenas al verbo. En los nombres concretos hay en Homero una oposición σῶμα / νεκρός que opone lo animado a lo humano dentro de la noción de «cadáver», cosa extraña a los verbos «vivir» y «morir»; pero la palabra «cuerpo vivo» (δέμας) ignora esa oposición y, es más, se extiende a estructuras sólo figuradamente consideradas como vivas.

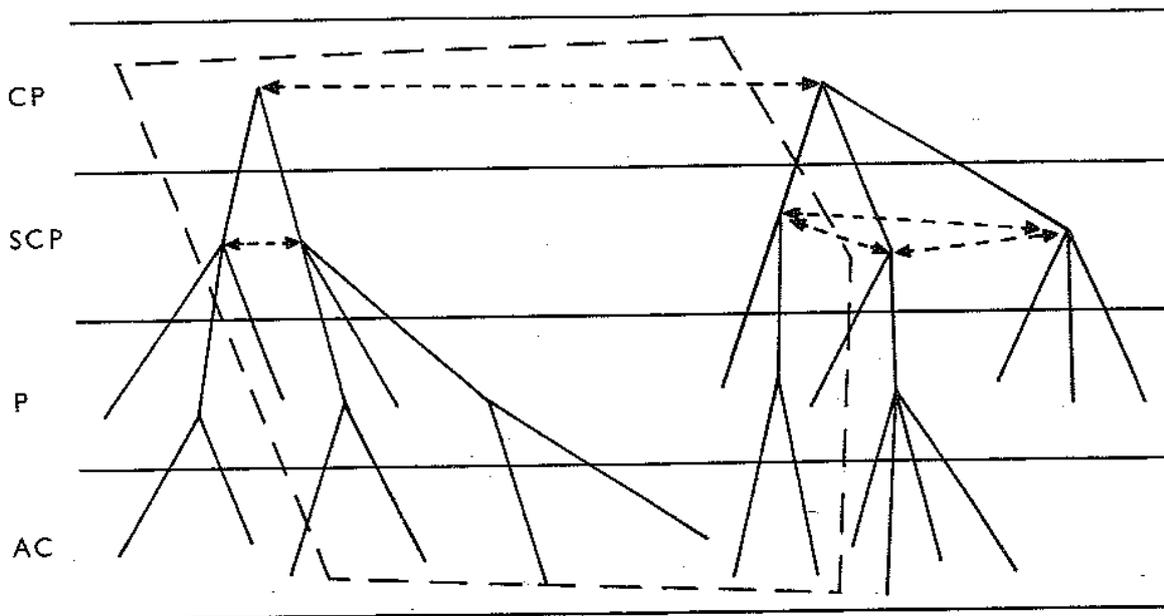
Todo esto tiene relevancia a la hora de establecer el significado. Es importante, para cada palabra, saber las posibilidades de transformación que llevan a otras clases de palabras o directamente a otras subclases (varias subclases de nombres, por ejemplo). Hay que tenerlas presentes porque con frecuencia son un útil paralelo para establecer los significados; además, cuando nuestra documentación en cuanto a distribuciones es escasa, una transformación nos da, como hemos dicho, distribuciones equivalentes. En términos generales las distribuciones de los verbos son las mejor definidas gramaticalmente, admitiendo mayor número de construcciones; el significado del nombre, con sus acepciones, puede obtenerse, así, mediante una transformación de este tipo.

Pero hay peligro por el hecho de la asimetría de las oposiciones dentro de cada clase y aun subclase de palabras; del mismo modo que hay asimetrías entre sectores del campo ocupados por una misma clase de palabras.

Esta complicada red de relaciones en que se encuentran inmersas las palabras de cualquier lengua se hará, quizá, más clara mediante un diagrama referente a los hechos de sistema o paradigmáticos que, como sabemos, tienen a su vez un reflejo en hechos sintagmáticos o distribucionales. El diagrama establece cuatro niveles, los de la CP (clase de palabras), SCP (subclase de

<sup>1</sup> Ciertos lingüistas, como Apresjan, se limitan siempre a una clase de palabras mientras que Alinei propugna explícitamente la intervención de varias clases; otros autores no se pronuncian, aunque se suele operar más bien con palabras de una clase.

palabras), P (palabra) y AC (acepción); indica mediante líneas de trazos y flechas las transformaciones; los trazos más largos delimitan un campo semántico; y hace ver la asimetría entre los elementos de clases y subclases que entran en un mismo campo semántico, y el hecho de que ya son palabras ya acepciones las que entran en él. Es incapaz, en cambio, de dejar ver que los rasgos distintivos de subclases, palabras y acepciones son en ocasiones los mismos, en otras no:



## 2. MÁS SOBRE LAS SUBCLASES DE PALABRAS

Todo estudio de descripción gramatical o semántica debe arrancar, pues, de un estudio de las distribuciones, que es precisamente aquel que con mayor claridad explicita un Diccionario. Este es el programa que hemos descrito en otro lugar<sup>1</sup>: comenzar por un estudio de las distribuciones seguido de otro de las transformaciones y deducir a partir de ahí consecuencias sobre el sistema opositivo. Añadimos la necesidad de un estudio de frecuencias, destinado a hacer ver el peso respectivo de las distintas acepciones (fundadas en distribuciones) en el significado de la palabra.

Dentro de ese estudio distribucional es sumamente importante la consideración, después de los factores gramaticales, de los derivados de las subclases de palabras. En dos tesis doctorales dirigidas por nosotros, la del Dr. López Facal sobre *Los usos adverbiales del acusativo, dativo y genitivo en la lengua de Heródoto*<sup>2</sup> y la de la Dra. Martínez Valladares sobre *Estudios sobre la*

<sup>1</sup> «Problemas y métodos de la descripción sintáctica», recogido en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., pp. 165-175.

<sup>2</sup> Madrid, C.S.I.C., 1974.

*estructura del sistema de las preposiciones en Tucídides*<sup>1</sup> se ha aplicado sistemáticamente el estudio de distribuciones sobre la base de las subclases de palabras del griego, con resultados que creemos importantes. Nos interesa a este respecto preferentemente el trabajo de la Dra. Valladares por referirse al significado de palabras que, aunque sean gramaticales como las preposiciones, no dejan de ser palabras de Diccionario.

Es un programa absolutamente factible, y realizado en el caso de Tucídides, tipificar la distribución de las preposiciones sobre la base de las subclases de palabras del sujeto, verbo y régimen; otras distribuciones que no encajan a primera vista en este esquema se reducen a él mediante transformación. A su vez, los tres factores decisivos de la distribución que hemos mencionado y que simbolizamos por A, B y C respectivamente pueden ser referidos a un número finito de subclases, que se tabulan independientemente para el sujeto, el verbo y el régimen. Puede darse así una fórmula para cada distribución tipificada de una preposición.

Por ejemplo, el sujeto (A) puede ser 1 (nombre de persona o asimilado), 2 (nombre de lugar) o 3 (nombre de acción o neutro). El verbo (B) tiene seis números (de movimiento, de estado, de acción, de acontecimiento, intransitivo, pasivo), cada uno de los cuales se subdivide, comprendiendo, por ejemplo: el tipo 1 (de movimiento) los de movimiento real (a) y figurado (b); el tipo 2 (de estado) una serie de letras que van de a) (εἶναι y estado en general) a k) (ἔχειν + adv.), y así sucesivamente. El régimen (C) comprende ocho números: nombres de lugar, tiempo, acción, objeto concreto, persona, pronombres y neutros, los cuales a su vez se subdividen en letras: por ejemplo 5 (nombres de persona) se divide en a) de persona en sg., b) de persona en pl. y étnicos, c) nombres de linajes. En ocasiones estas subdivisiones se subdividen a su vez.

Estas subclases de palabras no están establecidas caprichosamente, sino que se deducen de los hechos de distribución en cuando afectan al significado. Es visible, por ejemplo, que palabras como πόλις y ναῦς entran como sujetos de ciertos verbos en la misma clase que nombres de personas y colectivos como στρατός. Sin embargo, la división en subclases está determinada por los casos de mayor restricción en cuanto a los sujetos o verbos o regimenes posibles: otras veces las oposiciones se neutralizan, es decir, a una subclase del verbo responden dos o tres clases del sujeto o del régimen; o inversamente. También hay que notar que son posibles las reclasificaciones: πόλις o ναῦς se integran alternativamente en la subclase indicada o en la de nombres de lugar, etc.; y existen fenómenos ocasionales de uso figurado que modifican el sistema. Ello depende de la abertura general de la lengua y no es de extrañar. Pero es interesante medir la frecuencia de estos hechos para separar las acepciones marginales u ocasionales de las que ocupan el centro del significado o son acepciones normales.

<sup>1</sup> Publicada en extracto, Madrid 1973; cf. también *Emerita* 38, 1970, pp. 53-94 y *RSEL* 3, 1973, pp. 185-194.

Insistamos, de otra parte, en que hay dos escalones en las subclases de palabras, el que designamos con numerables árabes y otro inferior indicado con letras minúsculas. Por ejemplo, en nuestro sistema llamamos 1 a los verbos de movimiento, siendo los a) de movimiento real y los b) de movimiento y figurado. Es claro que los fenómenos de reclasificación son más frecuentes cuanto más se desciende en la escala.

Mediante este sistema es factible establecer todas las fórmulas posibles de una preposición, dando asimismo la frecuencia absoluta de cada una. No menos claro es que a mayor diferencia de las fórmulas, mayor será la diferencia del significado. En cambio, hemos considerado sinónimas fórmulas que difieren, dentro de uno de sus tres términos o de dos de ellos, por subclases de palabras cuya oposición hemos dicho que en este caso se neutraliza. Ello se deduce de que, conmutando la preposición por otra, cambia el sentido de la misma manera: no hay, pues, dos distribuciones, sino una sola. Más difícil es, para nosotros, captar la diferencia semántica entre dos fórmulas de que obtenemos igual traducción, pero que sería forzado, sobre esta sola base, combinar en una.

Por otra parte, la división en subclases del sujeto es mucho más restringida que la del régimen, siendo ambos nombres: evidentemente, su repercusión sobre el significado se efectúa a través de un menor número de matices.

Veamos unos ejemplos que aclararán lo dicho hasta aquí.

a) La primera fórmula distribucional de la preposición *ἀπό* con genitivo, que llamamos I a 1, es

$$A_1 - B_{1a} - \text{ἀπό} - C_{1a/c}$$

En ella el sujeto es de persona, el verbo de movimiento y el régimen bien de persona bien de lugar: entran en este tipo frases como *ἀπὸ δὲ τῆς Ἐφέσου ὁ Ἀλκίδας ἔπλει Alcidas partió por mar de Efeso* y como *Εὐβοία ἀπέστη ἀπ' Ἀθηναίων Eubea hizo defección de los atenienses*. Parece que es justo en casos como éste admitir la neutralización de las dos subclases «nombre de persona» y «de lugar» del régimen y también, desde luego, del sujeto.

b) Muy diferente es el caso II a 1, fórmula  $A_1 - B_{2i} - \text{ἀπό} - C_{1c/5a}$ , que comporta un verbo *accipiendi* y un régimen que ya es nombre de persona, ya pronombre personal; el verbo es transitivo. Aquí en una frase como *ἀντιτυχεῖν ἐπικουρίας ἀφ' ἡμῶν lograr ayuda de nosotros* se traduce igualmente con *de*, pero esta equivalencia de la traducción no da garantía de que el sentido de la preposición sea el mismo: más bien debería decirse que tanto *ἀπό* como *de* tienen esos dos sentidos, próximos por lo demás, en distribuciones paralelas.

c) Si pasamos a I a 2, con fórmula  $A_1 - B_3 - \text{ἀπό} - C_1$ , es decir, al tipo con sujeto de persona, verbo de acción y régimen de lugar, vemos que se impone una traducción diferente, *desde*: *ἀπὸ νεῶν ἐπεζομάχουν* es *libraban una batalla de a pie desde las naves*. Nótese que la subclase «verbos de acción» neutraliza muchas subclases subordinadas e igual la de «nombres de lugar». Y que el mayor alejamiento de esta fórmula respecto a la primera se justifica

por la presencia de un verbo de acción, frente al cual el de movimiento y el *accipiendi* están relativamente próximos, y por la ausencia de los nombres de persona del régimen.

Sin embargo, con esto no está dicho todo. Las traducciones no son suficientes, insistimos, para darnos una idea de una lengua extraña. Recogiendo datos del plano paradigmático de la misma vemos que nuestras fórmulas a) y c) tienen de común frente a c) el que admitan una conmutación de  $\acute{\alpha}\nu\acute{o}$  por  $\acute{\epsilon}\kappa$  para indicar una dirección contraria del movimiento: a eso se debe el que las agrupemos como I a 1 y I a 2. Efectivamente una oposición común hace verosímil una unidad de sentido. Ahora bien, I a 1 y I a 2 se diferencian porque la primera admite una oposición  $\acute{\alpha}\nu\acute{o} / \acute{\epsilon}\kappa$ , dentro de la misma dirección del movimiento, mientras que ni I a 2 ni II a 1 admiten  $\acute{\epsilon}\kappa$ . Esto tiene que ver también con el sentido: la posibilidad de introducir  $\acute{\epsilon}\kappa$  se justifica por un movimiento que puede arrancar desde dentro del punto de partida ( $\acute{\epsilon}\kappa$ , frente a  $\acute{\alpha}\nu\acute{o}$  polarizado o neutro). Hay, pues, en cada fórmula un punto de vista diferente.

Así, sin haber introducido los datos de las transformaciones ni de las frecuencias, puede verse cuán delicado es el problema de deducir consecuencias semánticas a partir de las distribuciones, pero, también, que el principio es justo. Asimismo, puede verse que el problema de la interrelación de las palabras en una lengua, con sus concomitancias semánticas, no es exactamente el mismo que el de traducir a una segunda lengua, que es precisamente el problema del Diccionario. Pero sobre esto hemos de insistir todavía en III.2. Aquí nuestro tema era el de los sistemas semánticos dentro de una lengua dada como punto de partida —uno de los puntos de partida— para la traducción.

## III.2

### Organización de los artículos del diccionario. Criterios a seguir

#### I. TEORIA GENERAL

##### 1. DATOS DE PARTIDA

Los diferentes capítulos de la Parte Segunda habrán hecho ver al lector el estado en que se encuentra actualmente la Lexicografía griega; ese estado ha de ser por fuerza nuestro punto de partida, aunque intentemos mejorar la situación aportando materiales directamente de los textos o revisando las interpretaciones propuestas. Por supuesto, ese material ha de sufrir un tratamiento fundado en puntos de vista de Lingüística General; aunque en la Parte Primera se habrá echado de ver, primero, que con frecuencia no se ha llegado a soluciones unánimemente aceptadas y, segundo, que en la práctica, por razones ya teóricas ya del escaso trabajo de detalle realizado, ese tratamiento no es fácil de aplicar a nuestro material lexicográfico.

Ahora bien, no puede esperarse para realizar un Diccionario Griego a que llegue el momento en que la totalidad del material esté convenientemente recogido, en que se hayan alcanzado conocimientos teóricos suficientes y seguros en el campo de la Lexicografía General y en que esos conocimientos hayan sido aplicados a ese material.

En ese momento, sin duda muy lejano, podría realizarse un Diccionario exhaustivo y completo de la lengua griega. Pero de momento es importante, a la vista de unos materiales y unos conocimientos teóricos que son de todos modos importantes, realizar un Diccionario que dé una visión de conjunto del léxico griego, más ajustada que las actuales. Aunque para ello haya que incurrir en ciertas desigualdades o acudir a determinados atajos o expedientes.

En lo relativo a los datos o material el ideal sería contar con un banco de datos ya completado como el que está reuniendo el *Thesaurus Linguae Graecae* de California; todas las palabras, bien lematizadas, con todas sus distribuciones. No sería tarea fácil, de todos modos, tipificarlas y deducir de ahí los sistemas de clasificaciones y campos semánticos. En todo caso, con el material de que disponemos, procedente de toda clase de léxicos e índices, de estudios

lexicográficos en libros y revistas, de despojos realizados directamente, es factible intentar en la medida que cabe esa tipificación de los contextos. Y hacerse una idea de su frecuencia, para no dar igual relieve a las acepciones centrales o en todo caso primarias y a las marginales, los usos figurados, los hapax semánticos, las ambigüedades y juegos de palabras, los usos estilísticos diversos.

Por supuesto, los resultados son provisionales; no sólo no disponemos de la totalidad de las distribuciones, con lo que todo estudio de frecuencias que hagamos será provisional, sino que, dado el carácter fragmentario de nuestro conocimiento de la lengua griega, incluso si tuviéramos esos datos totales los resultados de su estudio serían provisionales todavía.

Con mucha frecuencia los resultados que se obtengan al redactar el Diccionario superarán a los datos o puntos de partida. Hay demasiada deducción precipitada para atribuir a tal o cual palabra carácter dialectal (de este o el otro dialecto) o pertenencia a tal o cual nivel literario. Constantemente, se han venido encontrando estrechas las definiciones que atribuían en exclusiva ciertas palabras al jónico o al griego cristiano. El estudio del léxico de los dialectos, de los distintos niveles de koiné, etc., debe, inversamente, progresar a partir de los nuevos Diccionarios, que en lo posible es mejor que se abstengan de poner etiquetas de uso a las distintas palabras. Al contrario, quedan por definir los géneros propios de algunas palabras. No está escrita la historia detallada de la creación del vocabulario científico e intelectual, con su extensión. O bien podemos adelantar que la aparición de ciertas palabras en los *Oracula Sybillina* y en escritos órficos tardíos, pero también en oráculos de Dídima y de Egipto mucho más antiguos de época helenística, hace suponer la existencia de un léxico órfico especial ya desde el s. VI a. C.: un fragmento de esta literatura, del siglo IV, apareció hace poco como es sabido en un papiro de Salónica.

Incluso sin aumentar o aumentando moderadamente los datos se puede llegar fácilmente a definiciones de las palabras más exactas que las habituales. Así ocurre con verbos y nombres relativos al culto, estudiados en la tesis de J. L. Calvo arriba citada, y así ocurre también con adjetivos como *ἄγνός* o *ἄγιος*, cuya adscripción y sentidos originales son fáciles de establecer, concretando traducciones vagas como las de 'puro' o 'santo'. Cf. infra.

Puede decirse, en general, que por escaso que sea nuestro conocimiento de la Literatura Griega, unas veces por las pérdidas que ésta ha experimentado, otras por el atraso de la Lexicografía griega, hoy podemos hacernos una idea bastante aproximada del Léxico griego en sus diversas épocas y usos. Con un tratamiento crítico y científico puede obtenerse del material existente más de lo que es habitual.

## 2. PROBLEMAS DEL ANÁLISIS SEMÁNTICO Y SOLUCIONES

Hay cosas que pueden evitarse y cosas que no pueden evitarse en un Diccionario amplio que aspire a abarcar toda la larga historia de una lengua como el Griego.

Puede evitarse que los artículos contengan un amontonamiento caótico de traducciones sin que el usuario tenga criterio sobre cuándo aplicar las unas o las otras. Un Diccionario bilingüe debe suministrar datos para elegir entre esas traducciones. También pueden evitarse soluciones que sólo aparentemente ponen orden en ese caos; la de dar los ejemplos por orden cronológico o la de darlos por un orden supuestamente «lógico». Para evitar estos errores basta aplicar los criterios deducidos de las consideraciones de Lingüística General recogidas en nuestra Parte Primera.

No puede evitarse que el Diccionario recoja una lengua que en realidad no ha existido nunca, es una suma de elementos existentes en distintos momentos y lugares. Un gran Diccionario de una lengua como el griego recoge inevitablemente un diasistema: palabras y acepciones antiguas y recientes, de unos y otros dialectos, unos y otros géneros literarios, unos y otros autores. La falta de datos hace que ni siquiera podamos definir exactamente las distintas partes del diasistema. Lo más práctico es que se procure ejemplificar las distintas palabras y acepciones en las épocas, dialectos y niveles en que aparecen; a ser posible, con una representación proporcional a su frecuencia. Pero este es un ideal difícil de alcanzar.

De todo esto se deduce que, sobre la base de un material lo más amplio, diversificado y críticamente interpretado que sea posible, la organización de los artículos debe establecerse según criterios distribucionales jerarquizados. Es decir: tienen prioridad las distribuciones más amplias, menos específicas, que dan el sentido central a los sentidos primarios; luego van las distribuciones más especializadas, hasta acabar con las *lexías* y los *hapax* semánticos, que responden quizá a innovaciones individuales. Ahora bien, dentro de una distribución puede haber tipos distribucionales subordinados, que son concomitantes con sentidos de la palabra estudiada subordinados al sentido general que tiene en el tipo distribucional que subordina a estos otros.

Se impone, pues, una organización escalonada de los artículos: A, B, C...; I, II, III...; 1, 2, 3...; a, b, c... Naturalmente, con la mayor frecuencia son suficientes sólo dos escalones (I, II, III...; 1, 2, 3...) o incluso solo uno (1, 2, 3...). Pero hay que insistir en que no se trata de jerarquizaciones arbitrarias, sino condicionadas distribucionalmente. El criterio cronológico puede aceptarse, todo lo más, como subsidiario; para ordenar dos tipos distribucionales jerárquicamente iguales o los ejemplos de un tipo distribucional. De igual modo que es un criterio subsidiario, como decíamos, el introducir material de fechas, lugares y niveles diferentes, incluso cuando distribucionalmente es equivalente. Así, se logrará no sólo establecer las acepciones de las palabras sino también, en cierta medida, referirlas a su ambiente cronológico, local, sociolingüístico o de estilo.

Los tipos distribucionales, por lo demás, no siempre son estrictamente separables; no lo son sobre todo cuando no se fundan en hechos de Gramática o en las subclases de palabras, sino en grupos léxicos restringidos y mal definidos. Si a ello se añade que las variaciones dentro de una distribución fundamental con frecuencia no se reflejan en la traducción, de ahí se deduce

que es más práctico darlas mediante separaciones menos tajantes que los apartados antes citados. Nosotros empleamos el punto y coma en este caso e incluso cuando dos distribuciones diferentes responden a un mismo sentido y una misma traducción de la palabra estudiada. Todo esto será precisado luego mediante ejemplos adecuados.

La distribución gramatical o fundada en el orden de palabras puede darse en general en forma abreviada; indicación del caso regido o de la construcción, del carácter intransitivo o transitivo del verbo, de la clase de palabras del nombre sujeto, de la clase del verbo (*accipiendi*, de movimiento, de movimiento figurado, de «decir»), etc. Pero en ocasiones se hace necesario el empleo de paráfrasis, sobre todo, cuando se trata de un contexto amplio difícilmente formalizable; hablamos de «movimiento hacia el sujeto» o «alejándose del sujeto», de «contexto afirmativo» o «negativo», «positivo» o «peyorativo», etc. Otras veces el contexto es demasiado complicado o se trata de usos raros o incluso *hapax*; resulta más práctico entonces dar, dentro del apartado correspondiente, la frase textual con su traducción. Pero es un recurso extremo y ello no sólo porque consume espacio, sino, sobre todo, porque hace más difícil de seguir el esquema de los tipos distribucionales.

Conviene recordar, al llegarse a este punto, que la distribución no es solamente verbal. El contexto extraverbal decide con mucha frecuencia el sentido de las palabras y a él ha de hacerse por fuerza referencia. También importa indicar el lenguaje científico o técnico al que pertenece un uso de una determinada palabra: música, astronomía, lógica, geometría, etc. En el fondo, pertenece al mismo orden de cosas el indicar que un sentido de una palabra es propio, por ejemplo, del lenguaje cristiano, tal *bautizar* para βαπτίζω. Se trata de un contexto o distribución muy amplio, concepto que aquí llega a confundirse con el de dialecto o nivel lingüístico. Pero en este terreno hay que proceder con prudencia. Todos los dialectos y niveles del griego tienen como común el centro del código; y definir qué es lo que en el código es central y qué es lo marginal, así como los distintos márgenes, ya hemos advertido que no es tarea sencilla.

Ciertas distribuciones especiales tienen sobre el significado de las palabras efectos que son, por decirlo así, de tipo general. Crean, por ejemplo, los usos figurados, caracterizados por la reclasificación de las palabras dentro de las subclases de palabras y por el coeficiente de abertura y baja frecuencia. Las distribuciones únicas y exclusivas crean las lexías. La coincidencia de dos distribuciones de una misma palabra, por un hecho de ambigüedad, crea los dobles sentidos, las alusiones, los juegos de palabras cómicos; el autor de un Diccionario debe hacer alusión a todo esto, incluso mediante referencias cruzadas de unos apartados a otros dentro del mismo lema. Los diversos efectos de estilo también quedan incluidos en este apartado, aunque sea mucho más difícil señalarlos en un Diccionario; hacerlo exhaustivamente es imposible, selectivamente tiene problemas.

Al llegar aquí hemos de recordar que el sentido de las palabras accede a la conciencia de los hablantes de una lengua no solamente a través de las

distribuciones y su frecuencia, sino también a través de su papel en el sistema opositivo y en las transformaciones. Pero el sistema opositivo hemos de deducirlo del distribucional, así como también el transformativo. Para el autor de un Diccionario el sistema distribucional es la base de todo. Pero una vez que, a partir de él, se han deducido consecuencias sobre los otros, es importante hacerlas constar, para orientación del lector.

En III.1 hemos indicado lo que puede hacerse a este respecto. Pueden indicarse los usos neutros, las oposiciones, los términos genéricos, los sistemas de oposiciones paralelos (es decir, que  $\pi\alpha\iota\varsigma$ , por ejemplo, puede ya oponerse a  $\acute{\alpha}\nu\eta\rho$ , ya a  $\nu\epsilon\alpha\nu\iota\alpha\varsigma$  y  $\acute{\alpha}\nu\eta\rho$ ), las oposiciones múltiples que crean dos o más semas o rasgos distintivos ( $\gamma\upsilon\nu\acute{\eta}$  como *mujer casada*, por ejemplo), la existencia de sistemas alternativos o simultáneos, como los que crean usos técnicos de ciertas palabras al lado de los comunes, etc. También puede aludirse a las diferencias de uso o asimetrías entre sectores de un campo o en las transformaciones, haciendo ver cómo se subsanan en épocas posteriores. Todo esto es sumamente interesante para captar el sentido de las palabras, al referirlas unas a otras; el problema es el atraso en que se encuentra este género de estudios, que sólo pueden avanzar sobre la base de estudios distribucionales de todas las palabras del campo. Es decir, sobre Diccionarios bien hechos y lo más exhaustivos posible.

Efectivamente, ensayos como el de Alinei, ya citado, o el de Agricola<sup>1</sup> para crear un *Thesaurus* o repertorio total de léxico de una lengua, con indicación de las relaciones (en sentido amplio) de cada palabra con las demás mediante un sistema formalizado, más que otra cosa nos hacen ver lo difícil de la empresa, lo alejados que estamos de ella. En definitiva las relaciones se fijan intuitivamente y se expresan mediante palabras de la lengua, las listas de las mismas son abiertas, se reconocen los infinitos casos de abertura, etc. Es, simplemente, tratar de circunscribir con la mayor precisión posible los hechos a que hemos estado aludiendo en este capítulo y en el anterior.

En suma: no existe hoy día posibilidad de dar una especificación directa, exhaustiva y formalizada de las acepciones de las palabras. Hay que acudir a los recursos que hemos mencionado, renunciando de todos modos a la exhaustividad. Pero tenemos además a nuestra disposición otro recurso más, el de las traducciones. Veamos sus ventajas e inconvenientes.

### 3. PROBLEMAS DE LA TRADUCCIÓN Y SOLUCIONES

Hemos visto en III.1 que el significado es captable, para los hablantes de una lengua, por las relaciones entre las palabras; por coordenadas, por decirlo así, entre distribución y situación en sistema, todo lo cual implica la consideración de clases y subclases de palabras, transformaciones y frecuencias. Se captan, en suma, diferencias, que delimitan en cada caso el «contor-

<sup>1</sup> *Semantische Relationen im Text und im System*<sup>2</sup>, La Haya, 1969.

no» de la palabra o acepción y precisan el detalle con que el referente es aludido o captado. Así accede a nosotros el significado de las acepciones, a partir del cual sólo de una manera vaga e imprecisa construimos, a veces, un significado total de la palabra; una abstracción que ha de precisarse en cada caso. Aunque, a decir verdad, también el significado de las acepciones es una abstracción, pues si hablamos de tipificación de referentes, de frecuencias, etc., la verdad es que con ello introducimos generalizaciones, pues no hay dos usos idénticos de una misma palabra. Y el límite del sentido de la palabra dentro del total de la distribución es más bien un corte arbitrario que hacemos cuando practicamos la reflexión.

De ahí la dificultad o imposibilidad, mejor, de segmentar en semas, universales o particulares, el contenido de las palabras; de ahí el carácter más bien arbitrario de las clasificaciones de los semas, lo indemostrable de los análisis en semas.

Hay otra dificultad más grave. Esos semas no pueden enunciarse más que con palabras de la lengua, usada como metalengua. Analizamos palabras mediante otras palabras que a su vez necesitan ser analizadas y sentamos, por hipótesis, una concepción circular en la que unas palabras por decirlo así elementales se combinan variamente para crear las demás. Esto no pasa de ser una hipótesis, como la del carácter lógico de las relaciones entre las mismas.

Y, sin embargo, por impreciso que el procedimiento sea, no tenemos otro para marcar las relaciones entre las palabras que definir esos rasgos opositivos o distintivos mediante la propia lengua objeto de estudio (o una traducción a otra). Así procede la tradición lexicográfica griega, nacida para explicar las «palabras difíciles» de Homero y otros autores y cuya larga tradición hemos seguido en I.2 y 3. Exponiéndose, por supuesto, a errores y distando mucho de dar definiciones exhaustivas que precisen sobre los distintos significados con todos los datos distributivos y oposicionales. Hay que observar que cuando hablamos de semas o cuando acudimos a simbolizaciones diversas, en realidad no se varía de procedimiento; se trata siempre de definir el máximo de rasgos de la palabra o la organización de los mismos mediante el uso de la metalengua, aunque a veces, para mayor comodidad, sea traducida previamente a un inventario reducido de símbolos. Hemos hecho notar que no contamos con inventarios suficientes de los mismos ni creemos que pueda encontrarse uno que satisfaga a todas las necesidades de la definición semántica.

Este proceder continúa siendo absolutamente necesario y sobre ello hemos de volver. Pero tiene que ser complementado, según hemos dicho, por datos distribucionales, opositivos y otros que hablan al lector más clara y directamente que las paráfrasis metalingüísticas y le llevan a deducir consecuencias que sería largo y engorroso explicar en palabras. Estos recursos, además, dan al usuario del Diccionario un medio de control muy conveniente. Paráfrasis e indicaciones directas se complementan y se controlan recíprocamente.

Ahora bien, cuando se trata de un Diccionario bilingüe hay que añadir un

tercer recurso para definir el significado y es aquél al que queremos referirnos en el presente apartado: la traducción a la lengua de salida.

Esta traducción tiene, ciertamente, inconvenientes muy graves; ya hemos adelantado cosas y volveremos sobre ello. Pero también tiene ventajas considerables y, además, responde precisamente a las necesidades y exigencias de dichos Dictionarios. Veamos los dos puntos independientemente:

1. Las traducciones son, ciertamente, imprecisas: *aire* no es lo mismo que *ἀήρ*, *puro* no es lo mismo que *ἄγνός*, *bueno* no es lo mismo que *ἀγαθός*, *justicia* no es lo mismo que *δίκη*, *amor* no es lo mismo que *ἔρω* o *ἔπος*, pero nos dan una primera aproximación, directa y no opositiva, al contenido. Por otra parte, el uso del criterio distribucional en la redacción de los artículos permite disminuir los riesgos; las traducciones responden a determinadas distribuciones de las palabras griegas, no a todas; y las palabras españolas se emplean como traducción sólo en el sentido dado por la distribución que corresponde en español a la de la frase griega a traducir. El problema es que el sentido de la palabra griega en esa distribución puede ser más restringido; el *ἔπος* de Safo es *amor*, pero un amor que va de un sujeto a un objeto, que es inspirado por los dioses, etc. *ἄγνός* es *puro* pero en sentidos diferentes; se dice de un hombre que no ha derramado sangre, de hombres o mujeres que no han tenido relaciones sexuales incestuosas o que se han purificado tras el acto sexual, de mujeres vírgenes, en literatura cristiana del que está libre de pecado, etc. Ahora bien, estas precisiones pueden darse mediante el uso de paráfrasis, obtenidas por vía distribucional y oposicional.

Por otra parte, un recurso útil es el de traducir una palabra en una distribución no por una sola palabra española, sino por una serie de ellas; una de sentido más genérico y otras de sentido más restringido, pudiendo encabezar también la palabra genérica otra u otras distribuciones. En una palabra como *ἄγνός*, que acabamos de mencionar, el *DGE* traduce en varias acepciones: *puro, santo, que no rompe ninguna ley religiosa, bueno, recto; puro, no contaminado por relación consanguínea; puro, purificado después de las relaciones sexuales; puro, casto*. Llamamos a éstas traducciones complejas.

Así, la traducción tiene sólo un carácter indicativo, debe ser completada mediante las traducciones paralelas y mediante toda la otra serie de indicaciones; datos sobre el sistema léxico, ya expuestos directamente, ya mediante paráfrasis. Así, se supera el tipo de diccionario que da una serie desordenada de traducciones no relacionadas explícitamente con los usos del original. La traducción es una aproximación, un punto de partida para penetrar más profundamente en el sistema significativo de la lengua original o en los distintos sistemas de la misma, ligados a sectores de pensamiento, niveles de lengua, etc.

2. Un Dictionario bilingüe trata, en definitiva, de superponer el «mapa semántico» de cada palabra de la lengua de entrada (el griego antiguo en nuestro caso) y el de diversas palabras de la lengua de salida (el español). Esta es su finalidad, lograda ya mediante traducciones, ya mediante indicaciones

diversas que apuntan a lo diferencial de los hechos griegos. Por tanto, si prescindieramos de las traducciones, esta finalidad suya quedaría incumplida, tendría que suplirla el lector. Por ello, la organización de los artículos o lemas del *DGE* (como de cualquier Diccionario bilingüe) se realiza en función de los significados de la lengua de salida, el español en nuestro caso. Ahora bien, si nos interesamos por la articulación de los significados de las palabras griegas, este proceder tiene ciertamente un efecto distorsionante, pero también procura ayudas y ventajas. Veamos uno a uno los dos puntos.

a) Es un hecho bien conocido, sobre el que no es cuestión de insistir aquí, el del anisomorfismo de las lenguas<sup>1</sup>. Allí donde una lengua ve unidad, otra ve multiplicidad; al *bois* francés responden en esp. *bosque* y *madera*, al *cerdo* español responden en ingl. *pig* y *pork*, etc. Es claro que al traducir de una lengua a otra se introducen distinciones, así al traducir del fr. al esp. y del esp. al ingl. las palabras citadas; y al propio tiempo se pierden distinciones, así al traducir, inversamente, del esp. al fr. y del ingl. al esp. Otras veces las correspondencias son sólo aproximadas, así en los casos arriba mencionados. O bien lo que en una lengua es gramatical en otra es lexical (véase ejemplo supra) o al revés.

Por tanto, organizando las distribuciones de una palabra griega de modo que cada grupo de ellas corresponda aproximadamente a una palabra española nos exponemos a dividir lo que desde el punto de vista del griego es una unidad y, al tiempo, a unir en un solo apartado lo que quizá presente diferencias de significado, pese a la traducción común.

Por ejemplo, hemos visto más arriba dos distribuciones de *ἀπό* que se traducen por *de* y una que se traduce por *desde*; pues bien, si las distribuimos en dos apartados nos exponemos a englobar en uno de ellos dos cosas en cierto modo diferentes, a juzgar sobre todo por las oposiciones. O bien: hemos hablado de las tres traducciones españolas de *δάμνημι* según el complemento que lleve; pero nada nos indica que desde el punto de vista del griego haya conciencia de la diferencia entre esas acepciones.

b) Y, sin embargo, la comparación de un sistema semántico con otro utilizado como metalengua para exponer el primero, que es lo que hacen los Diccionarios bilingües aunque se auxilien también con otros datos, por muy distorsionante que sea para el primer sistema, es quizá el mejor o incluso el único modo de exponerlo en forma tal que no sólo se refiera a rasgos o relaciones, sino también directamente a contenidos.

En palabras muy frecuentes y que, por tanto, se combinan con una gran parte del léxico de la lengua, una exposición distribucional seguida de otra

<sup>1</sup> Cf. sobre este punto, entre otra literatura, Mounin, G., *Les problèmes théoriques de la traduction*, París 1963, trad. esp. 1973; Güttinger, F., *Zielsprache. Theorie und Technik des Uebersetzens*, Zürich 1963; Nida, E., *Towards a Science of Translating*, Leiden 1964; L. Judskanov, A., *Traduction humaine et traduction mécanique*, París 1969; mi *Lingüística Estructural* cit., p. 912 ss. y passim; Koller, W., *Grundprobleme der Uebersetzung*, Bonn 1972.

opositiva y de datos de frecuencia produce un número muy elevado de posibles acepciones; acepciones que no son, por lo demás, otra cosa que abstracciones de usos más diversificados todavía según las palabras de la distribución y segmentaciones a veces sin clara vigencia en la conciencia lingüística de significados totales de las respectivas distribuciones. Por otra parte, el problema de cuándo las oposiciones representan una polarización de los sentidos o cuándo hay neutralización (de ἀπό y ἐν, por ejemplo), es muy difícil.

Carecemos, en definitiva, de criterios claros para dibujar el mapa de la significación agrupando distribuciones o, por el contrario, separándolas. Las muy diferentes y con oposiciones muy diferentes es verosímil que se refieran a significados diferentes; pero hay zonas de transición sobre las que es muy difícil decidir.

En cambio, la exposición de un sistema léxico por medio de otro usado como metalengua suministra el instrumento para esa descripción. Puesto que las traducciones se refieren a diferencias de distribución y sistema, es claro que el mayor daño que pueden hacer es dar un relieve excesivo o insuficiente a la organización del significado en la lengua de entrada; o bien atribuir una traducción solamente aproximada. Pero permite agrupar hechos y trazar líneas de organización. Conociendo los principios de la Semántica, sabiendo interpretar además los datos sobre distribuciones y demás, las paráfrasis, etc., puede el lector interesado acercarse a la interpretación del sistema léxico de la lengua de entrada. Quizá sea la mayor aproximación posible, por ahora, si no queremos caer en el atomismo de las múltiples distribuciones que se degradan; es desde luego preferible, pensamos, a simplificaciones artificiales a base de semas o rasgos opositivos fijos y universales.

Con todo, no hay que olvidar que la finalidad principal del Diccionario bilingüe no es ésta. Su finalidad principal es indicar a qué traducciones precisas (para mayor precisión las palabras de la lengua de salida son completadas con paráfrasis y otros datos) responden usos precisos de las palabras de la lengua de entrada. Para llegar a conseguir este ideal, en la medida en que es asequible, el Diccionario bilingüe por fuerza ha de realizar un estudio profundo de la estructura del significado de la lengua de entrada. Esta estructura es la que traduce, con una distorsión quizá inevitable, pero que, adicionada con determinadas correcciones, deja en cierta manera reconocerla.

Así, el Diccionario bilingüe, a más de su finalidad propia, tiene la segunda de ayudarnos a profundizar en la estructura semántica de la lengua estudiada. Ya hemos dicho que suministra datos inestimables para ello; y que los estudios sobre semántica de la lengua de entrada son valiosos para él. En realidad, hoy por hoy, es un instrumento del que no podemos prescindir para estudiar la estructura semántica de una lengua. Pues el carácter escurridizo de los hechos semánticos obliga a utilizar para apresarlos todos los medios disponibles; y la traducción (relación con otro sistema) es, según hemos visto, un medio importante, aunque evidentemente no único. Pues precisamente el suplementar las meras traducciones con otros datos es el mayor progreso que se puede aportar a la Lexicografía.

## II. EJEMPLIFICACION A PARTIR DEL DGE

### 1. CASOS DE DISTRIBUCIÓN GRAMATICAL Y POR SUBCLASES DE PALABRAS EXPLÍCITAS

La organización de las acepciones de traducción de una palabra como *ἀλλά* revela un árbol muy claro, basado exclusiva o casi exclusivamente en la consideración de las construcciones gramaticales y ciertos rasgos sintácticos muy generales. Dan la clave para que el que vierte al español elija entre traducciones como *pero; sino; al menos, sin embargo, ea, así pues, pues entonces, etc.* Hay que notar, con todo, que en ocasiones las traducciones del *DGE* son parcialmente iguales en dos acepciones: en B I 1 damos *sino*, en B I 2 *sino, no otro que*; en C I 1 *al menos, sin embargo*, en C II *por lo menos*; en A I 1 *pero*, en D I 3 *pues, pero*. En estos casos acudimos al recurso, para introducir una misma palabra española con dos matices, de acompañarla, en alguna o algunas de sus apariciones, de otra. También hay que indicar que a veces la traducción no puede darse para *ἀλλά* independientemente, sino para una agrupación de palabras en que se incluye. Estos dos recursos, el de la traducción múltiple y el de la traducción por sintagmas o grupos, han sido ya debidamente justificados.

La ramificación de *ἀλλά* es la siguiente, reducida a lo esencial y prescindiendo de ejemplificaciones que serían fáciles de dar:

- A) Introduciendo una adversativa, dependiente de frases afirmativas.  
 I. 1 *pero* (ἐγὼ μενέω ... ἀλλ' ἕτερον πέμπω). 2 *ἀλλ' οὐ pero no*.
- B) Id. id., dependiente de frases negativas.  
 I. 1 *sino* (οὐ κακὸς ἀλλ' ἀγαθός). 2. La neg. expresada con ἄλλος e indefinidos *sino, no otro que* (οὐ τί μοι αἴτιος ἄλλος ... ἀλλὰ τοκῆε).  
 3 Id. con advs. comparativos *no tanto ... como* (καὶ ἔστιν ὁ πόλεμος οὐχ ὄπλων τὸ πλεόν, ἀλλὰ δαπάνης)  
 II. id., introduciéndola con μή (μᾶλλά) *no ... sino más bien* (μῶν ἠλιαστά; μᾶλλὰ θατέρου τρόπου).
- C) Introduciendo principales de oraciones condicionales o causales.  
 I 1 Con subords. afirmativas *al menos, sin embargo* (εἰ πέρ γάρ τε χόλον ... καταπέψη, ἀλλὰ τε καὶ μετόπισθεν ἔχει κότον). 2 Id. negativas *de todas formas* (αἰ δὲ δῶρα μὴ δέικετ' ἀλλὰ δώσει).  
 II. Con determinaciones temporales, *por lo menos* (ἦ γνώσεται γοῦν ἀλλὰ τηνιαῦθ').
- D) Introduciendo frases simples.  
 I. En órdenes, ruegos, con idea de oposición. 1 Con imperativo, etc. *ea, así pues* (ὦ νέοι, ἀλλὰ μάχεσθε). 2 En respuestas de varios matices *pues entonces* (πατέρα δέ μοι δὸς εἰσιδεῖν. —οὐκ ἄν τύχοις.— ἀλλὰ παρθένους ἀδελφάς). 3 Introduciendo preguntas insistentes *pues, pero* (οὐκ ἔστιν ... Ζεὺς.—ἀλλὰ τί;)

II. Id., con idea de asentimiento *sí, bien, en verdad* (ἐρώτα ἢ ἀποκρίνου.—ἀλλὰ ποιήσω ταῦτα).

III. En comienzos de discurso *bueno, bien*.

E) Grupos de ἀλλά y otras partículas (omitimos la descripción).

Como puede verse, el concepto de sintaxis es un tanto amplio; abarca desde los tipos de oraciones (principales o subordinadas de varias clases) a las palabras gramaticales (μή, indefinidos), al concepto de «frase» que engloba el de oración y el de unidades inferiores a ésta; abarca incluso las unidades literarias (diálogo, discurso). Estos rasgos sintácticos se jerarquizan en la forma indicada, que corresponde aproximadamente con la jerarquización de las traducciones. En efecto, las de A de centran en *pero*, las de B en *sino*, las de C en *al menos*, las de D en *así pues*.

Veamos ahora un ejemplo en que la consideración de los hechos gramaticales se combina con la de sólo dos subclases de palabras, los nombres de cosa y de persona, para dar un árbol de acepciones de traducción igualmente del tipo «directo» con correspondencia, en principio, de una traducción para cada acepción. Nos referimos al verbo ἀμύνω. El esquema es:

I Act. y med., ac. de cosa o pers., *alejar algo nocivo de alguien*.

1 Act. y med., *rechazar* (δοῦλιον ἤμαρ). 2 Act., ac. de pers. y gen. de cosa *apartar algo de alguien* (Τρώας νεῶν). 3 Act., dat. de pers. y ac. de cosa *librar a alguien de algo* (Δαναοῖσιν λοιγόν).

II. Act. y med., generalmente sin ac. *ir en ayuda de alguien*.

1 Act., dat. de pers. *asistir, ayudar a alguien* (Ἀργείοισιν). 2 Act. y med. abs. *ayudar, socorrer* (ξυνοδικασταί ... ἀμύνετε). 3 Act. y med., gen. o prep. y gen. *luchar por proteger a* (νεῶν). 4 Ac. cosa *beneficiar* (véase infra).

III. Generalmente med., *corresponder a alguien con algo*.

1 Ac. pers. *vengarse de* (σιδήρω ... ἡμυνάμην αὐτόν). 2 Id. *agradecer* (τοῖς ὁμοίοις ἡμᾶς).

En este esquema es muy clara la formalización de I y II (en este falta el ac. salvo en 4) y muy claros los sentidos generales de I, II y III. Es interesante notar que, a más de la oposición de las dos subclases del nombre citadas, entran factores nuevos como son la oposición de voces y el régimen casual del verbo. También hay que notar que es un hecho que caracteriza a las acepciones el que en ellas las oposiciones puedan neutralizarse; la de las voces se neutraliza en I 1, II 2, 3, a veces en III: a efectos de traducción, pues puede ser perceptible el matiz distintivo; la oposición cosas/personas se neutraliza en I 1 y II 3.

Un problema que nos lleva a un terreno nuevo es el de la aparente ambigüedad en parte del cuadro; iguales construcciones con diferente traducción. Tenemos un régimen de ac. en I, II 4 y III, con sentidos muy distintos. Y son muy distintos los dos sentidos de las acepciones III 1 y 2.

Esta ambigüedad es sólo aparente. II 4, con ac. de cosa, forma una excepción

dentro de II, donde se clasifica por la traducción; es un uso muy raro y tardío, sólo conocemos un ejemplo de Nicandro, *Th.* 868 (con *νηδύν*), de modo que sincrónicamente cae fuera del sistema y no procura problema. En cuanto a la ambigüedad de III, en primer término hay que decir que es menor de lo que parece; III sólo tiene voz media y sólo ac. de pers., y no está atestiguado en Homero y textos bélicos, a los que se refiere la mayoría de los ejemplos de I, además faltan los regímenes de gen. y dat. característicos de I 2 y 3. Más todavía: aunque no recogido en el cuadro, III suele presentar un segundo régimen, que indica causa de la venganza o gratitud (*ὑπέρ*, etc.) Y, sobre todo, el contexto amplio refiere esa causa al pasado y especifica si la acción pasada es perjudicial o benéfica y, por tanto, si el verbo indica venganza o gratitud. Así, pues, por primera vez en nuestros ejemplos interviene el contexto lejano.

Pero dejemos de momento este tema, que nos aleja de las distribuciones más simples que ahora estamos estudiando. Estudiemos el influjo de las SCP en el establecimiento de acepciones, libre ahora de condicionamientos gramaticales o dentro de un único condicionamiento posible.

Así como en la organización de las acepciones de *ἀμύνω* intervienen los diferentes tipos de sujeto (siempre es de pers.), en un verbo como *ἀκμάζω* las acepciones se organizan precisamente en función del sujeto. Señalemos algunas: de frutos *estar maduro, estar en sazón*; de personas *estar en pleno vigor, alcanzar la madurez*, tb. de animales; de ciudades y Estados *alcanzar el mayor florecimiento o poder*; de abstractos indicando procesos o actividad *estar en su momento culminante o más violento* (*πυρετός, νόσος, πόλεμος, θυμός* etc.); del Nilo *estar crecido*; de palabras de tiempo *estar avanzado* (*ἔαρ, ἔτος*). Se trata de SCP, válidas al menos para la distribución de *ἀκμάζω*, casi todas, además, de validez general. Claro está, pueden contribuir al sentido otros hechos distribucionales: con sujeto de pers., ciudades, etc., un dat. instr. que procura el sentido de *abundar en* (*πλούτῳ, ῥώμῃ*), sobre todo abundar en efectivos militares (*σώμασι, ναυσί* etc.).

Otro ejemplo simple es el de los adjetivos, que suelen organizar sus acepciones según las SCP de los nombres que determinan; aunque en este caso los matices suelen ser muy fluctuantes, igual que las SCP. Es claro, por ejemplo, lo que ocurre con el término homérico y poético *ἀμέγαρος*: con pers. es *desventurado*, con cosas, normalmente abstractos, *lamentable, espantoso*; no son *desventurados* *πόνος, ἀτυμή*, sino los hombres implicados en ellos, calificados con el mismo adjetivo.

De un modo paralelo, *ἄκρατος* es, referente a cosas, *sin mezcla*, mientras que para personas, se ha llegado a partir de la idea de falta de moderación a un sentido *inmoderado, destemplado*. La distinción es fácil. Pero con los nombres de cosa hay muy varios matices. Es *puro* el vino y otros líquidos, *puro, vivo, intenso* se dice de colores y olores; para cualidades, etc. interviene un sentido figurado, *puro, no contaminado, no adulterado*, como se ve hay una gradación, usamos traducciones complejas.

Ahora bien, no debe creerse que los adjetivos se definen sólo mediante este proceso. Lo que sucede es que las relaciones gramaticales de un adjetivo

suelen estar, por así decirlo, latentes; el adjetivo es una simple determinación del nombre y los tipos más generales (gramaticales) de determinación sólo se reconocen por transformación. Una transformación verbal del adjetivo *ἀνοπος* por ejemplo, nos llevaría de un lado a un part. pasivo (*οὐ κεκομμένος*), de otro a uno activo (*οὐ κόπτων*); de ahí los dos sentidos pasivo y activo de nuestras dos acepciones I y II de la palabra, que luego se subdividen según las SCP del nombre (I *no golpeado, cansado, molido, cortado, apolillado*; II *que no cansa, que quita el cansancio*).

Pero dejemos de momento el criterio de las transformaciones, sobre el que hemos de volver. También en el caso de los nombres es decisivo el criterio de las SCP del contexto, salvo excepciones con un determinante que es gen. de nombre o adjetivo.

Un nombre como *ἀκμή*, del cual es un denominativo *ἀκμάζω* estudiado más arriba, se traduce de acuerdo con las SCP del gen., siempre subjetivo; hay una relación estricta con el verbo. Nuestro grupo I se refiere a nombres concretos (*filo o punta de armas, instrumentos, extremidades del cuerpo*); el II a frutos, personas, conceptos que admiten gradación (*maduración de las plantas, madurez o florecimiento de personas, culminación de la belleza, la inteligencia, etc.*); el III a palabras de tiempo (época avanzada de una estación *momento justo para*, con inf.).

Hasta qué punto estas acepciones deben ocupar apartados independientes o separarse con punto y coma dentro de uno o darse mediante el sistema de «traducciones múltiples», es tema altamente subjetivo. Como lo es el de la real unidad o grado de unidad de las acepciones; objeto de especulación más para el semantista que para el autor de un Diccionario bilingüe.

Un problema semejante se nos presenta con los usos figurados. Se basan en determinar el nombre mediante una SCP anómala; por ello es claro que merecen un tratamiento aparte, un número especial con la indicación fig. Pero es discutible en qué medida se introduce una diferencia de traducción. Cuando son frecuentemente determinados por la misma SCP, tienden a desgajarse, a perder casi su carácter de figurados y, entonces, la traducción por una palabra distinta de la comúnmente usada es de regla. Otras veces hay situaciones intermedias: *ἄκρον*, que es habitualmente *pico, cima, cumbre* (de un monte, etc.) o *cabo, punta, promontorio* puede admitir en su uso fig. (con determinantes abstractos) una traducción compleja como *eminencia, culminación, cumbre*, que repite parcialmente la de I. El caso es favorable, porque *cumbre* tiene, como la palabra griega, los dos usos concretos y figurado.

Pero veamos *αἰχμή* *punta* (de lanza, de flecha, etc.), *lanza*. Los usos figurados equivalen objetivamente a *guerra, valor, imperio, tropa*, sentidos muy distintos, que nosotros hemos preferido dar bajo apartados diferentes en el DGE. Puede objetarse que se pierde precisamente el carácter figurado del uso. Ahora bien, es admisible que un traductor del *Agamenón* de Esquilo, 483, hable de *la lanza de una mujer* para referirse a la dominación de Clitemestra; pero el autor de un Diccionario se ve obligado a precisar, en casos como éste, entre los varios sentidos figurados, porque si no deja de orientar a sus

lectores. Por supuesto, esos varios sentidos se fundan en las SCP y en el contexto más amplio, que deciden si se trata de la *guerra* (lacrimosa, de Ares...), el *valor* (de soldados, etc.) y así sucesivamente.

### III. HECHOS DISTRIBUCIONALES COMPLEMENTARIOS Y HECHOS OPOSITIVOS

En la exposición anterior se ha echado ya de ver que la distribución próxima y explícita presenta a veces problemas y que hay que echar mano de criterios adicionales; hemos aludido muy concretamente al de la transformación. Vamos a hablar de otros más.

Supongamos un nombre cuya organización en acepciones está condicionada por una serie de determinaciones en gen., según hemos expuesto. Es claro que si en un pasaje dado falta la determinación en gen., pero puede suplirse por el contexto amplio, el efecto es el mismo. Hay que indicar el hecho, naturalmente, mediante una paráfrasis.

Así *ἀκρωτέριον* aparece en el sentido de *cabo, promontorio* con determinación de gen. en pasajes como Hdt. 4.43, Th. 1. 30, Plb. 16.29.13; pero sólo el contexto amplio define pasajes sin gen. como Arist. *Metaph.* 1024 a 25, donde se trata del *extremo* de una vasija o de usos como *mascarón de proa* en Michel 116 (Delfos VI a. C.) y *acrótera* en Pl. *Criti.* 116 d., etc.

La palabra *ἀήρ*, entre otras infinitas, nos suministra igualmente ejemplos de este tipo, pero también otros que nos permitirán avanzar más. Si un gen. *τοῦ βαλανείου* determina el sentido *sala de vapor* de *ἀήρ* en Gal. 11. 14 y otro *τοῦ βωμοῦ* el sentido *espacio superior de un pedestal* en una inscripción en *Glotta* 50. 61, en cambio tenemos que recurrir al contexto amplio o situacional para *ἀήρ terraza, azotea* en *PMonac.* 8.12 (VI d. C.), etcétera. Más todavía; sólo ese contexto amplio determina, en Homero, si nos hallamos ante una *nube* verdadera o ante una especie de niebla producida por los dioses para salvar a sus protegidos en el momento del peligro. En cambio, el sentido *clima* se denota mediante determinaciones adjetivales.

El concepto de contexto amplio es precisado y hecho más utilizable, en ocasiones, mediante dos recursos. Uno, el género literario o especialidad científica; en el caso de los textos filosóficos, aíslan y unifican entre sí una serie de textos en que *aire* es uno de los elementos. El segundo recurso confluye con éste; se trata de las oposiciones. Cuando *ἀήρ* se opone a *γαῖα, γῆ*, es *aire*, no *nube* o *niebla*; y cuando se opone también a *πνεῦμα, αἰθήρ*, la precisión de la definición, en textos filosóficos como decimos, es mayor, aunque el español siga empleando la traducción *aire*. Esos términos opuestos aparecen con frecuencia en el mismo contexto.

El manejo de los opuestos, junto con el de distribuciones próximas y lejanas, sinónimos y transformaciones es decisiva en la organización de acepciones de palabras de importancia cultural; son necesarias también las

paráfrasis, pues con frecuencia la traducción pura y simple no resulta suficiente.

En una palabra como δόξα la oposición entre I *expectación, opinión* y II *reputación, buena fama* es más claramente visible acudiendo a las transformaciones (ἐγὼ δοκῶ, μοι δοκεῖ / δοκεῖ) que a una suma de distribuciones muy larga: δόξα II va con ἔχω y verbos similares o se caracteriza por ciertos adjetivos, el gen. objetivo, etc. Por otra parte, la distinción entre I 1, 2 y 3 se logra, tanto por vía distribucional (I 1 *expectación* es con giros preposicionales o con fut., etc.) como por vía opositiva: I 3 *opinión* (desvalorizada) se opone a ἀλήθεια y ἐπιστήμη; se trata, además, de textos filosóficos.

De todas maneras, es lo más frecuente que en palabras difíciles haya que manejar simultánea o alternativamente todos los recursos. Veamos algunos tipos frecuentes de contextos amplios que intervienen en las clasificaciones y que son ya previos, ya posteriores a la intervención de otros recursos:

1. Contexto neutro/positivo/peyorativo. Los hemos empleado ya para justificar la oposición *vengarse de/agradecer* en ἀμύνω III 1/2. Es un fenómeno frecuente. Explica, por ejemplo, la oposición *reputación / buena fama* en δόξα II 1/2; la de *causante / culpable* en αἴτιος I 1/2, la de *recompensar / castigar* en ἀμειβεσθαι II 1, las acepciones C de αἰσχύνη (*pundonor, heroísmo*) frente a las B (*deshonra, vergüenza, etc.*). En estos casos y en muchos más el que el contexto amplio juzgue positiva o peyorativamente o no juzgue la acción verbal subsume una larga serie de hechos de distribución muy difíciles de formalizar.

2. Contexto temporal/atemporal. Esta clasificación es la que, por ejemplo jerarquiza toda la organización de las acepciones de αἰών (cf. supra III.1.II.3). Aquí consideramos A como indiferente al tiempo, lo mismo los sentidos I (1 *fuerza vital, 2 médula*) que II *mundo*; sentido este proveniente de una traducción del hebreo y propio de los LXX y escritores cristianos, lo que hace ver hasta qué punto una clasificación estructural difiere o puede diferir de una sobre base diacrónica e histórica. En cambio, todo el vasto sector de las acepciones 3 está condicionado por la idea del tiempo, presente directa o indirectamente en el contexto. Son los valores etimológicos de αἰών (*vida, edad, tiempo, etc.*), pero al haberse creado los sentidos A I e introducido luego los A II, sólo el contexto es el determinante del sentido. Las subdivisiones se hacen por referencia a la vida humana o animal, a sus subdivisiones, a la vida de los dioses (aquí interviene la oposición a la humana: *vida inmortal*), a la neutralización de estas referencias (*tiempo*). Sólo así pueden clasificarse en amplios grupos distribuciones muy numerosas, que luego escinden cada grupo en varios hasta llegarse a las acepciones de traducción.

3. Contexto que opone la vida humana a otros niveles. Es lo que sucede en δίκη, pero vamos a presentar algún ejemplo más. Así δίκη, donde hay contextos referentes al curso de las cosas en general (*norma, realidad...*), recogidos en I, y otros de la vida humana (II y siguientes: *justicia, etc.*). Por supuesto, son útiles al tiempo otros recursos, tales la sinonimia con τὸ ὄν en I 3 *la realidad* y la oposición a βία, ὕβρις en II 2.

4. Contextos referentes a aspectos de la actividad humana. En ἀλήθεια por ejemplo, señalamos dentro de II, referente a acciones, personas, cosas (en I es complemento de verbos de «decir»), acepciones que responden: 1 al plano ético (*verdad, veracidad*); 2 al epistemológico (*verdad, lo verdadero*); 3 al ontológico (*verdad, realidad*). Como se ve, usamos traducciones «complejas»: su posibilidad es lo que garantiza que estas subdivisiones se ajustan a los hechos del español. Pero oposiciones y sinonimias dentro del griego (2 opuesto a δόξα, 3 sinónimo de τὸ ὄν, en los mismos contextos) hacen ver que se ajustan también a los hechos del griego<sup>1</sup>. Mayor duda puede caber de esto cuando este contraste falta, así en las acepciones IV *castigo, satisfacción* y V 1 *sentencia* de δίκη. En casos como éste, es el español el que da la pauta, clasificando distribuciones: *castigo* suele ir como régimen de δίδοναι y sinónimos, *sentencia* con εἰπεῖν, etc. y distribuciones lejanas comparables. En cambio V 2 *pleito, causa* es una acepción más seguramente griega, a juzgar por su oposición a γραφή.

5. Contextos de dirección y movimiento. Son los que, relacionando al movimiento con las personas de que se habla, crean las grandes acepciones o grupos de acepciones en verbos como ἄγω *llevar/traer*, εἶμι *ir/venir*. Pero hay otras variantes. Por ejemplo, en ἀναλαμβάνω y otros verbos con ἀνά hay «movimiento hacia arriba» y «movimiento hacia atrás». En las acepciones I es luego fácil subdividir: es *elevantar* cuando se trata de un movimiento que no visa al sujeto (*un muro*, etc.); *coger*, cuando se trata de cosas de que se hace cargo físicamente el sujeto, tomándolas del suelo, una mesa... (*armas*, etc.); *recibir, acoger*, cuando no se trata de un hecho físico (*un fugitivo, una ley...*)

#### IV. DESAJUSTE ENTRE ACEPCIONES GRIEGAS Y ACEPCIONES ESPAÑOLAS

A lo largo de los distintos epígrafes de este capítulo venimos hallando una y otra vez el problema de que a veces no sabemos hasta qué punto las clasificaciones de las distribuciones responden a hechos griegos o a hechos españoles. El problema tiene dos caras, la primera de las cuales nos va a ocupar mucho más rápidamente, porque ya hemos hablado de ella más despacio. Se trata de que, con frecuencia, dentro de una acepción con traducción única en español englobamos varias distribuciones. Puede tratarse, insistimos, ya de que esas distribuciones están unificadas en griego por hechos opositivos de distribución lejana; ya de que la unificación del sentido es propia del español; y hay hechos de transición.

La segunda cara del problema ha sido apuntada en este mismo capítulo

<sup>1</sup> Cf. I.3, III.

(cf. I 3). Consiste en que *amor, bueno, puro*, etc. son traducciones demasiado imprecisas de palabras como *ἔρωϛ, ἀγαθός, ἀγνός*. Prescindiendo, entonces, de que nuestra división responda exactamente a la organización griega de las acepciones, es claro que desde el punto de vista de la traducción y aun de la comprensión misma de la palabra griega por el estudioso moderno es necesario establecer, mediante el uso de distribuciones de varios tipos, referencias a hechos extraverbales, otras paráfrasis, oposiciones, etc., a qué cosas o situaciones concretas o abstractas se refiere el uso de las palabras estudiadas, aunque desde el punto de vista griego las acepciones puedan simplemente no existir. Las traducciones «complejas» son también una ayuda.

El caso más simple lo encontramos, por ejemplo, en *ἀμείβω*, donde el principal problema está en el régimen a introducir tras la traducción española más frecuente, *cambiar*; o, si se quiere, precisar los sentidos en que se emplea este verbo. Casi todos los usos A tienen relación con este concepto. Con ac. de cosa es *cambiar de*; si se añade un gen. es *dar A a cambio de B*, si εἰς y ac. es *cambiar A en B*; si ἀντί y gen., *recibir A a cambio de B*. Existen otras acepciones, determinadas gramaticalmente o por SCP y también, algunas, por el contexto lejano, que son muy diferentes: *pagar, castigar, alternarse*, etc.

Pero no es este caso el que más nos interesa; en realidad, no hacemos otra cosa que traducir variamente con sintagmas que contienen las palabras *cambiar, cambio*. Comenzamos la ejemplificación con el verbo *ἀγαπάω*, cuya traducción *amar* es tan exacta, en general, como insuficiente. Baste saber que, con frecuencia, el verbo no es conmutable con *ἐράω* y *φιλέω*, ni siquiera en los períodos o autores en que los tres son posibles. Es necesario, pues, definir cada uno de estos verbos mediante un análisis distribucional, que se complementa, en el mismo momento o en otro posterior, mediante otro de tipo opositivo. Sólo así podrá decidirse en la antigua controversia de si *ἀγαπάω* describe un amor cristiano, distinto del de *ἐράω*; o si tiene razón Joly<sup>1</sup>, para quien todos estos verbos son sinónimos; o si hay puntos comunes y diferentes, aparte de que la frecuencia de *ἀγαπάω* aumente en época helenística. Pensamos que solo el método estructural puede resolver problemas como éste, generalmente mal planteados.

Los sentidos de *ἀγαπάω* están determinados por un sujeto de pers. (raramente de animal) y un compl. dir. entre los muy varios que son posibles; de este esquema sólo se destacan las construcciones con inf. *gustar de* y con part. *contentarse con*. Por otra parte, hay unos pocos pasajes en que el contexto amplio sugiere una manifestación física del amor o cariño: abrazos, caricias, etc., es el sentido I del DGE.

Fuera de esto, hay que hacer las siguientes consideraciones:

a) En lo relativo al sujeto, no sólo lo hay de pers., sino también de diversas divinidades orientales (Isis, etc.) así como del Dios cristiano.

<sup>1</sup> *Le vocabulaire chrétien de l'amour*, Bruselas 1968.

b) En lo relativo al objeto, puede tratarse de un o una amante, de personas de la familia (hijos sobre todo), reyes, benefactores, amigos, pueblos, maestros, etc., también de dioses, muertos. Las traducciones pueden ser, según los casos, *amar, apreciar, estimar, querer, simpatizar, rendir honores*, etc.

Es claro que el verbo no pertenece, como *ἐπάω*, al campo semántico del deseo, sino, como *φιλέω*, al de las relaciones de grupo. Pero de un grupo más amplio que el de los amigos y familiares: tiene valores más amplios de integración social, de relación hombre/dios; sobre todo, es generalmente una relación no en plano de igualdad, sino entre un superior y un inferior o viceversa. Era, sin duda, el verbo más cargado de posibilidades de ampliación del sentido, a partir de una idea del *amar* o *querer* más que de la idea de la relación sexual o el grupo de amigos. De ahí su difusión.

Pensamos que de este modo la simple traducción *amar, querer*, posible ciertamente en los tres verbos, queda especificada.

Si pasamos ahora a ocuparnos de un adj. *ἄγνός*, veremos que la determinación del sentido tiene lugar casi exclusivamente mediante la distribución próxima, los nombres determinados mediante él, y una más lejana a veces relativa al comportamiento de esos nombres si son de persona o a su pertenencia o función, si son de cosa. Surge así un concepto de *puro* que el español ha de precisar mucho más y que se opone al sentido de adjetivos griegos que forman sistema como *σεμνός, ἅγιος, ιερός*.

Es notable que *ἄγνός* se dice de todos los dioses, así como de fiestas, templos, etc. de todos los dioses; pero que la frecuencia mayor es la de usos referidos a diosas ctónicas y agrarias, especialmente Artemis y Demeter, y a sacrificios y ofrendas no sangrientos. Pues bien, referido a hombres los usos normales son dos: en conexión con el respeto de los tabús sexuales (no comisión de incesto, castidad de las mujeres) y el no derramamiento de sangre (por parte de hombres); claro está, mediante una purificación puede volver a ser *ἄγνός* el que ha violado uno de esos tabús o el que ha derramado sangre. Así los dioses y todo lo divino, incluidos ciertos elementos naturales relacionados como el agua, el fuego, la luz, son por definición *ἄγνοί*; los hombres y mujeres se asimilan a esa esfera solamente mediante ciertos comportamientos muy delimitados; el sacrificio *ἄγνός* está en relación con ellos. En fecha helenística el sentido de *ἄγνός* referido a hombres puede ser también *íntegro, moral, honrado*; la relación con la divinidad es enfocada de otra manera.

Encontramos, pues, una concepción del ser *puro* que lo circunscribe a ciertos comportamientos muy precisos, mientras que es consustancial con los dioses y, sobre todo, con algunos de ellos no seguidores necesariamente de esos comportamientos. Hay aquí un punto de vista muy distinto del de los otros adjetivos aludidos y muy distinto también del de la simple traducción previa de *puro*.

Algo parecido podemos decir de un adj. *ἀγαθός*, al que ya hemos hecho referencia y que es, en términos generales, *bueno*. Sólo que aquí hemos de echar mano de referencias al contexto lejano y al extralingüístico (hech s

sociales e ideológicos); y que, pensamos, la escisión semántica está más acusada dentro del griego.

Una combinación de factores, a saber, las SCP del nombre concertado, ciertas determinaciones próximas y el contexto lejano, crean un primer grupo de acepciones, relativas a personas, que especifican proezas o habilidades (un guerrero *valiente*, un artesano *hábil*), así como, en general, los sentidos de *benéfico*, *favorable* (un vecino, un dios...) Pero a su vez la falta de determinaciones explícitas respecto a la actividad y la presencia de ciertas distribuciones (*πατρὸς ἐξ ἀγαθοῦ, οἱ ἀγαθοί* etc.) crea el significado traducible por *noble*; y es un contexto social más evolucionado y la referencia, a veces, a valores morales o intelectuales, a los nombres de magistrados, funcionarios, etc., el que crea el sentido de *recto*, *honrado*. Con la palabra referida a nombres de cosas, existen una serie de divisiones más o menos paralelas. En este caso hay referencias explícitas entre los griegos o diferencias de concepción respecto a lo que es *bueno* o *excelente*; diferencias de sentido pues, lo que concuerda con el carácter complejo de la determinación de las acepciones, en la cual se incluye una serie de oposiciones muy amplia.

Digamos algo finalmente, para no dejar a los nombres fuera de esta consideración, sobre la palabra *αἰσχύνη*. Aparte de los usos valorados positivamente (cf. supra) en el sentido de *vergüenza*, *honor*, del uso subjetivo *escrúpulo*, *timidez* (precisable sobre todo por transformación) y del uso concreto *vergüenzas*, *partes sexuales*, la palabra significa *vergüenza*, *deshonor*, tanto en el sentido de sanción social, como en el de la vergüenza que ello implica; salvo en el caso de ciertos movimientos filosóficos no hay distinción entre ello, lo cual supone una diferencia importante respecto al uso español. En cambio, resulta importante la enumeración de las cosas que producen *αἰσχύνη*; en relación con el valor guerrero, con la situación social, con el comportamiento sexual de las mujeres, con comportamientos inadecuados para la familia o los amigos, etc. Las traducciones españolas *deshonra*, *vergüenza*, *infamia*, *ridículo*, *mala fama*, etc., se adhieren variamente a estas distribuciones. Así, la división en acepciones de todo el apartado B de *αἰσχύνη* en el DGE responde más bien a una conveniencia práctica para dar idea de a qué se refiere concretamente la vergüenza designada por *αἰσχύνη*, que a una real parcelación del sentido dentro del griego. Si comparamos ahora el sentido de esta palabra con el de *αἰδώς* veremos que hay una zona común, relativa a la sanción social de la falta de valor guerrero o de pudor en las mujeres, pero que el sentido de *αἰδώς* rebasa al de *αἰσχύνη* en cuanto establece relaciones recíprocas de *respeto* en el entramado social, mientras que *αἰσχύνη* a su vez desborda a *αἰδώς* en lo relativo a compromisos adquiridos y al respeto de normas ya moralizadas. Hay una oposición equipolente en cuanto a los dominios a que se refieren ambos términos, una acentuación en *αἰσχύνη* del factor de presión social respecto al de respeto espontáneo, que sólo secundariamente aparece.

## V. ALGUNOS CASOS ESPECIALES

Nos ocupamos, finalmente, de algunos casos especiales del establecimiento de las acepciones.

Un primer apartado es el constituido por los hechos de ambigüedad, no querida o querida, según los casos, por el autor antiguo<sup>1</sup>. He aquí algunos tipos de esta ambigüedad:

a) Hay toda clase de casos de transición entre dos sentidos de una palabra, que pueden incluso permanecer como indistintos. Así, los dos sentidos *noble* y *hombre honrado* de la palabra *ἀγαθός* pueden ya aparecer el uno o el otro, ya darse por supuesto que coinciden. El Diccionario tiene que tener en cuenta este problema.

b) Otras veces hay simple ambigüedad o duda sobre la traducción; conviene entonces introducir indicaciones de que el significado que se da es sólo probable o verosímil; o, simplemente, de que es dudoso.

c) Los autores antiguos pueden indicar ellos mismos la existencia de dos sentidos de una palabra: de *Eris* en Hesíodo, *Op.* 11, de *αἰδώς* en *E. Hipp.* 385, etcétera. Estos ejemplos deben introducirse en dos apartados, con referencias cruzadas.

d) Pero el autor antiguo puede también jugar con dos acepciones de la misma palabra en situaciones en que el contexto permite ambas. Así, en los casos en que se hacen alusiones oblicuas o en los casos de juego de palabras o chiste. Los cómicos, sobre todo, están llenos de hechos como estos, pero también se dan en otros autores. El Diccionario tiene que ilustrar a su usuario sobre estos hechos, explicando la referencia o chiste.

Todo esto se refiere al juego de las distribuciones, incluidas las extraverbales, en los casos de ambigüedad.

Otra aclaración que conviene hacer es la relativa a distribuciones amplias de dialecto, hechos sociolingüísticos, lenguas especiales, etc., a que es absolutamente necesario hacer referencia para determinar las acepciones.

Por ejemplo, una palabra como *ἀκοσμία* sólo en Creta, en virtud de un hecho institucional, tiene un sentido diferente: falta de *κόσμοι*, unos magistrados.

Otras veces se trata de los sentidos especiales de ciertas palabras en las distintas lenguas técnicas. Hemos aludido a sentidos especiales de *ἀήρ* y otras palabras en la literatura filosófica. De igual manera, hay que hacer alusión a

<sup>1</sup> Sobre la ambigüedad cf. *Lingüística Estructural* cit., p. 318 ss.; L. Michelena, «De la ambigüedad sintáctica» *RSEL* 2, 1972, pp. 249-281; H. Weidt, «Die sprachliche Ambiguität», *RSEL* 4, 1974, pp. 347-71; J. G. Kooij, *Ambiguity in Natural language*, Amsterdam 1971. Sobre la ambigüedad cómica la tesis doctoral (inérita) de E. Rodríguez, *Estudios sobre la lengua de Aristófanes*, Madrid 1972 y su estudio «Comicidad verbal y sistema de la lengua», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1968, III, pp. 177-92.

las diversas ciencias y artes o técnicas (Astronomía, Música, Matemática, Retórica, Agricultura, etc.) en las cuales las palabras toman sentidos específicos. Es esta distribución general y no la verbal próxima la que en estos casos es necesaria. Piénsese que con frecuencia no se trata de palabras técnicas propiamente dichas, sino sólo de usos dentro de ciertos ambientes; así diversas acepciones de ἀκρόαμα y ἀκρόασις.

En cuanto a las palabras técnicas o científicas propiamente dichas, es claro que una simple indicación del dominio de que proceden, orienta sobre su significado, aunque éste haya luego de ser precisado. Esta precisión, sin embargo, no es siempre fácil.

Es sabido que en el mundo de la Biología, Geología, etc., las palabras antiguas pueden responder a dos o más términos modernos; a los antiguos les faltaban distinciones que sólo las lenguas modernas o la Ciencia moderna han introducido. Así, a veces el contexto nos hace ver si ἀκρίς es *cigarra* o *saltamontes* o *langosta*, pero otras no es fácil o no es posible llegar a una conclusión; los antiguos no diferenciaban allí donde nosotros diferenciamos. En otras ocasiones (nombres de aves, plantas, peces...) tenemos simplemente duda de a qué especie o grupo de especies se refieren palabras que para nosotros son muy vagas. Puede suceder también, inversamente al caso anterior, que el griego distinga allí donde nosotros no distinguimos; o que determinada planta o pez no exista en nuestro país o en los países de los autores de Diccionarios y estudios sobre el léxico griego. Así, ἀγαλλίς tal vez sea el *Iris attica*, pero para mayor seguridad (y porque la traducción de una poesía, como el *Himno a Demeter* 7 en este caso, no admite nombres científicos) hay que traducir simplemente *lirio* o bien seguir un sistema mixto en que se indica un nombre vulgar aproximado y uno o varios nombres científicos, con indicación, si ello es preciso, de su carácter dudoso.

Todo este campo es extremadamente difícil; dependemos de las descripciones que hagan los autores antiguos, cuando las hacen, así como de una serie de conocimientos especializados.

Algo parecido puede decirse de los nombres técnicos y de los de toda clase de objetos, aunque aquí con frecuencia estemos en mejor situación. La traducción de términos relativos a la construcción, a los barcos, a las armas, a las prendas de vestir, a las piezas de una cerradura, al mobiliario, etc., no puede hacerse, con frecuencia, con una palabra española más que al precio de introducir vaguedades o inexactitudes, errores a veces. Es absolutamente imprescindible dar precisiones en forma de paráfrasis. Claro está, muchas veces somos incapaces de introducir precisiones: así en palabras de los inventarios (cf. II.4.I.2) o, por ejemplo, en términos relativos a la moda, que cambian constantemente. ¿Qué es ἀμπεχόνη, que generalmente es un quitón femenino de tela muy ligera, pero que en D. H. 4.74 se refiere al manto de un rey? ¿Qué es καμίσιον ὑποδειλικόν (¿*camisa de noche?*, ¿*traje de tarde?*) en un inventario de prendas empeñadas en *PMich.* 607. 31? ¿Qué clase de calzado es ἀμφίσφαιρα que *LSJ* traduce *buttoned boots* y nosotros preferimos leer ἀμφίσφαιρα y traducir *botas*? Hay dudas infinitas de este tipo.

Es bien claro que en todos estos casos y en muchos otros de los vocabularios especiales, sólo un atento estudio de la Bibliografía moderna relativa a los distintos dominios del mundo natural, las ciencias, técnicas, oficios, etc., podrá servir de ayuda al redactor de un Diccionario general que trata de contribuir al conocimiento del léxico griego en su conjunto. Hay que señalar que *LSJ* supuso en estos respectos un avance considerable, pero el esfuerzo en este campo debe continuarse. De un lado, falta en *LSJ* mucho vocabulario relativo a astrología, mecánica, administración de los reinos helenísticos, etc.; de otro, el conocimiento de la filosofía, matemática, medicina, técnica naval, etc., de los griegos ha progresado mucho.

En cuanto a los nombres propios, geográficos, étnicos, personales, míticos, etc., presentan igualmente dificultades muy graves. También en este caso hay que referirse a la bibliografía especializada (Geografía, Mitología, Historia, Prosopografías, etc.) y volver a estudiar de nuevo cada caso. Con frecuencia, en los datos antiguos hay lagunas o bien contradicciones o bien nombres dobles. Por supuesto, la labor de un Diccionario general no debe confundirse con la de un repertorio prosopográfico que pretenda ser completo y asignar cada mención de un nombre a un personaje diferente (tarea por lo demás imposible). En realidad, un Diccionario de nombres propios que intentara ser exhaustivo a este respecto y al de los nombres geográficos tendría, para el Griego, tanta extensión al menos como un Diccionario del léxico común. Los puntos de partida, además, serían más difíciles, por ser incompletas o estar atrasadas las obras especializadas.

Para terminar, hagamos una nueva referencia a las *lexías* (cf. *supra*), las frases hechas, etc. Es claro que en un artículo *ἄκρα* hay que introducir un apartado especial para *κατ' ἄκρας* (*destruir*) *completamente*, en uno *ἀγαθός* otro para *καλὸς καγαθός*, en uno *αἶμα* una serie de sintagmas *αἶμα* + gen. que designan diversas plantas, etc. Existe, ya lo hemos dicho, el problema de los límites.

Y es preciso dar igualmente las expresiones figuradas del tipo *εἰς ἄερα βάλλειν* *hablar en vano*, etc. y las puramente proverbiales, indicando su significado propio a más del literal.

Son, puede verse, muchísimos los problemas que esperan solución del lexicógrafo, variadas las técnicas a que éste ha de acudir, enorme y difusa, y pese a todo, incompleta la bibliografía que ha de manejar. Sus conocimientos han de extenderse desde la Semántica a las más variadas técnicas y especialidades. Si se trata de una lengua como el griego antiguo, de un vocabulario extensísimo y lleno de enigmas, la tarea es más dura todavía, si cabe. Por eso, si todo autor de un trabajo científico tiene derecho a benevolencia siempre que haya procedido metódica y honestamente, ello es más el caso de los autores de Diccionarios; verdaderos tejedores de una tela de Penélope nunca conclusa y en la que son más fáciles de ver los errores, en definitiva inevitables, y las insuficiencias, que las aportaciones y aciertos ante tantas exigencias como se les presentan.